EL PARTIDO MÁS LARGO

THE LONG GAME



RACHEL REID

MONTENA

EL PARTIDO MÁS LARGO

THE LONG GAME

Traducción de Anaís Badilla y Ana Mata Buil

RACHEL REID

MONTENA

Advertencia de contenido:

El partido más largo contiene referencias y descripciones relacionadas con el suicidio y la depresión.

Este libro está dedicado a los fans de Shane e Ilya.
Gracias por hacerlo posible

Capítulo 1

Julio

Shane nunca había deseado nada con tanta intensidad en toda su vida. Su objetivo estaba justo delante de él y nada le impediría alcanzarlo.

—Ya te gustaría, Hollander —gritó una voz ronca tras él.

Shane sentía que el pecho le iba a estallar, pero resopló y se esforzó aún más, negándose a rendirse. El golpeteo de las zapatillas sobre el sendero y los latidos de su corazón casi ahogaban las risas que venían de atrás. Shane intentó ignorarlo todo mientras se concentraba en la salida del sendero que tenía justo delante.

De repente, Ilya apareció a su lado, empapado en sudor, con la camiseta arrugada en un puño. Ilya le guiñó un ojo antes de adelantarlo a toda velocidad como un personaje de dibujos animados. Shane gruñó de frustración e intentó alcanzarlo, pero las largas piernas de Ilya y su resistencia que rozaba lo sobrehumano lo hacían imposible.

Ilya llegó primero al final del sendero, con los brazos en alto en señal de victoria. Luego se desplomó en un trozo de césped al borde del pequeño aparcamiento.

Shane se acercó a él tambaleándose, jadeando y soltando

palabrotas. Apoyó las manos en las rodillas mientras esperaba a que respirar dejara de resultarle doloroso.

—Que te den —jadeó.

Ilya se dejó caer de espaldas, retorciéndose de risa. Se secó la frente con la camiseta húmeda que tenía en la mano.

—Casi te dejo ganar.

—Mentiroso.

—Las vistas no estaban mal. Por atrás. Casi merecía la pena quedarse por ahí…

Shane no entendía cómo su novio era capaz de articular frases completas.

—Cállate.

—Me gustan esos pantalones cortos.

Shane se rio, pero sonó más como el resoplido de una máquina de vapor.

—Gracias.

Ilya se incorporó para apoyarse en los codos. Cerró los ojos e inclinó la cabeza hacia atrás, moviéndola despacio de un lado a otro. Tenía el pelo empapado, con los rizos pegados a la cara y al cuello, y el pecho le brillaba por el sudor. La cruz que siempre llevaba colgada al cuello reposaba sobre su hombro. Shane se arrodilló a su lado.

—Odio que puedas correr más rápido que yo así. No tiene ningún sentido.

Ilya abrió un ojo.

—Quizá deberías comer carbohidratos.

—Como carbohidratos saludables.

—No comes nada.

—Y tú fumas.

—Casi nunca.

—Pues anoche fumaste.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Porque tengo nariz?

Ilya le dio un golpecito en la punta de la nariz a Shane.

—Una muy mona.

Shane intentó mirarlo con rabia, pero no pudo aguantarle la mirada. No cuando Ilya le sonreía de ese modo. En lugar de eso, le ajustó la cruz y se la puso en el centro del pecho.

—Así que te gustan los pantalones cortos, ¿eh?

Eran de un estilo más corto que los de baloncesto que solía usar para entrenar. Era algo nuevo que estaba probando. También llevaba el pelo más largo que nunca. Se lo había dejado crecer durante los *play-offs*, e Ilya se le había quejado cuando Shane había sugerido que ya era hora de cortárselo. Aunque sí consintió que se afeitara esa horrible barba rala que había llevado para las eliminatorias.

Ilya recorrió con el dedo el borde de una de las perneras de los pantalones cortos, justo donde se ajustaba contra el muslo de Shane.

—Creo que tu polla los partiría si se te pusiera dura.

Eh, vale… ¡Ups! Shane echó un vistazo a su alrededor. Eran los únicos en el aparcamiento, que estaba aislado por densos árboles por todos lados, pero seguían estando en público.

—No lo vamos a comprobar aquí.

De golpe, Ilya lo agarró e hizo que los dos rodaran de tal modo que Shane se quedó bocarriba e Ilya tumbado encima de él, mientras le sonreía desde esa posición.

Shane le empujó el pecho sudado.

—Estás asqueroso.

—Los dos lo estamos.

Ilya inclinó la cabeza y lo besó rápido.

—Para —dijo Shane, aunque no parecía que lo dijera en serio—.

Deberíamos ir a casa. A ducharnos.

—Vale.

Ilya se apartó de él de un brinco y luego le tendió la mano para ayudarlo a levantarse.

—Estás lleno de energía —refunfuñó Shane mientras le cogía la mano y se dejaba levantar.

—Se me ocurren algunas formas de gastarla —dijo Ilya.

Dios, Shane se moría de ganas.

—Pero tenemos esa llamada con Farah de aquí a nada.

Empezó a caminar hacia el coche.

Ilya suspiró profundo a sus espaldas.

—¿Por qué tenemos que llamarla?

—Porque es nuestra agente y, tipo, es su trabajo estar al corriente de cómo estamos.

Ilya había firmado con la agente de Shane el año pasado, tras dejar al agente ruso que había tenido desde que era adolescente. Quería alguien de Canadá, y Shane no podía no recomendar a Farah Jalali. Además de ser una gran agente, le había apoyado muchísimo desde que Shane le había dicho que era gay hacía dos años.

—Quizá podríamos contárselo —dijo Ilya.

—¿Contarle el qué?

—Lo nuestro.

—¿Qué? ¿Hoy? ¡¿Ahora?!

A pesar del calor del verano y de que la sangre aún le bullía por el cuerpo tras la carrera, Shane sintió de repente un frío glacial.

Ilya se encogió de hombros enseguida.

—Es que quizá hasta lo sepa ya.

La alarma del pánico que habitaba en el interior de Shane empezó a sonar a todo volumen.

—¿Y por qué iba a saberlo?

—A ver, estamos juntos en tu cabaña. Tú eres gay. Y yo estoy buenísimo…

—Es un poco… pronto. Deberíamos hablarlo más. Pensar en cómo decírselo y…

Ilya lo miraba con una mezcla de cariño y exasperación.

—No es complicado. Y, si no nos apoya, pues no debería ser nuestra agente.

Shane se mordió el labio mientras reflexionaba que quizá eso tenía lógica.

—Nos apoyará.

—Lo sé. Así que vamos a contárselo.

La ducha que se habían dado juntos había durado más de lo estrictamente necesario. Por eso, Shane todavía se estaba peleando por ponerse la camiseta cuando la solicitud de FaceTime de Farah iluminó su móvil. Ilya solo llevaba puestos los calzoncillos.

—¿Respondo? —preguntó Ilya en lo que cogía el móvil de Shane de la cómoda.

—¡No! ¡Vístete!

Shane le quitó el móvil y aceptó la llamada de Farah. Su cara llenó la pantalla, igual de elegante que siempre.

—Hola, chicos —dijo con alegría—. O, bueno, hola por lo menos a ti, Shane.

—Ilya está por aquí. Es que…

Shane se calló al distraerse por un momento al ver los pantalones cortos de tiro bajo y el torso desnudo de Ilya.

—Hola, Farah —saludó Ilya.

Farah sonrió, quizá acostumbrada ya a lidiar con jugadores de hockey idiotas. Solo era unos diez años mayor que ellos, pero

parecía el doble de madura de lo que Ilya y Shane serían jamás.

—Hola, Ilya. ¿Estáis pasando un buen verano?

—Genial. Sí —dijo Shane, quizá con demasiado entusiasmo. Estaba nervioso. Y acababa de darse cuenta de que estaban haciendo la videollamada desde su habitación, lo cual quizá resultara un poco raro. Se sentó en el borde de la cama, mientras sujetaba el móvil a la altura de los ojos—. ¿Qué tal tu verano?

—Ajetreado.

Ilya se sentó junto a Shane en la cama mientras acababa de ajustarse la camiseta. Farah miró a uno y luego al otro; lo más probable era que se hubiera dado cuenta de que ambos tenían el pelo mojado.

Joder. Todo eso era ridículo.

—Antes de que hablemos de… otras cosas —dijo Shane—, hay algo que queremos contarte.

—Decidme.

Shane miró a Ilya a los ojos. Ilya apoyó una mano en la rodilla de Shane y la apretó.

—Bueno —dijo Shane despacio—, ya sabes que yo soy gay.

—Claro. Me lo dijiste.

—Sí. Pues bien, la cosa es que…

—Que yo soy bisexual —soltó Ilya.

Los labios de Farah se curvaron en una sonrisa.

—Creo que ya veo por dónde van los tiros… —dijo con calma.

Bueno, ahora sabían lo fácil que sería para alguien atar cabos si supieran la verdad sobre la orientación sexual de Ilya.

—Sí —dijo Shane—. Creo que sí.

—Estamos juntos —dijo Ilya, por si acaso ella sola no había caído.

—Lo siento —dijo Shane—. Sé que esto va a ser complicado para

ti.

—No te disculpes. Yo os quiero, chicos, y me alegro por vosotros. —Se rio—. Tampoco puedo decir que me lo viera venir esta mañana cuando me he despertado. ¿Puedo preguntaros cuánto tiempo lleváis juntos?

Shane e Ilya se miraron y sonrieron, y luego Ilya dijo:

—Mucho tiempo. Años.

—Así que no es algo nuevo de ahora —dijo Farah, más para sí misma que para ellos, sospechó Shane—. No es por hacer una pregunta que pueda parecer tonta, pero ¿vais en serio?

—Mucho —respondió Ilya. A Shane le dio un vuelco el corazón, como siempre que Ilya dejaba claro lo mucho que significaba para él.

—¿Y queréis contárselo a la gente? —preguntó Farah.

—No —respondió Shane rápido, al mismo tiempo que Ilya decía:

—Todavía no.

—Solo queríamos que lo supieras —aclaró Shane—. No lo sabe mucha gente, pero creíamos que tú deberías estar al corriente.

Farah asintió.

—Os apoyo en esto. Así que lo que necesitéis de mí, contad con ello. No hay precedentes de rivales de la NHL que tengan una relación sentimental, claro, así que estamos en terreno desconocido. Pase lo que pase, ¡seguro que no nos aburriremos!

—No me importaría que fuera aburrido —murmuró Shane.

—A Shane le encanta lo aburrido —dijo Ilya.

Farah se rio.

—Bueno, perfecto, porque tengo toda una lista de cosas aburridas que repasar con vosotros dos.

Hablaron de oportunidades de patrocinio, de la fecha de emisión prevista para un documental que la ESPN había hecho sobre su

rivalidad, de la inminente agencia libre de Shane al final de la siguiente temporada, de los campamentos benéficos de hockey que empezaban al cabo de una semana. Nada de eso, en lo que a Shane respectaba, era aburrido.

—Tengo muchas ganas de ver el documental —dijo Farah—. El de Scott Hunter fue fantástico.

—No lo vi —dijo Ilya, seco.

—Aunque supongo que no captaron del todo la verdadera historia sobre vosotros.

No. Tanto Ilya como Shane habían tenido mucho cuidado de no desvelar nada. No se habían involucrado mucho en el documental. Habían concedido entrevistas por separado y habían aguantado que el equipo de rodaje los siguiera durante un par de días la temporada anterior (de nuevo, por separado), pero, por lo que Shane sabía, el documental iba a consistir sobre todo en imágenes de partidos ya existentes y entrevistas con otras personas.

En cuanto terminaron la llamada con Farah, Ilya inmovilizó a Shane sobre el colchón sujetándole las muñecas y besándolo hasta dejarlo sin aliento.

—Ha ido bien —dijo Shane entre beso y beso.

—Ha sido genial. Te lo dije.

Shane quería tanto a Ilya que algunos días le dolía físicamente reprimirlo. No quería ser un icono gay, ni lidiar con toda la atención que recibirían del mundo del hockey, tanto buena como mala, si alguna vez revelaban su relación, pero deseaba poder amarlo abiertamente sin tener que lidiar con nada de eso.

Quizá algún día. Cuando los dos se hubieran retirado. Shane conocía a algunas estrellas retiradas de la NHL que habían sido capaces de pasar fácilmente a un segundo plano si lo habían querido. A veces, incluso aunque no quisieran. Al final, el mundo

había dejado de preocuparse de ellos y ya.

En aquel momento, con veintinueve años, Shane e Ilya estaban en la flor de la vida. Shane acababa de llevar a su equipo a su tercera victoria en la Copa Stanley y, aunque Ilya era el capitán de un equipo mucho peor, seguía consiguiendo grandes resultados en Ottawa. Ambos eran superestrellas y a ambos les quedaba mucho hockey por delante. Shane tenía toda la intención de jugar al menos otra década, y esperaba que Ilya hiciera lo mismo.

Y lo más probable era que eso implicara ocultarse durante otra década más. Pero Shane estaba dispuesto a ello. Haría cualquier cosa por Ilya. Una vez le dijo que su relación era una apuesta a futuro e iba completamente en serio.

—¿Por qué te pones triste? —preguntó Ilya.

Shane lo miró parpadeando.

—Lo siento. No pasa nada. —Lo besó rápido—. Te quiero.

Ilya le dedicó una de sus sonrisas torcidas y sensuales.

—Pues claro. ¿Por qué no ibas a hacerlo?

Capítulo 2

Ilya estaba soñando con su madre.

De alguna manera, sabía que estaba soñando, pero aun así sentía un nudo de angustia en el estómago mientras cruzaba poco a poco el jardín trasero de la cabaña de Shane hasta llegar al lugar donde veía un brazo pálido colgando flácido de la hamaca. De la misma forma en que había colgado de la cama de su madre aquella vez, cuando él tenía doce años.

Entonces, en el sueño, la mano se movió. Su madre torció la muñeca y sus dedos bailaron, como si los moviera al compás de la música. Ilya sonrió y aceleró el paso.

—Mamá —dijo cuando llegó junto a ella, por algún motivo, en inglés. Irina Rozanova le sonrió desde la hamaca (la que él y Shane habían instalado juntos el verano anterior); lucía joven, preciosa y superrelajada. No dijo nada, solo sonrió y le tomó la mano.

—Shane está dentro —le dijo Ilya—. Quiero que lo conozcas.

Su sonrisa se hizo más amplia, pero ella permaneció en silencio. Ilya miró hacia la casa, donde podía ver la silueta de su novio en la ventana de la cocina. Ilya le hizo un gesto con la mano y Shane se alejó de la ventana. Estupendo. Eso significaba que llegaría pronto.

Ilya miró a su madre mientras esperaba, sabiendo que aquello

no duraría mucho. Él se despertaría y ella desaparecería. Pero aun así quería que conociera a Shane.

Shane estaba tardando una puta eternidad. No había ni rastro de él cuando Ilya volvió a mirar hacia la casa, y empezó a entrar en pánico.

Irina le acarició la mano. Seguía sonriendo, pero parecía un gesto de dolor. Su piel tenía un tono grisáceo.

—No —dijo Ilya—. Espera. Vendrá enseguida.

Un pájaro molesto empezó a piar con fuerza por ahí cerca, e Ilya apretó con más fuerza la mano de su madre.

—Espera…, por favor. No te vayas.

Y todo se desvaneció. El pájaro se convirtió en el despertador de Ilya, y este, de golpe, se vio en la cama de Shane, en Montreal.

Le gruñó al móvil mientras apagaba la alarma y luego apretó los ojos con fuerza, intentando recuperar el sueño.

Se había esfumado.

Extendió una mano, buscando a Shane, pero encontró su mitad de la cama vacía. Y fría.

Dios, ¿cuánto tiempo llevaba Shane despierto?

Era el primer día de los campamentos benéficos de hockey de ese verano, así que a Ilya no debería sorprenderle que Shane se hubiera levantado temprano. Supuso que debería levantarse de la cama e ir a buscarlo.

Se dio la vuelta y exhaló con fuerza, tratando de liberar el torbellino de sentimientos que le provocaban siempre esos sueños. La alegría de volver a ver a su madre, la angustia de darse cuenta de que no era real y la frustración de que Shane no actuara con suficiente rapidez. De que no se preocupara lo suficiente. Era esta última emoción de la que Ilya debía deshacerse, porque no tenía ningún sentido. A Shane le importaba. A Shane le importaba tanto

que había sugerido ponerle a su organización benéfica el nombre de la madre de Ilya.

Se puso unos pantalones de chándal y se dirigió a la cocina. Encontró a Shane sentado a la mesa de la cocina, ya vestido con un polo con el logotipo del campamento, estudiando la pantalla del portátil con las gafas puestas.

—Buenos días —dijo Ilya.

—Hey —dijo Shane sin apartar la vista de la pantalla—. Estoy revisando los formularios médicos de los niños. Hay tantas cosas diferentes… Un par son alérgicos al huevo.

—Pues no les tiraremos huevos.

—¡Esto es serio! ¿Y si pasa algo malo?

—La otra vez no pasó nada.

—Ya, pero podría pasar igualmente.

Ilya cruzó la habitación y se paró justo detrás de Shane. Le puso las manos sobre los hombros y los apretó con suavidad.

—Es muy probable que ocurra algo, que alguien se ponga enfermo o se haga daño. Pero todo irá bien. Es hockey. Y son críos.

Acarició con los dedos los largos mechones de la nuca de Shane. A Ilya le gustaba el pelo largo; le había gustado cómo encajaba con la transformación de Shane cuando estaban a solas los dos junto al lago, relajados e incluso un poco tontorrones.

Shane se frotó los ojos por debajo de las gafas.

—No quiero que esta semana sea un desastre.

—Te estás preocupando demasiado.

—Es fácil para ti decirlo —refunfuñó Shane—. Tu madre no te ha estado mandando mensajes toda la semana con detalles estresantes sobre este maldito campamento.

Ilya dejó caer las manos a los lados.

—No —dijo en voz baja—. No lo ha hecho.

Era temprano, y lo más probable era que Shane apenas hubiera dormido y estuviese aún más tenso de lo habitual, así que Ilya decidió pasar por alto el comentario con tan poco tacto. Sabía que Shane no había querido decir nada con eso. Al igual que sabía que no podía enfadarse con él por no salir nunca corriendo a recibir a la madre de Ilya en sus sueños recurrentes.

En lugar de eso, Ilya preparó café, porque parecía que Shane aún no lo había hecho.

—¿Dónde está Yuna? —preguntó Ilya al darse cuenta de golpe de que no estaba en la cocina.

Iba a quedarse con ellos durante la semana del campamento. El padre de Shane, David, ya estaba de vuelta en Ottawa, trabajando.

Shane resopló.

—Se ha ido a la pista hace unos cuarenta minutos.

A medida que Ilya había ido tratando más a los padres de Shane, se había sorprendido al descubrir que su novio (la persona más ambiciosa y decidida que Ilya había conocido jamás) era el holgazán de la familia.

—¿Y cuántos mensajes te ha enviado desde entonces?

—Demasiados. Supongo que esta tarde vendrá un equipo de noticias local. Son franceses, así que hablaré yo con ellos.

—Vale.

—Sé que es molesto que vengan el primer día, pero…

—No pasa nada.

Shane giró la silla para mirar a Ilya.

—¿Crees que estamos preparados?

—No lo sé —dijo Ilya con un tono tranquilo—. Solo tenemos a ocho jugadores profesionales de hockey como entrenadores. ¿Crees que eso es suficiente para enseñar a unos niños a jugar al hockey?

—Es solo que…

Lo que fuera que Shane iba a decir se disolvió en un suspiro de frustración.

Ilya agarró el respaldo de la silla de Shane y lo apartó de la mesa del portátil. Se agachó frente a él y apoyó los brazos cruzados sobre las rodillas de Shane.

—Solo eres tú siendo tú.

A Ilya le entusiasmaban los campamentos (había disfrutado mucho los del año anterior), pero no le gustaba lo rápido que Shane había vuelto a ser el de siempre, tan agobiado. Podrían haber pasado estas semanas en la cabaña, riéndose juntos en la cocina, sumergiéndose el uno al otro en el lago y disfrutando de sexo sin prisas y placentero en un lugar donde estuvieran a salvo y a solas. Ilya podría estar sentado en el muelle en este momento, con los pies colgando en el agua fresca y la cabeza de Shane en su regazo.

Pero estos campamentos eran importantes para ambos. Recaudarían fondos para organizaciones e iniciativas que ayudaban a personas que luchaban contra trastornos mentales. Personas que luchaban en su día a día como lo había hecho la madre de Ilya.

Aunque en los ojos de Shane todavía se percibía preocupación, su voz sonó suave cuando dijo:

—¿Y si alguien nos descubre?

—Somos buenos ocultando esto —dijo Ilya—. Llevamos años haciéndolo. Y el año pasado ya lo hicimos.

—¡Por los pelos! ¡Ryan Price nos pilló besándonos, joder! ¿Y si vuelve a ocurrir?

Ilya esbozó una sonrisa.

—¿Tan imposible es resistirse a mí?

Shane le dio un golpecito en el tobillo a Ilya.

—Ya te gustaría. Es por ti por quien me preocupo.

—Intentaré controlarme.

Shane jugueteó con un rizo de pelo cerca de la oreja de Ilya.

—Nada de besos —dijo con severidad—. Ni siquiera a puerta cerrada, ¿vale? No hasta que lleguemos a casa.

—Sí, no hay problema. Tampoco me gustas tanto.

Las palabras de Ilya se veían desmentidas por la forma en que apoyaba la mejilla en la palma de Shane.

—También estoy preocupado por Hayden —dijo Shane.

—¿Por si te besa?

—¡No! Me refiero a que lo cuente.

Ilya resopló.

—Podría ser. No es muy espabilado.

Hayden Pike era compañero de equipo de Shane y, por razones que Ilya aún no lograba comprender, también era una de las pocas personas en el mundo que conocía la verdad sobre la relación entre ambos. Además, era uno de los entrenadores del campamento, a pesar de las quejas de Ilya, que insistía en que no tenía madera de entrenador.

Shane tiró con fuerza del rizo que había estado retorciendo con suavidad.

—Es mi mejor amigo.

—Pensaba que tu mejor amigo era yo.

—Hayden es mi mejor amigo al que no beso —aclaró Shane.

—Lo siento por Hayden.

Ilya se levantó, parándose a mitad de camino para darle a Shane un beso rápido, y luego se dirigió a la cafetera. Llenó dos tazas de café solo, colocó una sobre la mesa junto al portátil de Shane y luego empezó a añadirle leche y azúcar a su propia taza. Shane seguía una dieta estricta para rendir al máximo, así que cualquier producto lácteo o azúcar que hubiera en casa era de Ilya.

—Gracias —murmuró Shane, más o menos un minuto después

de que Ilya le sirviera el café. Ahora estaba mirando el móvil.

—¿Es Yuna otra vez?

—Sí.

—¿Deberíamos ir ya?

—No. No pasa nada. Disfruta de tu café. —Shane se levantó y se volvió hacia Ilya—. ¿Cómo has dormido?

—Bien —mintió Ilya—. Probablemente mejor que tú.

—Pues seguro. —Shane se quitó las gafas de leer y recorrió con la mirada el cuerpo de Ilya—. Es injusto lo guapo que eres por las mañanas, ¿lo sabías?

Ilya esbozó una sonrisa.

—Dímelo en ruso.

Shane arrugó la nariz, concentrado.

—Eeeh… *Ty ochen' krasivy?*

El corazón de Ilya se aceleró, como siempre que Shane intentaba hablar en ruso.

—Casi.

—No. Dime cómo lo habría dicho mejor —insistió Shane.

En lugar de eso, Ilya lo besó, lento y despreocupado, mientras las palmas de Shane se deslizaban sobre el pecho desnudo de Ilya.

—Tienes que vestirte —murmuró Shane—. Y comer algo.

—Pillaré un desayuno de McDonald's de camino.

—Qué asco. —Shane dio un paso atrás y cogió su café de la mesa—. Hablo en serio sobre lo de besarnos hoy. Y no te pongas, ya sabes, sexy.

—Imposible.

—Ya sabes a qué me refiero. No te insinúes.

—¿Insinu… qué? ¿Eso es algo sexual?

—Que no tontees conmigo. Ya me entiendes, no intentes ponerme cachondo o lo que sea. Sé profesional.

Ilya se acercó a él.

—No tengo que intentar ponerte cachondo, *móy liubímiy*.

Shane entreabrió los labios y cambió ligeramente la postura. Luego parpadeó y dijo:

—Eso. Justo eso. No hagas nada parecido hoy.

Ilya le acarició la mejilla con la yema del dedo.

—¿Por qué? ¿Estás cachondo?

—No. Y, en cuanto te vea comiéndote uno de esos asquerosos sándwiches de desayuno, no volveré a querer besarte nunca más.

Ilya se rio.

—Entonces será mejor que me coma dos. Por si acaso.

—Bienvenidos al campamento Rozanov —anunció Ilya.

—¡Buuu! —dijo Wyatt Hayes, y los niños se echaron a reír.

—¿Acaso no es ese el nombre? —preguntó Ilya con inocencia—. Creía que era lo que habíamos acordado.

Shane solo pudo negar con la cabeza, apretando los labios con fuerza para reprimir una sonrisa.

—¡Es el campamento de hockey *Game Changers*! —gritó uno de los niños.

—Uf. Qué mal… El campamento Rozanov es mejor. Yo soy Ilya, y este es mi amigo Shane.

—Hola —dijo Shane.

—Todo el mundo sabe que Shane y yo nos caemos muy bien y siempre nos llevamos de maravilla —dijo Ilya. Los niños se rieron aún más. Algunos protestaron en voz alta—. Pero por si acaso… no nos ponemos de acuerdo… hemos traído a más amigos para que nos ayuden. Para los porteros, vuestros entrenadores serán Wyatt Hayes, que juega conmigo en vuestro equipo favorito, los Ottawa

Centaurs.

Algunos de los niños se atrevieron a abuchear.

—Esta semana todos estamos en el mismo equipo —dijo Wyatt sonriendo—. Guardaos los abucheos para el invierno.

—Y también está Leah Campbell, que tiene más medallas y premios que nadie aquí, creo.

—Por dos —dijo Leah con alegría—. No es que nadie lleve la cuenta.

Ilya golpeó el hielo con su *stick* a modo de aplauso, y los niños y los demás adultos hicieron lo mismo.

—Para los defensas, los entrenadores serán Ryan Price, que es el hombre tan alto y guapo que hay ahí…

—Hey, hola… —dijo Ryan en voz baja mientras movía los patines.

—… y J. J. Boiziau, el hombre alto y más o menos guapo que está a su lado.

—Ten cuidado, Rozanov —dijo J. J., y Shane sabía que solo bromeaba a medias. A J. J., uno de los capitanes asistentes de Shane y uno de sus mejores amigos, no le había hecho ninguna gracia enterarse de que Shane e Ilya eran amigos. Ya se le había pasado en gran parte, pero, al igual que Hayden, nunca había llegado a tragar a Ilya. Shane, desde luego, no estaba preparado para contarle a J. J. que Ilya y él eran «más que amigos». No todavía.

A pesar de la burlona valoración de Ilya, era innegable que J. J. era guapo, aunque él y Ryan Price no podían parecerse menos entre ellos. Ryan era pálido, con unos ojos avellana inquietos, pelirrojo, y llevaba una barba que, en ese momento, estaba más recortada que cuando Shane lo había visto en otras ocasiones. También padecía ansiedad, que fue una de las razones por las que se había retirado antes de lo planeado a los treinta y un años. J. J., con su metro

ochenta y seis, era casi tan alto como Ryan, e igual de corpulento, pero él tenía la piel morena, llevaba el pelo corto y tenía un acento quebequés con un ligero matiz criollo haitiano heredado de sus padres, además de toda la confianza del mundo.

La otra gran diferencia entre ellos era que Ryan Price sí conocía el secreto de Shane e Ilya. Los había pillado besándose el año anterior, al final del primer día de campamento. Shane aún apenas conocía al chico, porque le daba tanta vergüenza que ni siquiera se atrevía a mirarlo a los ojos. Pero Ryan también era gay y no era muy charlatán. Por lo que Shane sabía, había guardado el secreto.

—Y, en cuanto a los delanteros —continuó Ilya después de que los chicos dejaran de regañarle—, estamos Shane y yo, y también Max Riley, a quien conocéis del equipo de Canadá. Y por ser el marido de Leah.

A Shane le gustó el entusiasta golpeteo de *sticks* que recibió Max. Ilya había sugerido invitarlo a ser entrenador, y Shane había aceptado enseguida. Max había estado bastante en el punto de mira de los medios durante los últimos dos años tras salir del armario como hombre trans. Había jugado con su mujer en el equipo de Canadá durante años, incluso en dos Juegos Olímpicos, pero, desde que había salido del armario, se había quedado sin equipo. Era un defensor acérrimo de los derechos de las personas trans en el deporte, y Shane se alegraba de que tanto él como Leah formaran parte de su plantilla. No solo porque eran activistas, sino porque ambos eran unos jugadores de hockey increíbles.

—Y también Hayden Pike —dijo Ilya rápido—. ¡Venga! Empecemos.

Ilya tenía que admitir que Shane era un entrenador bastante malo.

Pero en plan cuqui.

—Vale —murmuró Shane a un grupo de cuarenta jóvenes jugadores de hockey—. Bueno, empezáis en la línea de gol y recibís un pase cuando llegáis a la línea azul. Es decir, sonará un silbato y entonces os ponéis en marcha. Y el *puck* lo lanzará la siguiente persona en la fila. No. Esperad. Lo lanzará la siguiente persona de la fila, pero desde la esquina opuesta. Eeeh…, porque habrá dos grupos. Uno en cada esquina, y eeeh…

Ilya sintió como si, de algún modo, se hubiera metido en una de las pesadillas de Shane. Como si le estuvieran obligando a dar una charla sobre un tema del que no sabía nada.

J. J. tomó el relevo, seguramente porque también se había dado cuenta de la confusión y el pánico en las caras de los niños. Mientras explicaba el ejercicio, bastante sencillo, con su voz alegre y resonante, Shane se retiró para colocarse junto a Ilya.

—Muy buen trabajo, entrenador Shane —bromeó Ilya.

—Soy un paquete —dijo Shane.

—Sí, pero el resto de nosotros no, así que no pasa nada.

Era cierto. Incluso Ryan Price, que era una de las personas más tímidas y torpes en lo social que Ilya había conocido jamás, se llevaba de maravilla con los críos.

—Pero se supone que yo estoy al mando —dijo Shane con desgana.

—Se supone que también estás al mando de tu equipo, pero todos sabemos que J. J. es el verdadero capitán de Montreal.

Shane le dio un codazo en las costillas con el extremo del *stick*.

—Soy un gran capitán.

—Lo sé, cariño.

Shane le dio otro codazo, esta vez más fuerte.

—Para ya.

El entrenamiento comenzó e Ilya observó cómo los niños se pasaban el *puck* y patinaban alrededor de los conos con él. Todos parecían saber qué hacer, así que J. J. había hecho un buen trabajo. Ilya echó un vistazo al otro extremo de la pista, donde Wyatt Hayes y Leah Campbell estaban trabajando con seis jóvenes porteros. Max también echaba una mano lanzando tiros con cuidado a las porterías. Se oían muchas risas y gritos de alegría procedentes de ese extremo de la pista.

—Está yendo bien —dijo Ilya.

—¿Tú crees?

—Sí. Los chavales se lo están pasando bien. Los entrenadores son buenos. Y creo que la número veintidós está pillada de mí.

Asintió con la cabeza en dirección a una chica cuyos ojos se abrieron como platos tras la máscara, y ella apartó la mirada rápido.

Shane se burló.

—¿Quién no está pillado de ti?

—Hayden. —Ilya hizo una pausa, como si estuviera sumido en sus pensamientos—. A menos que…

—Espera un momento —dijo Shane.

Luego patinó hacia un chico que acababa de terminar el ejercicio. Se inclinó para hablar con él y empezó a enseñarle algo relacionado con el ángulo de la pala del *stick*. Ilya sintió muchas cosas a la vez, tanto por la forma en que los pantalones de chándal de Shane se ajustaban a los músculos de sus muslos como por la calidez que florecía en su pecho cada vez que veía a Shane interactuar con los niños.

—¿De verdad vas a entrenar a alguien, o solo estás aquí para lanzarle miraditas a Shane?

Ilya parpadeó y apartó la mirada de su novio para fijarla en Hayden Pike.

—¿Estás aquí por alguna razón en concreto?

Hayden se dio un golpecito en la visera de la gorra de los Montreal Voyageurs, campeones de la Copa Stanley.

—Estoy aquí para representar el equipo ganador, colega.

Bueno. Ilya no podía rebatir eso. Su propio equipo no iba a ganar ningún título en un futuro próximo. Se hizo una nota mental para acordarse de ponerse al día siguiente la gorra idéntica que tenía Shane porque eso enfurecería a Hayden, y dijo:

—Dirige el próximo ejercicio de pases. A ti se te dan bien.

Hayden entrecerró los ojos, como si estuviera analizando las palabras de Ilya, buscando el insulto. Al final, con cautela, le respondió:

—Claro que se me da bien. Soy el que más asistencias tiene en Montreal.

—Lo sé. Por eso lo he dicho.

—Entonces vale.

—Vale.

Hayden lo estudió un momento más, luego asintió y se alejó patinando. Ilya no se había dado cuenta de lo divertido que sería confundir a Hayden con cumplidos. Tendría que hacerlo más a menudo.

Ilya no pudo evitar fijarse en que el periodista con el que hablaba Shane era muy… atractivo. Ilya trató de centrarse en los niños a los que estaba entrenando, pero su mirada no dejaba de desviarse hacia donde estaba Shane, justo detrás del cristal, en una esquina. Incluso desde ahí, Ilya podía ver las sonrisas coquetas que el hombre le lanzaba a Shane.

O quizá solo eran sonrisas normales e Ilya estaba exagerando.

—¿Señor Rozanov?

Apartó la mirada de su novio y del apuesto desconocido, y bajó los ojos hacia la chica que tenía delante.

—Ilya —la corrigió con amabilidad—. ¿Ocurre algo, Chloe?

—No. Es solo que..., eeeh… —Bajó la vista hacia sus patines, con los que se movía nerviosa de un lado a otro.

Ilya se agachó.

—¿Sí?

—No paro de fallar los pases de revés. No solo en el ejercicio, sino, bueno, todo el rato. ¿Sabes qué estoy haciendo mal?

Ilya sonrió.

—Pues hagamos unos cuantos y así vemos cuál es el problema.

Pasó los siguientes quince minutos lanzándole pases a Chloe y corrigiendo la posición de su *stick* cuando ella los recibía. Al final, la niña estaba repleta de orgullo mientras aceptaba con facilidad una serie de pases consecutivos de Ilya, y él apenas había mirado en dirección a Shane.

Cuando Chloe se unió al grupo que J. J. había reunido en el centro de la pista, Ilya echó un vistazo y vio al chico guapo riéndose con Shane de algo. Y entonces el cabrón le puso una mano en el brazo.

No había ninguna razón de peso para que Ilya patinara por la pista con uno de los *pucks* y lo lanzara contra el cristal detrás de la cabeza de Shane, pero lo hizo de todos modos. Pudo oír a Shane gritar, e Ilya se rio cuando este se volvió bruscamente, con los ojos llenos de furia.

—¡Capullo! —gritó Shane.

Ilya señaló con el *stick* a los niños que estaban en la pista y negó con la cabeza.

—Esa boca, Hollander.

El ambiente entre ellos se mantuvo tenso durante el resto del día. Ilya ni siquiera pudo disculparse porque Shane no le dirigía la palabra. No es que tuviera ganas de disculparse; solo quería que Shane dejara de estar enfadado por eso.

E Ilya quería dejar de sentirse avergonzado por haberlo hecho. Había sido inmaduro, mezquino y poco profesional. Sin embargo, seguía sin querer disculparse.

Al final del día tuvieron una especie de reunión con Yuna en la sala que todos usaban como oficina. Shane ni siquiera miró a Ilya en toda la conversación. Cuando Yuna se fue, Ilya se preparó para que Shane soltase su rabia.

La tormenta comenzó con Shane barajando ruidosamente unos papeles sin motivo alguno. Luego cruzó los brazos, resopló y se quedó mirando la pared frente a Ilya.

Ilya no podía aguantar eso. Prefería que Shane descargara toda la ira que tenía dentro para poder seguir adelante. Por suerte, era un experto a la hora de hacer que Shane descargara su ira.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Ilya.

Shane se volvió para mirarlo, con los ojos brillantes.

—El problema es que estoy intentando dirigir un campamento con un puto crío.

—¿Lo dices por lo del *puck*? —preguntó Ilya haciéndose el tonto.

—¡Lo digo porque siempre me haces quedar como un idiota!

—Qué dices…

—¿Por qué lo has hecho? ¿Porque Laurent es guapo?

—Laurent. —Ilya dio un paso triunfal hacia él—. Así que te atrae…

—¿Qué? No. Bueno, sí. Es mono, pero…

—Y a él le has parecido mono tú.

Shane paró en seco y sus mejillas se sonrojaron de una forma

que a Ilya solía encantarle. Ahora no le hacía tanta gracia.

—Sí, hombre —dijo Shane—. Si ni siquiera estabas ahí.

—Me he dado cuenta.

Shane estaba a solo unos centímetros de él, con la cabeza echada hacia atrás para poder mirar fijamente a Ilya a pesar de la diferencia de altura.

—Casi me da un infarto con ese estúpido *puck*, ¿y por qué? ¿Porque pensaste que estaba coqueteando?

Ilya resopló.

—No sabes coquetear.

Shane entrecerró los ojos, desafiante.

Ilya apartó la mirada.

—Quizá estaba celoso.

—Ajá.

—Es que… Fue una tontería, ¿vale? No estoy orgulloso de haberlo hecho.

Cuando volvió a mirar a Shane, vio que le sonreía, pero no a malas. Más bien con aire victorioso y engreído.

—¿Qué creías que iba a ocurrir de verdad?

Ilya se encogió de hombros.

—Quizá pensarías que era muy simpático. Atractivo. No un jugador de hockey rival.

Le aterrorizaba que algún día Shane se diera cuenta de que podía estar con alguien que no fuera un oscuro secreto. A quien pudiera amar sin problemas.

Shane exhaló haciendo mucho ruido, con evidente exasperación.

—Me he pasado todo el día intentando que…

Sus ojos se dirigieron rápido hacia la puerta, que estaba entreabierta, seguro que al darse cuenta de lo alto que estaba hablando. Bajó la voz hasta casi susurrar.

—Intentando que no se note lo enamorado que estoy de ti, joder.

—Shane…

—No. Cállate. Si de verdad no te das cuenta de que no voy a dejarte por el primer chico mono que me sonría, entonces no sé ni qué estamos haciendo, Ilya.

—Lo siento —dijo Ilya porque, de golpe, lo sentía de verdad—. Ha sido un día raro. Quizá solo estaba… —Suspiró—. Lo siento.

Shane posó una mano sobre el pecho de Ilya.

—Soy tuyo. Ya lo sabes.

—Sí…

Ilya se dio cuenta de que se estaba inclinando para darle un beso, olvidando por completo dónde estaban.

Lo recordó un poco demasiado tarde.

—Ay, dios —dijo una voz desde la puerta—. Otra vez no.

Ryan Price ocupaba todo el umbral con su enorme cuerpo, horrorizado.

—¡No estábamos haciendo nada! —dijo Shane enseguida—. Solo estábamos hablando.

Ryan miró a uno y a otro, sin mucha dificultad, ya que estaban prácticamente pegados.

—Vale.

Ilya dio un paso atrás y, con mucha calma, dijo:

—¿Podemos ayudarte en algo?

—Pueees los de las noticias están recogiendo y querían hablar con vosotros. Me los he encontrado al salir.

—Gracias. —Shane sonaba como si le fuera a dar algo—. Ahora mismo vamos.

Ryan volvió a asentir.

—Vale. Bueno. Nos vemos mañana.

Se marchó a toda prisa antes de que Shane o Ilya pudieran responder.

—Me cae bien este chico —dijo Ilya.

—A mí también. Y me gusta que sepa guardar un secreto.

—Sí. Quizá podamos salir esta semana con él y su querido Fabian.

—¿Qué? ¿Tipo una cita doble?

—Claro. ¿Por qué no?

Habían invitado a Hayden Pike y a su mujer, Jackie, a casa de Shane unas cuantas veces. Y también habían ido a casa de los Pike una vez, lo cual había sido divertido porque Ilya había podido jugar con sus cuatro hijos estupendos y pasar de Hayden. Pero nunca habían salido juntos con otra pareja *queer*. Ninguna que supiera de su relación. A Ilya le parecía que podría ser un plan… chulo.

Shane frunció el ceño de una forma muy tierna e Ilya supo que estaba intentando encontrar una razón para oponerse, pero al final sonrió y dijo:

—Anda. Pues en realidad podríamos hacerlo, ¿no?

Ilya le devolvió la sonrisa.

—Podríamos.

Shane soltó un suspiro.

—Vale. Voy a hablar con Laurent.

—¿También está invitado a nuestra cita? ¿Vamos a romper tu regla de no hacer tríos?

Mientras Shane salía por la puerta le hizo un corte de mangas a Ilya con una mano a la espalda.

—¿Qué le pasa a Shane? —preguntó Yuna.

Ilya echó un vistazo a la mesa de la cocina, donde Shane miraba

con aire abatido hacia el horizonte, con la parte inferior de la cara cubierta por las manos entrelazadas.

—A mí me parece que está bien —dijo Ilya con tono seco.

Espolvoreó unos arándanos sobre la ensalada que había preparado para acompañar el pollo que Yuna había horneado para cenar.

—Shane, ¿qué te pasa? —preguntó Yuna.

Shane exhaló despacio, bajó las manos y dijo:

—Nada. Es solo que, ya sabes, estoy revisando cosas todo el día en mi cabeza. No me puedo creer que Ryan nos haya vuelto a pillar.

Yuna apartó la vista de las pechugas de pollo que estaba revisando.

—¿En serio, chicos?

—¡No estábamos haciendo nada! —aclaró Shane.

—Shane estaba a punto de hacerlo —dijo Ilya.

—No es verdad.

—Ibas a besarme.

—Tú ibas a besarme.

—Vale. Ya basta —interrumpió Yuna—. No es para tanto, ¿no? Ryan es gay, así que debe de estar… —Movió la mano en el aire buscando las palabras apropiadas— de acuerdo con eso.

—Parecía horrorizado —respondió Shane.

—No pasa nada —dijo Ilya con naturalidad—. Lo sabe desde hace un año y no se lo ha contado a nadie. ¿Dónde está el queso de cabra?

—Lo sé, pero da vergüenza. Y no es profesional. Y le hemos cargado al pobre chico con un secreto bastante gordo —dijo Shane —. A mí no me pongas queso, ¿vale?

—Ya lo sé.

—Me cae bien Ryan —dijo Yuna—. Es un encanto.

—Sí —asintió Ilya—. Quizá le propongamos quedar los cuatro juntos con él y su novio.

Yuna puso las manos sobre los hombros de Ilya y los apretó una vez.

—Me encanta esa idea…

Ilya se mordió el labio para contener la sonrisa. La familia de Shane le caía muy bien.

—¿No crees que podríais contarle al resto del personal lo de vuestra relación? —preguntó Yuna, mientras volvía a estar pendiente del pollo. Era una pregunta que Ilya se había hecho muchas veces. Se concentró en sacar el queso de cabra de la nevera y dejó que Shane respondiera.

—Todavía no —dijo Shane—. Creo que con Leah y Max no habría problema, pero no los conocemos tan bien, así que no le veo mucho sentido contárselo, ¿sabes?

—Quizá podríamos contárselo a Wyatt —dijo Ilya.

—¿Tú crees? —preguntó Shane. Luego negó con la cabeza—. No quiero que tu portero lo sepa. Sería demasiado raro.

—Hayden lo sabe —señaló Yuna—. ¿Por qué no puede saberlo el compañero de equipo de Ilya?

—Hayden es mi mejor amigo y el único de mis compañeros de equipo que lo sabe. Y ni de broma se lo voy a contar a J. J.

—¿Puedo hacerlo yo? —preguntó Ilya.

—Ni se te ocurra bromear con eso —suspiró Shane—. Quiero mucho a J. J., y me ha apoyado muchísimo con lo de ser gay, pero no está preparado para enterarse de lo nuestro. Créeme.

—Bueno, yo tampoco lo estaba —dijo Yuna—. Pero lo superé.

—J. J. no es mi madre.

—No —dijo Yuna—. Tu madre es la que prepara la cena al final de un largo día mientras tú te quedas sentado sin hacer nada y con

cara de pocos amigos. Haz el favor de venir a echar una mano.

—Yo estoy echando una mano —no pudo resistirse a decir Ilya.

—Lo sé. —Yuna le dio una palmadita en la mejilla—. Por eso eres mi hijo favorito.

Ilya sonrió a Shane, quien intentó parecer molesto, pero no lo consiguió del todo porque su mirada se había suavizado.

Más tarde, se sentaron todos juntos alrededor de la mesa y brindaron con vasos de agua por su exitoso primer día de campamento. Comieron su cena saludable, aprobada por Shane, y hablaron de hockey, de la organización benéfica, de ideas de decoración para la casa de Shane y de planes para el resto del verano. A Ilya le pareció, como siempre, maravilloso y surrealista al mismo tiempo. Nunca había esperado tener esta comodidad doméstica en su vida. No con otra persona. Nunca había imaginado que formaría parte de una familia y que volvería a tener padres.

Haría absolutamente todo lo posible por proteger eso, y le aterrorizaba constantemente la idea de que, llegado el momento, no fuera capaz de hacerlo. Porque ese día llegaría.

Shane se ofreció a recoger después de cenar para compensar por haber holgazaneado durante la preparación. Yuna insistió en ayudar, lo que probablemente significaba que quería hablar con Shane, así que Ilya salió a la terraza trasera.

Se apoyó en la barandilla y contempló el cielo, donde las estrellas apenas se vislumbraban entre todas las luces de la ciudad. Nada que ver con la cabaña de Shane.

—Creo que te gustaría lo que hemos hecho hoy. —Ilya habló en voz baja, en ruso, dirigiéndose al cielo—. Espero que estés orgullosa.

Normalmente solo hablaba con su madre, aunque ahora ninguno de sus padres estuviera vivo. La muerte de su madre había sido repentina y devastadora. Su padre se había ido apagando poco a

poco a causa del alzhéimer, e Ilya aún no había aclarado sus sentimientos respecto a la pérdida del hombre que nunca había tenido una palabra amable para él. Ni para la maravillosa madre de Ilya.

Harris, el amigo de Ilya, que estaba en Ottawa, juraba que había un fantasma viviendo en la casa de sus padres. Un tío abuelo o algo así. Ilya no era dado a creer en fantasmas, pero se aferraba a la idea de que el espíritu de su madre estaba con él, de algún modo. Necesitaba que fuera así.

—Oye —dijo Shane en voz baja a sus espaldas—. Mamá se ha ido a la cama.

Ilya se volvió para mirarlo. Cuando habían llegado a casa, se había puesto unos pantalones cortos de chándal y una camiseta de los Voyageurs. Iba descalzo y tenía el pelo revuelto. Ilya abrió enseguida los brazos y Shane prácticamente se dejó caer en ellos, apoyando la frente en el hombro de Ilya y exhalando con fuerza.

—Estoy agotado —dijo Shane—. Vamos a la cama, ¿vale?

—Claro.

Pero Shane no se movió. Rodeó la cintura de Ilya con sus fuertes brazos y lo abrazó, mientras respiraba despacio contra su cuello. Ilya los meció un poco, con suavidad, de un lado a otro, y disfrutó de la tranquilidad. Cerró los ojos y se concentró en lo bien que se sentía al estar con Shane, a solas en la oscuridad, e intentó no desear que fuera igual a la luz del día.

Capítulo 3

Shane le pidió a Ryan que lo ayudara a sacar algo de material del almacén de la pista a la mañana siguiente. Ryan, como era de esperar, parecía incómodo con la idea.

—No se lo he dicho a nadie —soltó Ryan en cuanto se quedaron solos en la sala de material.

—Lo sé. Eso no me preocupa —le aseguró Shane.

—Ah. —Los enormes hombros de Ryan se relajaron y dejaron de estar pegados a las orejas—. ¿Qué material necesitamos?

—Las miniporterías y algunas de esas, eeeh, cosas para, ya sabes, practicar el manejo del *stick*. Ya me entiendes. Esas… ¿cositas?

—Cositas —repitió Ryan despacio, mirando a su alrededor como si esperara que las cosas aparecieran por sí solas.

—Oye, eeeh —dijo Shane.

La atención de Ryan volvió de golpe hacia Shane.

—Tu novio está en la ciudad contigo, ¿verdad? ¿Fabian?

—Sí —respondió Ryan con recelo.

—Genial. Estábamos pensando… O sea, Ilya y yo, quiero decir…, que quizá os apeteciera salir esta noche. Ir a cenar, ¿quizá? ¿Con nosotros?

Ryan frunció el ceño.

—¿Tipo cita doble?

—Sí, supongo. Más o menos. O sea, sí. —Shane exhaló e intentó recomponerse—. Nunca hemos salido con otra pareja. Tipo, una pareja gay. Yendo como pareja.

—Eeeh…

Shane sintió como si se hubiera roto una presa en su interior y descargó un torrente de palabras con mucha carga sobre el pobre Ryan.

—Nadie sabe lo nuestro, bueno, casi nadie, así que estaría bien, o sea, no tener que escondernos. Bueno, seguiríamos teniendo que hacerlo si fuéramos a un restaurante o algo así. No iríamos, o sea, haciéndolo evidente… En fin, estaría bien pasar una noche con gente que no nos juzgue. A menos que tú nos estés juzgando. Quizá pienses que lo que estamos haciendo es una locura, porque supongo que en cierto modo lo es, pero…

—¿Hay más gente que lo sabe? —interrumpió Ryan.

—¿Qué?

—No soy el único que lo sabe. ¿Lo sabe más gente?

—Sí. Claro. Algunas personas. Mis padres. Hayden y su mujer. Mis compañeros de equipo saben que soy gay, pero no saben lo de Ilya. Excepto Hayden. Pero acabo de decirlo, así que…

Ryan cerró los ojos y exhaló con fuerza.

—Menos mal. Pensaba que era el único que lo sabía o algo así.

—No eres solo tú. Perdona si te hemos dado a entender eso.

—No pasa nada. Me lo debería haber imaginado. —Suspiró—. Fabian me ha hablado de una pizzería a la que quería ir esta noche. Supongo que vosotros también podríais venir.

La dieta que seguía Shane en ese momento hacía que prácticamente no pudiera comer nada en una pizzería, pero asintió

con entusiasmo.

—Suena genial. ¡Claro!

—Vale.

Ryan se volvió para mirar uno de los montones de material que había junto a la pared.

—Bueno…, ¿podemos coger lo que necesitamos y largarnos de aquí ya?

Shane se dio cuenta de que, básicamente, había acorralado a Ryan en un espacio reducido y le había soltado un montón de cosas raras, algo que probablemente no era la situación ideal para alguien con ansiedad.

—Sí. Lo siento. Joder, Ryan. Estoy siendo un puto rarito. Es solo que…

—¿Estás nervioso? —adivinó Ryan.

—Sí. Pero también emocionado. —Shane se rio con voz temblorosa—. En cierto modo, me alegro de que nos pillaras el año pasado.

La expresión de Ryan le indicó que él no se alegraba de haberlos pillado.

—Y tengo muchas ganas de conocer a tu novio —dijo Shane—. El año pasado no tuve la oportunidad.

Ryan, después de oír eso, sonrió.

—No se parece en nada a mí. Nadie se acaba de creer que estemos juntos.

—Sé qué se siente…

La pizzería resultó ser más bien un bar que servía pizza. Un bar gay que servía pizza.

Shane dudó un momento al acercarse a la entrada. E Ilya se dio

cuenta.

—¿Tienes algún problema…? —preguntó Ilya.

Shane intentó adoptar una expresión de alguien tranquilo y dispuesto a todo.

—No —respondió. Cruzó la puerta con paso firme.

Tenía una cita. Con su novio. En Montreal. No era nada del otro mundo.

Su novio que, por cierto, estaba buenísimo. Ilya llevaba una camiseta de tirantes de color verde azulado con un estampado floral descolorido que resaltaba sus musculosos brazos, así como el tatuaje de un colimbo cerca del hombro izquierdo que Shane aún no se podía creer que se hubiera hecho. Le había sorprendido con él hacía un par de meses y había echado la culpa al aburrimiento mientras Shane estaba en los *play-offs*, pero Shane sabía que no era algo que Ilya se había hecho porque se aburría. El tatuaje significaba algo para los dos. Representaba el tiempo que pasaban juntos en verano, en su casa del lago.

Ilya también llevaba unos pantalones cortos grises holgados y unas zapatillas negras sin cordones, y tenía un aspecto tan relajado y veraniego que Shane sintió la tentación de llevarlos a los dos directamente a la cabaña y hacer el amor con él en la orilla cubierta de hierba.

—Por ahí —dijo Ilya mientras le fastidiaba la fantasía a Shane.

Señalaba una mesa pegada a la pared donde Ryan Price estaba sentado junto a un chico mucho más bajito.

Cuando llegaron a la mesa, Ilya tomó de inmediato la iniciativa.

—Me gusta esa camiseta, Price. El morado te queda bien.

—Oh. Eeeh… Gracias.

—Y tú eres Fabian, ¿verdad?

—El único e inigualable.

Shane no se había esforzado mucho en visualizar al novio de Ryan, pero nunca se lo habría imaginado con ese aspecto. Fabian Salah era guapo. Tenía una piel cálida y dorada, y un pelo oscuro y sedoso, corto por los lados, pero lo suficientemente largo por arriba como para caer sobre sus ojos oscuros, que estaban maquillados. Llevaba una camiseta de tirantes de encaje negro que se ceñía a su esbelto torso, y en el elegante cuello lucía un colgante de diamantes con forma de corazón.

Era, digamos, descaradamente «no hetero», de una forma a la que Shane no estaba acostumbrado. El tipo de chico al que, cuando Shane era más joven y aún se estaba descubriendo a sí mismo, miraba y pensaba: «No soy gay porque no soy como él». No era una buena forma de pensar, pero incluso como hombre gay enamorado de otro hombre con el que mantenía relaciones homosexuales, Shane no podía evitar sentir una reacción instintiva de incomodidad en presencia de Fabian.

Lo cual solo demostraba que Shane necesitaba pasar más tiempo con otras personas *queer*. En concreto, con personas *queer* que no jugaran al hockey.

—Soy Ilya. Él es mi… Shane.

Shane intentó ignorar lo mono que le parecía aquello porque, de lo contrario, la primera impresión que Fabian se llevaría de él incluiría una gran sonrisa tonta.

—Hola, Fabian —dijo Shane estrechándole la mano mientras se sentaba en la silla frente a él. Fabian llevaba las uñas pintadas de azul violáceo—. Encantado de conocerte.

—Igualmente.

Esa única palabra provocó una extraña sensación en el estómago a Shane. Fabian irradiaba una sensualidad natural que, como mínimo, resultaba desconcertante.

—Me gusta tu pelo —intentó decir Shane, porque era verdad.

El pelo de Fabian era guay.

Los labios de Fabian esbozaron una sonrisa cálida y burlona a la vez, muy parecida a la que solía poner Ilya.

—Gracias. A mí me gustan tus gafas.

—Ay, gracias.

—Cree que son un disfraz —bromeó Ilya—. Como las de Superman.

—¡Oye! —protestó Shane—. No hacen daño a nadie. Además, sin ellas no puedo leer la carta. Así que cállate.

Ilya le dio un ligero golpecito con la zapatilla en el tobillo por debajo de la mesa, lo que hizo que este se diera cuenta de que había estado moviendo la pierna de forma compulsiva. Se quedó quieto, pero Ilya mantuvo el pie apoyado en el de Shane.

—Ryan me lo ha contado todo sobre vuestros campamentos y vuestra organización benéfica —dijo Fabian—. Es genial… Toco en eventos benéficos para centros de acogida de jóvenes e iniciativas de salud mental en Toronto siempre que puedo.

—Eres músico, ¿verdad? —preguntó Shane—. Lo siento, no sé casi nada de música.

—Es una pasada —dijo Ryan con toda sinceridad—. Deberías verlo actuar. Da un concierto el viernes por la noche aquí en la ciudad, si estáis…, eeeh. O sea.

—Puedo poneros en la lista de invitados —dijo Fabian con total naturalidad—. No pasa nada si luego preferís no ir.

—Ya he comprado entradas —dijo Ilya—. Para los dos.

«¿Qué cojones?».

—¿En serio? No me lo habías dicho.

—Sorpresa.

Shane no sabía muy bien qué pensar de todo aquello. Ilya y él

nunca iban a ningún sitio juntos, y esta salida en concreto parecía salirse bastante de la zona de confort de Shane.

—¿En qué tipo de local es el concierto? —preguntó Shane con la mayor naturalidad posible—. ¿En un club o…?

—Quiere saber si es un club gay —intervino Ilya, siendo servicial.

Shane le pisó el pie.

—No.

—Es solo un local. Un club. Lo que sea… —dijo Fabian con un gesto de su elegante mano. Luego se inclinó hacia él y, con una sonrisa pícara, añadió—: Pero para cuando haya terminado de tocar ya se habrá convertido en gay.

Ilya se rio a carcajadas al oírlo, mientras que Ryan resopló y negó con la cabeza, sonriendo a su novio con una mirada repleta de amor.

—Suena divertido —dijo Shane, y lo decía más o menos en serio. Nunca le había gustado mucho la música en directo, pero sentía curiosidad por ver a Fabian en acción. Además, le había sorprendido para bien que Ilya hubiera planeado una especie de cita sorpresa para los dos.

Charlaron un rato sobre Montreal hasta que el camarero se acercó a tomarles nota de las bebidas. El joven se presentó como Leo y, acto seguido, abrió mucho los ojos, como si acabara de reconocer quiénes estaban en la mesa. Shane se preparó para que le pidieran un selfi, pero Leo lo sorprendió.

—¿Eres Fabian Salah? —preguntó en voz baja.

Fabian solo respondió con una sonrisa pícara.

—Hostia puta —dijo Leo—. Soy un gran admirador tuyo. —Se tapó la boca un poco con una mano y luego se la quitó con la misma rapidez—. Lo siento. Voy a ir a tu concierto el viernes. Me pedí la noche libre hace semanas.

—Qué tierno —dijo Fabian—. Gracias. Intentaré que merezca la pena.

—Todo lo que haces es increíble. Te vi tocar una vez en Toronto y estoy tan… sin palabras. Lo siento. Vale, ya estoy bien. ¿Qué os apetece tomar?

Shane oyó a Ilya soltar una risita junto a él. Al otro lado de la mesa, Ryan rebosaba orgullo.

—A mí me encantaría uno de tus mojitos —dijo Fabian—. Veo que en otras mesas los están tomando y me da envidia.

—Por supuesto —dijo Leo sonriendo como un tonto, como si Fabian lo tuviera hipnotizado.

—Yo tomaré esto —dijo Ilya, señalando una tarjeta sobre la mesa que anunciaba los productos de una cervecería artesanal—. La *pilsner*.

—¡Claro! Sí —dijo Leo volviendo a prestar atención—. Buena elección.

—Yo tomaré lo mismo —dijo Ryan en voz baja.

—¿Tenéis té helado sin azúcar? —preguntó Shane. Enseguida vio cómo el pánico se apoderaba de la cara de Leo—. No te preocupes. Tomaré un agua con gas y lima. O limón. Lo que sea.

Leo le dedicó a Fabian una última sonrisa nerviosa y emocionada, y luego salió corriendo a por sus bebidas. Ilya le dio un codazo a Ryan en el antebrazo, que tenía apoyado sobre la mesa.

—Leo está enamorado de tu novio.

Ryan sonrió.

—Ya estoy acostumbrado a que pasen cosas así. Aunque sigue siendo guay.

—Ryan también recibe mucha atención —dijo Fabian—. Pero rara vez nos reconocen las mismas personas.

—Son grupos de fans muy distintos —asintió Ryan.

—Excepto los aficionados al hockey *queer*, que piensan que es, tipo, lo mejor del mundo que seamos pareja.

—¿Ah, sí? —preguntó Shane, de repente muy interesado en la conversación—. ¿Qué dicen?

—Se alegran por mí —dijo Ryan en voz baja.

—Y tienen celos de mí, estoy seguro —añadió Fabian.

—Sí, hombre —resopló Ryan.

—¿Alguna vez te encuentras con la otra cara de la moneda? —preguntó Shane—. ¿Por parte de aficionados al hockey?

—Quizá —respondió Ryan—. No uso redes sociales y ya no juego al hockey, así que supongo que no me entero si hay comentarios al respecto.

Bueno. Shane sí que jugaba al hockey y, aunque no era muy activo en internet, había estado más presente en su cuenta de Instagram desde que él e Ilya habían puesto en marcha la organización benéfica. Y, además, o sea, tenía una relación de pareja con su archirrival. Eso era un poco distinto de la situación de Ryan.

Leo volvió con sus bebidas. Le dio primero a Fabian su mojito, que estaba repleto de hojas de menta y tenía un aspecto muy refrescante.

—Me has salvado la vida, corazón —le dijo Fabian—. Esto es justo lo que necesito.

Leo esbozó una amplia sonrisa mientras repartía el resto de las bebidas. Colocó un vaso alto de agua con gas delante de Shane, con rodajas de lima y limón decorando el borde.

—¿Sabéis ya qué queréis para comer?

Shane ni siquiera había echado un vistazo a la carta. Fabian pidió una pizza con un nombre muy sofisticado para compartir con Ryan; Ilya pidió una pizza más sencilla para comérsela él solo, y Shane leía frenéticamente la selección de ensaladas de la carta.

—Eeeh…

—Mira —dijo Ilya, mientras señalaba algo que había más abajo. En cuanto Shane leyó a toda prisa la descripción del salmón a la plancha con verduras salteadas y patatas asadas, estuvo a punto de plantarle un beso.

—Tomaré el salmón sin salsa, ¿y podrían servirme las verduras sin mantequilla? Si no puede ser, ¿quizá una ensalada verde como acompañamiento en lugar de las verduras?

—Claro, eeeh… No debería ser un problema. —Leo parecía inseguro mientras lo anotaba todo—. Si es una ensalada, ¿qué aderezo querrías?

—Solo un poco de aceite de oliva y vinagre, si no es mucha molestia. O un gajo de limón.

—Es muy divertido ir a restaurantes con él —bromeó Ilya.

Todos se rieron, excepto Shane, que, irritado, le dio un golpecito con la rodilla a Ilya.

—Sigo una dieta estricta para rendir al máximo —explicó a la defensiva después de que Leo se fuera—. Es normal para los deportistas profesionales y está recomendado. —Dirigió esa última frase a Ilya, que comía como un chico de trece años la mayor parte del tiempo.

—Shane cree que se está haciendo mayor —dijo Ilya—. Le da miedo la muerte.

—¡No es eso en absoluto! Me da miedo no estar a la altura de las expectativas de la organización de los Montreal Voyageurs y de nuestros fans.

—Sería más fácil engañar a la muerte que cumplir con las expectativas del hockey de Montreal —dijo Ilya.

No se equivocaba.

—¿Jugáis los dos en Montreal? —preguntó Fabian.

—No. Solo yo. Ilya juega en Ottawa.

—Entonces no es una relación a muy larga distancia —observó Fabian.

Shane se sintió incómodo, porque era la primera vez que alguien de la mesa reconocía directamente que Ilya y Shane eran pareja.

—Es…, eeeh… No es una distancia enorme, pero…

—Se siente como si estuviéramos más lejos —dijo Ilya—. Estamos muy ocupados durante la temporada. No pasamos mucho tiempo juntos.

—Debe de ser duro. Y esto… —Fabian hizo un gesto con las manos entre ellos— es un secreto, ¿verdad?

—Uno muy grande —dijo Ryan.

—Eso lo hace aún más difícil —dijo Fabian con tono comprensivo. Se inclinó hacia él para poder bajar la voz.

—¿Por qué es un secreto? No seríais los únicos jugadores de hockey gais. O *queer*. Lo siento, no debería dar por supuesto nada.

—Yo soy bisexual —dijo Ilya asintiendo con la cabeza—. Shane es muy gay.

—Yo soy gay a secas —replicó Shane—. Y no, no somos los únicos jugadores *queer* de la NHL. Pero nuestra situación es complicada.

—¿Porque estáis en equipos diferentes?

—En gran parte, sí. Aunque es algo más que eso.

—La liga ha alimentado esta enorme rivalidad entre ellos —explicó Ryan—. Es así desde sus temporadas de *rookies*.

—Incluso desde antes —dijo Shane.

—Anda, qué interesante —dijo Fabian—. Pero todo el mundo sabe que sois amigos, está claro. Porque además tenéis esa organización benéfica juntos. ¿Qué más da si os besáis?

Shane abrió la boca para explicar la diferencia, pero no acabó de

encontrar las palabras. La forma en que Fabian lo había dicho hacía que la distinción pareciera tan poco importante… En realidad, no debería suponer ninguna diferencia. Pero sí la suponía.

—Nos complicaría mucho las cosas —dijo Ilya—. Sería una distracción.

—Sería un puto desastre —asintió Shane—. Creo que por ahora los dos preferimos centrarnos en el hockey.

Fabian murmuró un poco y luego dijo:

—Por ahora. ¿Cuánto tiempo lleváis juntos?

Shane e Ilya se miraron, lo que hizo que Shane se sonrojara por alguna razón.

—No es una pregunta fácil —dijo Ilya.

—Más de diez años, eso sí —aclaró Shane—, dependiendo de cómo definas «juntos».

—Es mucho tiempo para mantener un secreto —dijo Fabian pensativo—. ¿No es eso también una distracción? ¿Tipo, tener que ocultarlo?

Shane no sabía muy bien cómo responder a eso y, a juzgar por la expresión de Ilya, él tampoco lo tenía claro.

—Lo siento —dijo Fabian enseguida—. Soy muy entrometido. No es asunto mío.

—No, no pasa nada —dijo Shane—. Es solo que, ya sabes, son muchas cosas en las que pensar…

—Sí —asintió Ilya en voz baja.

Les trajeron la comida y la conversación derivó hacia la mejor pizza de varias ciudades. Shane se moría por probar un trozo de la cena grasienta y cubierta de salchichas de Ilya, pero se comió de forma obediente su salmón y su ensalada. Había empezado esa dieta en febrero y no le importaba lo que dijera Ilya: Shane se sentía mejor. Y acababa de ganar la Copa Stanley y el Trofeo Conn Smythe.

Así que ahí lo tenía.

Mientras masticaba el salmón, Shane pensó en las preguntas que les había hecho Fabian. Siempre había imaginado que la reacción del mundo del hockey si alguna vez se descubría lo suyo con Ilya sería la peor pesadilla a la que enfrentarse, pero quizá el mayor reto fuera ocultarlo. Quizá mantener en secreto lo que sentía por Ilya fuese más agotador que afrontar las críticas.

Era posible que estuviera un poco eufórico por las últimas dos semanas que habían pasado juntos en la cabaña, seguidas de un comienzo exitoso de su campamento y, ahora, de su primera cita doble. Quizá no estuviese pensando con claridad.

Cuando todos terminaron de comer, Ryan se levantó para ir al baño. En cuanto se alejó lo suficiente como para no oírlos, Fabian dijo:

—Quiero daros las gracias a los dos por invitar a Ryan a formar parte de estos campamentos. Ha significado mucho para él. Le encanta trabajar con niños y creo que le ha servido para ponerse bien.

—¿Ponerse bien? —preguntó Shane.

Fabian asintió.

—Tuvo una mala ruptura con el hockey, ¿lo sabíais? No creo que se haya arrepentido nunca de retirarse, pero echa de menos cómo le hacía sentir el hockey antes. Antes de que le hiciera sentirse mal todo el rato.

—Ah… —Shane no podía imaginar que el hockey le hiciera sentir mal, pero la carrera de Ryan había sido muy diferente a la suya—. Bueno, me alegro de que le hayamos ayudado a recuperar algo de ese amor por el deporte.

—Lo habéis hecho. —Fabian sonrió—. Y está muy orgulloso de formar parte de esta iniciativa que tenéis. Creo que todavía está un

poco intimidado por los demás entrenadores. Me ha dicho que todos son superestrellas y que se siente fuera de lugar.

—No todos son superestrellas —dijo Ilya—. Hayden también está ahí.

Shane le dio un golpecito en el muslo a Ilya.

—Estamos encantados de tener a Ryan en el equipo. Nos alegra que pueda venir las dos semanas este año.

—Es un entrenador estupendo —asintió Ilya—. A los chicos les encanta.

Fabian sonrió de oreja a oreja, lo que le hacía parecer más joven y menos intimidantemente sexy. Cuando Ryan volvió a la mesa, Fabian le sonrió demostrándole su admiración en la mirada.

—¿Qué? —preguntó Ryan con recelo.

—Nada, cariño. Solo estábamos hablando de hockey.

Ryan se burló.

—Si tú lo dices…

Fabian estiró el cuello y lo besó, rápido, en la boca. Ryan sonrió y luego intentó ocultar su sonrisa mientras miraba de reojo a Ilya y a Shane. No lo consiguió del todo.

—Fabian lo quiere mucho, ¿eh? —preguntó Shane más tarde, mientras Ilya los llevaba de vuelta a casa cruzando el puente Champlain hacia Bossard.

Iban en uno de los «coches de verano» de Ilya, un Porsche no sé qué de color naranja brillante.

—Sí. Qué mala suerte la tuya.

Shane se volvió en su asiento para mirarlo.

—¿Qué coño se supone que significa eso?

Ilya esbozó una sonrisa, pero mantuvo la mirada fija en la

carretera.

—Te fijabas en él.

—¡No es cierto!

—Vale.

—Si lo hacía era solo porque, bueno, nunca había visto a nadie que fuera tan…

—¿Guapo? —sugirió Ilya.

—¡No! Para ya.

—Es guapo —dijo Ilya sin rodeos—. Y, bueno, sexy. Ya sabes a qué me refiero.

—Supongo —dijo Shane, como si no supiera exactamente a qué se refería Ilya—. Pero si me quedé mirándolo fue solo porque no conseguía entender cómo es que él y Ryan están juntos.

—Ryan no es feo.

—No —asintió Shane—. Sobre todo ahora que se ha arreglado el pelo y la barba. Pero pasé tantos años aterrorizado por este tío que todavía me cuesta verlo como alguien guapo, ¿sabes?

—Es un trozo de pan. Me alegro de que Fabian lo quiera.

—¿Cómo se conocieron?

—Ryan vivía con la familia de Fabian cuando jugaba al hockey junior.

—¿Qué? ¿Entonces los padres de Fabian alojaban a jugadores de hockey?

—Sí. Supongo que eran una familia muy aficionada. Ryan me contó que él y Fabian, eeeh…, ¿se volvieron a ver?

—¿Se reencontraron?

—Sí. En Toronto, cuando Ryan jugaba allí. Es bonito, ¿verdad?

La verdad es que era bonito de la hostia.

—Jo. Así que fue, tipo, el destino.

—Quizá.

Shane seguía sin poder creer lo diferentes que eran Ryan y Fabian. Ryan era enorme y tímido, y a menudo se encorvaba para parecer más pequeño. Fabian era quizá unos treinta centímetros más bajo que él, pero resultaba imposible no fijarse en él por su belleza y por la forma descarada en que se arreglaba con maquillaje, ropa femenina y joyas brillantes.

—Apuesto a que su vida sexual es una locura.

Ilya esbozó una sonrisa.

—Pervertido.

—Como si tú nunca lo hubieras pensado. —Shane esperó a que Ilya se incorporara desde la salida de la autopista antes de preguntar —: ¿Crees que les parecíamos así a ellos?

—¿Cómo? ¿Sexis? Yo lo más seguro es que sí.

—No, tipo…, ¿enamorados?

Ilya pareció darle una vuelta a la pregunta antes de responder.

—Se nos da muy bien fingir que no estamos enamorados. Quizá se nos da mal demostrarlo cuando se nos lo permite.

Las palabras de Ilya le pesaron como un chaleco de plomo. Shane se hundió en el asiento y se quedó mirando por la ventana, mientras fruncía el ceño. Ninguno de los dos dijo ni una palabra durante el resto del trayecto.

Capítulo 4

—Me encanta el hockey, joder —dijo Max con una gran sonrisa. Soltó la bolsa de la comida que le habían dado en el campamento sobre la mesa de los entrenadores y se dejó caer con energía en el asiento frente a Ilya.

—Se nota —dijo Ilya, porque Max se había volcado de lleno en el entrenamiento de este campamento.

—Es que… —Max echó un vistazo a las mesas de los chavales que los rodeaban—. De verdad, esto es lo mejor. Llevaba un tiempo mosqueado con este deporte y lo necesitaba.

—Te entiendo… —dijo Ryan en voz baja—. Aunque no por la misma razón. Tu situación es injusta y horrible, pero yo, en cierto modo, odiaba tanto el hockey que, ya sabes, lo acabé dejando.

A diferencia de Ryan, Max siempre hablaba en voz alta y con seguridad. Señaló a Ryan con el dedo y dijo:

—La NHL te trató muy mal, Ryan. Jamás me gustó cómo te trataban, y aún me gusta menos ahora que te he conocido y sé lo encantador que eres.

Leah se dejó caer en el asiento junto a su marido.

—¿Estamos hablando de lo mucho que queremos a Ryan?

—No —murmuró Ryan con la vista puesta en su sándwich.

—Estamos hablando de lo jodido que es el hockey. Y de cómo, a pesar de todo, nos encanta —dijo Max.

Leah sonrió.

—Sip. Precisamente ahí está el problema.

Ilya echó un vistazo al extremo de la mesa, donde estaba sentado Shane. Tal y como Ilya había sospechado, Shane parecía confundido e incómodo. El hockey nunca lo había puesto triste ni un solo minuto de su vida.

Ilya no podía fingir saber lo que se sentía al estar decepcionado por el deporte que amaba (no de la misma forma que les había pasado a Max o a Ryan), pero era más consciente de los defectos del hockey de lo que lo era Shane. En los últimos años había prestado más atención al lado más oscuro de su deporte.

—Oye —le dijo Max a Ilya—, ¿qué te parece tu nuevo entrenador?

Ilya se encogió de hombros.

—Aún no lo conozco.

—Sí, pero es un fichaje bastante interesante, ¿no? O sea, ¿qué edad tiene Brandon Wiebe ahora? Debe de rondar los treinta y algo.

—Tiene cuarenta y uno —dijo Shane porque, obvio, él lo sabía.

Brandon Wiebe había sido un delantero en la NHL durante once temporadas, antes de retirarse hacía casi una década. Nunca fue una estrella y se había ganado la reputación de ser un jugador «difícil» de manejar, aunque Ilya nunca había sabido por qué. Wiebe todavía jugaba cuando Ilya comenzó su propia carrera en la NHL, pero nunca había tenido contacto con él.

—Es mono —dijo Leah—. Es que lo he visto en una entrevista en TSN. Ha envejecido bien.

Max se llevó una mano al corazón con gesto dramático.

—No me puedo creer que seas capaz de decir eso delante de

mí…

Leah se rio.

—Bueno, es que lo es. Ryan me dará la razón en esto, ¿verdad, colega?

—Nop —dijo Ryan—. Nada que añadir.

—Es imposible que Ryan considere guapo a Wiebe —dijo Ilya—. ¿Has visto a su novio?

—Eeeh, claro —dijo Max—. Leah y yo lo buscamos en Google anoche. Pero ¿qué cojones, tío? Es, tipo, un ángel caído del cielo o algo así.

Ryan arrugó la bolsa de comida vacía con una de sus enormes manos.

—Sois un poco raritos. —Se levantó para irse, pero se paró y dijo, con una sonrisa—: Pero sí. Mi novio está buenísimo.

Max dio una palmada en la mesa.

—Uf, adoro. Di que sí, Ryan, siéntete orgulloso de tu novio buenorro.

Ryan se alejó, sacudiendo la cabeza, aunque lo más probable era que estuviera sonriendo.

—Bueno, pero, aparte de ser mono —dijo Shane en un tono un poco seco—, ¿qué hace que Wiebe sea un buen entrenador?

—Jugó en la NHL —dijo Ilya—. Quizá eso lo haga bueno.

—Sin ánimo de ofender —intervino J. J. desde su extremo de la mesa—, pero lo más probable es que Ottawa no tuviera muchos entrenadores entre los que elegir, ¿me explico?

—Oye —protestó Wyatt—. Solo porque seamos malos, estemos en una ciudad en la que nadie quiere jugar y no tengamos fans…

J. J. se empezó a reír al oír eso.

—¿Ves? Tu portero lo ha pillado.

—Tú espera —advirtió Ilya—. Este año vamos a darle la vuelta al

asunto. Ya lo verás…

—Claro —dijo J. J.—. Yo confío en ti. Al cien por cien.

Ilya iba a soltar alguna respuesta sarcástica, pero en ese momento Hayden se acercó corriendo a la mesa con su bolsa de comida.

—Perdón si me he perdido algo —dijo—. He tenido que ocuparme de una emergencia familiar.

—¿Tu mujer ha tenido otro bebé? —preguntó Ilya con tono seco.

—¿Ocurre algo? —preguntó Shane, preocupado.

Hayden hizo un gesto con la mano.

—No, no. No es para tanto. Solo se ha perdido un caimán de peluche.

—Vaya —dijo Ilya—. ¿Has llamado a la policía?

Hayden se sentó frente a él y lo miró con rabia.

—Sé que a ti no te importa la gente, pero Arthur pierde la puta cabeza si no tiene a Chompy.

—¿Lo has encontrado? —preguntó Leah.

—Eh… Sí. En el asiento trasero de mi coche. Estando ya aquí. Así que he tenido que hacer una videollamada por FaceTime para que Arthur pudiera verlo y, bueno, hablar con él.

Ilya sonrió.

—¿Qué sonido hace Chompy?

Hayden lo ignoró.

—En fin. Crisis superada. Pero a partir de ahora tendré que mirar en el asiento trasero antes de salir de casa.

—Eres un buen padre —dijo J. J.

Hayden suspiró mientras clavaba una pajita en su zumo.

—A veces. La mayoría de las veces no sé qué estoy haciendo, pero los quiero y haría literalmente cualquier cosa por ellos, así que eso ya es algo, supongo.

Ilya bajó la mirada hacia los restos de su sándwich. Se reía mucho de Hayden (por un millón de razones distintas), pero, en el fondo, admiraba su capacidad para criar a cuatro niños pequeños. Era un buen padre, por lo que Ilya podía ver. Sus hijos eran estupendos; su mujer, Jackie, increíble. Lo más probable era que Ilya lo envidiara, pero nunca lo admitiría.

—Me muero de ganas de que llegue esta tarde —dijo Max. Señaló a Shane—. Nuestro equipo os va a dar una paliza.

Shane sonrió.

—Ya lo veremos, colega.

Estaban dividiendo a los chicos en cuatro miniequipos, cada uno dirigido por dos de los entrenadores. Shane y J. J. tenían un equipo, Ilya y Max tenían otro, Ryan y Wyatt tenían un tercero, y Leah y Hayden tenían el último grupo. Jugarían partidos de entrenamiento en media pista y, aunque oficialmente se suponía que los entrenadores no debían jugar, probablemente todos lo harían. Ilya estaba deseando que llegara el momento.

—Oye —dijo Max inclinándose sobre la mesa y bajando la voz—. ¿Crees que es buena idea poner a Glencross y a Tremblay en el mismo equipo?

Jordan Glencross y Ben Tremblay llevaban toda la semana enzarzados. Parecía que siempre había dos chicos con antecedentes en estos campamentos.

—Claro —respondió Ilya con naturalidad—. Eso los unirá.

Max levantó las manos.

—Vale. Solo digo que esos dos chavales están a punto de pelearse.

—No va a pasar nada.

Sí pasó. Antes de llegar a la mitad del partido contra el equipo de Ryan y Wyatt, Jordan tenía a Ben inmovilizado sobre el hielo y le

estaba dando puñetazos en la máscara con la mano enguantada.

—¿En serio? —dijo Ilya.

Max reaccionó con más rapidez y de forma eficaz, y apartó a Jordan de encima del otro chico mientras gritaba:

—¡Eh!

—¡Ha empezado él! —protestó Jordan.

—Eres un putísimo mentiroso —gritó Ben.

—¡Oye! —dijo Max—. Aquí no hablamos así, ¿eh? —Miró a Ilya—. ¿Quieres que los lleve al vestuario?

—Yo me encargo —dijo Ilya—. Venga, par de bobos.

Oyó a Max dar instrucciones a los demás chicos mientras Ilya abandonaba la pista, desviando su atención de cómo reñían a Jordan y Ben. Ilya se interpuso entre los dos chicos mientras caminaban hacia el vestuario más cercano. Una vez dentro, les hizo sentarse en lados opuestos de la sala, uno frente al otro.

—¿Qué está pasando?

—Está enfadado porque yo he entrado en el equipo A y él no —dijo Jordan.

—¡No, no lo estoy! —protestó Ben—. Estoy enfadado porque tu padre lo amañó para que tú te quedaras mi plaza.

—¡No es cierto! ¡Es que tú no eras lo bastante bueno!

—¡Soy mucho mejor que tú!

Dios… ¿En qué se había metido Ilya? Sabía que debía asegurarles a los chicos que no había habido ninguna injusticia y quizá hablar con Ben sobre ser un mal perdedor, pero sentía curiosidad…

—¿A qué se dedica tu padre, Jordan?

Ben resopló. Jordan murmuró algo que Ilya no entendió.

—¿El qué? —preguntó Ilya.

—Es el entrenador.

Ilya se echó a reír. No pudo evitarlo. Con esa información, empezó a sospechar que Ben podría tener razón.

Jordan se levantó.

—Estoy en el equipo porque me he ganado mi puesto.

Ben resopló.

—Ya te gustaría.

—Vale —dijo Ilya con calma—, solo hay una forma de decidir esto.

Los chicos lo miraron con los ojos muy abiertos, como si se hubieran olvidado de que había una superestrella de la NHL en la sala.

Ilya se las arregló de alguna manera para guardar la compostura cuando dijo, con tono muy serio:

—Los dos, manteneos en equilibrio sobre un pie. El que aguante más tiempo es el mejor jugador de hockey.

—¿Qué? —dijo Ben.

—Eso es una tontería —dijo Jordan.

Ilya se cruzó de brazos.

—Tres, dos, uno…, ya.

Los dos chicos se incorporaron enseguida y levantaron un pie cada uno. Jordan se tambaleó un poco al principio, pero ambos mantuvieron el equilibrio. Tras unos minutos en los que los chicos se miraban fijamente desde extremos opuestos de la sala, Ilya dijo:

—Mmm… Se os da bien a los dos. Quizá podáis intentar saltar a la pata coja.

Los chicos tardaron incluso menos de lo que Ilya esperaba en echarse a reír. Ben fue el primero en romper el hielo y Jordan le siguió al momento, mientras sonreían de oreja a oreja y se reían entre dientes mientras saltaban.

Al final, Jordan tropezó y tuvo que apoyar el otro pie.

—Vaya… —dijo Ilya—. Pensaba que el hijo de un entrenador sería mejor jugador de hockey, pero está bien…

Shane entró en la sala mientras todos se reían. Parecía desconcertado.

—Os he visto salir de la pista —dijo—. ¿Va todo bien?

—Sí —respondió Ilya—. Ahora mismo volvemos.

Los chicos se fueron primero, dándose empujones, pero jugueteando, no peleándose, mientras se reían.

—¿Qué cojones…? —preguntó Shane cuando ambos se quedaron solos.

—Son rivales —dijo Ilya, sonriendo—. Jordan ha entrado en el equipo A. Ben no.

Shane frunció la nariz.

—Entonces Ben tiene que aprender a aceptar mejor las derrotas.

—Ah, pero espera. Es que el padre de Jordan es el entrenador. Así que quizá la habilidad no fue lo único que ayudó a Jordan.

Shane se encogió de hombros.

—Da igual… Tenemos que volver ahí fuera.

—¿Todos habéis visto la pelea?

—Pues seguramente. Pero vamos a hacer que se centren en lo importante. Esto no es el «campamento de Ben y Jordan».

—Todavía no —dijo Ilya dando un codazo a Shane—. Pero quizá algún día sean los nuevos «nosotros».

—Entonces será mejor que le advierta a Jordan que no se enamore de Ben.

—Ah, ¿tú eres Jordan?

—Obvio. Ha entrado en el equipo A.

Se sonrieron el uno al otro, e Ilya se inclinó un poco hacia él. No pudo evitarlo. No habían follado en toda la semana porque Shane no quería que su madre los oyera, e Ilya estaba que se subía por las

paredes.

Shane lo esquivó.

—Ni de broma. No vamos a cometer ese error otra vez.

—Me gusta cometer errores contigo.

—Puedes cometer errores en la pista. Como sueles hacer.

—Jo, ha sido una semana muy divertida —le dijo Max a Shane el viernes por la tarde—. Gracias de nuevo por invitarnos.

El campamento en Montreal había terminado, los niños se habían ido y, según tenía bastante claro Shane, había sido todo un éxito.

—Pues claro. Gracias por entrenar. ¿Estás listo para volver a hacerlo la semana que viene en Ottawa?

—Obvio. Me lo he pasado genial. Esa aparición sorpresa de la Copa Stanley ha sido genial.

—Todo ha sido idea de J. J., por si acaso no lo hubiera dejado muy claro.

Shane bromeaba, pero le había conmovido que J. J. hubiese dedicado su día con la copa a compartirlo con los niños del campamento. Shane iba a dedicar su propio día de la semana siguiente en el campamento de Ottawa, y estaba agradecido de que los niños de Montreal no se hubieran quedado fuera.

Max se rio.

—Algo ha mencionado. También nos ha invitado a una fiesta esta noche.

—¿Vais a ir?

—Claro. ¿Cuántas veces en la vida te invitan a una fiesta haitiana callejera con la Copa Stanley?

—Cada vez que J. J. gana una.

—¿Tú irás?

—Eeeh… —Shane miró a su izquierda y vio que Ilya se acercaba —. Puede. Tengo otros planes, pero voy a intentar hacer las dos cosas —mintió.

—¿Te refieres a la fiesta de J. J.? —preguntó Ilya.

—Sí. ¿Quieres ir? —Shane esperaba que no.

—¿Y celebrar la victoria de la copa de Montreal? Puaj. No.

Shane hizo un gesto exagerado de poner los ojos en blanco, cosa que hizo reír a Max.

—Sois un par muy adorable —dijo Max.

Ilya le hizo un guiño a Shane.

—Adorables.

A Shane se le pusieron rojas las mejillas. ¿Habían sido demasiado adorables? Quizá deberían moderarse un poco.

Dio lo que esperaba que fuera un paso sutil para alejarse de Ilya y dijo:

—Que pases una buena noche, Max. Os vemos a ti y a Leah en Ottawa.

Como si hubiese sido por decir su nombre, Leah apareció al final del pasillo con Ryan. Cuando llegó junto a su marido, le besó en la mejilla y le preguntó:

—¿Listo para irnos, amor?

—Sí. Echemos una siesta para poder pasarlo bien y aguantar toda la noche, ¿vale?

Leah apoyó la frente en el hombro de Max.

—Soy demasiado mayor para aguantar toda la noche.

—Pues hasta medianoche.

—Venga, vale.

Se sonrieron con cariño y Shane sintió una oleada de celos, seguida del impulso de besar a Ilya delante de todo el mundo. ¿Acaso a alguien de los allí presentes le importaría? Ryan ya lo

sabía…

—Tu madre te está buscando —dijo Ryan—. Está en el despacho.

—Vale —dijo Shane, sacándose de encima las ideas absurdas que le habían nublado momentáneamente la mente. Se dio la vuelta y caminó rápido hacia el despacho. Se sorprendió cuando Ilya lo alcanzó unos segundos después.

—¿Todo bien? —preguntó Ilya.

—Sip —respondió Shane con voz tensa.

Ilya tarareó en voz baja y, en cuanto doblaron la esquina, lo agarró de la muñeca y lo empujó hacia una puerta abierta. Era uno de los vestuarios, lúgubre y un poco asqueroso, muy parecido a aquel en el que se habían mirado por primera vez, hacía más de una década, cuando rodaron juntos un anuncio.

Ilya cerró la puerta con llave y empujó a Shane contra ella.

—Ay —dijo Shane, y entonces Ilya empezó a besarlo, con fuerza y determinación, como si se tratara de una forma de fisioterapia.

—¿Mejor? —preguntó Ilya cuando por fin se separaron. Ambos respiraban entrecortado. Los dedos de Shane se clavaban en la cadera y el hombro de Ilya, y este tenía una mano enredada entre el pelo de Shane.

—Sí —susurró Shane—. Joder, me muero de ganas de estar contigo.

—Ha sido una semana muy larga —asintió Ilya.

—Mi madre se vuelve a Ottawa. Tendremos la casa para nosotros solos.

Ilya lo besó de nuevo, esta vez de esa forma tan lasciva que hacía que a Shane se le retorcieran los dedos de los pies.

Dios mío, ¿qué estaban haciendo? Paró el beso y dijo:

—Luego. Ahora no.

—Vale.

Ilya dio un paso atrás y empezó a alisar el polo del campamento de Shane.

—¿Este vestuario te recuerda a algo? —preguntó Shane mientras recorría con un dedo el antebrazo de Ilya.

Los labios de Ilya esbozaron una sonrisa.

—Cuando fuiste tan poco profesional, rodando ese anuncio juntos.

—¿Yo? Pero si fuiste tú quien me hizo insinuaciones.

—Después de que me apuntaras empalmado.

Shane se quedó boquiabierto. Cerró la boca. Luego la volvió a abrir.

—Estabas chuleando.

—¿Chuleando?

—Sí. Con tus músculos al descubierto y tu culo… Exhibiéndote.

Ilya se rio.

—¿Qué?

—Sabías perfectamente qué hacías.

Ilya le besó la frente.

—Puede ser.

Shane apoyó la cabeza en el hombro de Ilya, inhalando su aroma e intentando no preguntarse cómo habrían sido las cosas si Shane no hubiera sido incapaz de controlar su polla aquel día en las duchas. ¿Estaría Ilya abrazándolo ahora, más de una década después, con un tatuaje de un colimbo en el brazo?

—Me alegro de que seas tan chulo —dijo Shane.

Ilya le dio una palmadita en la espalda.

—Me alegro de que te pongas cachondo tan rápido.

—Cállate —dijo Shane, pero sonrió contra el cuello de Ilya, aliviado de que ambos estuvieran pensando lo mismo.

Capítulo 5

—¿Qué se supone que tengo que ponerme para la cosa esa? —preguntó Shane desde el vestidor.

—Tienes uno de esos de cuero, eh… ¿Cómo se llama? Como lo de los caballos…

—Un arnés. Y cállate, anda.

Ilya se rio para sus adentros. Se moría de ganas de ver qué conjunto elegía Shane para el espectáculo de Fabian.

—Ponte unos calzoncillos y ya está —propuso Ilya—. Y gafas de sol.

Shane asomó la cabeza por la puerta del vestidor.

—¿Tú qué te vas a poner?

Ilya justo estaba poniéndose bien la camiseta ajustada de color rosa pálido. Se la había comprado hacía poco y le quedaba genial.

—Madre mía —dijo Shane.

—¿A que es chula?

—¿No la tenían de tu talla?

Ilya sonrió. Shane era un puto bromista y el ardor de su mirada lo delataba.

—Ponte algo fresco. En el club hará calor.

—Vale. Eh…

Shane volvió a desaparecer dentro del vestidor. Salió un minuto después con unos estilosos pantalones de tela negra que se ajustaban en el tobillo y una vaporosa camisa de lino gris con los botones del cuello desabrochados.

—No está mal —dijo Ilya, lo que era una forma de rebajar un montón el efecto.

A Shane la camiseta le quedaba ajustada por los hombros anchos, y la costura ceñida de las mangas cortas acentuaba sus marcados bíceps.

—¿De verdad? —preguntó Shane.

—Ajá. —Ilya tiró de Shane para darle un beso—. Estás muy sexy —murmuró pegado a sus labios—. Me pasaré la noche pensando qué quiero hacer contigo luego.

—Mierda, espera por lo menos a que lleguemos al bar antes de empezar a provocarme para que me entren ganas de irme.

Ilya sonrió y lo besó de nuevo.

—Te encantará el concierto. He oído que Fabian es muy bueno.

—¿Ah, sí? ¿Quién te lo ha dicho?

—Harris. Ya sabes, el…

—¿El tío de las redes sociales que no conozco todavía, pero del que no paras de hablar? ¿El que es gay y adorable? Me dijiste que era adorable, ¿verdad?

Ilya se rio en voz baja y agachó la cabeza para besar la junta de la mandíbula de Shane.

—Me invitó al concierto de Fabian en Ottawa el año pasado. Pero no pude ir porque tenía que hacer reposo por una lesión.

—Vaya, así que los chicos gais y adorables te invitan a salir, ¿eh? —Lo más probable era que Shane tratase de sonar enfadado, pero su voz era casi un jadeo y había inclinado la cabeza para que Ilya pudiera acceder mejor a su cuello—. ¿A conciertos de gente sexy?

—Sí. Constantemente.

—¿Harris también irá esta noche? ¿Molesto si voy?

—No lo sé. ¿Quieres que le escriba y se lo pregunte?

Shane era un experto en lanzar miradas asesinas a la vez que sonreía.

—Vamos. Es hora de irnos.

El concierto de Fabian fue tan sexy y maravilloso como Harris lo había descrito, y todos los aspectos del espectáculo se vieron potenciados porque Ilya tenía a Shane a su lado.

No tan cerca como le habría gustado a Ilya, pero aun así. A su lado.

En un mundo ideal, Ilya estaría detrás de Shane y lo abrazaría, para pegarlo al máximo contra su pecho. Ilya apoyaría la barbilla en la cabeza de Shane y le besaría el pelo cada vez que le apeteciera.

En lugar de eso, Ilya estaba de pie entre Shane y Ryan Price, al fondo de un bar abarrotado. Ryan les había contado que siempre veía los conciertos desde la parte de atrás, para no tapar a nadie con su altura. Ilya y Shane habían decidido hacerle compañía.

En el escenario, Fabian tenía cautivado al público. Pese a la enorme cantidad de gente que había, la sala estaba casi en silencio salvo por su voz etérea y la música que hacía en directo solo con un teclado, un ordenador, un surtido de pedales y su violín. Se había puesto unos vaporosos pantalones de tela blanca, tan finos que las luces del escenario se filtraban a través de ellos. Iba con el pecho descubierto, pero lucía varias cadenas resplandecientes en el cuello y unas cuantas más alrededor de la cintura estrecha. Varias pulseras de oro le recorrían los bíceps e, incluso desde el fondo de la sala, Ilya se percató de que llevaba mucho maquillaje. Parecía mágico y

sensual. Un buen trofeo. Ilya estaba contentísimo de que hubiera sido Ryan quien se lo hubiese ganado.

—Es precioso —le dijo Ilya a Ryan cuando Fabian acabó la canción.

—Ya… —dijo Ryan sin separar la vista del escenario.

Llevaba una sencilla camiseta negra y vaqueros también negros, y lo más probable era que lo confundieran con un segurata unas cuantas veces durante la velada. Aunque, supuso Ilya, en el fondo Ryan era como un segurata, porque no le cabía duda de que iba a ser el primero en intervenir si alguien hacía algo mínimamente amenazador contra su novio. Fabian no podía tener un protector mejor.

—Debe de hacerte sentir poderoso el saber que todo el público desea a tu novio —le dijo Ilya.

La sonrisa que se dibujó en los labios de Ryan fue la expresión más sexual que Ilya había visto jamás en la cara del tímido hombre.

—Desde luego.

Sí, Ilya estaba seguro de que cuando Ryan iba a esos conciertos se ponía la hostia de cachondo.

Echó un vistazo a su propio novio, que miraba a Fabian con los brazos cruzados y mucha atención. Tal vez no estuviera en el escenario, convertido en un reluciente diamante, pero era tan guapo que le volvía loco. Para Ilya, la marcada línea de la mandíbula y el perfil recto de la nariz de Shane eran más fascinantes que cualquier otra cosa en la sala.

Se acercó un paso más a él y rozó con el brazo el codo de Shane. Este se apartó, dejó caer los brazos a los lados y dijo:

—Lo hace genial.

—Ya lo sé.

—Y es, tipo, cautivador. Es imposible apartar la mirada de él, ¿a

que sí?

—Sí —dijo Ilya, pero sin dejar de mirar a Shane. Se moría de ganas de tocarlo.

En ocasiones Ilya sentía tantas ganas de contacto físico que le apetecía gritar. Le pasaba sobre todo cuando tenía a Shane cerca, como ahora, pero sin poder tocarlo. Antes Ilya iba mil veces a locales como ese, casi en cualquier ciudad en la que jugara la NHL. Echaba el ojo a alguien que le gustara, se liaba con la persona y luego se iban a casa para seguir la fiesta. A veces se saltaba la parte del club y escribía a alguno de sus rollos frecuentes, según dónde estuviera.

No era que lo echase de menos. No exactamente. Estaba enamoradísimo de Shane, con todo su corazón, y la vida sexual entre los dos superaba cualquier cosa que hubiera experimentado con otras personas. Pero sí echaba de menos que lo tocaran… Echaba de menos el subidón de endorfinas que le entraba al liarse con alguien nuevo y lo relajado que se sentía después. Echaba de menos conocer a gente, hablar con ella y cautivarla.

Pero, sobre todo, echaba de menos el consuelo que le daba el contacto humano. Ahora mismo, en ese club de Montreal, deseaba que ese consuelo se lo diera el hombre a quien amaba.

Dio otro paso hacia Shane y volvió a acortar la mínima distancia que los separaba. Esta vez pasó la yema del dedo por el brazo de Shane, desde el codo hasta la muñeca. Shane se estremeció y lo miró con los ojos como platos, descolocado.

—¿Qué? —preguntó.

«Bésame —quería responderle Ilya—. Bésame y abrázame delante de toda esta gente. Súbeme al escenario y hazlo. Ya me da igual. Por favor. Me muero de ganas».

—Nada —dijo Ilya, y se apartó un poco—. Nada.

Shane estaba tan cachondo que le parecía que iba a arder en llamas.

La sensualidad de la actuación de Fabian —de todo el conjunto —, combinada con tener a Ilya tan cerca, había creado una electricidad que recorría el cuerpo de Shane. Ojalá pudiera agarrar a Ilya y acercarlo más, besarlo contra la pared del fondo del club hasta que se pusieran a jadear. Pero no le importaba esperar. El aspecto prohibido de su relación —la disciplina que exigía el esconder cuánto se atraían— todavía excitaba a Shane. Era sexy.

Ahí, en público, a Shane no le importaba fingir que eran dos colegas que habían salido de fiesta con un amigo y excompañero de la NHL. No le importaba guardarse las manos, porque sabía que pronto estarían a solas y se comerían a besos y todo sería perfecto. Su recompensa por el trabajo bien hecho. Shane se alimentaba de esas cosas.

Pero, joder, Ilya estaba superatractivo aquella noche. Esa camiseta ajustada de color rosa que parecía a punto de romperse, tan ceñida sobre el pecho y los hombros musculosos de Ilya. El puto tatuaje del colimbo que miraba a la cara a Shane, casi como una marca en la piel de Ilya.

«Es mío —pensó Shane—. No hace falta que el mundo lo sepa, porque yo lo sé».

Se preguntó si Ilya estaría tan cachondo como él en ese momento. No paraba de mirar de reojo a Shane, así que lo más probable era que sí. Además, hacía casi una semana que no habían podido follar, y, si la sequía ya afectaba tanto a Shane, debía de ser una tortura para Ilya.

Shane recordó la última vez que habían estado juntos en algún tipo de bar. Hacía años de eso, antes de que hubieran admitido qué sentían por el otro. En aquella época Shane estaba con Rose. Una

noche había salido de fiesta con ella y sus amigos, y resultó que Ilya estaba en la misma discoteca de Montreal con algunos compañeros de equipo. Shane había dejado plantada a Rose en la pista de baile, atraído hacia Ilya como una polilla a la luz, y había contemplado impotente cómo Ilya se liaba con una chica guapa.

Había habido un momento breve y aterrador en el que la mirada de Ilya y la de él se habían encontrado. Cuando Ilya lo había «descubierto»… Entonces Shane había salido huyendo, avergonzado de que lo hubiera pillado mirándolo y horrorizado por lo celoso que se había sentido.

Aquella noche había tenido que pararse en el arcén mientras conducía porque había sido incapaz de ver la carretera entre las lágrimas. Se sentía muy confuso, asustado y hecho polvo. Debería haberse ido a casa con Rose, su despampanante novia estrella del cine, en lugar de estar llorando en la cuneta, solo en el coche, por un prepotente jugador de hockey ruso.

Estaba enamorado de él, aunque se negara siquiera a planteárselo en aquella época.

En ese momento, notó el roce de una yema en el codo y se tensó cuando el dedo le resiguió el brazo hasta la muñeca. Uf, Ilya no debería estar tocándolo así.

—¿Qué? —preguntó Shane, porque tenía que haber una razón por la que Ilya había roto su regla más importante.

Por un instante fugaz, Ilya miró con tristeza, incluso con algo de miedo. Luego parpadeó y modificó la expresión para que fuera más neutra.

—Nada —dijo Ilya mientras se apartaba—. Nada.

Ilya volvió a mirar hacia el escenario, pero Shane continuó mirándolo a él. Tenía los hombros bajos y la mandíbula tensa. Parecía… derrotado.

Shane observó a su alrededor. La sala estaba en penumbra. Estaba abarrotada, pero todo el mundo tenía la atención volcada en Fabian. Y, además, Ilya y él estaban al fondo del todo. Shane se mordió el labio y tomó una decisión rápida antes de ponerse a darle demasiadas vueltas al tema.

Dio un paso hacia un lado para rozar la cadera de Ilya con la suya y entonces le apoyó una mano en la parte baja de la espalda. No era mucho, pero todo el cuerpo de Ilya se relajó mientras se apoyaba en ese contacto. Bajó la mirada hacia Shane y le sonrió con timidez, agradecido.

Shane también sonrió y dibujó un corazoncito en la espalda de Ilya con el dedo. Ilya levantó una mano hacia Shane y la dejó suspendida en el aire un momento antes de apartarla para apoyarla en su propio corazón. Asintió mirando a Shane y luego volvió a fijar la mirada en el escenario.

Shane mantuvo la mano en la espalda de Ilya durante el resto del espectáculo, y solo la apartaba un momento para aplaudir después de cada canción. Se sentía como si fuera supertransgresor, con la palma apoyada sobre la caliente espalda empapada en sudor de Ilya. Shane notaba cada una de las respiraciones silenciosas de Ilya con gran nitidez en los dedos.

La canción que interpretaba Fabian en ese momento era muy sensual, cantaba casi murmurando y con repentinos e inesperados momentos *a capella* en los que parecía que suspiraba la letra, lo cual producía verdaderos escalofríos que recorrían el cuerpo entero de Shane. Todo se percibía, sonaba y olía a promesa sexual, y Shane empezaba a volverse loco. ¿Cómo era posible que Ryan no corriera al escenario? Si hasta Shane tenía ganas de hacerlo… Aunque todavía tenía más ganas de agarrar a Ilya por la camiseta sudada y tirar de él hacia su cuerpo. Shane no era de esos tíos capaces de

follar con alguien en un lugar público, pero nunca había pensado tanto en eso como en aquel momento.

Quizá acabar una semana de celibato con un concierto del novio de Ryan, que claramente era un hechicero del sexo, no había sido la mejor idea del mundo. Shane confiaba en que nadie se hubiese percatado cuando se recolocó la erección con cuidado para que no fuera tan evidente contra la tela tensa de los pantalones.

Por supuesto, Ilya sí se dio cuenta. Su sonrisa provocó otro escalofrío en Shane, que se mordió el labio inferior, mirando a los ojos a Ilya.

—Luego —dijo con los labios.

Shane estaba demasiado distraído para conducir en ese momento. Estaba tan cachondo que se sentía borracho.

Había insistido en llevar el coche él esa noche, porque ya estaba cansado de poner su vida en manos de Ilya, pero ahora dudaba de su decisión. Le latía todo el cuerpo con la necesidad de apretar su piel contra la de Ilya. Saborearlo y destrozarlo y mostrarle todas las cosas en las que había pensado mientras Ilya había estado tan cerca de él con esa camiseta increíblemente ajustada, la piel caliente y brillante por el sudor.

Además, Ilya le iba masajeando la polla a través de los pantalones mientras conducía.

—N… No —dijo Shane en voz baja—. No lo hagas…, joder… Es peligroso.

Ilya chasqueó la lengua y apartó la mano. Shane reprimió un gemido al notar la pérdida. Respiró despacio, recuperó la compostura y se concentró en la carretera.

—La tienes durísima —comentó Ilya.

—Y también tengo que conducir.

—Pero yo no.

Shane lo miró de reojo y vio que Ilya se había cogido la polla por debajo de los pantalones.

—No hagas eso tampoco —dijo Shane, obligándose a apartar la mirada.

Un gemido surgió del asiento del copiloto. Ilya tenía los ojos cerrados, la cabeza hacia atrás y los labios separados.

Mierda. Shane había vuelto a despistarse de la carretera.

—Vale ya —dijo Shane—. En serio. Enseguida llegamos a casa.

—Mmm. Tal como conduces tú, no.

Shane tensó la mandíbula.

—No pienso convertir esto en una competición. —Hizo lo que pudo por no pensar en lo sexy que era la idea de intentar llegar a casa antes de que Ilya se corriera—. Voy a hacer que lleguemos sanos y salvos a casa y luego podrás tocar todas las pollas que quieras.

Ilya se rio y levantó las dos manos para que Shane viera que le había obedecido.

—Vale.

Shane respiró hondo.

—Casi estamos —dijo, en gran parte para sí mismo.

—¿Cuántas pollas habrá? ¿Has invitado a alguien?

—Ya te gustaría.

—Creo que a ti sí te gustaría —respondió Ilya—. Lo de tener público.

Shane se removió en el asiento de cuero. En realidad, no le gustaría que lo observaran, pero en un escenario puramente imaginario el comentario le excitó un huevo.

—¿Presumirías de mí? —preguntó en voz baja Shane.

Notó el ardor de la mirada de Ilya incluso sin mirarlo.

—No pararía de presumir de ti —dijo Ilya—. Si pudiera.

—Hostia puta —murmuró Shane.

Al final llegaron a casa e incluso consiguieron entrar por la puerta antes de abalanzarse el uno sobre el otro. Se besaban y magreaban, intentando apretarse cada vez más a la par que se quitaban la ropa mutuamente a toda prisa. Ilya ganó la carrera, desnudó a Shane y lo aplastó contra una pared, sujetándole las manos por encima de la cabeza. Ilya lo besó con fuerza mientras Shane se arqueaba hacia él, ávido de más.

—Quiero… —murmuró Shane abstraído mientras Ilya le besaba el cuello.

—Lo tendrás —dijo Ilya en un murmullo grave y delicioso. Todavía iba con los pantalones cortos, aunque los llevaba desabrochados y medio sueltos sobre las caderas—. Casi me muero en ese club, joder.

—Yo también.

—Llevo toda la semana muriéndome de ganas.

El cuerpo de Shane se estremeció contra el de Ilya.

—Demuéstramelo.

Ilya mordisqueó la mandíbula de Shane.

—Dime qué tengo que hacer.

Ese era un gesto de poder por parte de Ilya, porque sabía lo raro que se sentía Shane cuando tenía que pedir cosas en la cama. Era absolutamente consciente de la batalla que se libraba en esos momentos dentro de Shane, mientras este trataba de desoír la vergüenza para empezar a mandar a Ilya.

—Chúpamela —probó Shane.

—¿Así?

Ilya le chupó el punto en el que se notaba el pulso en la

mandíbula de Shane, quien se estremeció.

—No seas —jadeó Shane— capullo.

Ilya se rio, le soltó las muñecas a Shane y dio un paso atrás. No tardó en quitarse los pantalones cortos y la ropa interior, y luego se puso de rodillas. Pasó las manos por la cintura, las caderas y los muslos de Shane mientras lo miraba con esa expresión claramente admirada que derretía a Shane.

—Eres precioso —dijo Ilya.

Se inclinó hacia delante y besó la punta de la polla de Shane antes de separar los labios para chuparle el glande.

Shane soltó un gemido grave y prolongado, y se golpeó con la cabeza en la pared que tenía detrás.

—Joder, Ilya.

Ilya se tomó su tiempo, lo resiguió y jugueteó con él con la lengua, mientras Shane se ponía a mil. Shane bajó una mano a la nuca de Ilya y hundió los dedos en los rizos húmedos.

—Joder, eres un experto —dijo Shane sin aliento.

Movió las caderas un poquito, con la esperanza de que Ilya pillara la indirecta.

Ilya gimió y pasó las manos por la parte posterior de los muslos de Shane, hasta llegar al culo, donde hundió los dedos en los músculos y acercó más a Shane a su cuerpo, para meterse más la polla en la boca. Los músculos de su garganta se flexionaron alrededor de la punta de la polla de Shane, cuyos dedos se tensaron entre el pelo de Ilya y tiraron un poco.

—Hostia puta —jadeó Shane.

Cerró fuerte los ojos y se obligó a respirar mientras Ilya se lo tragaba.

Ilya permaneció así unos segundos más, luego se apartó despacio y pasó la lengua por toda la longitud de la polla de Shane,

hasta llegar al final y dejar que Shane se le cayera de la boca.

—Podría hacer que te corrieras ahora mismo —dijo Ilya.

—No lo hagas —dijo Shane, bastante en serio.

—¿Al dormitorio?

Dios, qué lejos estaba. Shane miró las escaleras con pesar, pero luego asintió.

—Sí. Date prisa.

Subieron a la carrera, desnudos, riéndose y dándose la mano. Seguro que estaban ridículos, pero a Shane le daba igual. Aplastó a Ilya contra la pared al llegar al descansillo y lo besó.

—Te puto amo —murmuró Shane contra sus labios—. Quiero tenerte dentro.

Ilya gruñó y le dio una palmada fuerte en el culo a Shane, una sola, y el golpe seco reverberó en el pasillo vacío.

—Pues vamos a la cama.

Shane siguió a Ilya hasta la habitación, mientras le daba besos y casi se subía encima de él. Ilya se sentó en el extremo de la cama en cuanto pudo y tiró de Shane para subírselo al regazo y lo besó con pasión hasta que los dos se cayeron sobre el colchón en una maraña de extremidades frenéticas.

Ilya se rio pegado a la boca de Shane y sin dejar de besarlo. Shane se preguntó si Ilya estaba tan borracho de felicidad como él. A veces le costaba creer que estuvieran juntos. Que Shane pudiera tener algo así.

Shane se montó sobre Ilya. Extendió las piernas y se sentó a horcajadas sobre sus caderas, entre besos. Las manos fuertes de Ilya subieron por la espalda de Shane hasta sus hombros y luego volvieron a bajar al culo.

Lubricante. Necesitaban el lubricante ya.

Shane se recostó de lado en la cama y abrió el cajón de la

mesilla. Tanteó hasta encontrar uno de los botes de lubricante que guardaban entre la colección de juguetes sexuales cada vez más numerosa y lo sacó.

Ilya cogió el bote y se puso manos a la obra. Shane gimió de alivio cuando notó el primer roce del dedo resbaladizo de Ilya contra su ano.

—Date prisa —dijo Shane.

—Qué impaciente.

—Sí. Estoy impaciente, joder. ¡Hace una semana…!

Sabía que cuando terminase el verano tendría que pasar mucho más tiempo sin sexo. Pero esas semanas no estarían llenas de momentos en los que tenía tan cerca a Ilya que podía olerlo. No estarían llenas de la risa espontánea de Ilya cuando jugaba con los niños o de ver cómo se derretían los ojos de Ilya a veces cuando miraba a Shane. Cuando Ilya pensaba que nadie se daba cuenta. Cuando no podía evitarlo.

Esas semanas no compartiría la cama con Ilya, ni lo oiría respirar en la oscuridad, ni lo oiría gimotear de vez en cuando. No sería capaz de apretarse contra Ilya y besarle la nuca y susurrarle que lo amaba. Cuando pensaba que Ilya no se daba cuenta. Cuando no podía evitarlo.

Esas semanas serían distintas. Ahora mismo, Shane necesitaba sacarle el mayor jugo a Ilya.

Ilya se tomó su tiempo, lo fue abriendo con dedos cuidadosos mientras observaba la cara de Shane. Alargó la mano libre y le acarició la mejilla.

—Amor mío —murmuró Ilya, en ruso—. Tan precioso.

Shane cerró los ojos un instante para que Ilya supiera que lo había entendido. Ilya ya no podía esconderse detrás de su lengua materna cuando quería ser dulce y cariñoso. Shane se había

esforzado por aprenderla; mientras sus compañeros de equipo jugaban al póquer o a otros juegos en el teléfono durante los vuelos, Shane estudiaba ruso.

—Ya vale —dijo Shane, también en ruso—. Estoy a punto.

Ilya murmuró y siguió penetrándolo despacio con dos dedos.

—Esto me gusta —dijo Ilya pasando al inglés—. Deja que te mire un ratito más.

Shane resopló y se retorció alrededor de los dedos de Ilya. No era suficiente. Frustrado, se cogió la polla tiesa y se la acarició.

—Aún mejor —dijo Ilya con una sonrisa—. Toma.

Acercó el bote a la polla de Shane y le echó un poco de lubricante. Porque Ilya siempre tenía un montón de buenas ideas.

—Mierda —jadeó Shane. Ilya empezó a acariciar la próstata de Shane a la par que Shane se pasaba la mano por la polla. Shane notó el calor en el vientre, estaba agotando sus últimas reservas de autocontrol—. Ilya, por favor.

Este quitó los dedos. Un momento después, Shane notó la punta de la polla de Ilya dando golpecitos contra su agujero.

—¿Así? —preguntó Ilya.

Shane no respondió. Se limitó a cambiar el peso y se hundió en la resbaladiza polla de Ilya. Fue despacio porque no lo hacían así muy a menudo, y porque quería prolongar el delicioso gemido de Ilya.

—Joder, Hollander —jadeó Ilya.

Dios, a Shane le encantaba cuando Ilya lo llamaba por el apellido, como hacía años atrás. En la época en la que follaban, pero antes de ser… esto.

Shane se levantó un poco y volvió a hundirse, con lo que le arrancó otro gemido a Ilya. Sonrió al hombre a quien amaba y dijo:

—Sujétate a algo, Rozanov.

Ilya agarró las caderas de Shane y hundió fuerte los dedos mientras Shane lo montaba. Era excitante ver a Ilya así, tendido debajo de su cuerpo, con el pecho acelerado mientras se esforzaba por mantener los ojos abiertos.

—Me encanta tu polla —jadeó Shane. Tenía una mano plantada encima del pecho de Ilya y con la otra le agarraba por detrás el muslo izquierdo—. Me encanta cogerte así.

—Lo que te gusta es —masculló Ilya— el ejercicio.

Shane soltó una risa temblorosa, rectificó el ángulo y lo montó con más furia.

Ilya se rompía debajo de él y murmuraba en un ruso tan enrevesado que Shane no era capaz de traducirlo. No le hacía falta.

—¿Vas a correrte para mí?

Ilya tomó aire.

—Dentro de nada. Joder.

Shane dejó de rebotar con tanta fuerza y cambió a unos movimientos lentos.

—Ah —gimió Ilya—. Hostia… ¡Joooder!

Shane sonrió, encantado de tener ese poder. Encantado de lograr que Ilya sintiera tanto. Encantado de lograr reducirlo de semejante manera.

—¿Demasiado lento? —preguntó Shane, con una voz sorprendentemente controlada teniendo en cuenta que él también estaba al límite.

—Sí —dijo Ilya—. No. Joder, eres perfecto.

—¿Sí? —Shane movió las caderas con cautela y mucho control—. ¿No necesitas nada más?

Ilya resopló y cogió la polla de Shane. La rodeó con los dedos sin apretar y se quedó así un momento, con la mirada fija en los ojos de Shane.

—¿Así te basta? —preguntó Ilya mientras pasaba la mano por encima de la polla de Shane, despacio y sin rozarla apenas.

Joder, casi le bastaba con eso. Shane se arqueó y se retorció sin querer con la polla de Ilya dentro mientras intentaba sacudirse en la mano de Ilya.

Ilya se rio y apartó la mano. Shane se quejó con un gemido.

Ilya apoyó la mano en la nuca de Shane y tiró de él hasta que pudo poner los labios junto a su oreja.

—Creo —dijo en ruso— que necesitas que te follen en condiciones.

Shane jadeó y asintió, y segundos más tarde estaba tumbado bocabajo con la cara aplastada contra una almohada. Ilya lo agarró de los muslos y levantó el culo, para luego embestirlo.

—¿Lo que necesitas es esto? —preguntó Ilya en voz ronca y baja.

—Sí —dijo Shane sin aliento—. Muchísimo.

—Menéatela.

Con eso no iban a durar mucho. No si Shane seguía pajeándose a lo bruto mientras Ilya se la metía hasta el fondo y hacía que el cabecero diera golpes contra la pared con cada sacudida.

—Ahora —jadeó Shane—. Mierda, voy a correrme.

Su cuerpo entero se estremeció y empezó a manchar de semen la mano y las sábanas.

Junto a él, Ilya se limitó a decir «Hollander» antes de quedarse quieto y vaciarse dentro de él.

No se apartó de inmediato. Fue bajando el cuerpo poco a poco hasta apoyar el peso casi por completo en la espalda de Shane. Respiraba fuerte junto al cuello de su novio. Durante unos largos momentos, respiraron a la vez sin más.

Al final, Ilya empezó a salpicar los hombros de Shane con besos

tiernos y su polla blanda se deslizó fuera del cuerpo de Shane. Fue besando a Shane por la columna con tanta adoración que Shane suspiró feliz.

—Te quiero —murmuró Shane pegado a la almohada.

Extendió una mano hacia atrás y palpó con torpeza, hasta que Ilya la cogió.

—Ahora vuelvo —dijo Ilya.

Apretó la mano de Shane, la soltó y se escabulló fuera de la cama. Shane oyó pasos y luego la puerta del baño al cerrarse.

Era levemente consciente de que necesitaba levantarse y limpiarse. También había que cambiar las sábanas. Pero Shane estaba tan relajado y somnoliento que se preguntó si de verdad era importante hacerlo.

Ilya pareció tardar más que de costumbre en el baño. Al cabo de un rato, entró al dormitorio y le dio un suave golpecito en el hombro a Shane.

—Te toca.

—Mmm.

Ilya se rio en voz baja y le alborotó el pelo a Shane.

—Vamos. No te gusta nada ir sucio.

Shane no podía discutírselo. Se arrastró hasta el cuarto de baño.

Cuando regresó se dio cuenta de que Ilya ya había cambiado las sábanas y estaba sentado en un lateral de la cama, mirando la pared.

—¿Estás bien? —preguntó Shane.

—Sí —respondió Ilya.

Sonaba distraído.

Shane se metió en la cama y disfrutó de cómo crujían las lisas sábanas recién puestas contra la piel.

—Estoy muerto.

Ilya murmuró para indicar que él también y se metió dentro de las sábanas a su lado. Se acurrucó junto a Shane, le pasó un brazo por el cuerpo y lo estrechó fuerte. Shane se quedó dormido en cuestión de minutos.

Se despertó un rato después y parpadeó en medio de la oscuridad al notar que Ilya volvía a colarse en la cama junto a él. No tenía la menor idea de qué hora era o cuánto tiempo había estado ausente Ilya, pero notó el fuerte olor del humo de tabaco.

—Has ido a fumar —se quejó adormilado.

—No.

—Lo huelo.

Ilya le besó el hombro.

—Quizá se haya incendiado tu casa.

Shane resopló y volvió a dormirse.

Capítulo 6

Octubre

—¿Con cuántos hombres has estado?

Ilya levantó la mirada con interés de la taza de café en la que había echado azúcar. Shane había soltado la pregunta de improviso y ahora miraba fijamente sus huevos pasados por agua. Tenía las orejas de un rosa encendido.

—¿Te refieres a esta semana? —preguntó Ilya sin inmutarse.

Shane levantó la mirada y su enfado irradió por la mesa del desayuno en olas de irritación.

—No, capullo. En total.

Ilya dio un sorbo largo al café mientras miraba a Shane a los ojos por encima de la taza de los Ottawa Centaurs. Devolvió la taza a la mesa muy despacio, se reclinó en la silla y dijo:

—¿Por qué?

—Porque no me lo has dicho nunca.

—A lo mejor no llevo la cuenta.

Shane lo fulminó con la mirada y luego volvió a dirigir la atención a los huevos.

—Déjalo. Da igual.

Ilya curvó la boca hacia arriba. Dejó que el silencio se prolongara

entre los dos lo bastante para que Shane tal vez pensara que Ilya iba a olvidarse del tema.

No pensaba hacerlo.

—¿Cuántos querrías que fueran?

Shane negó con la cabeza.

—Olvídalo. Ya no me importa.

—Y una mierda.

Por lo tensa que tenía la mandíbula Shane cuando volvió a mirar a Ilya, se notaba que le importaba mucho.

—Me dijiste que te liaste con un chico en Moscú. El, eh…

—El hijo del entrenador. Sí. Ese fue uno.

—¿El primero?

—Ya te lo dije. Sí.

—No me lo habías dicho. A ver, se sobreentendía, supongo, pero…

—Fue el primero. —Ilya se mordió la mejilla por dentro y luego añadió—: Y posiblemente el mejor.

—Y una polla.

—¿Sabes quién tenía una buena polla? —preguntó Ilya con nostalgia.

La silla de Shane rascó el suelo cuando se levantó. Arrancó el plato de la mesa y se fue cabreado al fregadero. Ilya siguió desayunando.

—¿El segundo fui yo? —preguntó Shane, tras acabar de fregar el plato.

—¿El segundo con la mejor polla?

—Vale ya.

Ilya cogió un pedacito de tostada con mucho aspaviento y lo masticó a conciencia, pensativo, como si no lograra recordar con cuántos hombres se había acostado antes de Shane.

—Puede.

Shane se cruzó de brazos.

—No pensaba que fuera una pregunta tan difícil de responder.

—¿Tú te acuerdas de todos los goles que has marcado?

—Ah, ¿es un número similar?

Shane había marcado más de quinientos goles solo en la NHL.

—Más o menos.

Shane se marchó de la cocina.

Ilya le dio un minuto de ventaja y luego salió pitando detrás de él. Lo encontró cerca de la puerta de entrada, ya con la cazadora puesta.

—¿Adónde vas?

—A casa.

Ilya se apoyó en la pared.

—¿Ya?

Era cierto que Shane tenía que conducir de vuelta a Montreal esa mañana, pero desde luego Ilya no pensaba dejar que se marchase así.

—Yo te dije cuántos —dijo Shane.

Como si Ilya se hubiera olvidado.

—Sí. Dos aparte de mí. Ambos un desastre.

—Un desastre no. Solo que no…

Ilya movió las cejas.

—Me voy.

Shane puso la mano en el pomo de la puerta. Ilya puso la suya en el hombro de Shane.

—Fuiste el segundo.

Shane no se dio la vuelta.

—¿Y después de mí?

—¿Hay una respuesta incorrecta a esa pregunta?

Shane soltó el aire y dejó caer los hombros.

—No.

—Unos cuantos. No muchos. Era peligroso, ¿vale? Un capricho escaso.

—Puaj.

Ilya dejó que su mano resbalara por el hombro de Shane y la bajó por el pecho. Shane dio un pasito atrás y casi se relajó pegado a él. Ilya inclinó la cabeza y le besó el cuello, y Shane se relajó aún más.

—Ninguno de ellos importa. Ya no.

Shane suspiró.

—Ya lo sé.

—Entonces ¿por qué me preguntas?

Shane se dio la vuelta. Ilya siguió arropándolo con el brazo, pero ahora con la mano apoyada en su espalda.

—No lo sé. —Enterró la frente en el pecho de Ilya—. Lo siento.

Ilya lo cubrió con el otro brazo y lo estrechó mientras acariciaba con la nariz el pelo oscuro y brillante de Shane. Olía a champú caro.

—Te echaré de menos.

Shane exhaló con fuerza.

—¿Estás listo para otra temporada igual?

A Ilya se le rompió el corazón. ¿Qué significaba en realidad esa pregunta?

—¿Otra temporada igual de qué?

Shane se apartó lo suficiente para poder mirarlo a los ojos.

—De escondernos.

En total, sería la undécima temporada de la NHL en la que habían ocultado su relación. Siete temporadas de follar en secreto y tres temporadas de estar en una relación seria que casi nadie conocía. Llevaban mucho tiempo escondiendo cosas.

—Claro —dijo Ilya.

—Lo odio.

—Ya lo sé. Yo también.

—No puedo creer que nadie lo haya adivinado.

—Bueno —dijo Ilya, y pasó el pulgar por la mejilla de Shane—. No estamos en la misma liga.

—Cierto.

—¿Quién se lo creería si se lo contaras?

Shane le dio un puñetazo en el brazo y luego atrapó los labios de Ilya en un dulce beso.

Sabía a café y a hogar, y a Ilya le habría encantado que no tuviera que marcharse.

—Deberías dejar el hockey —murmuró Ilya—. Mándales un mensaje. Diles que lo dejas. Quédate conmigo.

—No voy a terminar mi carrera con un mensaje de móvil.

—Pues un correo electrónico.

—Tengo que irme.

Otro beso largo, este un poco menos dulce. Un poco más urgente. Cuando se apartaron, Shane estaba pegado a una pared e Ilya llevaba la camiseta subida hasta el pecho. Ambos respiraban con dificultad y tenían la piel sonrojada y la polla medio dura.

—Tengo que… —repitió Shane.

—Vete. Sí.

—Tres semanas y estarás en Montreal, ¿verdad?

—Tres semanas.

—No es para tanto.

Shane le sonrió con tristeza. Tres semanas no era tanto tiempo, pero Ilya estaba hasta las narices de que su relación se dividiera en noches sueltas juntos con semanas de no verse entre medio. Dos noches seguidas si tenían suerte.

Salvo los veranos, cuando estaban juntos casi todos los días y el alma de Ilya se iluminaba mientras se empapaba de la proximidad de Shane, igual que su pelo castaño dorado se iluminaba con el sol. A Ilya le encantaba el hockey, pero ahora vivía para los veranos.

El verano se había acabado. La temporada de la NHL empezaba oficialmente al cabo de dos días. Su alma tendría que vivir de los recuerdos bañados por el sol y la anticipación de algunas noches robadas de sexo explosivo y besos tiernos.

—Te quiero —dijo Ilya entre las hondas inspiraciones que estaba dando en un intento de enfriarse la sangre.

Shane se separó de Ilya y de la pared, y le apretó el brazo.

—Yo también te quiero. —Shane soltó el aire y, por educación, Ilya pasó por alto el temblor que advirtió en su voz—. Vale. Tres semanas.

—Tres semanas. Escríbeme cuando llegues a casa.

—Claro.

Shane le dio un último beso y luego se marchó.

Capítulo 7

«Dinastía».

Esa era la palabra que le pasó por la cabeza a Shane —la palabra que se había repetido una y otra vez últimamente en Montreal— mientras observaba cómo subían hasta las vigas del techo el banderín de campeones de la Copa Stanley.

Era su tercera ceremonia como vencedores. Su tercera victoria en la Copa Stanley. Tras muchísimos años de apenas llegar a los *play-offs*, Montreal volvía a tener un equipo de hockey que era toda una dinastía. No había motivos para ser modesto: todo había empezado con él.

—No se cansa uno, ¿verdad? —comentó J. J.

Estaban los dos juntos de pie en la pista, con todo el equipo alrededor de los trofeos que habían ganado la última temporada, incluida la Copa Stanley. La afición —el estadio a reventar, como siempre— rugía de orgullo mientras subía el banderín.

—Nop —dijo Shane.

Le encantaba ser un Montreal Voyageur. Le emocionaba lo que sus compañeros y él habían conseguido y deseaba seguir con esa racha el resto de su carrera. Cuando acabara la temporada quedaría libre por completo, pero confiaba de todo corazón en volver a fichar

con Montreal. Ni siquiera quería mirar las opciones. Aquel era su equipo. Aquellos eran sus fans.

Y aquellos eran sus tres putos banderines de campeón de la Copa Stanley.

Algún día el jersey con su número también colgaría de las vigas del techo del estadio. No le cabía duda de que lo expondrían allí. Se lo había ganado. Incluso si dejaba el deporte ya, había hecho suficiente para ganárselo.

—¿Sabes qué es mejor que tres Copas Stanley? —preguntó J. J.

Shane sonrió.

—Cuatro Copas Stanley.

—Joder, tienes razón. ¡A por ella!

—¡A por ella! —coincidió Shane.

El primer partido en casa de Ottawa siempre le parecía a Ilya algo ridículo.

Igual que todos los equipos de la NHL, había mucho alboroto: vídeos proyectados en la pista, todo el espectáculo de luces, un montón de hielo seco y animada música fuerte. Anunciaban a los jugadores uno por uno conforme salían de una alfombra roja y llegaban al hielo.

En la época en que Ilya jugaba para Boston, la energía del edificio crepitaba de orgullo y posibilidades. El equipo siempre prometía a los fans que haría todo lo que pudiera por ganar para ellos. La afición de Boston tenía expectativas; quería campeones.

El primer partido en casa en Ottawa era más como una disculpa preventiva. Esa noche no habría promesas, solo un montón de luces vistosas para distraer al público de lo malísimo que era el equipo y hacerle olvidar que casi con total seguridad perdería ese partido. Y el

siguiente.

Ilya lo aborrecía. La peor parte era que ni siquiera tenía sentido para él. Ottawa contaba con los elementos de un gran equipo, incluido él. Su nuevo entrenador, Brandon Wiebe, era novato y muy joven, pero a Ilya ya le caía bien. Wyatt era un gran portero y paraba una media de cuarenta tiros o más para evitar que perdieran de paliza. Ilya continuaba marcando un montón de goles, pero no era suficiente. No podía suplir a todo un equipo.

Como capitán, el nombre de Ilya fue el último que anunciaron. Entró en la pista y la afición se volvió loca. Lo querían muchísimo en Ottawa. Era agradable.

Ocupó su lugar y cerró el círculo que sus compañeros de equipo habían formado alrededor del logo en el hielo central. El logo de los Centaurs era una de las muchas cosas sorprendentes del equipo: un dibujo de un centauro jugando al hockey. Ilya no estaba seguro de cómo iba a funcionar esa idea. Aunque era casi la representación perfecta del equipo de Ottawa: un puñado de cosas entremezcladas que no podían confiar en ganar partidos de hockey.

—Pobres desgraciados —murmuró el compañero de línea de Ilya, Zane Boodram, mientras miraba la multitud a través del hielo seco y la iluminación tenue.

—Igual ganamos —dijo Ilya.

—Claro. Quizá esta sea la temporada en que por fin decoramos el techo de este tugurio.

Ilya alzó la mirada a las vigas, donde había un total de cero banderines de campeones de la Copa Stanley.

—Quizá.

—No ha sido más que un puto partido —dijo el entrenador

Theriault con su habitual tono gruñón y falto de humor—. Tenemos toda la temporada por delante, así que no empecéis ya a dar por el culo con las celebraciones.

Los jugadores murmuraron con solemnidad en el vestuario para indicar que estaban de acuerdo. Shane también asintió, dando la razón a su entrenador, aunque habría preferido que utilizara una expresión menos homófoba. No obstante, tras casi treinta años de su vida dedicados al hockey, Shane ya no sabía lo que se consideraba homófobo y lo que no.

Había sido un buen partido. Montreal había dominado desde el primer minuto y su portero, Patrice Drapeau, solo había dejado pasar un gol. Casi perfecto, la verdad.

—Mañana —continuó el entrenador— vamos a hablar de la estrategia de las jugadas ofensivas, porque esta noche ha sido un puto caos. Reunión por videollamada antes del entreno. A las nueve en punto.

Algunos murmuraron: «Sí, entrenador». Lo cierto era que Shane no estaba seguro de qué problema había con las jugadas ofensivas, porque solo habían llevado a cabo tres y habían marcado en una de ellas, pero supuso que lo averiguaría. Su equipo ansiaba la perfección, siempre. Ser un Voyageur no era fácil, pero por lo menos el trabajo duro y el sacrificio valían la pena. Solo uno de los equipos de la liga había elevado un banderín de campeones esa noche.

No se imaginaba cómo sería estar en un equipo como Ottawa. Ilya casi nunca se quejaba, pero Shane no sería capaz de lidiar con el bochorno de perder con tanta frecuencia. Si Shane era sincero, le resultaba algo decepcionante que a Ilya ya no le importase. Echaba de menos competir en serio contra Ilya. Últimamente no había muchos retos.

—El entrenador es igual de simpático que antes del verano, ¿eh?

—comentó Hayden a Shane después de que Theriault saliera del vestuario.

—Es nuestro entrenador, no nuestro amigo —respondió Shane, de forma casi automática.

Hayden le dio un codazo.

—Tú también eres igual de simpático.

Shane resopló, con lo que no pareció mucho más alegre.

Hayden se echó a reír y le pasó un brazo por encima de los hombros a Shane.

—Te quiero, colega. ¿Quieres que comamos juntos mañana después del entreno?

Shane sacó la cabeza de debajo del brazo sudoroso de Hayden.

—Tengo las comidas ya organizadas para la semana.

Hayden lo miró decepcionado.

—¿Y si me llevo comida preparada y la tomo en tu casa? Solo quiero quedar, hacer alguna chorrada juntos.

—Ah. —Mierda. ¿Shane era un amigo de mierda? Seguramente —. Claro, por supuesto.

—¿Sí? —preguntó Hayden—. ¿Seguro que no estás ocupado con…, ya sabes?

—Nop —dijo Shane enseguida—. No nos veremos en unos días.

Hayden no parecía demasiado apenado con la noticia.

—¿Crees que Ottawa habrá ganado esta noche? —Se levantó y cogió el móvil de la estantería—. Vamos a ver.

Por dios, Shane confiaba en que sí.

Por supuesto, Ottawa había perdido. Pero Luca Haas había marcado su primer gol en la NHL en su primer partido de la NHL, así que había motivos para celebrar.

—No ha sido el resultado que esperábamos —dijo el entrenador Wiebe. Lo dijo casi con tono de disculpa, como si fuera el único responsable de que hubieran perdido. Como si su equipo no llevara perdiendo siempre durante prácticamente toda su existencia—. Pero he visto muchas cosas que me han gustado esta noche. Wyatt, un partido excelente. Ilya, ¿puedo decir que es un placer verte jugar de cerca? Increíble. ¿Y dónde está Luca?

En la otra punta de la estancia, Luca levantó la mano con timidez.

—El puto futuro está aquí delante —anunció Bood en voz alta, y le alborotó el pelo corto y sudado a Luca. Le pasó el *puck* del gol a Luca y todos lo vitorearon.

No era la primera vez que Ilya se preguntaba por qué demonios Bood no era el capitán del equipo. Podía decirse que era el relaciones públicas del equipo, el animador principal, y llevaba siendo un Centaur desde su primer partido en la NHL seis temporadas antes.

Desde hacía un tiempo Ilya era un capitán penoso. Apenas salía con sus compañeros de equipo y casi no se relacionaba con los jugadores más jóvenes. Le entraban ganas de arrancarse la «C» del jersey y entregársela a Bood de inmediato.

Ilya observó a sus compañeros, que se reían y se animaban unos a otros, mientras empezaba a quitarse el equipamiento. Se sentía a millones de kilómetros de distancia. Antes siempre era el centro de esas cosas, bailaba en medio de la sala para que sus compañeros se rieran. Ahora lo único que sentía era un agotamiento que lo consumía y del que no podía culpar en exclusiva al partido que acababan de jugar.

Los periodistas entraron en el vestuario e Ilya logró darles unas cuantas respuestas de manual. Sí, perder era decepcionante, pero

creía en su equipo y estaba seguro de que le darían la vuelta al marcador durante la temporada.

Casi todos los reporteros querían hablar con Luca, lo cual fue un alivio. Una vez que dejaron a Ilya a solas, se quitó encantado la camiseta empapada en sudor y la tiró a uno de los montones de ropa sucia.

—Hola, hola —dijo una voz cantarina.

—Harris —dijo Ilya para saludar al encargado de redes sociales del equipo—. ¿Necesitas una foto mía sin camiseta para Instagram?

Harris se echó a reír.

—O sea, seguro que tendría unos cuantos «me gusta», no voy a mentirte.

Ilya hizo un par de poses tontas marcando músculo y alardeando de bíceps. Harris se abanicó en broma.

—Ay, madre. Tengo que sentarme —dijo Harris y se desplomó en el banco que había junto al de Ilya—. Voy a desmayarme.

Ilya le sonrió. Si alguien podía subirle la moral en un momento, era Harris. Todos los miembros del equipo querían mucho a Harris, cosa que Ilya apreciaba porque Harris era abiertamente gay. No sabía si habrían recibido a Harris con tanto cariño en Boston. No lo habrían invitado a las salidas de juerga del equipo, eso seguro.

—Todo el mundo va a Monk's luego —dijo Harris—. ¿Te vienes?

—No lo sé —contestó—. Puede.

Harris sonrió de un modo que hizo que Ilya supiera que él sabía que no pensaba ir. Se levantó y le dio una palmadita en el hombro a Ilya, para lo cual tuvo que estirarse mucho. Era incluso más bajo que Shane.

—Será mejor que me marche antes de que te quites los pantalones y me encienda de verdad.

Ilya esbozó una sonrisa.

—Pero ¿en serio trabajas para el equipo o te limitas a pulular por el vestuario?

Harris le guiñó un ojo.

—No se lo digas a nadie.

Cruzó la estancia para hablar con Wyatt, e Ilya se quitó el resto del equipamiento y fue a las duchas.

Diez minutos más tarde regresó al vestuario, que estaba más tranquilo que cuando se había ido. Vio a Haas sentado en su sitio, todavía con casi todo el equipo puesto y sonriendo mientras miraba el *puck*. Ilya se sujetó bien la toalla alrededor de la cintura y caminó hacia él.

—Podemos hacer que sea, eh… —Ilya no recordaba la palabra adecuada—. Hacerlo como un trofeo.

Luca se apresuró a dejar el *puck* en el banco que tenía al lado, como si le diera vergüenza.

—Solo es un gol —dijo.

Ilya se sentó junto a él.

—Yo aún guardo el mío en la habitación de los trofeos que tengo en casa.

—Esa habitación debe de estar muy llena —dijo Luca en serio.

Ilya sonrió.

—Mucho. Pero el *puck* del primer gol es mi favorito.

A Luca se le pusieron las mejillas rojas, lo que hizo que pareciera aún más joven de lo que era.

—¿En serio?

—Sí. Porque era el principio, ¿sabes? Pronto tendrás una habitación llena de *pucks* y trofeos de la NHL, pero… —Ilya cogió el *puck*— todo empezó con este.

Luca agachó la cabeza.

—Ojalá hubiéramos ganado el partido.

Ilya estuvo a punto de hacer una broma sobre que Luca no tardaría en acostumbrarse a perder, pero no era el mensaje que quería transmitir a su *rookie*.

—Ya, pienso igual. —Le dio un toque con el dedo en el brazo a Luca—. ¿Vas a ir al Monk's?

Luca abrió los ojos como platos.

—¿Tú sí?

A Ilya se le rompió el corazón al ver cuánto deseaba ese chaval que el capitán saliera con el equipo. Cuánto significaba para él. Sabía que Luca lo había idealizado de adolescente; había leído las entrevistas.

Pero Ilya simplemente… no podía. Esa noche no. Esa noche no tenía energía ni para fingir.

—A la próxima —dijo en un débil intento de sonrisa.

Más tarde, en la cama, Ilya no lograba que su mente se callara. Y era un tormento, porque su mente no tenía nada agradable que decirle.

Desde el punto de vista racional, sabía que no era un inútil. Era una superestrella de la NHL, el capitán de su equipo, y alguien muy querido por sus fans. Tenía un novio maravilloso que lo amaba tanto que estaba dispuesto a soportar un montón de estrés y de secretos solo para estar con él. Recibía mucho amor.

Pero no estaba seguro de merecérselo. No conseguía convencerse. Ahora mismo no.

Ojalá Shane estuviera con él en ese momento. Solo llevaban dos días separados, pero Ilya habría dado lo que fuera por tener a Shane en sus brazos en aquel instante.

«Débil». Eso le decía su mente con la voz de su padre. Asqueado y cruel.

Ilya agarró el móvil, que había dejado en la mesilla. Puede que

él fuera débil, pero necesitaba tener todo lo que pudiera de Shane en ese momento. Un selfi adormilado. Un mensaje de buenas noches. Un emoticono de un corazón. Lo que fuera. Pero lo necesitaba.

A la mañana siguiente, Shane se despertó temprano y se encontró con un mensaje sin leer en el móvil, enviado pasada la una de la madrugada.

Ilya: ¿Estás despierto?

Shane resopló y negó con la cabeza. ¿Había algún momento del día en el que Ilya no estuviera cachondo?

Capítulo 8

Ilya tenía que tomar una decisión.

Podía ser precavido en el juego y quedarse con una baza segura, o podía arriesgarlo todo a cambio de poder alcanzar la gloria.

En realidad, no había decisión que tomar. Agitó los dados.

—Pero si tenías un trío perfecto —comentó Yuna.

Ilya tiró dos dados a la mesa.

—Y ahora tengo cuatros treses.

Cogió el único dado discordante y le dio un beso antes de tirarlo.

—¡No! —dijo David en cuanto el dado se detuvo.

—Mierda —dijo Yuna.

—¡Pleno! —exclamó Ilya.

Levantó los brazos, victorioso.

—No sé por qué te invitamos a jugar —refunfuñó Yuna.

—Porque traigo empanadas.

Ilya había conocido a través de Harris una panadería fuera del centro que vendía las mejores empanadas dulces y saladas que había probado Ilya. Las que más le gustaban eran las de cereza.

—Ha dado en el clavo —dijo David.

Entonces sonó el teléfono de Ilya. Cuando vio quién llamaba, sonrió y se levantó de la silla de la cocina de los Hollander.

—Déjame adivinar quién es —bromeó Yuna.

Ilya le guiñó un ojo mientras iba a la sala de estar y respondía la llamada.

—Hola.

—Hola —dijo Shane—. ¿Qué tal?

—Bien. Estoy en casa de tus padres.

—¿Ah, sí? ¿Y qué haces ahí?

—Ganarles de paliza a los dados.

Shane se rio.

—A mi madre no le va a gustar ni un pelo.

—Me quiere mucho. —Ilya anduvo hasta la repisa de la ventana, que estaba plagada de fotos enmarcadas de Shane con distintas edades, en casi todas ellas vestido con ropa de hockey. La verdad era que había sido un niño adorable—. ¿Listo para el partido?

—Claro. Bah, es con Boston.

Ilya resopló. Su propio equipo no había ganado contra Boston en siglos.

—Menudos cojones tienes.

—Pues sí. Pero te gusta.

Ilya curvó los labios hacia arriba.

—Sí.

—Vas a verlo, ¿verdad?

—Puede. —Ilya pasó el dedo por encima de una foto de Shane con el uniforme de hockey junior. Aparentaba unos diecisiete: la edad que tenía cuando Ilya lo había conocido—. O puede que vea una peli, no sé.

—Menudo capullo —le dijo Shane con afecto.

—Pero te gusta.

—Sí, sí. Pero también me gusta el resto de ti. —Su voz adoptó un tono más seductor—. Aunque me muero de ganas de tenerte

dentro.

Ilya sonrió.

—Tengo puesto el altavoz, por cierto.

—¡¿Qué?!

—Era broma.

—Joder. —Shane soltó el aire—. Ni puta gracia.

—Si tú lo dices.

—Debería despedirme. En breve tengo que ir al estadio.

—Vale.

Se produjo una pausa larga: la misma pausa larga que solía aparecer al final de casi todas sus llamadas telefónicas. Los dos tenían que colgar, pero a ninguno le apetecía.

—Buena suerte esta noche —dijo Ilya al fin—. Intenta no hacer demasiado el ridículo.

Shane se mofó.

—Claro.

—Me llamas luego, ¿sí?

—Por supuesto.

Ilya sonrió a la foto de un Shane adolescente.

—*Ya tebyá lyublyú.*

—*Ya vsegda budu lubit tebyá* —respondió Shane.

—Vacilón.

Colgaron e Ilya volvió a la cocina, alucinando con lo descarados que se habían vuelto Shane y él.

—Hoy tiene buen aspecto —dijo Yuna.

Ilya murmuró que estaba de acuerdo desde su rincón del sofá. Shane tenía un aspecto estupendo. Era un jugador genial en un equipo genial. Ilya era un jugador genial en un equipo terrible y se

sentía un poco menos genial a cada semana que pasaba.

—¿Se te hace raro ver jugar a Boston? —preguntó David.

En otra época sí le había ocurrido, pero ya no. La plantilla de jugadores había cambiado bastante en las dos temporadas transcurridas desde que Ilya había dejado de jugar en Boston.

—Ahora tengo un equipo mejor —dijo Ilya—. Bueno, mejor para mí. El equipo es malo.

—¿No te arrepientes? —le preguntó Yuna—. Me refiero, de irte.

—Nunca.

Era casi del todo verdad. Tal vez hubiera conseguido otra Copa Stanley para Boston si hubiese jugado con ellos la temporada anterior. Se habían quedado a las puertas, incluso sin él.

Pero estar en Canadá, cerca de Montreal, hacía que fuera más fácil estar con Shane. Ilya podía construir una vida en Ottawa, la ciudad natal de Shane. Con el tiempo incluso podría obtener la ciudadanía canadiense y retirarse para empezar una nueva aventura con Shane.

—¿Te apetece otra Coca-Cola? —preguntó David durante una pausa publicitaria.

—No, no, estoy bien. La comida estaba deliciosa y estoy lleno —dijo Ilya con una sonrisa educada.

David había hecho pollo con parmesano, uno de los platos favoritos de Ilya. Había comido más de lo que le convenía. Sobre todo, después de haberse zampado dos empanadas.

—Hay helado —le dijo Yuna—. Por si te apetece.

—No, gracias —dijo Ilya. Y luego—: ¿De qué sabor?

Yuna sonrió.

—Vainilla con *cookies*.

Ilya se llevó la mano al corazón.

—Imposible resistirme.

Unos minutos después, Ilya estaba cobijado bajo una manta en el sofá, comiendo helado de un bol pequeño. Se sentía como un niño y en parte le encantaba.

En la televisión salía Shane, en un primer plano mientras se preparaba para el saque de inicio. Tenía las mejillas sonrojadas y la piel resplandeciente por el sudor. El pelo oscuro se asomaba por el casco de un modo que no lo había hecho en casi toda su carrera.

—Lleva el pelo demasiado largo —se quejó Yuna.

—No —dijo Ilya en voz baja—. Es perfecto.

En el segundo tiempo, Shane cogió un pase largo de J. J. que acabó en una escapada. Shane corrió por la zona de Boston y gracias a su increíble velocidad nadie pudo alcanzarlo. Cuando llegó a la portería, cogió el *stick* del revés y, en la fracción de segundo previa a lanzar el tiro, Ilya se dio cuenta de lo que estaba haciendo. Shane había dejado el *puck* donde estaba, fingiendo que iba a tirar un revés, con lo que obligó al portero a moverse. Luego, rápido como el rayo, Shane lanzó un tiro con un giro de muñeca de derecha por encima del hombro del guardameta.

Y entonces Shane guiñó un ojo a la cámara. ¡Guiñó un ojo! E Ilya supo que se lo dedicaba a él.

—¡Ese movimiento es mío! —exclamó Ilya. La manta que lo cubría se cayó al suelo cuando se puso de pie, señalando el televisor con una mano y agarrando el bol del helado con aire protector con la otra—. ¡Ha hecho mi movimiento!

David y Yuna se reían. Ilya no.

—¿Cuándo lo ha aprendido? —exigió saber Ilya—. No se lo he enseñado.

—Ya conoces a Shane —dijo Yuna—. Lo ha estudiado, se lo ha aprendido y diría que lo ha perfeccionado.

—¡Pero ese movimiento lleva el nombre de Rozanov! —exclamó

Ilya—. No puede hacerlo.

—Pues acaba de hacerlo —señaló David.

Ilya se desplomó en el sofá resoplando.

—Vaya mierda.

—Deberías verlo como un honor —dijo Yuna—. Es una muestra de respeto.

—Es una muestra de que es un ladrón.

—¿No ves que todos los críos aficionados al hockey se pasan el día practicando ese movimiento? —preguntó David—. Me apuesto a que la mitad de la NHL lo ha practicado, pero nadie lo borda salvo Shane y tú.

Bueno. Era agradable verlo así, aunque Ilya no pensaba admitirlo.

—Yo lo hago más rápido —refunfuñó en lugar de darle la razón.

Ahora Shane estaba en el banquillo, sonriendo y con aspecto de estar puto orgulloso de sí mismo. Ilya se metió una cucharada de helado en la boca para evitar sonreír también.

—Eres un asqueroso.

Shane se rio al ver lo enfadado que estaba su novio.

—¿Te ha gustado?

—¿Cómo lo has aprendido?

—Ni que fuera tan difícil —dijo Shane quitándole importancia, como si no lo hubiera practicado en secreto durante horas, visualizando ese momento. Con la esperanza de ver justo esa expresión en el rostro de Ilya.

Shane vio en la pantalla del teléfono a Ilya con el ceño fruncido, pero advirtió que le brillaban los ojos con una mezcla de enfado y deseo que siempre hacía que a Shane le temblaran las rodillas. Iba

sin camiseta, y Shane veía la parte superior del tatuaje de la cabeza del oso pardo en el pectoral izquierdo y parte del tatuaje del colimbo en el hombro izquierdo.

—¿Querías cabrearme? —preguntó Ilya en voz baja y peligrosa. Shane sintió un escalofrío.

—¿Ha funcionado?

—¿Estás solo?

Shane desplazó el teléfono para mostrarle la habitación de hotel vacía.

—Sí.

—Quítate la camiseta. Ve a la cama.

Shane se entretuvo un momento en colocar el móvil en el trípode que había tenido la previsión de montar junto a la cama. Sabía que su pequeña provocación en la pista pondría a Ilya cachondo como un perro. Contaba con eso.

Cuando se hubo tumbado en la cama, sin camiseta, como le había mandado Ilya, Shane dijo en ruso:

—¿Tienes planes para mí?

Ilya se quedó boquiabierto un momento y Shane casi vio las oleadas de excitación que lo recorrían como un rayo.

—Joder —dijo Ilya.

Shane se mordió el labio, muy orgulloso. Orgulloso de lograr todavía que Ilya reaccionara así, de poder sorprenderlo todavía, después de tantos años.

—Creo que merezco una recompensa —dijo Shane en inglés—. Por perfeccionar el movimiento.

—Perfeccionar… —se burló Ilya—. Ha sido pasable.

—El *puck* entró en la portería.

—Es igual. Espera. Un momento.

Shane esperó mientras Ilya colocaba el móvil en el trípode que

tenía. Cuando terminó, Shane pasó a tener una buena vista de Ilya reclinado en la cama, solo con el bóxer puesto.

—Confío en que no fuera eso lo que llevabas en casa de mis padres.

—Me ha arreglado para ver a tus padres. Una camisa bonita, un novio muy respetable.

—No hace falta que te arregles para ellos. Te quieren mucho.

Ilya sonrió con ternura, indefenso.

—Ya lo sé. Me prepararon pollo con parmesano. Y había helado.

—Suena sano y muy equilibrado.

Ilya negó con la cabeza.

—¿Qué sentido tiene la vida si no comes pollo con parmesano y helado?

—Se me ocurren unas cuantas cosas buenas —dijo Shane mientras se acariciaba a través de la ropa interior—. Además de la comida.

—¿Como el entrenamiento a intervalos de alta intensidad? —preguntó Ilya cortante.

—Cállate. Intento ser sensual.

—Ah. Vale. No estaba seguro. —Extendió un brazo por encima de la cabeza y dejó caer la mano relajada sobre la almohada—. Entonces ¿cuál es el plan?

—¿Plan?

—Estás al mando, ¿sí? ¿Quieres una recompensa? ¿Qué quieres que haga?

—Mmm. —A Shane le habría encantado poder responder a ese tipo de pregunta sin ruborizarse. Ilya siempre conseguía decir marranadas sin que le diera vergüenza—. Tócate.

Ilya se tocó la nariz.

—¿Así?

Shane miró hacia el techo, frustrado.

—¿Por qué eres así?

—Porque es divertido.

—¿Sabes qué? A la mierda. Sácate la polla y póntela dura mientras te miro.

Ilya se quedó un momento callado, parpadeando hacia la pantalla. Luego dijo en voz baja:

—Sí. Vale.

En cuestión de segundos, Ilya estaba desnudo y Shane lo veía desde los muslos hasta la coronilla. A Shane le encantaba ver que ya tenía la polla medio dura y que la punta empezaba a asomar del prepucio. Shane se relamió.

—Ojalá estuvieras conmigo ahora mismo —dijo Shane.

—Sería raro. Con tus compañeros de equipo por ahí.

—Entonces ojalá estuviera contigo en tu casa ahora mismo. Deja de sacar punta a todo.

Ilya sonrió con pereza mientras se acariciaba.

—Quiero tocarte. Te echo de menos.

—Yo siempre te echo de menos. —Shane notaba un nudo en la garganta, lo cual era una sensación ridícula para experimentarla mientras contemplaba a su novio haciéndose una paja. Tragó saliva y dijo—: Estás muy atractivo.

—Seguro que sí.

Shane curvó los labios, sonriente, y añadió:

—Sobre todo, para ser alguien a quien acaban de robarle un movimiento.

Eso hizo reír a Ilya y luego esbozó una sonrisa tan ancha que se le arrugaron los ojos. Shane también se rio e intentó no asustarse por todo lo que sentía por ese hombre.

La risa de Ilya se transformó en un suspiro de placer mientras

continuaba acariciándose la polla.

—¿Esto es lo que quieres?

—Sí —dijo Shane, apenas en un susurro—. Solo quiero mirarte.

Era cierto y no era cierto. Shane quería meterse en el móvil y sentarse en el regazo de Ilya. Aunque ver cómo se acariciaba Ilya era un premio de consolación aceptable, la verdad.

—Quiero que estés aquí —dijo Ilya.

—Yo también. Quiero tocarte. Quiero… Joder, quiero ver cómo te corres.

Ilya extendió más las piernas y se reclinó aún más en los almohadones que tenía detrás.

—Entonces, ponte las gafas.

—¿Para que te vea mejor o porque te excitan mis gafas?

—Las dos cosas.

Shane cogió la funda de las gafas de la mesilla de noche. La abrió con mucho aspaviento, sacó las gafas, las desplegó y se las puso. Como un empollón haciendo lo contrario de un estriptis.

Ilya sonrió y su manaza se movió con un ritmo relajado y seguro sobre su polla tiesa. Shane aprovechó que veía mejor y paseó la mirada por toda la estampa, desde los hombros anchos de Ilya hasta sus pectorales marcados, de ahí hasta sus pelotas hinchadas y a cómo se movían sus musculosos antebrazos mientras se acariciaba.

—Eres precioso, joder —dijo Shane.

Ilya le dedicó una sonrisa torcida que llevaba volviendo loco a Shane desde hacía más de diez años.

—Dímelo.

—Como si no supieras ya lo atractivo que eres.

—Dímelo de todas formas.

Shane sonrió y negó con la cabeza, pero dijo:

—Eres puto enorme. O sea, por todo. Los brazos, el pecho, tus

putos muslos. Me encanta que seas tan alto. Me da igual que te rías de mi altura, porque te juro que me encanta que te me tragues cuando estamos juntos.

Ilya gruñó y movió más rápido la mano.

Shane se rio.

—Supongo que eso significa que ya tienes suficiente.

—Tócate —dijo Ilya con voz ahogada, lo que hizo que pareciera más una súplica que una orden.

Shane obedeció, murmurando feliz mientras por fin prestaba atención a su polla dura.

—¿Esperabas a que yo te dijera qué tienes que hacer? —preguntó Ilya divertido.

—No —se apresuró a contestar Shane—. Solo quería ver cuánto rato podía aguantar.

Ilya resopló.

—Conque jugando tú solo por ahí, ¿sí?

Shane encogió un hombro.

—Tenía que hacer algo para no dormirme. No es que tú estés haciendo nada interesante, la verdad.

—Bocazas.

Ilya se soltó la polla y dejó que se sacudiera hacia atrás, golpeando como un látigo contra su estómago firme.

—Guau —dijo Shane con sarcasmo—. Veo que tienes tus trucos.

Ambos se echaron a reír. Ilya lo mandó a la mierda con la mano izquierda mientras con la derecha se acariciaba.

—Esto te parecerá interesante, ¿eh? —dijo Ilya cuando paró de reírse—. Hace tres días que no me corro.

Shane enarcó mucho las cejas.

—Dios mío. ¿Estás bien?

Para Shane era normal que pasara ese tiempo entre un orgasmo

y otro sin que se le encendiera la alarma, pero sabía que Ilya necesitaba por lo menos uno al día.

Ilya chasqueó la lengua en voz baja.

—Sí. Ocupado, supongo. O quizá me reservaba para esto. Para ti.

—Lo admito —dijo Shane—. Ahora tienes toda mi atención.

—Bien. Por favor, menéatela para que podamos correrno s a la vez.

—Ya lo hago. Hostia puta, espérame, que quiero ponerme a la par.

—Como si te hiciera falta.

—«Como si te hiciera falta» —imitó Shane con su mejor intento de poner acento ruso.

—¿Así sueno cuando hablo? No me extraña que estés loco por mí. Sexy.

Shane se rio.

—Cállate. Y deja que me concentre.

Durante el siguiente par de minutos, ambos se quedaron en silencio salvo por los leves gemidos y la respiración fuerte. Pajearse juntos de esa manera siempre había parecido una especie de competición, aun cuando no lo era. En esa ocasión, Ilya había explicitado que quería que se corrieran a la vez, pero incluso eso sonaba a reto para Shane. Por suerte, los retos lo ponían supercachondo.

—¿Ya casi estás? —preguntó Shane tembloroso.

Ilya sonrió.

—Has ido rápido, Hollander.

—No he dicho que yo esté a punto.

—Pero es así.

—Bah, no…, ah, joder…, no tienes ni idea.

—¿Cuánto hace desde la última corrida?

Shane se estremeció.

—No me acuerdo.

Ilya movió la cabeza sobre la almohada.

—Hostia, me voy a correr a lo bestia.

Shane soltó el aire, aliviado de que hubieran dejado de fingir.

—Joder, yo también.

—Me muero de ganas de follarte otra vez.

—Yo también. Mierda, yo también. Ilya, ¿estás…?

—Sí. Vamos.

El orgasmo de Shane fue tan intenso que soltó un gimoteo extraño cuando el primer chorro aterrizó en su estómago. Le costó horrores mantener los ojos abiertos a través de las intensas rachas de placer que le recorrían el cuerpo entero, pero mereció la pena a cambio de ver a Ilya corriéndose de forma espectacular sobre todo el cuerpo.

—Hostia puta —dijo Shane cuando por fin pudo hablar de nuevo.

Ilya tenía los ojos cerrados y respiraba con dificultad por la nariz. Todavía se sujetaba la polla.

—¿Estás bien? —preguntó Shane.

—Creo que hay más.

Ilya empezó a acariciarse de nuevo, rápido y fuerte. Shane observó con asombro cuando, al cabo de unos segundos, el cuerpo entero de Ilya se tensó y se arqueó mientras un chorrito de esperma fue a unirse al pringue que tenía en el estómago.

—Eso es nuevo —dijo Shane.

Ilya todavía tenía el pecho agitado.

—Como has dicho antes, tengo mis trucos.

Se rieron juntos.

—Ha sido muy excitante —dijo Shane.

—Sí. Mucho.

—Ahora tengo que ducharme sin falta. Otra vez.

—Mmm.

—Te quiero.

La expresión de Ilya se volvió seria y por un momento Shane notó un nudo en el estómago, como si esperase que Ilya le diese una noticia atroz.

Pero lo único que dijo fue:

—Te quiero muchísimo, Shane.

Shane lo sabía, pero oírselo decir a Ilya de un modo tan crudo y desprotegido le llegaba al alma. El dolor de no estar en la misma habitación que Ilya era físico.

—Diez días —dijo.

Por dios, ¡diez! ¿Cómo se suponía que iba a soportar diez días más sin Ilya? Y luego solo lo tendría un día, o quizá uno y medio, antes de que volvieran a separarse.

—Diez días.

El número sonó igual de enorme cuando lo dijo Ilya.

Se despidieron, colgaron y entonces Shane volvió a quedarse solo, deseando con todas sus fuerzas que pudiera haber una solución para el problema que tenían.

Capítulo 9

Ilya se despertó después de soñar otra vez con su madre. Era el mismo sueño. Siempre el mismo sueño.

Alargó una mano hacia el lado de la cama de Shane, pero, por supuesto, estaba vacío. Hacía dos semanas que no compartía cama con Shane.

Se llevó la mano al pecho y repasó el crucifijo que llevaba al cuello con la yema del dedo. Los bultos y esquinas tan familiares de la cruz de oro lo tranquilizaban.

Tenía que ir a entrenar. Seguía cansado. Últimamente, siempre estaba cansado. Podría ser porque ya tenía veintinueve años, que para el mundo del hockey era como la mediana edad. O porque su equipo de pena había perdido cinco a uno la noche anterior. Podría ser por los frecuentes sueños inquietantes que había tenido sobre su madre. Podría ser porque echaba de menos a su novio.

«Podría ser porque estoy deprimido».

No. Estaba bien. Normal. No era que se pasara el día llorando en la cama.

«Mi madre tampoco».

Se obligó a levantarse de la cama pese a que todas las partes de su cuerpo y su cerebro protestaban. Durante el partido, un defensa

de Nueva Jersey lo había estampado contra las vallas y ahora lo estaba pagando. Otra cosa con la que lidiar.

Echaba de menos despertarse con Shane. Echaba de menos desayunar juntos, aunque ahora Shane solo comía cosas increíblemente saludables. Echaba de menos prepararle el café a Shane y servírselo en la taza de los Ottawa Centaurs. Echaba de menos ducharse juntos y revolcarse en la cama después, con el cuerpo húmedo y caliente, incapaces de dejar de tocarse.

Mandó un mensaje a Shane.

Ilya: ¿Qué tal St. Louis?

Shane se puso a responder al instante.

Shane: Llueve. ¿Qué tal Ottawa?

Ilya miró por la ventana de la cocina hacia el río que había detrás de la casa. Los árboles lucían unas relucientes hojas otoñales y el sol brillaba.

Ilya: Bien.

Shane: ¿Has desayunado?

Ilya soltó un bufido. Shane se preocupaba de las cosas más raras.

Ilya: Igual voy al McDonald's y me pido un McGriddle.

Lo había escrito sobre todo para molestar a Shane, pero ahora le habían entrado ganas de un McGriddle.

Shane: No deberías comer esa mierda.

Ilya: ¿Debería comer heno para desayunar, como tú?

Shane: No es heno. Y sí, probablemente.

Ilya: Preferiría comerme un sándwich que en vez de pan tuviera crepes.

Shane: Puaj.

Ilya sonrió mientras se imaginaba a Shane arrugando la nariz. Seguro que se le juntaban las pecas.

Ilya: Mándame una foto.

Le dio tiempo de servirse un café, ponerle leche y azúcar, y dar un par de sorbos antes de que Shane le enviara por fin el selfi. Ilya se preguntó cuántos habría hecho antes de decidir que aquel era apto para enviarlo.

No era una foto pensada para ser sexy. Solo salía Shane, de pie junto a una ventana, seguro que en su habitación de hotel, con una camiseta azul claro de los Montreal Voyageurs, sonriendo. Se había recogido el pelo detrás de la oreja y estaba adorable.

Ilya: Te echo de menos.

Era el único pensamiento que ocupaba su mente en ese instante.

Shane: Yo también.

Shane: No me des largas. ¿Dónde está mi foto?

Ilya seguía sin camiseta, lo cual era un buen punto de partida para un selfi. Estiró un brazo para sujetar el móvil y lo levantó un poco, así podría hacerla en picado. Luego se bajó la goma de los pantalones de deporte hasta que quedó justo en el punto en que empezaba a verse algo. Se metió un pulgar en la goma, la bajó otro poco e hizo la foto.

Shane: Guau. Qué malo eres.

Esa fue la respuesta de Shane.

A Ilya le habría encantado poder ver el cambio en la expresión de Shane en ese momento. Cómo se le ponían rojas las mejillas y los ojos más brillantes cuando estaba excitado. Seguro que se estaba mordiendo el labio.

Ilya: Si estás solo, podríamos…

Shane: Reunión de equipo dentro de diez minutos.

Ilya: ¿Es un reto?

Shane tardó un siglo en responder e Ilya se imaginó que había borrado varias respuestas antes de decir por fin:

Shane: No puedo. Lo siento.

Ilya: Ok.

Shane: Me va a costar mucho borrar esa foto.

Ilya: Puedo hacerme más.

Sabía que Shane borraría la foto. Siempre borraban cualquier cosa en el historial de mensajes que pudiera delatar su secreto.

Shane: ¿Verás el partido de esta noche?

Ilya: Puede. Si me aburro mucho.

Shane: Intentaré ganar para ti.

Ilya resopló y escribió:

Ilya: Intenta perder. Estamos en la misma división, tonto.

Shane: Ni lo sueñes.

Y luego, sin previo aviso, Shane le mandó una foto de su paquete, con la polla medio dura visible bajo la tela gris del bóxer.

Shane: Hablamos luego.

Ilya soltó el aire con un escalofrío y escribió:

Ilya: Cabrón.

Shane odiaba los viajes a la Costa Oeste porque entorpecían su ritmo de sueño. Habían volado directamente desde St. Louis a Los Ángeles ese mismo día y tenían un partido a las ocho de la tarde del día siguiente, que serían como las once de la noche para él. Puaj.

Ahora eran las nueve y media en hora del Pacífico y Shane estaba en la cama de su habitación de hotel, intentando pasar por algo el hecho de que eran solo las nueve y media. Si estuviera en casa, ya estaría en la cama, sobre todo antes de un día de partido.

Pero no podía dormir.

Oía a Hayden trajinando en la habitación de al lado. Un rato antes sonaba como si estuviera viendo una película. Ahora Shane solo oía pasos.

Cerró los ojos. «Duerme», se dijo.

Estaba en mitad de unos ejercicios de respiración lentos cuando alguien llamó a su puerta.

—Un segundo —dijo mientras se daba impulso para salir de la cama y empezaba a rebuscar en la maleta unos pantalones de chándal y una camiseta. Una vez vestido, abrió la puerta.

—Hola —dijo Hayden. Se daba golpecitos en la nuca y tenía el pelo alborotadísimo—. ¿Puedo quedarme un rato contigo?

—¿Has vuelto a ver una peli de terror? —preguntó Shane, mientras entraba de nuevo para dejarlo pasar.

Hayden sonrió con timidez.

—Me he cagado de miedo.

Shane cerró la puerta.

—Tienes que dejar de ver esas cosas.

—Ya lo sé. —Se tiró encima de la cama de Shane, como si estuviera en su casa—. ¿Qué hacías?

—Intentaba dormir.

—Ay, vaya.

—No pasa nada —dijo Shane, sentado en la cama a su lado—. No he tenido mucha suerte.

—Putos cambios horarios.

—Ya.

—¿Quieres ver algo? —preguntó Hayden.

—¿Qué? Tipo, ¿una de las pelis de *Saw*?

—¡No! Todo lo contrario. —Hayden cogió el mando a distancia que estaba en la mesilla—. Algo encontraré.

Acabó poniendo un *reality show* en el que unos desconocidos se enrollaban en algún lugar tropical, lo cual, en opinión de Shane, era otra clase de peli de terror. Aunque se guardó sus pensamientos y dejó que su amigo se consolara viendo a chicas bien torneadas en biquini.

—Sería raro ir a uno de esos programas —dijo Hayden.

—Mmm —coincidió Shane.

—Aunque supongo que se me daría bien. Tengo un buen cuerpo, soy simpático. Sé que no soy listo, la verdad, pero comparado con estos tíos soy un erudito de ruedas.

—Rodas —dijo Shane.

—Eso. Y, además, soy rico. Eso me da más puntos.

Shane se sentó donde había estado recostado hasta entonces.

—Lo siento. En este supuesto, ¿participarías en un *reality show* cutre, pero seguirías siendo jugador de la NHL?

Hayden se encogió de hombros.

—Supongo.

—¿Te pasarías un mes de tu vida, o el tiempo que se tarde en grabar ese programa, viviendo en esa cutre casa de la playa y tratando de ganar diez mil dólares, cuando tienes el salario de la NHL y, rollo, apenas vacaciones?

Hayden frunció el ceño.

—Le das demasiadas vueltas, colega. Claro que no voy a ir a un programa así, porque estoy casado con la mejor mujer del mundo y tenemos… cuatro hijos preciosos.

Shane sonrió.

—¿Has dudado antes de decir que eran cuatro?

—¡No!

—¿En serio has perdido la cuenta de cuántos hijos tienes?

Hayden le dio un puñetazo en el muslo a Shane.

—Espera a que seas padre. Ya lo verás.

Vieron la tele en silencio hasta la siguiente pausa publicitaria, y entonces Shane dijo:

—¿Crees que algún día seré padre?

Hayden juntó las cejas.

—Claro. Porque quieres tener hijos, ¿no?

—Creo que sí.

—Bueno, entonces sí.

—No será fácil. Y probablemente tarde en poder hacerlo.

—Ser padre nunca es fácil.

—Sí, ya, pero conseguir tener un bebé a veces lo es más. Para algunas personas.

Hayden se rio.

—Eso nunca ha sido un problema para Jackie y para mí, te lo aseguro. Aunque ahora se ha operado.

Shane arrugó la nariz.

—¿Se ha operado?

—Tipo, se ha hecho una ligadura de trompas, o como se llame. Cuando tuvimos a Amber, se lo hicieron aprovechando la cesárea. Dos operaciones en una.

—Qué eficientes. —Shane cayó en la cuenta de que quizá fuera un poco raro que no supiera nada de eso. Solía tomarle el pelo a Hayden sobre su camada, pero nunca había hablado con él sobre la experiencia de Jackie y suya con el tema de tener hijos y criarlos—. ¿Fue una decisión mutua? Me refiero a la de no tener más hijos.

—Desde luego. Pero aunque, o sea, aunque Jackie hubiera sido la única que hubiese querido plantarse, la decisión habría sido la misma. Jamás la habría obligado a tener más si no le hubiera apetecido. Sería una putada. Pero cuatro críos ya es más que suficiente para los dos. —Suspiró—. Ahora mis hijos quieren un perro.

Shane sonrió.

—Ilya también.

—¿Quiere hijos?

—Eso creo. —A Shane se le encendieron las mejillas—. No hemos hablado en serio del tema. Ahora mismo no serviría de mucho.

En la tele, un chico muy borracho empezó a enrollarse con una chica muy borracha. Shane desenfocó la vista todavía más de lo que hacía cuando iba sin gafas y empezó a estresarse en silencio sobre la logística de adoptar hijos con Ilya. Había un montón de cosas que tenían que ocurrir antes y todas le aterraban.

—Supongo que sería un buen padre —dijo Hayden, que se abrió paso entre la espiral de ansiedad de Shane.

—¿Quién? —preguntó Shane, por si Hayden hablaba del tipo borracho de la tele.

—Rozanov. Se le dan bien las criaturas. Ruby y Jade lo adoran.

—Es porque en el fondo es un crío más, por eso pasa —dijo Shane, aunque por dentro se le hinchó el corazón—. ¿Crees que yo sería un buen padre?

—Claro. Tú serías el responsable que se asegura de que, yo qué sé, comen verdura y se lavan los dientes y esas cosas. Ilya sería el divertido que les compra motos acuáticas cuando cumplen diez años.

—Ay, dios. Sí qué haría eso.

—Y tú las devolverías y les comprarías zapatos prácticos u otra cosa —bromeó Hayden.

—Vete a la mierda. Sería un padre guay y relajado.

Hayden puso la mano en el antebrazo de Shane.

—Shane. Colega. No te has tomado nada de forma relajada en tu vida. Y ser padre es la cosa más estresante que se puede hacer. Serás un desastre.

—Gracias.

—Aunque de todos modos deberías probarlo. Las criaturas son lo mejor.

—Vale.

—¡Oye, igual para entonces Ruby y Jade son lo bastante mayores para hacer de canguro con vuestros hijos! Qué locura pensarlo, tío.

Sí que era una locura pensarlo. Todos los aspectos relacionados con eso eran una locura.

—Sí.

—¿Tienes planes para mañana? —preguntó Hayden.

—He quedado con Rose.

—¡Qué guay! ¿Puedo ir?

—No. La última vez te pasaste el rato babeando como un fan obsesionado.

—¡Sí, porque es una gran estrella del cine!

—También es una de mis mejores amigas. Y una persona totalmente normal y de carne y hueso.

—¡Me portaré bien, te lo prometo!

Shane negó con la cabeza.

—Va a llevarme de compras. No necesito testigos. Ya me resulta bastante raro ir a comprar ropa sin tenerte por ahí en medio.

—Vale. —Hayden dirigió la atención de nuevo a la pantalla. Al cabo de un minuto de verla, chasqueó la lengua—. El tatuaje que lleva ese tío en la espalda… Joder.

Shane entrecerró los ojos para intentar distinguir al tipo blanco descamisado a quien gritaba otro tipo blanco descamisado.

—¿Qué pone?

—«Sin preocupaciones».

Shane resopló.

—Ojalá.

Había dos chiquillos —Willa y Andrew— que vivían en la misma calle que Ilya. Casi todas las veces que jugaban partido en casa, los críos se plantaban en el camino de entrada y saludaban a Ilya cuando salía en coche para ir al estadio. A veces llevaban los jerséis que les había regalado. Otras veces sostenían pancartas caseras.

Ilya frenó al acercarse a la casa de los niños y bajó la ventanilla. Willa llevaba el jersey del equipo y Andrew sostenía una porra de

espuma con el logo de los Ottawa Centaurs.

—¿Cuántos goles debería marcar esta noche? —preguntó Ilya.

—¡Tres! —dijo Willa.

—¡Ocho! —exclamó Andrew.

Ilya chasqueó la lengua.

—Sin problemas. ¿Vais a verlo?

Andrew, el menor, empezó a dar saltos emocionado.

—¡Sí! ¡Y voy a comer palomitas!

—Uy, qué suerte —dijo Ilya—. A mí nunca me dan palomitas en los partidos.

—Porque si comieras palomitas mientras juegas al hockey te daría un calambre —dijo Willa con cara de experta.

—Es cierto —coincidió Ilya. Se fijó en que la madre de los hermanos estaba sentada en los peldaños de la entrada—. Hola, Kate.

Kate lo saludó con la mano.

—Buena suerte esta noche, Ilya.

Ilya asintió y se despidió también con la mano, luego se alejó sonriendo. Había muchas cosas que le resultaban difíciles de vivir y jugar en Ottawa, pero le encantaba de todo corazón aquel ritual previo a los partidos con sus vecinos. Le encantaba tener vecinos. Su ático en Boston era atractivo y privado, pero estar a nivel de calle en una casa rodeada de otras casas era agradable.

En realidad, tenía una casa muy enorme. Con verja y árboles y un inmenso camino de entrada semicircular. Todavía necesitaba algo de privacidad.

El trayecto desde casa de Ilya hasta el estadio duraba apenas un cuarto de hora y pasaba por delante de un Starbucks *drive-thru* de camino, así que era la ruta perfecta. Como hacía sol, Ilya había decidido sacar el Porsche 718 Cayman de color naranja, que era el

más elegante de los coches que le quedaban. Últimamente casi siempre llevaba el Mercedes todoterreno. A veces, los días que hacía bueno cogía la Ducati, pero tanto Shane como Yuna se habían opuesto de forma rotunda a su decisión de comprarse una moto, así que Ilya la usaba poco.

Shane estaba convencido de que Ilya iba a morir en un accidente de tráfico. Qué pesado.

Ilya tamborileó con los dedos en el volante al ritmo de la canción de Bad Bunny que había añadido hacía poco a la lista de reproducción que escuchaba antes de los partidos. Necesitaba tomar su ración de buena música, porque ese día le tocaba a Evan Dykstra ser el encargado de la música del vestuario y eso significaba que pondría country. Ilya intentaba ser abierto con la música, y tal vez no todo el country fuera malo, pero las canciones concretas que le gustaban a Dykstra sí eran malas, no cabía duda.

Se paró en el Starbucks *drive-thru*, pidió un café con leche y azúcar para él y un café solo para Luca Haas porque había descubierto que le gustaba ver cómo se ponía nervioso Luca cuando Ilya le prestaba algo de atención. Ilya siempre había estado en contra de las novatadas o de hacer sentir incómodos a los *rookies*, pero le divertía ser especialmente amable con los recién llegados que se sentían deslumbrados por las estrellas.

La primera persona que Ilya distinguió en el aparcamiento del estadio fue Wyatt Hayes, quien justo salía del Jeep Wrangler color verde militar. Tenía un logo del cómic *Green Lantern* en el tapacubos trasero porque Hazy era un puto friki.

—Hola, Roz —dijo Wyatt mientras lo saludaba con la mano con poco entusiasmo.

Ilya lo saludó con la cabeza porque llevaba dos vasos de café en las manos.

—Hazy.

Wyatt alcanzó el paso de Ilya mientras recorrían el aparcamiento. Medía casi lo mismo que Ilya —como mucho, un par de centímetros menos— y tenía el pelo rubio rizado y una boca ancha que casi nunca se torcía.

—¿Qué clase de público crees que vendrá esta noche?

—Hace una tarde estupenda, así que básicamente no vendrá nadie.

Wyatt se echó a reír.

—Sí. Seguro que aumentamos aforo cuando llegue el frío.

—Un poco.

—Podrían ofrecer a los fans una taza de chocolate gratis o algo así. Sería un aliciente.

—Claro —dijo Ilya cortante—. O un mes de alquiler.

Wyatt volvió a reírse.

—Tal vez así habría quien se sentara en las gradas. Quizá.

Por mucho que los compañeros de equipo hicieran bromas recurrentes sobre la poca gente que iba a ver los partidos, la verdad era que a Ilya el tema le tocaba los cojones. En Boston, el estadio se llenaba de fans que animaban a su equipo en todos los encuentros. En Montreal, las entradas se agotaban con mucha antelación durante prácticamente toda la temporada. Shane no sabía lo que era jugar para un estadio medio vacío porque incluso cuando venía a jugar a Ottawa las gradas estaban bastante llenas. De fans de Montreal. Con jerséis de Shane Hollander.

Pero esa noche jugaban contra Columbus, así que no iba a haber ni un alma.

—¿Y si jugamos sin camiseta? —bromeó Wyatt—. A lo mejor así atraemos a otro tipo de público.

—Haría frío —respondió Ilya.

—Sí. Y lo más seguro es que yo muriera.

—Buf, hacer de portero sin camiseta. Mala idea —le dio la razón Ilya.

—Supongo que podríamos ganar de una vez —comentó Wyatt—. Quizá eso funcionaría.

—Lo propondré en nuestra siguiente reunión.

—¿Para quién es el otro café?

—Para Haas.

Wyatt resopló.

—Bua, lo va a enmarcar.

—¡Qué puta pasada! —chilló Bood mientras se estampaba contra Ilya en el rincón y lo arropaba en un abrazo.

Ilya había marcado rápido en el primer tiempo y había puesto el marcador a 1-0 para Ottawa. La sirena del gol atronó, la afición que se había dignado ir se puso a aplaudir y empezó a sonar la canción del gol del equipo («All I Do Is Win», de DJ Khaled, una elección que a Ilya le pareció un tanto irónica).

—Ahora te toca a ti, colega —dijo Ilya en un intento de igualar la energía de Bood.

Chocó los guantes con el otro jugador del ala, Tanner Dillon, quien a decir verdad no era lo bastante bueno para estar en la misma línea que cualquiera de ellos. Ilya soñaba con el día en que su compañero de línea derecho fuera tan potente como el izquierdo. Quizá algún día Hass ocupase esa posición. Tenía potencial.

Pero Ilya estaba cansado de esperar. Cansado de perder. Quería un jugador estrella en el ala derecha ya mismo.

Quería un montón de cosas ya mismo.

—Un comienzo genial, chicos —dijo contento el entrenador

Wiebe cuando llegaron al banquillo—. Seguid así.

No siguieron así… Al final del segundo tiempo iban 3-1 para Columbus.

—La semana pasada jugamos contra Boston —dijo Jake Pierce, el centro estrella de Columbus, mientras Ilya y él esperaban para el saque de inicio—. Jugaron de puta madre.

—Perfecto.

Pierce resopló y negó con la cabeza.

—No tengo ni puta idea de por qué te fuiste a este equipo.

—A lo mejor quería estar tranquilo.

—¿Sabes que algunos de nuestros *rookies* tienen pósteres de ti en su habitación?

—Estupendo. Buen gusto.

—A lo que me refiero es a que no tendrías por qué estar aquí.

Ilya curvó los labios hacia arriba.

—La próxima vez que firme con un equipo de mierda en una ciudad aburrida, elegiré Columbus.

Se dio cuenta de que Pierce intentaba no sonreír.

—Joder, Rozanov, qué raro eres.

El partido acabó 4-2 para Columbus. La mayor parte de la gente se había marchado en mitad del tercer tiempo.

—Esta noche ha sido dura —le dijo Harris a Ilya en el vestuario cuando por fin se fue la prensa.

—Todas las noches son duras —suspiró Ilya.

Recordó cuando el hockey era divertido.

—Por si te hace sentir mejor, he retuiteado esta foto de una calabaza en la que un fan ha tallado tu cara. Es bastante impresionante.

Sacó el teléfono para que Ilya lo viera.

—Guau.

Si se trataba de retratos en calabazas, había que reconocer que era impresionante. A Ilya le encantaba lo raro que era Halloween en Norteamérica.

Entonces tuvo una idea. Dedicó unos segundos a sopesar pros y contras, luego se levantó y anunció:

—Este año la fiesta de Halloween será en mi casa, ¿vale?

Todos se pusieron a aplaudir y vitorear, lo cual hizo sonreír a Ilya. Él nunca daba fiestas y casi nunca iba cuando lo invitaban. Porque era un capitán y un compañero de equipo nefasto.

Daría la fiesta y hablarían de ella durante años. La mejor fiesta de la historia. Épica. En Boston, era el típico que siempre montaba fiestas con cualquier excusa. Había sido el tío a quien llamaban sus compañeros de equipo cuando querían salir a emborracharse, a bailar y ligar. Podía volver a ser ese tío. O podía intentarlo.

Capítulo 10

—¡Hostia! ¿Tú te has visto, corazón?

Shane agachó la cabeza para que Rose no viera cuánta vergüenza le daba.

—Sí, ya…

—¡Hablo en serio! Mírate en el espejo. —Rose lo agarró del brazo y lo llevó delante de un espejo de cuerpo entero—. ¡Mira!

Shane miró. Rose lo había convencido para ir de compras con ella durante su día libre en Los Ángeles, y salir de compras con una de las estrellas del cine más importantes del mundo no quería decir, como había supuesto Shane, ir a un centro comercial. Significaba sesiones de compras privadas en boutiques diminutas de diseño. También se había dado cuenta enseguida de que Rose apenas miraba ropa para ella y sobre todo se dedicaba a vestir a Shane como una muñeca.

Así pues, ahora llevaba una camiseta de seda color marfil que era prácticamente transparente y costaba más de lo que la mayor parte de la gente ganaba en un mes. Se parecía más a la ropa que usaba Ilya.

—Tienes un cuerpo flipante —dijo Rose—. ¡Mira ese culo!

Los pantalones de vestir marrón oscuro eran un poco elásticos y

se abrazaban a sus muslos y su culo de una forma que Shane tenía que admitir que resultaba atractiva.

—Los pantalones me quedan bien.

—¡Todo te queda bien! Confía en mí. Pruébatelo con esto. —Le tendió una cazadora de cuero en un tono marrón rojizo—. Es corta, para que no escondas ese culazo que tienes.

—Déjalo ya —dijo Shane mientras se ponía la cazadora.

Nunca había sido de los que llevan cazadoras de cuero, pero quizá…

—Me encanta cómo te queda el pelo así, un poco más largo —comentó Rose—. Pareces más liante.

Shane se miró de un lado y de otro en el espejo y se estudió bien. Sí que parecía distinto, pero sin dejar de ser él. Era solo… más guay.

—Me gusta —admitió—. ¿Tienen los pantalones en más colores?

Una hora después, Rose y él salieron de la boutique con varias bolsas, todas llenas de ropa para Shane. Rose había insistido en pagarlo todo, lo cual era completamente innecesario, pero Shane le dejó hacerlo porque parecía que le hacía mucha ilusión.

Shane se fijó a medias en que había personas —seguro que paparazzi— que les hacían fotos mientras recorrían la escasa distancia entre la tienda de ropa y el coche con chófer de Rose, pero, como ella no lo mencionó, él tampoco dijo nada. Shane no sabía cómo gestionaba su amiga tal nivel de escrutinio público. Hacía que su vida como superestrella del hockey en Canadá pareciera algo discreto.

—Me muero de hambre —anunció Rose cuando entraron en el coche—. ¿Quieres unos tacos?

Shane sí quería unos tacos, pero…

—Sigo una dieta muy estricta —dijo—. Para rendir más y tal.

Rose se echó a reír.

—Por dios… Y yo que pensaba que por fin iba a salir con alguien con quien tomar comida de verdad. Vale, ¿y qué puedes comer?

Después de que Shane enumerase de memoria una lista tan larga que daba vergüenza de alimentos prohibidos, Rose le pidió al conductor —con quien parecía mantener una relación muy amistosa — que los llevara a un sitio en el que, según ella, hacían el mejor *poke* de la ciudad.

—¿Qué tal va todo? —preguntó Rose una vez que estuvieron sentados a una mesa de la terraza con los boles de *poke*—. Con… Ya sabes.

—Genial —respondió Shane a toda prisa—. Genial de verdad.

—¿Sí? ¿Y tenéis pensado hacerlo público?

—En realidad, no.

—¿Y cómo lo llevas?

Shane aprovechó que acababa de meterse un trozo de atún en la boca para tomarse su tiempo para contestar. La mayor parte de los días, pensaba que no le importaba el tener que esconderse. Habían hecho un plan a largo plazo y Shane quería ceñirse a él. Así era más fácil y organizado. Y menos arriesgado. Pero algunos días…

—Sería bonito poder ser sinceros sobre nuestra relación. En general no me importa que sea secreta, pero algunas veces me parece tan injusto que me cabreo. Los otros tíos del equipo hablan cuando quieren de sus mujeres y sus novias, y las invitan a los eventos del equipo y esas cosas. Tienen hijos y, no sé, vidas más allá del hockey de las que pueden estar orgullosos. Yo quiero eso.

—¿Y qué quiere él?

—No lo sé. Lo mismo, supongo. —Shane mareó un trozo de pescado con los palillos. El restaurante le había dejado cambiar el arroz por extra de kale, lo cual era un detalle, pero también era una

mierda—. Me dijo que quiere esperar, pero también me dijo que saldría del armario cuando fuera si yo quería.

Rose alargó la mano por encima de la mesa y le dio un golpecito en el brazo.

—¡Te quiere muchísimo!

Shane se puso del color del atún crudo.

—Ya lo sé. Tengo suerte.

—¿Quieres que te dé un consejo? ¿De parte de alguien cuya vida entera está bajo un microscopio?

—Claro.

—Haz lo que te haga feliz. Vive como quieras, ama a quien quieras. La gente te juzgará, te odiará, te criticará, pero habrá mucha más gente que te apoye y te quiera. Y, en definitiva, las únicas personas que de verdad cuentan son las que son importantes para ti. Tus padres te apoyarán, tus mejores amigos también. ¿Quién te preocupa en el fondo?

—No lo sé. ¿La liga? ¿La afición? ¿Mis compañeros de equipo?

—Pero tus compañeros ya saben que eres gay, ¿no?

Shane asintió con la cabeza.

—¿Y alguien se ha metido contigo por eso?

—No. O sea, soy consciente de que a algunos no les hace mucha gracia, aunque no dicen nada. Pero no sé si incluso los tíos que más me apoyan estarían contentos si supieran que salgo con… Ya sabes.

—¿Y qué me dices de tu agente? ¿Lo sabe?

—Se lo contamos el verano pasado.

—Bien. Conviene tener a tu agente de tu parte si las cosas se tuercen. Confía en mí.

Shane cogió un trozo de pescado y volvió a dejarlo en el bol.

—¿Crees que las cosas van a torcerse? ¿La gente se enterará de que estamos juntos?

Rose le sonrió con tristeza.

—No digo que sea imposible que mantengáis el secreto tanto tiempo como queráis, pero…

—¿Es poco probable?

Su amiga arrugó la nariz y negó con la cabeza.

—Lo siento, corazón.

Shane suspiró.

—Entonces supongo que deberíamos pensar un plan B.

—Te lo recomiendo. Prepárate siempre para lo peor y confía en que pase lo mejor.

Mierda. A Shane no le apetecía nada pensar en la posibilidad de que su relación saliera a la luz por obligación. O no pensar más de lo que ya pensaba en eso, vaya.

—¿Y qué hay de ti? —preguntó el jugador, con la esperanza de cambiar de tema—. ¿Sales con alguien?

—No… Tuve un medio rollo con un surfero profesional, pero era demasiado. Siempre quería hablar mil horas de mierdas profundas. Era intenso. Y aburrido.

—Lo siento.

—Creo que quiero a un tipo normal, simpático, ¿sabes? Nada de famosos. Quiero conocer a un librero, por ejemplo.

—Oye, ¿no es el argumento de una película? Te juro que vi una peli así con mis padres.

Rose se echó a reír.

—¡Tienes razón! La de *Notting Hill*. Vale, pues un librero no… Quizá… un florista. Exacto. Algo totalmente distinto.

—Ojalá conociera a un florista simpático. Te lo presentaría.

—Tú estate atento por si acaso. También aceptaría un panadero. Me encanta el pan.

—Echo de menos el pan —dijo Shane con nostalgia.

—Dios, me lo imagino. ¿Pero merece la pena? ¿Te hace sentir mejor lo de comer sano?

Shane frunció el ceño mirando el bol de kale.

—Me repito que sí, pero puede que lo que me haga sentir mejor sea la disciplina, no la comida.

Rose abrió la boca exagerando el shock.

—Guau. Esto acaba de convertirse en una sesión de terapia.

—Lo siento. No me hagas caso.

—Qué va. Cuéntame cuánto te gusta la «disciplina».

—Cállate. No es nada sexual.

—Ajá.

—¡Que no! Me gusta practicar la disciplina y el autocontrol, y recibir recompensas por eso. Ya está.

—Sigue sonando a que podría ser algo sexual.

Shane puso los ojos en blanco.

—Cómete el *poke*, anda.

—¿Es una orden, señor? —preguntó con voz ronca.

—¡Hostia puta! Ni siquiera tiene sentido. ¿No tendría que ser yo el sumiso en esa fantasía que te estás imaginando?

Rose se partió de risa mientras a Shane le entraban ganas de desaparecer. La verdad era que le gustaba cuando Ilya y él jugaban un poco con la disciplina en el dormitorio. No era que a Shane le gustara el castigo, ni la humillación, pero le encantaba cuando Ilya planteaba… retos difíciles. Y luego recompensaba a Shane cuando los superaba.

—Lo siento —dijo Rose con alegría—. Es tan divertido tomarte el pelo…

—Me lo han dicho alguna vez.

A última hora de la tarde, Rose dejó a Shane en su hotel. Lo abrazó cuando salieron del coche y le dijo que iría a verlo jugar al

día siguiente.

—¿En serio? —preguntó Shane.

—Estaré en un palco, con un jersey de Montreal.

—Pues menudo espectáculo.

—Puede que los paparazzi piensen que hemos vuelto.

Bueno, tampoco iría mal si fuese así. Salvo porque Ilya iba a estar dándole la brasa con esto toda la vida.

—Nos vemos… algún día —dijo Shane.

Notaba un peso en el corazón. Le encantaría que su amiga viviera más cerca.

—Pronto —le prometió Rose—. Vuelo a Rumanía el lunes para empezar a grabar una peli que ya sé que será un fiasco, pero quizá podamos quedar en algún sitio después de eso.

—Por supuesto.

Lo abrazó de nuevo y dijo en voz baja:

—Saluda a Ilya de mi parte.

—Vale.

—Y piensa un plan B.

—Lo haré.

Mientras observaba cómo se alejaba Rose, a Shane se le formó una bola de tensión en el estómago que le subió hasta el pecho. No había plan B. Si los descubrían a Ily y a él, estaban jodidos.

—¿Sabes qué? —preguntó Ilya en cuanto Shane aceptó su petición de FaceTime.

Era a la mañana siguiente (primera hora en Los Ángeles, casi la hora de comer en Ottawa) y Shane seguía en la cama.

—¿Qué?

—¡El equipo va a tener un cachorro! Nos lo ha contado hoy

Harris en el entreno.

—Ay, qué cuqui.

Ilya estaba perfecto, sentado en el porche de su casa con el sol de principios de otoño. Llevaba un jersey negro que parecía suave y mullido, y una tupida barba corta le cubría la mandíbula. Los rayos del sol hacían destellar su pelo castaño dorado.

—Ahora es muy pequeño, pero cuando crezca un poco ¡irá a vernos al estadio!

—¿Vas a dejar que los demás jueguen con él o…?

—Puede. Buen partido el de anoche.

Levantó un vaso del McDonald's y dio un sorbo largo a algo que, en el mejor de los casos, era Coca-Cola, pero que podía ser un batido de chocolate. Shane decidió pasarlo por alto.

—¿Te quedaste despierto hasta tarde?

Ilya sonrió.

—Sí, pero ya sabes. Sobre todo de fiesta.

Shane también sonrió, más que seguro de que Ilya solo se había quedado despierto hasta las tantas para ver jugar al hockey a su novio.

—Claro. Pues yo estuve con Rose ayer.

—Sí, he visto las fotos.

—Ostras, ¿las han colgado en internet?

—Dicen que habéis vuelto. Felicidades. Me alegro mucho por ti.

—Es igual… Quiero contarte lo que me dijo.

—¿Quiere volver contigo?

—No. Cállate. Me dijo que deberíamos pensar, tipo, un plan B. Por si nuestro secreto sale a la luz.

—Un plan B —repitió Ilya—. ¿Y cuál sería?

—Ni idea. Supongo que o seguimos el plan que tenemos o nuestro secreto estalla y estamos en la mierda, ¿no?

Ilya frunció el ceño.

—Tal vez. Sí.

—Sé que vamos con cuidado, pero…

—Puede que alguien note que te lanzo miraditas.

—¿El qué?

—Sí, miraditas. Hayden dijo que te lanzo miraditas, como si te comiera con los ojos.

Shane se retorció entre las sábanas.

—¿Cuándo te lo dijo?

—En el campamento. Yo te miraba y dijo…

—Ay, dios. —Shane se dio una palmada en la cara—. Dime que no te dijo eso.

—Sí. Y seguro que era cierto. En cuanto te miro, mi… —Ilya abrió y cerró el puño varias veces delante del pecho—. Mi corazón se vuelve loco, ¿sabes?

Entonces el corazón de Shane también empezó a volverse un poco loco.

—Deberías ir al médico y que te lo mire.

Ilya sonrió y negó con la cabeza.

—Creo que es porque estoy enamorado, nada más.

Shane se tapó la cara con una almohada. Era incapaz de mirar a Ilya en ese momento. Tampoco podía dejar que Ilya lo viera.

—Vuelve —le dijo Ilya entre risas.

Shane apartó la almohada.

—Joder. Te echo muchísimo de menos. Me despierto solo todos los días y es una mierda.

—Ya lo sé. Cuatro días más.

Shane gruñó.

—Ni siquiera tendremos tiempo de vernos antes del partido, ¿verdad?

—Lo más probable es que no.
—Buf, va a ser una tortura.
—Puede que te bese durante un saque.
—Estoy seguro de que iría contra las normas.
—Qué repelente eres.
—Y, además, ahora estoy desnudo.
—¿Ah, sí?
—Mmm. Salvo por las gafas.
Ilya sonrió y se levantó.
—Pues vamos a mi habitación.

Capítulo 11

Ilya se inclinó sobre el círculo para el saque de inicio en el estadio de Montreal y sonrió al hombre que tenía enfrente.

—Holi.

Shane esbozó una sonrisa.

—Holi.

Habían hecho aquel baile un millón de veces, pero en esa ocasión fue cuando más duro se les hizo. Hacía tres semanas que Ilya no veía a su novio y ahora lo tenía a un palmo, tan guapo que cortaba la respiración y completamente prohibido.

—¿Tienes planes para después del partido? —preguntó Ilya como si nada.

La sonrisa de Shane se ensanchó.

—Estoy abierto a todo.

Ilya confiaba en que sus ojos reflejaran la promesa que intentaba transmitirle en silencio: «Lo estarás». Por cómo se lamió el labio inferior Shane, le dio la impresión de que había recibido el mensaje.

Tiraron el *puck*, Ilya ganó el saque y empezó el partido.

Durante la cuarta jugada juntos, Ilya luchaba contra Shane por el *puck* cerca de las barreras protectoras. Shane intentaba

contrarrestar el peso de Ilya mientras entrechocaban las hojas de los *sticks*.

—¿Tienes más trucos por enseñarme? —preguntó Shane.

Si pretendía distraer a Ilya, lo consiguió. Shane no solía ser el que intentaba poner nervioso a Ilya con mensajes picantes en la pista. La sorpresa hizo que Ilya soltase el cuerpo el tiempo suficiente para que Shane se marchara patinando con el *puck*. Ilya sonrió por dentro y lo persiguió.

La siguiente vez que se enfrentó con él, ya avanzado el primer tiempo, Ilya le respondió a Shane:

—Creo que no necesito trucos.

Por una fracción de segundo, se miraron a los ojos. Los de Shane eran oscuros y estaban llenos de sorpresa, pero luego dijo:

—Ya veremos.

Y se libró de Ilya.

A decir verdad, Ilya no esperaba que ocurriera nada muy sofisticado esa noche. Después de tres semanas sin tocarse, Ilya se sorprendería si lograban pasar del salón, o si se molestaban en quitarse la ropa, antes de acabar agotados y medio dormidos.

Pero tenían el día siguiente. Y la noche siguiente.

No habían podido verse antes del partido. Los Centaurs habían volado a Montreal por la tarde, después de entrenar en Ottawa, y tanto Shane como él habían estado muy ocupados preparándose para el partido. El equipo de Ilya iba a volar de vuelta a Ottawa justo después del partido, pero él no regresaría con los demás. Se había puesto nervioso cuando le había contado al entrenador Wiebe la excusa de que tenía que quedar con Shane al día siguiente para hablar de la organización benéfica. Era la primera vez que se saltaba un vuelo del equipo y, tras todos los años que llevaban viéndose a escondidas, le preocupaba que ahora pareciera raro. Y evidente.

Pero Wiebe no había parpadeado siquiera.

—De todos modos, mañana tenemos el día libre —había dicho sin inmutarse—. Disfruta en Montreal.

A Ilya le encantaba su nuevo entrenador.

—¿Hollander te toca los huevos? —Incluso Dykstra, el mejor defensa de Ottawa, le preguntó cuando Ilya volvió al banquillo.

Ilya sonrió.

—Siempre.

En el segundo tiempo, el marcador iba 2-1 para Montreal, lo cual no estaba mal, dadas las circunstancias. Wyatt había hecho unos parones increíbles para que Ottawa mantuviera las posibilidades de ganar.

Tras otro parón asombroso con el guante y digno de salir en una recopilación de mejores jugadas, Ilya patinó hasta Wyatt para darle unos golpecitos en las protecciones de los hombros.

—¿Se supone que mañana va a llover? —preguntó Wyatt, como si no estuvieran en mitad de un partido de hockey y no acabara de hacer algo alucinante—. Pensaba en coger la bici e irme de excursión.

Ilya solo pudo sonreír y negar con la cabeza.

—No lo sé.

—Luego lo miro. Oye, marca un gol, anda.

—Sin problema.

Tres minutos más tarde, Ilya marcó un gol y empataron. Saludó a la afición de Montreal mientras lo abucheaban.

—Deja de ser un capullo —gruñó Shane mientras patinaba hacia él.

Ilya le mandó un beso con la mano.

—Corta ese rollo —dijo una voz ronca cerca de Ilya. Al darse la vuelta se encontró con uno de los árbitros, que lo miraba frunciendo

el ceño—. Si sigues así, te voy a poner falta antideportiva.

Ilya puso los ojos en blanco y patinó hasta el banquillo. Si el árbitro supiera cuántas ganas tenía de besar a Shane…

Mientras se sentaba en el banquillo, disfrutó de una breve fantasía en la que aplastaba a Shane contra la valla de cristal después de marcar un gol y lo besaba hasta quedarse sin aliento. Eso sí callaría la boca a esa puta afición.

—Tío —dijo Bood mientras patinaba hasta el banquillo—, esta ciudad te odia.

—Qué va. Les gustaría que jugara para ellos.

Bood se rio.

—Hollander no lo soportaría.

—¿Te refieres a mi buen amigo Shane Hollander?

—Es imposible que le caigas tan bien.

—Me ama —dijo Ilya sin inmutarse. Con sinceridad.

Por supuesto, Bood pensó que bromeaba.

—Ahora sí que estás soñando.

Ilya mordió el protector bucal para evitar sonreír.

Unos segundos después, Luca Haas cogió un pase largo y se vio solo con el *puck*. Casi todo el banquillo de Ottawa se levantó, Ilya incluido.

—¡Cógela, Haasy! —chilló Bood.

Todos observaron cómo el *puck* pasaba por encima del brazo del guardameta de Montreal y entraba en la portería. Su segundo gol en la NHL. Dio un salto después de marcar, con los brazos levantados y una sonrisa inmensa que llenó toda su cara juvenil. Luego sus compañeros de línea fueron a arroparlo.

—Ese puto crío tiene madera —dijo Bood.

—Mejor. Porque nos hace falta.

Ilya extendió la mano para chocar los cinco con Haas cuando

este se acercó al banquillo. Haas chocó el guante de Ilya y luego recibió un extraño abrazo de Bood que casi lo tiró por encima de la valla hacia el banquillo.

—¡Qué puta preciosidad, chaval! —le gritó Bood al oído—. Legendario.

Menos de dos minutos más tarde, Shane marcó, así que las celebraciones de Ottawa duraron poco.

—Qué poco considerado —dijo Ilya cuando se enfrentó a Shane en un saque.

—¿El qué? ¿Intentar ganar?

—¿Es que no podías dejar que el pobre Haas disfrutara un par de minutos más?

—Si quieres, luego te explico cómo funciona el hockey —dijo Shane, cortante.

—Si eso es lo que quieres hacer —dijo Ilya— «luego»…

Ilya ganó el saque.

Veinte segundos después, Shane tenía el *puck* porque el compañero de posición de Ilya, Tanner Dillon, la había cagado en un pase. En serio, Ilya necesitaba a alguien que jugara mejor en el ala derecha de su línea.

Shane atacó y se metió en la zona de Ottawa, pero no pudo lanzar un tiro limpio, así que se puso detrás de la portería con el *puck*. Ilya lo persiguió, aunque no logró alcanzarlo antes de que Shane se lo pasara a J. J. en la línea azul. Ilya se desplazó hasta quedar delante de la portería y sin querer se encontró en plena línea de fuego cuando J. J. soltó un tiro como un cohete hacia la red. El *puck* golpeó a Ilya en el lateral de la rodilla y se agachó, entre altos juramentos.

Wyatt debió de parar el *puck*, porque el juego se detuvo un segundo después. El mismo árbitro que se había encarado con Ilya

un rato antes patinó hasta él para asegurarse de que estaba bien.

—¿Necesitas que te vea el médico? —preguntó con voz grave.

Ilya lo fulminó con la mirada.

—No. Dame un segundo.

Poco a poco se incorporó y levantó una rodilla, plantó la pierna buena en el hielo. La otra la tenía doblada delante del cuerpo y la notaba como una furiosa bola de dolor.

—Ese es mi trabajo, ¿sabes? —dijo Wyatt—. Por eso tengo estas pedazo de protecciones en las piernas. —Se dio un golpecito en una con el *stick*—. Para que el *puck* no me dé directo en la rótula.

—No es la rótula —dijo Ilya apretando los dientes—. Es en el lateral. No pasa nada.

—Ah. Tipo, ¿donde no tienes protección de ningún tipo?

Ilya se incorporó un poco más con esfuerzo. La multitud le aplaudió, aunque notó que lo hacía sin ganas. Lo más probable era que los fans de Montreal hubieran preferido que el *puck* le atravesara el torso.

Shane se aproximó a él mientras Ilya se dirigía al banquillo.

—¿Estás bien?

—Genial.

Flexionó la rodilla unas cuantas veces para demostrarlo y vio las estrellas.

—Seguro que Wyatt habría podido pararlo sin tu ayuda.

—Sí. Gracias.

Shane frunció el ceño con una clara preocupación en la mirada.

—¿Seguro que estás bien?

Ilya esbozó una sonrisa rápida que probablemente pareció más una mueca de dolor.

—Tal vez no pueda ponerme de rodillas en los próximos días.

Shane se chocó con él.

—Pues tendré que cambiar de planes.

Se alejó patinando a toda prisa y dejó a Ilya sonriendo y negando con la cabeza mientras se dirigía despacio al banquillo.

Shane: ¿Dónde coño estás?

Ilya resopló mirando el móvil en el asiento trasero de un taxi que lo llevaba —a paso de tortuga— a casa de Shane.

Ilya: En un atasco.

Shane: Mierda. ¿Dónde?

Ilya: ¿En Montreal? Yo qué coño sé.

Shane: Date prisa.

Ilya: Ok. Le preguntaré al conductor si el coche puede volar.

Shane tardó un minuto de reloj en contestar. Entonces escribió:

Shane: ¿Habéis cruzado ya el puente por lo menos?

Ilya chasqueó la lengua y escribió:

Ilya: Estás cachondo, ¿eh?

Shane: Me puto muero.

Que Shane lo admitiera de forma tan rotunda generó un cosquilleo en la polla de Ilya. Escribió:

Ilya: Pues prepárate para cuando llegue.

Shane: ¿Y qué crees que llevo haciendo estos últimos veinte minutos?

Ah. Joder.

Ilya: Más te vale no correrte sin mí.

Shane: Pues más te vale darte prisa.

Ilya se estaba empalmando más de la cuenta en aquel taxi parado. Debería meterse el móvil en el bolsillo, hacer unas respiraciones para tranquilizarse y pensar en otra cosa. Pero, en lugar de eso, preguntó:

Ilya: ¿Dónde estás?

Shane: En la cama.

Ilya: ¿Te has metido los dedos?

Shane: Sí.

Ilya: ¿Cuántos?

Shane: 3.

Ilya contuvo un suspiro y luego escribió:

Ilya: Necesitas algo más grande.

Shane: ¡Ya lo sé! Por eso te digo que te des presa.

Shane: Que te des prisa, joder. Puto mensaje dictado.

Ilya: Sigue hasta que estés cerca. A punto, a punto… Pero no te corras.

Shane: Ya he estado a punto una vez sin querer.

La hostia… Ilya se lo imaginaba con gran viveza: Shane intentando por todos los medios hacerlo bien y ser productivo,

preparándose para que Ilya pudiera meterse en él cuando por fin estuvieran juntos. Abriéndose el culo con los dedos, pero intentando no tocarse la polla. Seguro que se había dado algunos meneos de todas formas, hasta que de pronto se había encontrado al límite del orgasmo. Ilya se imaginaba su expresión aterrada, la desesperación con la que habría apretujado la base de la polla, con los dientes apretados, respirando con dificultad por la nariz.

Ilya: Pero ¿no te has corrido?

Shane: No.

Ilya: Muy bien. Así se hace.

A Shane no siempre le gustaba que le dijera eso, e Ilya había admitido que normalmente se lo decía para tomarle el pelo. Pero esta noche no. Esta noche, Ilya estaba orgulloso de él de verdad.

Ilya: ¿Puedes hacerlo otra vez? ¿Para mí?

Nada durante unos segundos y luego:

Shane: Sí.

Ilya puso la palma de la mano sobre la rodilla derecha y apretó con los dedos en el hematoma que acababa de hacerse, mientras trataba de calmar a su polla. Ni siquiera estaba seguro de cómo iba a funcionar esa cosa rara que le había pedido.

Se apretó el moretón y esperó.

Le encantaba jugar a esos juegos con Shane. Aunque llevaban más de tres años como pareja con una relación cerrada y antes habían sido amantes secretos durante varios años, su vida sexual todavía era muy activa. Todos los tipos de sexo que practicaban eran excitantes: el sexo frenético, ardiente y casi agresivo que tenían a

veces después de un partido o una discusión; el sexo tranquilo y dilatado con el que se deleitaban cuando tenían mucho tiempo por delante e intimidad; el sexo juguetón y competitivo con el que disfrutaban cuando uno de ellos retaba al otro.

Y esto. Las veces en las que Shane quería demostrarle algo a Ilya…, en las que quería ser «bueno» para él. Y deseaba que le recompensara luego. Joder, a Ilya le encantaba esa clase de sexo.

Se preguntó qué estaría haciendo Shane en aquel momento, mientras el taxi por fin se abrió paso y dejó atrás el accidente que había junto a la entrada del puente. ¿Aún estaría metiéndose los dedos o se estaría haciendo una paja mientras jugaba con sus pelotas? ¿Habría cogido alguno de los juguetes del cajón que había pasado de albergar un *dildo* solitario a contar con un despliegue impresionante de juguetes sexuales a lo largo del último par de años? Ilya disfrutaba comprándole regalos a Shane.

Pasaron tres minutos entre el último mensaje de Shane y el siguiente.

Shane: Mierda.

Ilya: ¿Lo has hecho?

Shane: Sí. Joder. Menuda tortura.

Ilya miró por la ventanilla y escribió:

Ilya: En cinco minutos estoy en tu casa. Una vez más antes de que llegue, ¿vale?

Por supuesto, Shane podía negarse. Decirle a Ilya que se fuera a la mierda. O mentir. Ilya sabía que no haría ninguna de esas cosas.

Shane: Ok. Tienes la llave, ¿verdad?

Ilya: Sí.

Sonrió al pensar en obligar a Shane a abrirle la puerta así.

Al cabo de cinco minutos y medio, Ilya le lanzó un puñado de dinero al conductor y le dio las gracias a toda prisa antes de salir del coche. Se puso la mochila al hombro y fue corriendo hasta la puerta principal de Shane, tras cruzar los setos que ocultaban la casa de la calle. Había dejado de intentar no ir empalmado después de que Shane le confirmara por última vez que casi llegaba al orgasmo. Ahora la tenía dura como una piedra y estaba desesperado por meterle mano a su novio.

—¿Ilya? —lo llamó Shane desde la planta de arriba cuando Ilya abrió la puerta.

—Sí.

—Hostia puta. Sube ya.

Ilya subió las escaleras prácticamente volando y encontró a Shane despatarrado en la cama, desnudo, sofocado y precioso.

—*Chert voz'mi* —murmuró Ilya.

Soltó la mochila en el suelo y se arrancó la ropa sin pensarlo.

—En el último me ha ido por los pelos —dijo Shane—. No me he tocado desde entonces.

Estaba tumbado bocarriba con las piernas abiertas y una mano apoyada en la almohada sobre la cabeza; se acariciaba el estómago con la otra. Había un bote de lubricante encima de la cama, que Ilya cogió antes de desnudarse del todo.

—¿Tienes mejor la rodilla?

—Lo suficiente —dijo Ilya con impaciencia mientras se echaba lubricante—. ¿Cómo te apetece?

—Ya mismo —dijo Shane.

Ilya gruñó.

—¿Condón?

Ya casi nunca los utilizaban, pero a veces Shane prefería usarlos porque así era más fácil limpiarlo todo.

—No, joder. Ven.

Ilya se arrodilló en la cama entre los muslos de Shane e hizo una mueca por el dolor que lo recorrió cuando la rodilla magullada presionó contra el colchón. Se obligó a pasarlo por alto y se inclinó para besar a Shane con pasión. Joder, llevaba muchos días con ganas de eso. Posiblemente lo que más echaba de menos era besar a Shane.

Shane le buscó la boca cuando Ilya se apartó, pero este se limitó a sonreír. Entonces agarró a Shane por la parte inferior de los muslos y le levantó las caderas de la cama. Shane apoyó los tobillos en los hombros de Ilya mientras este se colocaba bien y se la metía de una sola embestida suave.

Los dos gritaron una palabrota y entonces Ilya miró a los ojos a Shane, para asegurarse de que estaba bien. Shane asintió con la cabeza e Ilya hizo lo mismo. Entonces, Ilya empezó a embestirlo con un ritmo constante y fuerte que logró que Shane se pusiera a jadear y se agarrara con ansia a la sábana en cuestión de segundos.

—Mi zorra impaciente —gruñó Ilya mientras lo follaba—. Ni siquiera ha podido esperarme.

—Limítate —jadeó Shane— a ser eficiente.

—Qué bien —dijo Ilya, y fue puntuando las palabras con embestidas—. Organizas. El tiempo.

—Quería tu polla.

—Ya la tienes. ¿Te gusta?

—Joder, sí. Me encanta. Más fuerte.

Había un banquito de piel acolchada a los pies de la cama de Shane que Ilya estaba noventa por ciento seguro de que podía

soportar su peso. Se desplazó hasta allí arrastrando a Shane con él y plantó un pie en el banco.

—¿Quieres que vaya más a saco? —preguntó Ilya.

Shane asintió con la cabeza, tenía los ojos vidriosos y como idos. Ilya levantó a Shane hasta que solo dejó apoyados en el colchón la parte superior de la espalda, los hombros y la cabeza. Luego empezó a darle con un ritmo constante y despiadado, penetrando tan fuerte a Shane que los dos perdieron la cabeza.

—¿Cuántos días? —masculló Ilya—. ¿Cuánto hace?

—Tres, creo. ¿O cuatro? ¿Cuándo fue la última vez que tuvimos sexo por teléfono?

—Hace cuatro días —respondió rápido Ilya.

No necesitaba hacer el cálculo. Lo sabía. La diferencia estaba en que él se había pajeado por lo menos una vez al día desde entonces. Muchos días dos veces.

—¿Puedes correrte así? —preguntó Ilya, porque estaba seguro de que él sí iba a puto correrse.

—Joder, igual sí. Me la metes hasta el fondo. Dios.

Ilya colocó la mano por detrás de la rodilla izquierda de Shane y dobló la pierna hacia delante, para ajustar el ángulo de la polla dentro de él. Dio unas cuantas embestidas fuertes y Shane hizo un ruido que casi sonó a sollozo.

—Justo ahí. Sí. Hostia puta. Solo deja que… —Se llevó la mano a la polla y empezó a meneársela—. Sigue así. No pares. No…

Ilya no quería parar nunca. Embistió a Shane para metérsela hasta el fondo y Shane lo miró con los ojos muy abiertos y los labios separados mientras movía la mano a toda velocidad sobre su polla.

—¿Me lo reservabas todo para mí? —preguntó Ilya con voz temblorosa y jadeante.

Shane asintió y se mordió el labio inferior.

—Déjame verlo —exigió Ilya.

Shane dirigió la mirada hacia la punta de su polla.

—Joder. ¡Joder! Voy a…, uf, mierda.

Lo más probable era que Shane se percatara a la vez que Ilya de que su cara estaba justo en la línea de fuego. Ya no había tiempo de apartarse. Su polla soltó chorro tras chorro de semen sobre sus mejillas, su barbilla y sus labios. Unas gotas le aterrizaron justo en la ceja.

Era demasiado para Ilya. Tomó una decisión de último momento, sacó la polla y bajó a Shane con cuidado hacia el colchón justo a tiempo de soltar su carga por todo el pecho de Shane.

Durante un buen rato, ninguno de los dos dijo nada. Jadeaban a la vez, con Ilya encima de Shane, de rodillas. Shane estaba bañado por completo en semen, algo que Ilya sabía que iba a sacarlo de quicio en menos de medio segundo.

—Puaj —dijo Shane, medio segundo más tarde—. Estoy pringadísimo.

—Lo siento.

—¿Bromeas? Me he puesto supercachondo. Hostia puta.

Ilya observó el pecho reluciente de Shane, que subía y bajaba, mientras esperaba a que su propia respiración también se calmara.

—¿Estás bien?

Shane extendió los brazos formando una cruz sobre el colchón.

—De puta madre.

Ilya acarició con los dedos el agujero de Shane y de golpe este levantó la cadera del colchón.

—¿No te duele? —preguntó Ilya.

Shane soltó el aire despacio.

—No me duele. En realidad, es agradable. Que me toques así después de follar.

—¿Sí?

—Mmm. Pero necesito una ducha. O por lo menos una toalla.

Tras unos cuantos minutos más de remolonear, Ilya fue al cuarto de baño y volvió con varias toallitas para la cara húmedas y calientes. Con cuidado, le limpió primero la cara a Shane, luego le besó la nariz, las dos cejas y, por último, la boca. Shane entrelazó los dedos en el pelo de Ilya mientras se besaban y este suspiró en su boca. Era una putada que tuvieran que soportar tantos días sin eso.

Se besaron un rato y después Ilya continuó limpiando a su novio. Utilizó una toalla para el pecho y la garganta y luego otra para la polla, los muslos y el culo. Se tomó su tiempo con el culo de Shane, pues parecía que le calmaba el que prestara atención a su piel sensible. Ilya le pasó la toalla caliente sobre el ano ligeramente hinchado más veces de las que era necesario, mientras observaba cómo su novio sonreía y se estremecía feliz.

—Qué lindo eres —dijo Ilya.

—Tú tampoco estás mal.

—Podemos ducharnos por la mañana, ¿sí?

—Sí. Ven aquí.

Ilya se tendió junto a Shane y luego le dio la vuelta para poder ponerse detrás haciendo la cucharita. Shane se acurrucó junto a él enseguida —de forma automática— y sujetó la mano de Ilya, que estaba apoyada delante del estómago de Shane.

—Holi —dijo Shane medio dormido.

—Holi.

Capítulo 12

Shane se sorprendió mucho cuando abrió los ojos y descubrió que ya era por la mañana. No recordaba haberse quedado dormido, pero debía de estar agotado después del partido y del sexo apoteósico.

Dios, y tantas veces de quedarse a punto. Había sido una puta pasada, se había puesto a mil.

Oía a Ilya roncando suave a su lado, con un brazo fuerte colocado de forma relajada alrededor de la cintura de Shane. Este sonrió y se abrazó a él, suspirando de satisfacción. Iba empalmado y notó que Ilya también, pero de momento podía pasar eso por alto. El sexo era genial, pero los instantes como ese, donde podían acurrucarse y acariciarse y existir sin más los dos juntos a solas en una habitación tranquila, eran la cosa favorita de Shane.

Por norma general, era madrugador y seguía una rutina estricta todas las mañanas. Pero, en lugar de saltar de la cama y ponerse la ropa de salir a correr, esa mañana se rindió ante la comodidad de sentirse arropado por el hombre a quien amaba y se quedó dormido de nuevo.

Se despertó un rato después cuando Ilya empezó a darle besos por el hombro.

—Buenos días —murmuró Shane.

—Desde luego —coincidió Ilya.

Shane se puso bocarriba y miró hacia Ilya, despeinado, adormilado y fabuloso con la luz matutina.

—Tenemos todo el día juntos por delante.

Ilya sonrió.

—Y toda la noche.

—¿Qué quieres hacer?

—Quiero que te cepilles los dientes, porque no vas a dejar que te bese hasta que lo hagas.

—También te los tienes que lavar tú —se apresuró a añadir Shane.

—Sí, sí.

Ilya levantó la mano de Shane hasta su boca y le besó los nudillos.

—Y tenemos que ducharnos.

—Ya lo sé. Pero después quiero prepararte un impresionante desayuno muy sano. —Le besó la palma a Shane—. Y quiero pasarme todo el día tocándote.

—Vale.

Se cepillaron los dientes, luego se metieron en la ducha juntos. Ambos estaban de buen humor, sonreían y se reían de cualquier cosa. Ilya preparó huevos poché con fruta cortada en rodajas mientras Shane hacía unos *smoothies* con proteínas y café.

—El documental aquel de la ESPN se emite la semana que viene —dijo Shane.

—Sí.

—¿Tú crees que será raro verlo?

Ilya se encogió de hombros.

—Puede.

—Creo que las entrevistas me salieron fatal. Me sentía muy

incómodo.

—Normal.

—Respondiendo a tantas preguntas sobre ti y nuestra, ya sabes, relación profesional. Mientras ocultaba nuestra auténtica relación. Fue duro.

—Mmm.

Shane sacó una taza de café, que cogió Ilya. Entonces, con la mayor naturalidad que pudo, Shane preguntó:

—¿Qué dijiste de mí?

Ilya chasqueó la lengua y fue a la nevera a buscar la leche entera para el café que Shane había comprado solo para él.

—Mira el documental y te enterarás.

Shane soltó un suspiro largo e irritado.

—Dime una cosa por lo menos.

—No.

Shane lo fulminó con la mirada y luego dio un puñetazo enfadado sobre la mesa de la cocina.

—Genial.

Ilya apartó la leche y fue a buscar el azucarero.

—Dije que te corres muy deprisa cuando te chupo los huevos.

Shane le tiró una fresa.

—Eres imbécil. Y no lo hago tan deprisa.

—Vale.

Se sentaron juntos a la mesa e Ilya olfateó su *smoothie* con una expresión de asco en la cara.

—Te aseguro que está repleto de proteínas y nutrientes —le prometió Shane.

Ilya no parecía pensar que fuera suficiente buena razón para tomarlo. Lo dejó a un lado y atacó los huevos.

—Yo dije cosas bonitas sobre ti —comentó Shane mientras

observaba cómo devoraba los huevos Ilya.

—¿Ah, sí?

Sonaba falto de interés, pero Shane sabía que era fachada.

—Sip.

Shane dio un sorbo al *smoothie* y esperó.

—¿Qué dijiste? —dijo Ilya.

Shane sonrió.

—Tendrás que ver el documental para saberlo.

Ilya resopló.

—Genial.

El sabor de la victoria no duró mucho. Shane pinchó los huevos y dijo en tono casi patético:

—Ojalá me contaras al menos una de las cosas que dijiste.

—¿Por qué? —soltó Ilya, en voz tan alta y seca que Shane se sobresaltó—. Era aburrido. No podía decir ninguna de las cosas que quería decir. Dije que eras un gran jugador de hockey. Un buen tipo. Muy competitivo. Toda esa mierda que podría haber dicho cualquiera de tus compañeros de equipo. —Ilya suspiró fuerte y luego continuó hablando en un tono más bajo—: Cuando veas el documental, eso es lo que encontrarás. A mí sin decir nada. Me habría gustado decir que lo eres todo para mí, joder. Todo. ¿Vale?

Shane tragó saliva con dificultad.

—Ah.

Después de tantos años juntos, no entendía cómo todavía le sorprendía tanto lo profundo que era lo que Ilya sentía por él. La forma directa y sin tapujos con la que Ilya revelaba de vez en cuando lo que guardaba en su corazón. Quizá, como el inglés era una segunda lengua para Ilya, le costaba más maquillar sus sentimientos con palabras bonitas, pero esa cruda sinceridad impactaba a Shane como un rayo cada vez que la percibía.

Ilya soltó un suspiro tembloroso.

—Pero aun así no pienso beberme ese *smoothie*.

Shane se rio, contento de quitarse parte de la tensión que se le había acumulado dentro. Luego dijo en voz baja:

—Tú también lo eres todo para mí.

Ilya le aguantó la mirada un momento largo y a Shane le pareció que tenía los ojos tristes.

—Por supuesto —respondió entonces Ilya.

Una hora más tarde, estaban entrelazados en el sofá de Shane. Este no recordaba qué supuesta actividad los había llevado hasta allí —¿ver una peli?, ¿jugar a un videojuego?—, porque la habían desechado al instante para dedicarse a besarse. Shane se había subido a horcajadas al regazo de Ilya, de cara a él, y lo besaba mientras le sujetaba la cara entre las manos.

—Joder, te he echado de menos una barbaridad —murmuró Shane pegado a los labios de Ilya.

Él le apretó el culo y lo besó con ansia. Ambos iban vestidos y estaban empalmadísimos, pero ninguno tenía prisa por pasar a la siguiente fase. Quizá continuasen besándose y acariciándose hasta que ninguno de los dos pudiera aguantarlo más. Entonces Ilya lo tumbaría en el sofá y empezaría a tocarle el ano y a meterle los dedos hasta que Shane le suplicara que lo follara.

Shane gimió al pensarlo, cosa que hizo reír a Ilya.

—¿Qué pasa? —preguntó Ilya.

—Nada. —Entonces se armó de valor y dijo—: Pensaba en que me follaras.

Ilya le lamió la nuez a Shane.

—Yo pensaba en lo mismo.

El móvil de Shane sonó en la mesita de centro que tenían detrás.

—No contestes —dijo Ilya.

Shane se volvió y agarró el teléfono.

—Es Hayden.

—Entonces con mayor motivo: no lo cojas.

Shane vio que también tenía un puñado de mensajes de Hayden por leer. Cogió la llamada mientras Ilya hundía la frente en su pecho.

—¿Qué pasa, Hayden?

—Gracias a dios —respondió Hayden—. Mira, Jackie se ha roto el tobillo.

—¡No es verdad! —oyó Shane que chillaba Jackie de fondo.

—Bueno, pues se lo ha torcido o algo. Ha pisado un juguete y tengo que llevarla al hospital.

—Mierda —dijo Shane—. Lo siento mucho. Espero que no sea nada.

—Yo también. Pero, oye, ¿podrías cuidar de los críos hasta que volvamos?

Shane miró a los ojos a Ilya. Supo de inmediato que Ilya había oído toda la conversación. Normalmente a Shane le encantaba pasar tiempo con los cuatro hijos de Hayden, pero se suponía que ese día iba a ser solo para Ilya y para él.

Sin embargo, Ilya sonrió emocionado y asintió con la cabeza.

—Claro, sin problema. Pero, eh…, estoy con Ilya.

—Vaya —dijo Hayden—. Lo siento. Supongo que, o sea, estáis recuperando el tiempo perdido, ¿no?

Menudo tacto.

—No pasa nada, de verdad. Podemos hacerlo. Solo me refería a que Ilya viene conmigo.

Hayden soltó el aire de forma audible en el teléfono.

—¿Cuánto tardáis en llegar?

Ilya solo había estado en casa de los Pike una vez, para fumar la pipa de la paz mediante una barbacoa. En todo momento había sospechado que la idea había sido más de Jackie que de Hayden.

Jackie, que en ese momento estaba tumbada en el inmenso sofá modular de los Pike con el pie derecho apoyado en un montón de cojines. Tenía una bolsa de hielo atada sobre el tobillo.

—Hola, Ilya —dijo.

—¿Has pisado un juguete?

Puso los ojos en blanco.

—He pisado el puñetero mando del coche teledirigido de Hayden.

Ilya se rio, encantado con esa información nueva e importante.

—¿Así que era un juguete de Hayden?

—Lo sacó uno de los críos —insistió Hayden desde la otra punta de la habitación—. ¡No fui yo!

Ilya intercambió una mirada cómplice con Jackie.

—Vamos. —Ilya le ofreció la mano—. Te ayudo a entrar en el coche.

Jackie trató de mover el tobillo hinchado y luego hizo una mueca.

—¿Seguro que no lo tienes roto? —preguntó Ilya.

—No está roto. Solo me duele.

Alargó el brazo para agarrarse del hombro de Ilya, pero el jugador decidió facilitarle las cosas. Se inclinó y acercó una mano a sus rodillas flexionadas.

—¿Puedo?

—Adelante.

Ilya la levantó en brazos. No era una mujer alta, pero era fuerte y estaba en forma. Aun así, no le costó nada levantarla.

—¡Oye, que puedo hacerlo yo! —insistió Hayden mientras

cruzaba la sala a grandes zancadas.

—Por el amor de dios, Hayden —dijo Jackie—. Anda, abre la puerta.

Ilya llevó a Jackie al todoterreno de los Pike y la ayudó a ponerse cómoda en la parte de atrás, con la pierna levantada sobre el asiento. Shane salió de la casa con los cuatro críos pululando detrás de él.

—¿Vas bien? —le preguntó Hayden mientras se acomodaba en el asiento del conductor.

—¿Llevas su tarjeta sanitaria? —preguntó Ilya.

—Mierda.

—La tengo en la cartera —dijo Jackie—. En la encimera de la cocina.

—Voy yo —dijo Shane, y entró rápido en la casa.

Los niños se arremolinaron alrededor del coche y preguntaron mil cosas a la vez.

—Estoy bien —les aseguró Jackie—. Es solo que mami necesita que el médico le mire el tobillo. ¡Me arreglará y volveré a estar como nueva!

—Pero nos ibas a pintar las uñas —dijo una de las gemelas (Ilya estaba bastante seguro de que era Ruby) haciendo pucheros.

—Ya lo haré más tarde —le prometió Jackie.

—Puedo hacerlo yo —dijo Ilya. Miró a Ruby y se dio unos golpecitos en los labios con la yema del dedo—. Espera. ¿De qué color?

—Morado. Con purpurina. Y rosa. Y azul.

Ilya sonrió.

—Estupendo.

Shane volvió con la cartera y se la entregó a Jackie.

—Gracias por echarnos una mano —dijo Jackie—. Sé que os

hemos estropeado el día.

—No lo habéis estropeado —dijo Ilya con sinceridad—. Ahora será más interesante.

Amber, la más pequeña de la familia Pike, se echó a llorar cuando Ilya intentó cerrar la puerta del coche.

—Ay, cariño —dijo Jackie—. No pasa nada. Mami volverá a casa enseguida y os lo pasaréis genial con el tío Ilya.

—¿El tío Ilya? —refunfuñó Hayden.

Ilya cogió en brazos a Amber y le sonrió.

—Shane me ha dicho que eres una gran cocinera.

La niña de tres años lo miró con los ojos llorosos y muy abiertos, y luego asintió con la cabeza.

—Si te gusta la comida de plástico —comentó Hayden—, estás de suerte.

—Mejor que lo que come Shane —dijo Ilya guiñándole un ojo a su novio.

Hayden se rio de corazón al oírlo.

—¿Purpurina en todas? —preguntó Ilya.

Ruby asintió sin dudarlo e Ilya se puso manos a la obra. Ya le había pintado las uñas en una atrevida combinación de morado oscuro, rosa neón y azul claro, pero, por supuesto, era necesario añadir purpurina.

—¿Cómo vas? —preguntó Shane cuando entró en la cocina.

—De fábula. Mira lo bien que me está quedando esto.

Shane se inclinó sobre la mesa e inspeccionó la manicura de Ruby.

—Guau. Qué envidia.

—La siguiente soy yo —dijo Jade, la hermana gemela de Ruby,

para reclamar su puesto antes de que Shane intentara saltarse la cola.

—¿Ya se ha dormido Amber? —preguntó Ilya.

—Sí. Cayó redonda después de una hora entera preparándonos comida.

Ilya sonrió y recordó con qué empeño había presentado Amber cada uno de los platos con alimentos de plástico.

—Me sorprendió que te comieras la hamburguesa. Es carne roja, ya sabes.

Shane le dio un puñetazo flojo en el hombro.

—Idiota.

—Eso no se dice —le advirtió Jade.

—Tienes razón —coincidió Ilya—. Eso no se dice, Shane.

—Perdón.

Se sentó a la mesa entre Jade y el niño mediano, Arthur. El único hijo de los Pike era un niño bastante reservado, que parecía satisfecho con observar lo que fuera que ocurriese a su alrededor. Se le notaba fascinado por las uñas de su hermana.

—¿Quieres que te las pinte a ti, Arthur? —preguntó Ilya.

El niño de cinco años parpadeó varias veces mientras lo miraba y luego asintió con la cabeza.

—¡No puede! —insistió Ruby—. Es un niño.

—Los chicos pueden pintarse las uñas —dijo Ilya—. Mira. —Se puso con cuidado una capa de esmalte de color azul pálido en la uña del pulgar—. ¿Lo ves?

—Papá dice que es solo para las chicas —dijo Jade.

—Bueno, pues papá es un…

—Vuestro papá no conoce a muchos chicos que se pinten las uñas —intervino Shane justo a tiempo—. Pero hay un montón que lo hacen.

Ilya se pintó el resto de las uñas de la mano izquierda y admiró su obra.

—Qué bonito ha quedado. Quizá debería ponerme también la purpurina.

—Ven —dijo Shane. Le tomó la mano a Ilya y agarró el frasquito de esmalte de purpurina—. Es más fácil si lo hace otra persona. Supongo.

Todos observaron a Shane mientras se inclinaba sobre la mano de Ilya y se concentraba muchísimo para ponerle una capa de esmalte en cada uña. A Ilya le dio un vuelco el corazón ante un gesto tan tierno.

—¿Es tu marido? —preguntó Ruby.

Ilya se estremeció y casi hizo que Shane se saliera de la uña.

—No.

—¿Y tú eres su marido?

—Las cosas no van a… —dijo Shane, y entonces se detuvo—. No estamos casados.

—¿Y vais a casaros?

Shane miró a los ojos a Ilya y este vio que le suplicaba en silencio que lo ayudara.

—¿Crees que tendríamos que hacerlo? —preguntó Ilya.

—¿Os queréis mucho?

—Somos amigos —dijo Shane incómodo a la par que Ilya decía:

—Sí.

Jade cogió a su hermana por el brazo.

—¡Podríamos hacer una boda hoy!

Rudy saltó y aplaudió, con lo que seguro que se iba a estropear las uñas.

—¡Sí! ¿Podemos?

Ilya sonrió a Shane.

—¿Qué opinas tú, mi amor?

Veinte minutos después, Shane se hallaba en medio de la sala de estar de los Pike con una capa de mago, una chistera y un anillo de plástico rosa con forma de corazón en la mano. Ilya estaba de pie a su lado con una pajarita de lentejuelas rojas y una diadema forrada de flores. Llevaba un anillo idéntico pero morado.

Enfrente tenían a dos niñas de siete años con vestidos de princesa, y detrás de ellas había un numeroso público de peluches y Arthur (con un disfraz de bombero y las uñas recién pintadas).

Arthur apretó un botón de un muñeco en el que sonaban quince segundos de una canción de *Vaiana*, y después de eso estuvieron listos para empezar.

—Esta es la boda de Shane Hollander e Ilya… —Jade entrecerró los ojos mirando a Ilya.

—Rozanov —le apuntó.

La niña asintió.

—Rosa-nof.

Shane soltó una risita e Ilya le dio un codazo.

—Shane, por favor. Mantén la compostura. Es el día de nuestra boda.

—Shane, ¿prometes amar a Ilya y ser su marido para toda la vida? —preguntó Ruby.

Shane miró a su novio, de aspecto bastante ridículo, quien le sonrió. Una de las flores de la diadema estaba sujeta solo con un hilo y colgaba delante de la ceja izquierda levantada de Ilya. De repente, y de forma absurda, a Shane se le hizo un nudo en la garganta.

—Sí, lo prometo —dijo en voz baja, y con tanto sentimiento que

casi le daba vergüenza.

—Ilya —dijo Jade—, ¿prometes amar a Shane y ser su marido para toda la vida?

—Sí, lo prometo —dijo Ilya—. Para toda la vida.

Hubo un ligero temblor en la voz de Ilya, lo cual sorprendió y alivió a Shane. Por lo menos, él no era el único que se estaba poniendo emotivo.

—Muy bien —dijo Jade—. Ahora lo de los anillos.

Ilya tomó la mano de Shane y le deslizó el anillo infantil de color morado en el dedo meñique, hasta por debajo de la segunda falange. Shane disimuló una risa temblorosa.

Shane tomó la mano de Ilya y sonrió al verle las uñas pintadas. Intentó ponerle el anillo en el meñique, pero no pasó de la yema. Alzó la mirada y se fijó en que Ilya parpadeaba muy rápido.

—Yo os declaro marido y marido —dijo Ruby.

Jane le dio un codazo.

—¡Oye, que eso lo tenía que decir yo!

—¡No es verdad! Tú dices lo del beso.

—Ah, sí. Podéis besaros.

Shane levantó las cejas mirando a Ilya y le preguntó en silencio: «¿Quieres?».

Ilya se inclinó hacia él y le dio un beso rápido en la boca mientras los niños vitoreaban y les tiraban puñados de papel que habían cortado para hacer confeti. Arthur volvió a poner la canción de *Vaiana*.

Después del beso, Ilya apoyó la frente en la de Shane y se quedaron así, congelados en el momento.

—¿Significa eso que esta noche es nuestra luna de miel? —preguntó Shane en voz baja.

—Vamos a fingir que sí.

A Shane le estaba costando un montón meter la llave en la cerradura, porque Ilya no paraba de besarle el cuello.

—Para un momento, ¿quieres? —dijo Shane inclinando la cabeza para intentar evitar los ataques de Ilya.

Ilya no se rindió. Cambió al otro lado y le mordisqueó la oreja a Shane. Este soltó una risita casi infantil y fingió intentar apartarse cuando Ilya le abrazó el pecho por detrás.

—Dame —dijo Ilya, y le quitó la llave de las manos a Shane.

Con pericia, metió la llave en la cerradura y la giró mientras seguía comiéndose el cuello de Shane.

—Chulo —se quejó Shane.

—Siempre.

Entonces Ilya cogió a Shane en brazos de lado, como si fueran una pareja de recién casados. Igual que había llevado a Jackie al coche horas antes.

—Pero ¿qué coño…? —dijo Shane, aunque sonaba más encantado que indignado—. ¡Bájame!

Ilya le sonrió y abrió la puerta empujando con el pie.

—Es nuestra luna de miel.

—No puede ser bueno para tu rodilla.

—Mi rodilla está bien —se mofó Ilya—. Y no pesas nada.

—¡Peso noventa kilos!

—Sí, ya.

—¡Que sí!

—Ni que midieras uno ochenta.

—¡Es que mido uno ochenta!

Ilya negó con la cabeza y cruzó el umbral.

Los Pike se habían pasado horas en el hospital, pero por suerte Jackie, como le había repetido mil veces a su marido, solo tenía un esguince en el tobillo. Entró por la puerta caminando como pudo con

muletas casi a la hora de cenar, mientras Hayden la seguía con aire protector y cara de cansancio y preocupación. Ilya, Shane y los chiquillos estaban apretujados en el sofá viendo *Frozen 2*. Ilya había pasado el brazo con comodidad por los hombros de Shane, un gesto que les resultó agradable en presencia de otras personas. No pareció que a Hayden le importara mucho, pero tal vez fuera porque se distrajo mirando la diadema de flores que todavía llevaba puesta Ilya.

En conjunto había sido un día muy divertido.

Ilya llevó a Shane a la sala de estar, luego se detuvo y observó alrededor.

—¿Ahora qué?

—¡Ahora bájame!

—¿Así va la cosa? Pensaba que tendría que tumbarte en la cama, ¿no? ¿Con unos pétalos de rosa?

—Vete a la mierda, anda.

Shane se retorció hasta que Ilya no tuvo más remedio que soltarlo. Shane cayó de pie, pero se tambaleó hacia delante y estuvo a punto de chocarse con la mesita de centro. Cuando se dio la vuelta para fulminar a Ilya con la mirada, se lo encontró sonriendo con la misma expresión dulce que Shane había visto en su rostro mientras intercambiaban los votos matrimoniales de mentira.

—¿Qué pasa? —preguntó Shane.

—Nada. —Ilya se rascó la nuca. Apartó la mirada. Volvió a mirar a Shane—. Hoy ha sido chulo.

—Sí… —Shane lo cogió de la mano y tiró de él para acercarlo—. O sea, no la parte en la que Jackie se ha hecho daño en el tobillo, pero sí lo demás.

—Tiene suerte de no habérselo roto.

—Hayden sí que tiene suerte —dijo Shane.

Hayden era su mejor amigo y un padre maravilloso, pero Jackie se ocupaba del noventa y nueve por ciento de todo lo que ocurría en esa familia.

—Me gustan esos críos —dijo Ilya—. No puedo creer que los haya hecho Hayden.

—Se te dan genial los niños.

Shane rozó la nariz de Ilya con la suya y luego le dio un beso en la boca. Sabía a la limonada que Shane había rechazado en casa de los Pike, pero de la que Ilya se había bebido dos vasos encantado. Con sentimiento de culpa, Shane disfrutó del sabor, dulce y algo ácido.

Cuando dejaron de besarse, Ilya dijo:

—Serás un buen padre.

Shane apoyó la frente en el hombro de Ilya y sonrió.

—No tan bueno como tú.

Ilya resopló.

—No todo tiene que ser una competición entre los dos.

—Encontraríamos la manera de hacer que la paternidad fuera una competición.

Unos brazos fuertes ciñeron a Shane.

—No. Lo haremos juntos. En paz.

En un ataque de valentía, Shane admitió:

—Hoy ha habido momentos en los que he tenido la sensación de estar viendo nuestro futuro.

Ilya se apartó para mirar a Shane a los ojos.

—¿Y era bonito?

—Era fabuloso.

Shane vio el júbilo en los ojos de Ilya por un instante, y luego ya no vio nada más, porque Ilya empezó a besarlo con pasión. Se perdió en los besos, disfrutando del calor familiar pero aun así

embriagador de la boca de Ilya. Lo tocó por todas partes: la rasposa barba de tres días que siempre llevaba, los suaves rizos de pelo alborotado, la larga línea del cuello y los montículos de sus hombros musculosos. Deslizó una mano por debajo de la camiseta de Ilya y apoyó la palma en sus abdominales, su ombligo perfecto y la definida línea de vello que había debajo. Luego subió a su ancho pecho, por encima del pelo y de los pezones duros, hasta dejarla apoyada por fin en el corazón y en el ridículo tatuaje del oso.

—Te amo —murmuró Ilya pegado a los labios de Shane.

—Yo también te amo.

—Pero no vamos a tener cuatro hijos.

Shane se rio.

—No, por dios. Claro que no.

—Sería demasiado. Con los perros.

—Eh, supongo que te refieres al gato.

—No me refiero al gato. Te juro que no.

—¿Cuántos perros exactamente?

—Varios. Quizá uno para empezar. Y luego necesitará un amigo, así que dos. Aunque puede que no se caigan bien, así que adoptaremos el número tres para que haga de…

—¿Mediador?

—Exacto. Quizá, sí.

—¿Y si no les cae bien ese?

—El cuarto perro hará…

Shane se apartó de los brazos de Ilya.

—No.

Ilya se echó a reír.

—Un perro.

—Un perro —coincidió Shane.

—Querrás más. Espera y verás.

«Espera y verás». Esas palabras resonaron en los oídos de Shane mientras iba a la cocina. Creía en su relación y confiaba en que podrían tener todo lo que deseaban en el momento adecuado. Pero a veces deseaba que el momento adecuado fuese ahora.

—¿Tienes hambre? —preguntó Shane.

—Sí.

—Tengo una lasaña precocinada. Solo hace falta meterla en el horno.

La cara de Ilya se iluminó con interés. Luego, igual de rápido, le cambió la expresión.

—¿Lleva láminas de pasta?

—Calabacín.

—¡No!

—Está rico, te lo juro. Ni te darás cuenta de la diferencia —mintió Shane.

Encendió el horno y decidió no contarle a Ilya cuál era el sustituto del queso.

Ilya se quejó al sentarse en el sofá de Shane y este lo miró preocupado.

—¿Qué tal llevas la rodilla?

—Se me ha caído —dijo Ilya con sequedad, harto de que Shane le preguntara lo mismo una y otra vez.

—Deja que le eche un vistazo.

—La has visto esta mañana. —Ilya estiró la pierna dolorida encima del sofá—. Solo está magullada.

Shane ya se había puesto a su lado. Intentó subirle la pernera del pantalón a Ilya, pero el corte ajustado de los pantalones de deporte de moda hacía que fuese imposible.

—Bájate los pantalones.

—Qué mal se te dan los preliminares —dijo Ilya, pero levantó las

caderas y se bajó la cintura del pantalón hasta las espinillas. Tenía toda la parte exterior de la rodilla izquierda hinchada y de color morado oscuro.

—Dios mío —dijo Shane. Pasó los dedos por encima del hematoma—. Quizá sí deberías ir al médico hoy.

—Ya me lo vio el médico del equipo anoche. Está magullado. ¿Es que nunca has tenido un moretón?

—Voy a por hielo.

Ilya soltó una especie de gruñido que Shane tradujo por «el hielo me iría genial, pero no voy a admitirlo por nada del mundo».

Shane se marchó y regresó con una bolsa de hielo, un ibuprofeno y un vaso de agua. Colocó el hielo con cuidado sobre la rodilla de Ilya mientras este se tomaba la pastilla.

—Gracias, *moya gazonokosilka*.

A Ilya le gustaba jugar a decir palabras en ruso al azar como si fueran apelativos cariñosos, para poner a prueba a Shane. Este se quedó pensando un momento con mucha concentración, intentando adivinar qué significaba esa expresión, pero al final se rindió.

—Ni idea de qué significa.

—Es, eh…, para cortar la hierba.

—¿Un cortacésped?

—Sí.

—Qué raro.

Shane notó que algo se le clavaba en la cadera cuando se inclinó para besar a Ilya a toda prisa, y entonces recordó los anillos de plástico con forma de corazón que las niñas habían insistido en que se quedaran. Se los sacó del bolsillo y los dejó en la mesita. Estaba a punto de volver a la cocina cuando Ilya dijo en voz baja:

—A los críos no les importó.

—¿El qué?

—Lo nuestro. Se dieron cuenta y no les importó.

—Sí. Fue una sorpresa.

Shane no tenía la menor idea de cómo habían estado tan seguras Ruby y Jade de que Ilya y Shane eran pareja —estaba convencido de que sus padres no se lo habían contado; sería arriesgado darles esa información a unos chiquillos—, pero lo habían sabido y aceptado y habían insistido en que los dos se comportaran con sinceridad.

—Quizá hubiera más gente a la que le daría igual —dijo Ilya—. Si lo supiese.

—Creo que a la mayor parte de la gente le importaría una puta barbaridad —dijo Shane con desprecio.

La expresión de Ilya se ensombreció y entonces se puso a recolocarse el hielo con gesto agresivo. Shane sintió que había dicho algo malo, pero ¿qué otra cosa podía decir? En realidad, no creía que mucha gente fuera a aceptarlos como pareja. Lo único que podían hacer era seguir el plan previsto, que era continuar en secreto hasta que los dos se retiraran. O por lo menos hasta que lo hiciera uno de ellos, pero Shane confiaba en que pudieran dejar el deporte a la vez. La idea de jugar en una liga sin Ilya le parecía extraña y vacía.

Shane apoyó una mano en el hombro de Ilya con cautela.

—¿Qué ocurre?

Ilya se cruzó de brazos por delante del pecho y murmuró algo en ruso.

—¿Eh?

—Creo que te preocupas demasiado, joder.

—¿De qué? ¿De nosotros?

—No. Del resto del mundo. De las opiniones.

—¿No es algo que nos preocupe a los dos?

Ilya no respondió y Shane tuvo la sensación de que se le escapaba algo importante.

—Podemos hablar del tema si…

—No —refunfuñó Ilya—. No es nada.

—Vale.

No era la primera vez que Ilya parecía ponerse triste de repente por algo de lo que se negaba a hablar. En ocasiones, a Shane le preocupaba que hubiera muchas cosas que Ilya no le contaba.

Ilya suspiró.

—Lo siento. Estoy cansado. Olvídate de lo que he dicho.

Shane rozó la mejilla de Ilya con el pulgar.

—Te amo.

Ilya esbozó una sonrisa.

—Bien. Porque ahora estamos casados.

Sin saber todavía de qué iba la cosa, Shane cogió el mando a distancia de la mesita de centro y se lo pasó a Ilya.

—Podemos comer en el sofá. Ponemos una peli o algo.

Se puso a preparar una ensalada con la banda sonora de una música heroica y fuertes explosiones procedente de la sala de estar. A Ilya le encantaban las películas de acción. A la lasaña todavía le faltaba un poco de horno cuando Shane terminó de hacer la ensalada, así que se reunió con su novio en el sofá y dejó que Ilya apoyara los pies en su regazo.

—¿Qué peli es?

—No lo sé. Pero sale Rose.

Shane entrecerró los ojos para enfocar mejor la televisión y lamentó no llevar las gafas.

—Ah, sí. Ya la he visto. Es medio mala.

—Pero Rose sale muy guapa.

—Siempre sale guapa.

Vieron la película en silencio mientras Shane le masajeaba los pies a Ilya con aire ausente.

—Podrías haberlo tenido todo —bromeó Ilya cuando Rose salió en la pantalla con un vestido de noche especialmente sexy.

Shane se acurrucó más contra él. Hacía semanas que una pregunta le rondaba la cabeza. No quería estropear ese momento casero, pero no podía aguantarse más.

—¿Ilya?

Este debió de advertir la cautela en la voz de Shane, porque tensó el cuerpo.

—¿Sí?

—¿Estás… bien?

—Sí. No es más que un golpe.

—No, me refiero…

Shane se mordió el labio inferior, inseguro de cómo seguir.

—¿Shane?

Decidió lanzarse.

—Me da la impresión de que, no sé, no estás bien. A veces.

Ilya apartó el brazo y se volvió hacia él.

—¿En qué sentido?

Shane se sentó más erguido y lo miró a la cara.

—Has pasado por muchas cosas y sé que nuestra… cosa… no es fácil. Y me preguntaba si te iría bien acabar de procesar algo o tratarlo. —Se armó de valor—. Me refiero a ir a terapia.

Ilya entrecerró los ojos.

—¿Por qué me dices eso?

Shane le apoyó una mano en el brazo e Ilya se estremeció ante el contacto. Mierda, Shane la estaba cagando. Volvió a intentarlo.

—Nunca había pensado mucho en, ya sabes, la salud mental y esas cosas, antes de que montásemos la organización benéfica. Pero

a veces te veo… triste. O, no sé, introvertido.

—¿Intro qué?

—Introvertido, tipo, muy callado.

—Todo el mundo está callado a ratos. —Ilya volvió a concentrarse en la película—. Deberías probarlo.

Shane soltó un suspiro exasperado.

—Vale. No tenemos por qué hablar del tema. Solo quiero que sepas que, si quieres hablar o te apetece ir a ver a alguien para tratarlo, te apoyaré. Y, si no quieres, te apoyaré también. Pero hay veces en las que me preocupo.

Ilya se quedó un buen rato sin decir nada. Shane advirtió que se le tensaba la mandíbula. Sus labios se convirtieron en una línea fina.

—No deberías preocuparte —dijo Ilya al fin, con la mirada fija en la televisión—. Estoy bien.

Shane le cogió de la mano y se la apretó.

—No tienes por qué superarlo todo solo, ¿de acuerdo?

Ilya tragó saliva.

—Sí. Vale.

Le temblaba la mano.

—Hablo en serio —dijo Shane.

Ilya se puso de pie y apartó la mano.

—Si me pasa algo, ya te lo contaré. Pero no hay nada. Así que vamos a comernos esa lasaña tan mala y a dejar el tema, ¿vale?

Desde luego, eso no sonaba a que no hubiera nada que preocupase a Ilya, pero Shane había prometido apoyarlo incluso si no quería hablar. Se puso de pie también.

—La lasaña no está mala.

Ilya logró sonreír un poco ante el comentario.

—Ya lo veremos.

Capítulo 13

—¿Qué haces esta noche? —le preguntó J. J.

—Nada —dijo Shane, y se arrepintió de inmediato.

Ilya se había marchado el día anterior y Shane notaba la ausencia. No quería hacer nada que implicara socializar esa noche.

J. J. apoyó una mano en la pared de la taquilla del vestuario de Shane, justo por encima de donde estaba sentado este, y lo encajonó.

—Ay, pues deberías salir conmigo. He quedado con unos amigos en una coctelería genial que ha abierto mi colega Benoit.

—No bebo alcohol —le recordó Shane.

—Ah, ¿sigues sin beber?

—Sí. Sigo sin beber.

Shane continuó desatándose los patines, con la esperanza de transmitirle que la conversación había terminado.

—Vale, bueno, también tienen otras bebidas. Seguro que hacen unos..., eh, cócteles sin alcohol alucinantes.

Shane estuvo a punto de recordarle que tampoco consumía la mayor parte de los ingredientes más probables de un cóctel sin alcohol, pero decidió zanjar el asunto de una vez.

—Voy a quedarme en casa. Pero gracias de todos modos.

J. J. suspiró y se sentó en el banco al lado de Shane. Era el sitio de Hayden, pero en ese momento Hayden estaba en la ducha.

—No es saludable —dijo en francés.

Cuando J. J. pasaba al francés al hablar con Shane solía significar que la conversación iba en serio. O que estaba borracho.

—¿Qué más haces aparte de venir a entrenar… —Señaló con la mano el vestuario, como para indicar la actividad que acababan de terminar—, jugar partidos, hacer ejercicio y dormir?

—Mogollón de cosas —se justificó Shane confiando en que no le preguntara ejemplos concretos.

—¿Como qué?

—Quedo… con amigos.

—Amigos —dijo J. J. con apatía. Y con escepticismo—. ¿Tipo quién? ¿Tus padres?

—No —respondió a toda prisa Shane, y buscó algún ejemplo en la memoria—. ¿Hayden?

J. J. lo miró con el ceño fruncido e insistió:

—Sal hoy.

—¿Por qué?

—Porque…

Ay, dios.

—¿Porque qué?

—Quiero que conozcas a alguien.

Shane se inclinó y se sacó el patín de un tirón.

—Nop. Ni hablar.

—Es supermajo y, ya sabes, guapo. Es entrenador personal así que he pensado que igual te gustaría.

—Y deja que lo adivine: es gay y está soltero.

—Bueno, sí.

Shane quería soltarle que solo porque un hombre fuese gay y

estuviese soltero y fuera guapo y entrenador personal no significaba que a Shane…, bueno, vale, en otras circunstancias lo más probable era que a Shane sí le hubiese apetecido conocerlo, pero esa no era la cuestión. La cuestión era que Shane tenía un novio secreto estupendísimo, así que, claro, era una falta de educación por parte de J. J. intentar emparejarlo con otros hombres. Aunque J. J. no supiera que Shane salía con alguien, y seguro que daba por hecho que Shane no había follado en años. O nunca.

En realidad, era casi tierno que el compañero de la NHL de Shane tratase de buscarle una cita.

Tras soltar el aire despacio, Shane dijo:

—Te lo agradezco y seguro que es muy simpático.

—Y guapo —le recordó J. J.—. Hasta yo me he fijado.

—Seguro. Pero, de verdad, ahora mismo no busco rollo con nadie.

Ala. Más claro imposible. Y sincero.

J. J. lo miró con una gran preocupación, cosa que hizo que Shane dudara de si iba a dejar de una vez el tema.

—¿Por qué no quieres quedar con nadie? No tiene por qué ser serio. Podríais follar y ya está, ¿eh?

Nervioso, Shane recorrió la sala con la mirada, pero no parecía que los demás les prestaran atención.

—Estoy bien así —dijo serio.

J. J. se rio.

—Si estar tan tenso que parece que vayas a estallar en cualquier momento es estar bien, estupendo.

—¡No estoy tenso! —dijo Shane con el tono de alguien que estaba a punto de perder los papeles—. ¿Es lo que piensan los otros jugadores? ¿Parezco distraído o algo? ¿Afecta a cómo juego? ¿De eso se trata?

J. J. cambió al inglés.

—¡No! Qué va, colega. Soy yo, que te hablo como amigo. Eres un tío genial y quiero que seas feliz. Nada más. Te lo prometo.

Shane se apoyó en la taquilla y dejó caer la cabeza hacia atrás, hasta golpearse con la pared.

—Vale.

—Entonces ¿quieres conocer a David o…?

—¿David? —Shane decidió jugar esa carta para cortar de una vez la conversación—. Mi padre se llama David. ¡No puedo salir con un David!

J. J. se tomó en serio la objeción.

—Mierda. Lo siento. No se me había ocurrido. Tienes razón.

Se levantó con aire abatido.

—Oye —dijo Shane—. Te lo agradezco. De verdad.

A J. J. se le iluminó la cara al oírlo.

—Así que si conozco a algún otro chico gay soltero y simpático que no se llame David…

—Pues preséntaselo a David —respondió Shane—. En serio. Si alguna vez busco pareja, te lo haré saber, ¿vale?

Algo que confiaba en que no ocurriera nunca.

J. J. asintió.

—Que no me meta donde no me llaman. Entendido.

Se marchó justo cuando Hayden salía de la ducha, con una toalla algo suelta alrededor de la cintura. Al ver que J. J. se iba, Hayden se dirigió a Shane:

—¿Ha intentado emparejarte con ese tío?

—¿Te lo había contado? —A Shane no le gustaba que su vida privada fuera algo que se comentara en el equipo.

—Sí, me lo contó.

—¿Y por qué no, eh, le quitaste la idea de la cabeza?

—Porque el tipo sonaba perfecto para ti. —Hayden extendió los brazos cuando Shane se quedó boquiabierto—. ¿Qué? ¡Creo que puedes aspirar a más!

—Me cago en la puta. Gracias, Hayden.

Hayden se sentó a su lado y le dio un codazo en el brazo.

—Hablo en broma. Más o menos. Además —sé inclinó hacia él—, sé que ahora Ilya y tú estáis casados, así que…

Shane cerró los ojos.

—Ay, dios mío.

—Jade me contó que había sido una ceremonia preciosa. Aunque me dolió un poco que no me invitaras, ¿sabes? Pero me alegro por vosotros.

—Cállate.

Hayden se echó a reír y al final Shane se unió a las risas.

—¿Sabes una cosa? —añadió Hayden en serio—. Aunque me meta contigo por eso, confío de todo corazón en que me invites. Si alguna vez te casas de verdad.

Shane se lo quedó mirando, conmovido por el apoyo de Hayden y a la vez alucinado de que pudiera dudar de si Shane iba a invitarlo a su hipotética boda.

—Claro que te invitaría. No digas chorradas, tío.

Hayden sonrió.

—Muy bien. Solo quería asegurarme.

—Dudo que lleguemos a tener, tipo, una boda tradicional con toda la mandanga, pero, si en algún momento hacemos algo, estás en la lista, ¿vale?

—Guay. ¿Rozanov también está en la lista o…?

—Vete a la mierda —dijo entre risas Shane—. Acabo de sacarte de la lista.

—Ni hablar.

—Sí. Borrado del todo.

—No, no. Soy tu padrino. Y el maestro de ceremonias.

—Desde luego que no.

—Mierda, me…, ¿cómo se dice? Pediré la anulación o la autorización, o lo que sea. Os casaré yo en persona.

—¿Autorización para casarnos? ¿Y qué quieres anular, eh?

—Yo qué sé…

—Si pides la anulación es que dejas de estar casado, tonto. ¿Quieres acabar con tu matrimonio para hacerte cura y casarnos? ¿O es que quieres casarte con nosotros dos? Porque ya no sé a qué te refieres.

—¡Qué va, joder! Para empezar, la que manda es Jackie y, para continuar, jamás me casaría con Rozanov.

—Entonces ¿conmigo sí te casarías?

Hayden se sonrojó un poco.

—¡No! No pienso ca… ¡No!

Shane decidió dejar de tomarle el pelo, porque la cosa se estaba poniendo un poco rara.

—Serás mi padrino de boda, Hayden. Prometido.

—¡Trato hecho! —Hayden alargó el puño y Shane se lo chocó—. Tengo que ir a grabar un FanMail.

—¿De qué coño hablas ahora?

—¡FanMail! Es una web en la que los fans pagan para que sus famosos favoritos les manden vídeos cortos de felicitación. O para que manden vídeos a otras personas, como sus padres y tal.

—¿De verdad? ¿Haces eso?

—Eh… Sí. Me dan cien dólares por grabarme felicitando el cumpleaños a gente *random*. Claro que lo hago.

—¿Y cuesta más si solo llevas una toalla puesta?

Hayden sonrió.

—¡Iba a vestirme antes! Joder, tío.

—Pues a lo mejor deberías apuntarte a esa otra web, ¿no? La porno.

—¿La porno? Tipo, ¿la única y genuina web porno? ¿Ahí es donde crees que debería salir?

—Cállate. Ya sabes a cuál me refiero.

—Claro. ¿Se llama sitio porno punto com?

—¡OnlyFans! ¡Me refería a esa! ¿No es ahí donde la gente, rollo, hace cosas sexuales por dinero?

Hayden se rio con tanto escándalo que Shane temía que se le cayera la toalla.

—Qué inocente eres. Me encanta.

—No lo soy.

¿Por qué todo el mundo pensaba que era un mojigato total? Incluso Ilya —el hombre con quien se acostaba con frecuencia— le tomaba el pelo con eso.

—Perdón —dijo Hayden, sin dejar de reírse—. Seguro que eres una fiera en la cama.

—¿No crees que lo sea?

Hayden extendió las manos.

—No me lo cuentes, por favor.

Puto Hayden. Shane sí podía ser una fiera en la cama. No siempre estaba cohibido.

—¿Seguro? Porque la otra noche…

—¡Que no! —Hayden se apartó—. Un «no» rotundo. No, no y no.

Shane negó con la cabeza.

—Vístete, capullo.

Hayden empezó a rebuscar en la bolsa a ver si encontraba ropa limpia.

—No pasa nada si se acaba la magia. Ocurre después de casarte.

A veces. A mí no, obviamente.

—Qué idiota eres —dijo Shane, aunque estaba conteniendo la sonrisa.

Ya había empezado a hacer una lluvia de ideas de cómo mostrarle su lado salvaje a Ilya en cuanto tuviera oportunidad.

Ilya estaba rodeado de mujeres guapas. Todas estaban casadas con sus compañeros de equipo, pero aun así. Eran guapas.

Sus compañeros también eran guapos. Todos y todo eran una preciosidad. Se vio de refilón en el espejo gigante que había en una pared de su espaciosa sala de estar. Las coloridas luces de discoteca giraban y se reflejaban en la coraza metálica y en las muñequeras de cuero mientras bailaba. Irresistible.

Puede que estuviera un poco borracho. Y un poco colocado. Una voz distante y molesta en un rincón de su mente —una voz que se parecía mucho a la de Shane Hollander— le comentó que en esos momentos tal vez no fuera el mejor ejemplo de buen capitán para los jugadores más jóvenes.

Pero una voz todavía más fuerte le decía que eso era una fiesta en casa del propio Ilya, y que se estaba divirtiendo, igual que todos los demás. Porque Ilya era experto en dar fiestas.

La canción que atronaba en el equipo de sonido era buena. Ilya no sabía cuál era ni quién se estaba encargando de la música.

Evan Dykstra bailaba a su lado, vestido de abeja. No estaba tan irresistible. Su mujer, Caitlin, bailaba con él disfrazada de mariposa. Tenía un brazo alrededor del cuello de Evan y se sonreían como si fueran las únicas personas de la sala. Para ellos era una noche especial, porque apenas contaban con oportunidades de salir de fiesta ahora que tenían a un bebé en casa.

Ilya decidió dejar de bailar un rato. Le pesaba mucho el disfraz, que además le daba demasiado calor en una fiesta casera con tanta gente, y se le había enredado la capa.

—Voy a que me dé el aire —dijo a nadie en concreto hacia donde estaban Evan y Caitlin.

Ni siquiera lo miraron. Mientras se alejaba, se fijó en que la pista de baile improvisada estaba plagada de parejas. Debía de ser el único que bailaba solo.

Tuvo que ir apartando como moscas varios esqueletos y murciélagos de plástico mientras se dirigía a la parte posterior de la casa. Se había pasado con la decoración de Halloween. Bueno, se había pasado un montón con todos los elementos de la fiesta, porque Ilya pensaba que no se relacionaba lo suficiente con sus compañeros.

Pese al aire frío, el porche trasero de la casa de Ilya estaba lleno de invitados que hablaban y se reían. Encontró un sitio libre en una esquina del sofá modular que tenía fuera, entre Zane Boodram y Wyatt Hayes, y allí se hundió. Wyatt iba disfrazado de un superhéroe que Ilya no reconoció. Zane iba vestido de pirata o algo así. Un disfraz sin mangas para poder alardear de tatuajes. Llevaba un pañuelo que seguro que era de su mujer atado en la cabeza.

—Menuda fiesta, Maximus —dijo Bood con una sonrisa perezosa —. Deberías montarlas más a menudo.

Ilya extendió los brazos por el respaldo del sofá.

—No lo haré.

—Tienes este puto casoplón y nunca invitas a nadie… —se quejó Tanner Dillon, el compañero de línea de Ilya y Bood, desde un sillón que había enfrente del sofá.

—¿Y a ti qué más te da? —preguntó Ilya con apatía.

Wyatt se echó a reír y le pasó el porro que estaban

compartiendo.

—¿Has visto a los críos? Alucinan con estar ¡en casa de Ilya Rozanov! Ni se lo creen…

—Haces que me sienta viejo —se quejó Ilya, aunque, si era sincero, los jugadores más jóvenes del equipo sí le parecían unos críos.

Había menos de una década de diferencia entre Luca Haas y él, pero daba la sensación de que se llevaban mucho más tiempo.

Ilya se removió y levantó las piernas para apoyarlas en el regazo de Wyatt. Las sandalias atadas hasta la rodilla que llevaba eran espléndidas, pero también incomodísimas. Wyatt ni siquiera se quejó, sino que se limitó a sonreírle mientras Ilya le daba una calada al porro. Ilya inclinó la cabeza hacia atrás para mirar las estrellas un momento mientras saboreaba la fuerte sensación del humo llenándole los pulmones.

—¿Dónde has dejado el escudo? —preguntó Wyatt.

—No lo sé. Por ahí —respondió Ilya, y sacó el humo a la par que volvía a bajar la cabeza—. ¿Qué se supone que eres?

—Soy Adam Strange —dijo Wyatt emocionado—. Era un arqueólogo a quien Zeta-Beam teletransportó al planeta Rann y entonces…

—No —dijo Ilya mientras levantaba una mano—. Ya vale. En serio.

Dio otra calada larga al porro y luego se lo pasó a Tanner, quien ya tenía el brazo extendido, a la espera.

—Vaya, este pase sí lo coges, ¿eh? —le soltó Ilya mientras le entregaba el porro.

Wyatt y Bood se partieron de risa.

—Capullo —dijo Tanner.

Lisa, la mujer de Wyatt, se acercó al sofá y le dio unos golpecitos

en las espinillas a Ilya, que todavía tenía las piernas apoyadas en el regazo de su marido.

—Te has puesto en mi sitio —comentó la mujer.

Ilya movió las piernas y Lisa se sentó en la rodilla de Wyatt. Iba disfrazada de Wonder Woman, una superheroína que Ilya sí reconoció, menos mal. Frunció el ceño al ver el porro que Tanner acababa de pasarle a Wyatt.

—¿No le parece bien, doctora? —sugirió Ilya.

Lisa, doctora en el hospital infantil de la ciudad, dijo:

—Lo que me preocupa es el intercambio de gérmenes, no la marihuana. Pero sois repugnantes en cualquier situación, así que en el fondo da igual.

—No somos repugnantes —se quejó Bood.

—Tío —dijo Lisa—, si te vi sacarte la protección de la boca con el guante de hockey sucio, pasearla un minuto por ahí y luego volver a metértela en la boca. Anoche.

Bood se encogió de hombros.

—Estaba en la pista de hielo. El hielo está limpio. Y mis guantes solo tenían mi sudor. Todo forma parte de este precioso cuerpo.

Todos se echaron a reír. Desde luego, Zane Boodram tenía un cuerpo precioso, con la piel morena clara y unos abdominales de los que estaba muy orgulloso, además de unos brazos musculosos cubiertos de tatuajes en honor de su origen de Trinidad.

—No puedo creer que vayas a ser padre —bromeó Lisa.

—Mira, yo ni siquiera puedo creer que esté casado —dijo Bood con una sonrisa. Echó un vistazo al otro lado del patio, donde su esposa, Cassie, embarazadísima, hablaba con Selena, la mujer de Nick Chouinard—. Pero, como todo el mundo lo hacía, pensé ¿y por qué no? —Dio un codazo a Ilya—. Salvo este tío.

—Roz nunca sentará la cabeza —dijo Tanner en tono divertido—.

Es una puta leyenda.

—Qué va. Algún día encontrará a la persona ideal —dijo Bood—. Y ¡boom! De cabeza. No sabrá ni qué ha pasado.

Se rieron un poco más y luego la conversación siguió otro rumbo. Al cabo de unos minutos, Ilya se dio cuenta de que ya no estaba prestando atención, y de pronto lo sobrecogió la necesidad de estar solo. Se puso de pie.

—Voy a… —dijo mientras señalaba con la mano hacia la casa en general.

Se marchó sin esperar a que reaccionaran.

Pasó por delante de la fiesta sin detenerse y subió a su dormitorio. Cerró la puerta al entrar. Volvió a ver su reflejo en el enorme espejo que había en el rincón, pero ya no le pareció que estuviera irresistible. Pensó que estaba ridículo. Y triste.

Se quitó la capa y la tiró a la cama antes de coger el teléfono, que se estaba cargando en la mesilla. Había un mensaje de Shane de una hora antes.

Shane: No te quites el disfraz.

Vale. A saber qué quería decir eso.

Ilya: ¿Qué tal llevas la noche?

Esperó varios minutos por si le respondía y luego se rindió. Suspiró y se dejó caer bocarriba en la cama. Hizo una mueca al clavarse la espada de plástico. Se la quitó y la arrojó a la otra punta de la habitación, como si fuese el origen de todos sus problemas. Solo necesitaba unos minutos a solas y luego podría volver a la fiesta.

Ya había conocido al amor de su vida y había perdido la cabeza por él, pero no se lo podía contar a nadie, menuda mierda.

Se recreó en su pena veinte minutos y luego se obligó a levantarse, corrigió la expresión para que no pareciese tan lamentable y bajó al comedor. Dejó la capa y la espada en la habitación. De todas formas, el disfraz era todavía más sexy así, solo con la coraza en el pecho y las tiras que se cruzaban en la espalda desnuda.

Hacia medianoche la mayor parte de los invitados ya se habían ido. Había que relevar a los canguros y que prepararse para los turnos de entrenamiento matutinos. Los rezagados (casi todo críos) hicieron planes para después de la fiesta y llamaron a taxis cuando se dieron cuenta de que Ilya los miraba con fijeza. Tal vez hubiera acabado con su reputación de tío superfiestero, pero le daba igual.

A las doce y veinte, Ilya recibió un mensaje de Shane.

Shane: ¿Aún dura la fiesta?

Ilya: No. Ya se han ido todos.

Diez minutos más tarde, sonó el timbre de su casa.

Shane estaba en el umbral con una cazadora mullida y aspecto algo apurado.

—No quería entrar con mi llave para no darte un susto de muerte —dijo—. Guau. Ese disfraz es aún mejor en persona.

Ilya parpadeó, incapaz de encontrar las palabras.

Shane soltó el aire, tembloroso.

—Seguro que es una locura. Tengo que estar de vuelta en Montreal para el entreno de mañana por la mañana. Y…

No llegó a terminar la frase, porque Ilya tiró de él para que entrara en casa a la vez que lo besaba. Aplastó a Shane contra una pared en cuanto cruzó el umbral y lo devoró mientras Shane pasaba las manos por toda la espalda casi desnuda de Ilya. No podía

creerse que estuviera allí. Había estado toda la noche anhelando eso, deseando poder tener a su lado al hombre a quien amaba. Deseando tener a Shane en sus brazos, en su regazo, con un disfraz ridículo, delante de todo el mundo.

—Hueles a marihuana —dijo Shane cuando Ilya por fin le dejó respirar.

—Qué sabrás tú.

—Sé cómo huele la marihuana —dijo Shane no muy convencido.

Ilya sonrió de oreja a oreja.

—Estás aquí.

—Sí. —Shane sonrió con timidez—. ¿Te parece bien? Me has mandado esa foto y me he pasado el rato… Mierda, te echaba mucho de menos.

Ilya lo besó de nuevo y luego dijo:

—¿Quieres que te folle un gladiador, Hollander?

Shane levantó la vista para mirarlo a través de las espesas pestañas.

—Me he puesto un *plug* antes de salir de casa.

Hostia puta.

Ilya soltó un gruñido mientras le arrancaba a Shane la cazadora acolchada y luego el resto de la ropa.

—Joder, ayúdame —masculló Ilya a la par que tiraba de los pantalones de deporte de Shane.

Shane se rio y apretó con los labios sonrientes en el cuello de Ilya mientras se quitaba las zapatillas y luego salía de los pantalones y la ropa interior. Una vez que estuvo desnudo, Ilya lo agarró por los muslos y lo levantó hasta que las fuertes piernas de Shane quedaron alrededor de la cintura de Ilya. Después lo llevó hasta la sala de estar así, sin dejar de besarlo en todo el camino. Bajó una mano para ponerla en el culo de Shane, encontró la base del *plug* y la

apretó.

—Uf, joder —jadeó Shane.

—¿Has conducido hasta aquí con eso metido?

—Ajá.

—Eso es —dijo Ilya mientras tiraba con cuidado del juguete— muy provocador.

—No tanto como tú con ese disfraz. —Shane relajó las piernas, se soltó y se puso de pie. Repasó con la mirada a Ilya con expresión alabadora—. Dios mío.

Ilya sonrió. Quizá al final el disfraz no resultara tan ridículo.

—¿Ha valido la pena venir?

—Joder, ya te digo.

Entonces Shane volvió a tirarse en brazos de Ilya y lo besó mientras le apretaba la nuca con una mano.

Ilya se entretuvo un poco más con el juguete sexual. Daba golpecitos a la base y luego tiraba hasta casi sacarlo antes de volver a empujarlo dentro despacio. Shane se estremeció, luego gimoteó y después le mordió el hombro a Ilya.

—Pero ¿seguro que no pasa nada —preguntó Ilya— por llevar tanto rato puesto un *plug*?

—No, no —dijo Shane sin resuello—. Lo busqué en Google.

Ilya sonrió al imaginárselo. Tenía pensado tomarle el pelo un poco más con el tema, pero Shane le quitó las ganas de hacerlo al ponerse de rodillas.

—Llevo toda la noche pensando en esto —dijo Shane mirándolo con esos ojos oscuros y cargados de lujuria.

Entonces levantó la parte delantera de la falda de Ilya y tiró del calzoncillo hacia abajo. Ilya ni siquiera tuvo tiempo de sacar las piernas del todo de la prenda antes de que Shane le rodeara la polla dura con los labios.

—Shane —suspiró Ilya.

A Shane no le hacía falta ningún disfraz para ser una fantasía. Era de una belleza absoluta, allí de rodillas para Ilya. Siempre era una preciosidad.

A Ilya se le llenaron los ojos de lágrimas mientras lo observaba, algo raro y alarmante. Cerró los ojos con la esperanza de que Shane no se hubiera dado cuenta. Esa noche Ilya se sentía extrañamente frágil, y la magnífica sorpresa de tener ahí a Shane combinada con la ferviente manera con la que adoraba su polla fue demasiado.

Basta. Era hora de tomar el control de sí mismo y de la situación. Retrocedió un paso y disfrutó al ver que Shane se inclinaba un poco hacia delante, persiguiendo su polla.

—¿Has venido para esto o has venido para que te follara? —le preguntó.

Shane lo miró y parpadeó varias veces.

—Mierda —dijo en voz baja.

Ilya sonrió.

—Ponte de pie. Date la vuelta.

Shane se colocó en posición con obediencia y se agarró del brazo del sofá. Ilya cogió un tubo de lubricante de una discreta cajita que había en la repisa que tenía detrás. Se había acostumbrado a guardar lubricante en casi todas las habitaciones de la casa.

Se embadurnó de lubricante y luego jugó con el *plug*, aún metido en el ano de Shane, un poco más; lo apretaba y lo giraba despacio. Shane gimió y contoneó las caderas, luego jadeó cuando el juguete presionó contra su próstata.

—¿Cómo has logrado llegar hasta aquí en el coche sin correrte? —le preguntó Ilya.

—He estado a punto —masculló Shane—. Una vez he tenido que

parar y…, joder…, reajustármelo.

Ilya chasqueó la lengua y volvió a girar el juguete.

—Qué peligroso. Conducir así. Irresponsable.

—Date prisa, joder —se quejó Shane.

Ilya obedeció sacándole el juguete con un único tirón firme mientras Shane jadeaba y arqueaba la espalda. Ilya arrojó el *plug* al suelo y se colocó en posición.

—¿Para esto has venido?

—Sí… Vamos.

Ilya se la metió mientras agarraba las caderas de Shane con fuerza para mantener el equilibrio. El cuerpo de Shane le dio la bienvenida, ya relajado y abierto. Era como estar en el cielo.

Shane chilló e Ilya empezó a darle con un ritmo constante, lo embestía con tanta fuerza que el sillón se desplazó unos centímetros por el suelo. La sala, que hacía apenas un rato estaba llena de gente, música y risas borrachas, se llenó en ese momento únicamente del ritmo de Ilya metiéndosela a Shane, su propia respiración entrecortada y los gemidos de placer de Shane.

—Joder, cuánto te quiero —jadeó Shane—. Lo necesitaba.

Ilya gruñó y plantó una mano entre los omóplatos de Shane, para empujarlo hacia abajo hasta que Shane dobló los brazos y apoyó el pecho en el extremo del sillón.

—Hostia… —gimió Shane—. Es perfecto. Ay, dios. No pares.

Ilya no quería parar, pero ya notaba cómo se iba formando su orgasmo. Alargó el brazo hacia la polla de Shane y la rodeó con la mano para empezar a meneársela.

—Espera —dijo Shane entre dientes—. Quiero verte.

Ilya no discutió. Sacó el miembro y le dio la vuelta a Shane, luego lo empujó hacia atrás hasta que quedó apoyado en los cojines del sillón, con el culo sobre el brazo del asiento. Ilya le agarró los

muslos, tiró de él hacia arriba y hacia él, y volvió a metérsela hasta el fondo.

—Más fuerte —exigió Shane—. Quiero notarlo durante días.

Ilya gruñó y empezó a mover las caderas con tanto vigor que tuvo miedo de hacer daño a Shane. Pero Shane sonreía como si fuera lo más maravilloso del mundo.

—Ilya —jadeó—. Eres perfecto. Me encanta.

—Venga, córrete —le ordenó Ilya, casi histérico—. Ya.

Shane se la meneó con furia mientras miraba a la cara a Ilya. Tenía los ojos enormes y brillantes, e Ilya quería bucear en ellos. Quería seguir enterrado en Shane para siempre, hacer que se corriera una y otra vez, una y otra vez.

—Voy a correrme. Hostia puta. Ilya, voy…

Las palabras de Shane se disolvieron en un gemido en el momento en que se salpicó de semen todo el estómago.

—Sí —dijo Ilya en voz baja—. Qué belleza.

Al cabo de unas pocas embestidas más, se vació dentro de Shane, agarrándose con una mano al respaldo del sillón.

—Guau —dijo con voz ronca Shane.

Ilya soltó una risita divertida. Se tapó la boca enseguida.

Shane sonrió de oreja a oreja.

—Pero por dios. ¿Qué ha sido eso?

—Nada. No lo sé.

Ilya se distrajo sacando con cuidado la polla del ano de Shane.

Este se puso de pie poco a poco, con una mano apoyada en el hombro de Ilya para mantener el equilibrio.

—Tengo que decir que ha valido mucho la pena hacer el trayecto.

—Con un *plug* en el ojete —le recordó Ilya.

Notó como si vibrara por las entrañas y se dio cuenta de que le

temblaba la mano.

—Me moría de ganas de verte, te lo juro —dijo Shane muy serio.

Ilya asintió y luego lo arropó en un fuerte abrazo. Le ardían los ojos por las lágrimas otra vez, algo bochornoso e inapropiado después de un polvo alucinante.

—Gracias —dijo escondido en el pelo de Shane.

Era muy poco propio de Shane el ser así de impulsivo. Conducir hasta Ottawa en mitad de la noche para un polvo rápido.

Pero también era muy poco propio de Ilya el llorar después del sexo, así que esa noche los dos estaban experimentando cosas nuevas.

—Me gusta la decoración —dijo Shane cuando Ilya llevaba un minuto entero aspirando su aroma.

—Sí. Está bien.

—Espeluznante.

—Mmm.

—Será mejor que nos limpiemos. Tenía corrida en el estómago. Y ahora la tienes en el disfraz.

Ilya sorbió por la nariz, ahogando el llanto, y confió en que Shane no se diera cuenta.

—Nos daremos una ducha. Luego a dormir. Y luego sexo por la mañana.

—Tengo que marcharme antes de las siete.

Ilya lo estrechó todavía más.

—No. Sáltate el entreno.

—No puedo.

—Ya lo sé. —Ilya suspiró y soltó a Shane—. Pues entonces sexo muy temprano.

Shane sonrió.

—«Lo que hacemos en la vida tiene su eco en la eternidad».

—¿Qué?

—¡Es una cita de *Gladiator*! —Shane señaló lo que quedaba del disfraz de Ilya—. ¡Por favor!

—Vale, friki.

—En realidad, solo la conozco porque Comeau la lleva tatuada en el brazo.

—Claro, le pega.

Shane echó un vistazo al pectoral izquierdo de Ilya, por encima de la coraza.

—No eres quien para reírte de los tatuajes de otras personas.

Levantó la cabeza y sonrió a Ilya, que le devolvió la sonrisa, abrumado por cuánto amaba a ese hombre.

—Ve —le dijo Ilya con cariño—. Arriba.

Shane le dio un beso rápido, luego se volvió y se dirigió a las escaleras. Ilya observó cómo se marchaba y se tomó un instante para respirar hondo unas cuantas veces e intentar apaciguar lo que fuera que ocurría en su interior.

A la mañana siguiente, al despuntar el día, Ilya observó cómo se alejaba Shane. Se quedó en el peldaño de la entrada varios minutos más, mirando hacia la dirección por la que se había ido el coche y temblando con los pantalones cortos de deporte y la camiseta. Luego entró, cerró la puerta y se echó a llorar.

Cuando acabó de desahogarse, al cabo de un rato indeterminado, se sentía más agotado que después de un partido de hockey. Estaba hecho un ovillo en el suelo, acurrucado contra la puerta de casa, y el mero hecho de levantarse le parecía una hazaña inalcanzable.

Decidió que sí. Probablemente le convenía buscar ayuda

profesional.

Capítulo 14

Noviembre

Ilya deambulaba por la sala de espera de la consulta de la doctora Galina Molchalina. Estaba solo, pero aun así llevaba la visera de la gorra lisa negra bien calada sobre los ojos y la cabeza agachada. Había probado a sentarse, había probado a leer una de las revistas que había en la mesita de centro baja que estaba delante del alegre sofá azul con los cojines amarillos y blancos. Había analizado las obras de arte abstracto que decoraban las paredes. Había hecho todo lo que se le había ocurrido para distraerse y no pensar en las ganas que tenía de marcharse.

Ni siquiera estaba seguro de si la doctora Molchalina era una buena psicóloga. Simplemente había resultado ser la única en Ottawa que hablaba ruso. Y, durante su breve conversación telefónica, había reconocido que sabía quién era Ilya sin hacer aspavientos por ello. Eso le había hecho ganar puntos.

Por fin, la puerta se abrió e Ilya se levantó de espaldas a la persona que salía de la consulta, para evitar que lo reconociera y, de paso, ofrecer algo de privacidad a la otra persona. Fingió quedarse fascinado por una planta alta que había en el rincón.

Oyó que la puerta principal se abría y se cerraba, y luego su

nueva psicóloga le dijo en ruso:

—Lo siento, pero la planta es de plástico.

Ilya se volvió para mirarla.

—Supongo que tiene sentido —dijo también en ruso. Señaló las paredes—. No hay ventanas.

—A veces es mejor no tener distracciones del mundo exterior —comentó ella con una sonrisita—. Y, además, da más intimidad.

—Ah.

Le tendió la mano.

—Soy Galina. Me alegro de conocerte, Ilya.

Ilya le dio la mano. Era una mujer menuda, que rondaba los cuarenta, con el pelo rubio oscuro recogido en una pulcra coleta. Ilya se preguntó cuándo habría salido de Rusia y por qué.

—Qué gusto poder hablar con alguien en ruso.

—¿Hace mucho que no lo hablas?

Ilya reflexionó. No recordaba la última vez que había mantenido una conversación entera en su lengua materna. No había vuelto a Rusia desde que su padre había muerto, hacía ya unos cuantos años, y no había hablado más con su hermano. En Ottawa no había más jugadores rusos y tampoco tenía amigos de allí. La única persona con la que de vez en cuando hablaba en ruso era su amiga Svetlana, que antes había sido su amante, pero vivía en Boston y no se trataban mucho desde que Ilya se había mudado a Ottawa. Casi a diario se sentía mal por eso. La echaba de menos.

—Sí, hace mucho tiempo. —Sonrió con amargura—. No sé si sabré callarme.

—Para eso estoy. ¿Te apetece entrar?

La psicóloga dio un paso hacia la puerta abierta de la consulta.

—Sí, claro.

Pasó por delante de ella y entró en la sala pequeña y acogedora.

Tal como ya se había dicho, carecía de ventanas, pero sí tenía una iluminación muy agradable y un sofá gris claro de aspecto cómodo con un sillón a juego y más plantas falsas. Se parecía bastante a la imagen que se había formado Ilya de cómo sería una consulta psicológica.

—Me siento aquí, ¿verdad? —preguntó Ilya señalando el sofá.

—Casi todo el mundo lo hace. ¿Estás nervioso?

Ilya supuso que tumbarse no sería la mejor manera de empezar su viaje terapéutico.

—Estoy muy nervioso. ¿Es raro?

—En absoluto. Aunque confío en que pronto veas que no hay motivos para estar nervioso. Por favor, ponte cómodo.

Ilya se sentó en medio del sofá con las manos recogidas entre las piernas y las rodillas separadas. Tenía todos los músculos del cuerpo tensos y procuraba respirar hondo y de forma acompasada.

—¿Muchos de tus clientes son rusos? —preguntó Ilya.

—Unos cuantos. Me parece que soy la única psicóloga que habla ruso de la ciudad. Como seguro que sabes, la salud mental no es un concepto muy extendido entre nuestra gente.

Ilya era más que consciente de eso.

—No, desde luego. Entre los jugadores de hockey tampoco.

—Tienes razón. Pero tú eres un jugador de hockey ruso y te has volcado en temas relacionados con la salud mental. La organización benéfica que habéis montado hace una gran labor. He seguido vuestros avances. Estoy muy impresionada.

Ilya retorció los dedos.

—Ay, gracias.

—Me comentaste que nunca habías ido a terapia, aunque parece que sabes mucho sobre salud mental. ¿Qué te hizo decidirte a concertar una sesión?

Vale, así que había llegado el momento de… empezar. Ilya intentó no pensar demasiado la respuesta y dijo lo primero que le vino a la cabeza.

—Creo que puede que esté deprimido. A veces.

La doctora esperó a que dijera algo más, pero no lo hizo. Nunca había pronunciado aquellas palabras en voz alta, en ninguna lengua, así que se limitó a dejar que se asentaran como un yunque.

—Tu madre tuvo depresión —dijo la psicóloga.

Ilya asintió. Ya no era un secreto. No desde que Ilya había hablado de su enfermedad durante la conferencia de prensa con la que Shane y él habían anunciado la inauguración de la organización benéfica que habían montado en su honor.

—¿Te gustaría hablar de ella? —le preguntó Galina con tacto—. Podría ser un buen punto de partida.

Ilya esperaba tener que enfrentarse a algo así, pero aún no estaba seguro de estar preparado. Se fijó en las manos entrelazadas y vio que tenía los nudillos blancos de la fuerza con la que apretaba los dedos.

—Lo intentaré.

Empezó a hablar y no paró durante casi cuarenta minutos. Transcurrido ese tiempo, tenía las mejillas mojadas por unas lágrimas que ni se había dado cuenta que estaba derramando hasta que Galina le había ofrecido en silencio una caja de pañuelos. Entonces Ilya vio que había una montañita de pañuelos de papel usados y arrugados en el sofá. La gorra estaba junto a la pila, porque había empezado a pasarse los dedos por el pelo mientras divagaba. Jamás había hablado tanto sobre su madre. Había compartido sus recuerdos más queridos de ella y de cómo había intentado ocultar la gravedad de su depresión, siempre con una sonrisa tranquilizadora para Ilya en los labios. Pero, incluso de niño,

él se había dado cuenta de que con frecuencia su madre lucía una sonrisa triste.

Le contó a Galina cómo se había sentido al encontrarse el cuerpo inerte de su madre cuando tenía doce años. Que había pensado que estaba descansando como tantas veces, hasta que se había acercado más. En lo primero en lo que se había fijado había sido en su mano. Cómo caía por un lateral de la cama, con los dedos colgando.

Le contó que su padre le había dicho, muy serio, que la muerte de su madre había sido un accidente. Se había tomado demasiadas pastillas para dormir, nada más.

—¿Te lo creíste? —preguntó Galina.

—No. En absoluto. Pero no dije nada. —Respiró hondo y despacio—. Mi padre enseguida pasó página. Quería olvidarse de ella. Quería que Andrei y yo también nos olvidásemos de ella. Era como… si le diera asco. —A Ilya se le hizo otro nudo en la garganta —. Yo la echaba tanto de menos. Todavía…

Se tapó la boca con la mano mientras toda la sala se volvía borrosa.

—Lo siento —dijo Galina—. Es horrible tener que pasar por una experiencia así. Y más de niño.

Ilya se limitó a asentir con aflicción, no podía hacer nada más. Sabía que era así. Intentaba no pensar mucho en el tema, porque ¿de qué le iba a servir?, pero lo sabía.

La psicóloga le dio tiempo para recomponerse un poco. Por fin, cuando ya tenía los ojos secos y la garganta relajada, Ilya dijo:

—Creo que ya basta por hoy. Ha sido muy intenso.

—Estoy de acuerdo. ¿Cómo te sientes ahora?

Ilya se paró a observarse antes de responder.

—Cansado. Pero creo que mejor. Me gustaría repetirlo.

Buscaron una fecha para la siguiente sesión de Ilya y luego este recogió el montón de pañuelos usados y los tiró a una papelera que había en el rincón. Se detuvo junto a la puerta antes de salir y soltó:

—¿Crees que me pasa algo malo?

—¿Malo?

—¿Estoy deprimido? ¿Enfermo mental? ¿Voy a… ponerme peor?

Cerró los ojos, porque le daba vergüenza haber preguntado esas cosas, pero necesitaba saberlo.

—Estás aquí —dijo Galina con afecto—. Me temo que es pronto para que pueda darte respuestas, pero haber venido ya es un paso importante en la dirección adecuada.

—Despacito y con buena letra, ¿eh? —dijo Ilya en inglés, con un intento de sonrisa.

—Exacto.

Suspiró.

—Odio que las cosas vayan despacio.

Eso la hizo reír.

—He oído que te encantan los coches rápidos. Quizá te lo puedes plantear como si fabricaras un Ferrari, en lugar de conducirlo.

Ilya confiaba en ser más parecido a un Ferrari que necesitaba una puesta a punto y no tanto uno que hubiera que fabricar de cero, pero comprendía lo que la doctora quería decirle. Lo importante era evitar el desguace.

Al salir de la sesión, Ilya se dedicó a pasear por Ottawa durante un buen rato. Confiaba en que hablar con alguien profesional le diera claridad mental, pero en lugar de eso notaba la cabeza hecha un lío y sentía una especie de hueco en el pecho. Se subió la capucha de

la sudadera por la cabeza para protegerse del frío viento otoñal y para ocultar la expresión abatida.

¿Se suponía que tenía que sentirse así? ¿Servía de algo la terapia? No estaba seguro de verse con ánimo de hacer muchas sesiones si iba a quedarse tan tocado después de cada una.

Mientras caminaba, analizó con cuidado sus sentimientos, en busca de una mejoría. Tal vez le hubiera ido bien hablar de su madre, por mucho que le hubiese removido. Tal vez la terapia, como tantas cosas que valían la pena, dolía al empezar. Ilya sabía lo que era abrirse paso a través del dolor.

Al día siguiente por la tarde vería a Shane. Pasarían la noche juntos. Ilya tenía muchas ganas, aunque ahora también se sentía raro por eso. No creía que estuviera preparado para hablarle a Shane de la psicóloga. Todavía no. Pero le preocupaba que Shane se diera cuenta de que Ilya tenía las emociones a flor de piel. No quería contarle la verdad a Shane: que hacía tiempo que se había derrumbado y que la cosa iba empeorando. Que las cosas que solían ayudarle ya no le servían. Que le preocupaba que fuera así como había empezado la enfermedad de su madre.

Que algunos días echaba tanto de menos a Shane que era como si unas garras se le clavaran en el corazón.

Al final llegó caminando hasta el canal, de espaldas al viento. En Ottawa ya hacía frío en noviembre, pero, como nunca había vivido en un lugar cálido, no le importaba.

Mantenía la cabeza gacha al andar, pero aun así lo iban reconociendo algunos fans que, por suerte, solo querían gritar su nombre y no le pidieron hacerse fotos con él. En ese momento Ilya no tenía una cara digna de un selfi.

Había un banco solitario de cara al agua, así que Ilya decidió sentarse allí. Sacó el móvil y miró la carpeta de fotos guardadas. No

tenía las fotos muy organizadas, pero sí tenía un álbum que había titulado «Aburrido». Lo abrió y fue pasando por las seis fotos que contenía. Todas eran muy parecidas, tomadas años atrás durante los Premios NHL. Ilya y Shane habían presentado un premio juntos y el guion exigía que Ilya le pidiera un selfi a Shane. Ilya había empleado su móvil y había hecho fotos de verdad. Seis en total.

En aquella época, Ilya llevaba el pelo más largo y esa noche se lo había recogido en una coleta. Shane aparecía con el pelo corto y bien peinado. Parecía molesto en la foto, con los labios casi fruncidos, los ojos oscuros llenos de impaciencia. Ilya le había pasado el brazo por encima de los hombros y sonreía de oreja a oreja, dándolo todo para el público.

Ilya habría sido incapaz de calcular la cantidad de veces que había mirado esas fotos en los años transcurridos desde que las habían hecho. Tenía otras fotos de Shane. Más nuevas. Algunas que habían hecho después de que por fin tuviera el valor necesario de decirle a Shane que lo amaba, y de que Shane le dijera que él también. Ya no sentía la necesidad de aferrarse a esas antiguas, como le pasaba antes, como si fueran lo más cerca que pensaba que llegaría a estar alguna vez de ser el novio de Shane.

Sin embargo, esas fotos le recordaban a Ilya aquella noche. Le recordaban que Shane había montado un espectáculo privado, más tarde, en la intimidad de la habitación de hotel de Ilya. Se había acariciado, se había metido los dedos y retorcido en la cama, mientras Ilya lo observaba desde una silla a los pies de la cama. Saltaba a la vista que Shane estaba nervioso, pero lo había hecho. Porque Ilya se lo había pedido. Seguía siendo una de las cosas más excitantes que Ilya había experimentado en su vida.

También le encantaban esas fotos porque le recordaban a cómo se sentía entonces. El sobrecogedor e inconveniente anhelo de estar

con Shane que le invadía en secreto. Cómo había tratado por todos los medios de convencerse de que no sentía nada extraordinario por Shane. Que solo quería tontear con él porque estaba prohibido y era sexy.

Ilya miró a los ojos a su yo más joven en las fotos y se rio.

—¿A quién querías engañar? —dijo en voz baja, en ruso.

Qué idiota había sido. En cierto modo todavía lo era, en lo que tenía que ver con Shane Hollander.

De forma impulsiva, le mandó a Shane una de esas fotos. Nunca se las había enseñado; tal vez porque le daba vergüenza conservarlas todavía.

Menos de un minuto después, Shane respondió:

Shane: Guau. Me había olvidado de esas fotos. ¿Aún las tienes?

Ilya: Pues claro.

Shane: ¿Crees que debería cortarme el pelo? ¿Me quedaba mejor así?

Ilya resopló. Por supuesto que esa iba a ser la reacción de Shane cuando Ilya le demostrara lo colado que estaba por él. Lo colado que había estado siempre. Ilya había llevado esas fotos encima como si fueran un tesoro muy valioso desde hacía años, se las había transferido al móvil nuevo cada vez que se lo había cambiado. Y Shane iba y se preocupaba por su pelo…

Ilya: No. Me gusta tu pelo ahora.

Shane: Vale.

Shane: ¡Acabo de acordarme de qué noche fue!

Ilya: Fue una noche genial.

Shane: Me alegro de que no tengas fotos de ESO.

Dios, ya le gustaría a Ilya…

Shane: ¿Vamos a ver el documental mañana?

Ilya: Si quieres.

Shane: Sí. Veámoslo.

Shane: Tengo que prepararme para el partido. ¡¡¡¡¡Nos vemos mañana!!!!!

Ilya le mandó un emoticono de un corazón, seguido de varias berenjenas y unos melocotones. Acabó con una carita que daba un beso. Entonces se levantó y empezó a caminar hacia el coche aparcado. Se sentía mucho mejor. Decidió parar en una tienda rara de productos saludables de camino a casa.

Capítulo 15

Como era habitual, Shane se encontró empotrado contra una pared en cuanto entró en casa de Ilya. Ilya lo besaba con pasión, con una mano por debajo del muslo de Shane y la pierna de este enredada alrededor del culo de Ilya. Shane todavía llevaba la cazadora y los zapatos puestos.

—¿Me echabas de menos? —preguntó Shane entre risas pegado a los labios de Ilya.

—No —dijo Ilya, y continuó besándolo.

Siguieron así un rato —besándose, tocándose, frotándose, con la polla cada vez más dura el uno contra el otro— mientras Shane se iba acalorando por momentos con tanta ropa de calle.

—Espera —jadeó—. Deja que…

Rebuscó la cremallera de la cazadora sin querer interrumpir lo que estaban haciendo, pero con una gran necesidad de quitarse algunas capas.

Ilya soltó el muslo de Shane y retrocedió un paso. Le brillaban los ojos y tenía los labios hinchados, así que Shane lamentó tener que quitarse la cazadora.

—Deberíamos parar —dijo Ilya.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque… —Sonrió— tenemos que preparar la cena.

Cuando Shane se sacó la cazadora y los zapatos, Ilya lo cogió de la mano y lo llevó a la cocina. La encimera estaba llena de verdura fresca, una caja de farro ecológico y un plato de salmón cocido.

—¿Qué es esto? —preguntó Shane.

—Vamos a cocinar juntos. Como hacíamos antes. He encontrado una receta que puede irte bien.

Cogió el iPad que había dejado en la encimera y le mostró la receta a Shane. Este la leyó con atención, conmovido de que Ilya se hubiera tomado tantas molestias.

—Tiene buena pinta —dijo Shane.

Ilya sonrió de oreja a oreja.

Shane se acercó al fregadero para lavarse las manos. De pronto le había entrado mucha hambre.

—Es muy romántico, Ilya.

—No es más que comida.

—¿Cuánto has tardado en encontrar la receta?

Ilya no le contestó.

Trabajaron juntos y fue divertido. Shane echaba de menos compartir la cocina con Ilya, lamentaba que su plan nutricional lo pusiera más difícil. Cocinaron el farro y cortaron, aderezaron e hicieron a la plancha las verduras y luego lo pusieron en dos platos. Para acabar, complementaron el cereal y las verduras con trozos de salmón y hierbas aromáticas.

—No está mal —reconoció Ilya más tarde, cuando se lo estaban comiendo en la mesa de la cocina.

Ilya había encendido una vela en medio de la mesa, algo que a Shane le pareció adorable.

—Comer sano no quiere decir comer aburrido —dijo Shane—. Muchas de las cosas que tomo están riquísimas.

Ilya le lanzó una mirada escéptica y luego comió otro bocado de salmón y coliflor especiada.

—No es tan bueno como el pollo con parmesano —dijo después de tragar.

Shane no podía llevarle la contraria. En secreto, habría matado por zamparse un pollo crujiente bañado en queso. Quizá con algo de pasta y salsa Alfredo al lado. Quizá una cerveza para hacerlo bajar. Un poco de pan de ajo…

Pero el pan de ajo no era importante. Lo importante era ganar. Lo importante era jugar en la NHL el máximo tiempo posible.

—De postre —dijo Ilya con una sonrisilla irónica— podemos mirar una foto de una tarta.

Shane puso los ojos en blanco.

—O… —Ilya se inclinó hacia él, sugerente—. ¿A lo mejor te mueres de ganas de probar otra cosa?

—¿Te refieres a tu polla, por ejemplo? —preguntó Shane con sequedad.

Ilya sonrió.

—¿Forma parte de tu dieta?

—Descarado.

Se echaron a reír y Shane notó que el corazón le bailaba feliz en el pecho. Le encantaba compartir con Ilya momentos tranquilos y caseros como ese. Le encantaba bromear sobre el sexo y reírse juntos. Le encantaba que Ilya hubiera buscado una receta y comprado ingredientes específicos para hacerla. Que les hubiese ofrecido ese momento.

—Te quiero —dijo Shane. Las palabras se le escaparon de la boca antes de que supiera que iba a decirlas.

Ilya esbozó una sonrisa dulce y tímida.

—Aún me gusta oírlo.

—Aún me gusta decirlo. —Se sonrieron durante un instante largo, superempalagosos, y entonces Shane dijo—: Bueno. ¿Vamos a ver el documental esta noche?

—Si quieres.

—No lo habrás visto ya, ¿verdad?

Ilya lo fulminó con la mirada.

—No.

—Pero ¿te acordaste de grabarlo?

—Joder, Shane. Que sí.

—Vale. Lo siento.

Ilya dio un sorbo de agua y dijo:

—No es obligatorio verlo.

—Me apetece. —Shane curvó los labios—. Quiero ver qué dijiste de mí.

—¿Te refieres a lo de que te encanta que te chupen los huevos?

Shane soltó un enorme suspiro, luego se levantó para llevar el plato vacío al fregadero.

—Porque por supuesto que les conté eso —dijo Ilya.

—Vale.

—Y que chillas cuando intentas no correrte.

—No chillo.

Ilya se encogió de hombros.

—Por eso nos hace falta grabarnos follando. Para que lo veas.

—Ni hablar. La filtrarías de inmediato.

Ilya sonrió.

—¿Quién no lo haría?

—¿Has oído hablar de la web FanMail? —preguntó Shane mientras se acomodaban en el sofá un rato después.

—Sí. Es tipo que la gente paga para que unos famosos finjan que piensan en ella.

—Es una forma muy poco efusiva de decirlo, pero más o menos. Yo no lo había oído nunca hasta que Hayden me contó que hacía esas felicitaciones y…

Ilya estampó el mando de la tele en el cojín del sofá que tenía al lado.

—¿Hayden está en FanMail?

—Sí.

Ilya se levantó como el rayo del sofá y se largó.

—¿Qué coño haces? —le preguntó Shane.

—Coger el móvil. —Volvió al cabo de un momento con el teléfono en la mano y sonriendo a la pantalla—. ¡Cien dólares! ¿Quién pagaría eso por un vídeo de Hayden?

—Mucha gente —dijo Shane a la defensiva—. Se pasa el rato grabando esas cosas.

—Voy a encargar un vídeo.

—Ilya, no. No seas cabrón.

—Querido Hayden —dijo Ilya en voz alta mientras tecleaba—. Mi novio está triste porque tiene un compañero de trabajo que es un plasta y necesita que lo animen. ¿Podrías mandarle un vídeo cantándole su canción favorita, «O Canada»?

—No es mi canción favorita.

—¿Y cuál es?

Shane no tenía una respuesta preparada para eso, así que, en lugar de contestar, se cruzó de brazos.

—Por favor, no se lo mandes.

—Demasiado tarde.

—Sabrá que eres tú. ¿Qué dirección de correo has usado?

—No te preocupes por eso. —Ilya se sentó junto a Shane y

volvió a coger el mando—. Vamos a ver esa chorrada.

No había nada especialmente sorprendente, ni siquiera interesante, en el documental. A grandes rasgos era una recopilación de los momentos estelares de su carrera, junto con algunas entrevistas en primer plano mezcladas para crear una especie de hilo narrativo.

Ilya tenía razón: no hablaba de ellos de verdad.

Pero era bonito tener todos esos cortes y entrevistas reunidos en un pack de una hora. Y era todavía más bonito poder verlo los dos acurrucados en el sofá de Ilya.

De pronto apareció una grabación que Shane no había visto nunca.

—No lo mires —dijo Ilya con un tono de seriedad total.

—¿Acaso es…? Oh.

En la pantalla, Cliff Marlow acababa de tumbar de un golpe a Shane durante un partido contra Boston. Se estremeció. Nunca había podido recordar toda esa mierda, pero desde luego que se acordaba de las lesiones que le había provocado.

El cuerpo de Ilya se tensó mientras los dos observaban el cuerpo inconsciente de Shane en la pista de hielo.

—*Spoiler* —dijo Shane con una risa temblorosa—. Me despierto.

—Ya lo sé —dijo Ilya en voz baja.

En el vídeo, Ilya estaba volcado sobre el cuerpo de Shane. La cámara captó un primer plano de la cara de Ilya mientras miraba por encima del hombro y empezaba a hacer señas frenéticas al personal médico para que acudiera. Tenía la piel blanca como el papel y los ojos muy abiertos y aterrados.

En cuestión de segundos se formó un corro de gente alrededor del cuerpo de Shane, pero Ilya no se marchó. Se mantuvo ahí, justo fuera del cúmulo de personas, como un guardián. Hablaba, pero no

parecía que nadie le prestara atención.

Llevaron una camilla y un tablero espinal a la pista. Uno de los enfermeros tuvo que apartar a Ilya de en medio, pero eso no impidió que se quedara tan cerca como le permitieron, sin apartar la mirada ni un momento del cuerpo de Shane.

—¿Estaba despierto entonces? —preguntó con cautela Shane—. No me acuerdo.

—Sí. Más o menos. —La voz de Ilya sonaba débil y quebrada—. Intentabas hablar conmigo.

Ilya no se apartó ni un puto segundo. A pesar de que todos los compañeros de equipo de Shane se quedaron, con buen criterio, apretujados junto al banquillo de Montreal, para no interferir en la labor de la asistencia médica, Ilya permaneció allí en medio. Se quedó plantado con su uniforme de Boston para asegurarse de que Shane supiera que no estaba solo.

Shane le apretó la mano mientras veía el vídeo. Porque Shane no era el que estaba reviviendo un momento traumático al ver esas imágenes.

—¿Cómo pudieron no darse cuenta? —preguntó Shane—. ¿Cómo es posible que alguien viera esto, te viese a ti, y no supiera que estábamos juntos?

Ilya había mostrado su corazón con crudeza, lo había aplastado contra la pista de hielo de un modo tan inconfundible como el cuerpo fracturado de Shane.

—No lo sé —respondió Ilya.

Ilya tenía que dejar de ver aquello, así que Shane se le subió al regazo y lo besó. Nunca había pensado demasiado en lo aterrado que había estado Ilya. Aliviado de que las lesiones no acabasen con su carrera, no había dado demasiadas vueltas al incidente una vez superado. Pero sabía que, si la cosa hubiera ido al revés, Shane

habría sido un saco de nervios. Las lesiones eran parte del juego, pero quedarse inconsciente de un golpe daba miedo. Confiaba en que Ilya nunca le diera semejante susto.

—Siento que tuvieras que pasar por eso —dijo Shane—. Y siento no haberme enterado hasta ahora.

—No pasa nada —dijo Ilya, pese a que tenía los ojos vidriosos por las lágrimas—. Me asusté mucho, pero ahora estás bien.

—Estoy bien —coincidió Shane.

A su lado, la pantalla del móvil de Ilya se iluminó. Lo cogió, probablemente agradecido de tener una distracción, y se echó a reír.

—¿Qué pasa? —preguntó Shane.

—Hayden me ha mandado una foto enseñándome el dedo.

Shane se despertó de un sueño en el que Ilya y él follaban en medio de la pista de hielo. Había sido ridículo y, como es lógico, montárselo encima del hielo habría sido difícil e incómodo, pero también había sido superexcitante y ahora Shane la tenía como una piedra y se sentía como si con tres meneos le bastara para llegar al orgasmo.

Joder. ¿Y si se había corrido de verdad en sueños? Ilya se reiría de él toda la vida.

Volvió la cabeza y vio a Ilya tumbado bocarriba con las piernas extendidas, profundamente dormido y con la boca abierta y el pelo tapándole la mayor parte de la cara.

A Shane se le hinchó el corazón. Ese hombre tan guapo era todo para él.

Cerró los ojos y bajó la mano sin miramientos hasta apretarse la base de la polla y luego hizo unas respiraciones profundas. No tenía sentido ir empalmadísimo si Ilya estaba como un tronco.

Cuando por fin recuperó la compostura, abrió los ojos y se

encontró con que Ilya le sonreía.

—¿Intentabas no correrte? —preguntó Ilya.

Shane dio una torta a Ilya, con lo que hizo desaparecer esa estúpida sonrisa.

—¡Estabas dormido! Pero ¿qué cojones…?

—Me he despertado —dijo Ilya sin más—. Y estabas meditando con la polla en la mano.

Shane lo empujó para tumbarlo bocarriba otra vez y se subió encima de él. Se puso a horcajadas para poder mirar desde allí a su sonriente y petulante novio e intentar recuperar un poco de dignidad.

—No estaba meditando.

—Vale.

—Tuve un sueño húmedo, nada más. Y me desperté… empalmado, o lo que sea.

Ilya dobló los brazos por detrás de la cabeza.

—Cuéntame qué has soñado.

—Ni hablar.

Ilya abrió la boca fingiendo estar ofendido.

—¿No quieres compartirlo conmigo?

—Nop.

—Entonces es que has soñado con otro. ¿Era Hayden?

Shane echó la cabeza hacia atrás y gruñó.

—Por última vez, Hayden no me atrae.

—Pues lo siento por Hayden.

—¡Hayden es hetero y no le atraigo!

—Si tú lo dices.

Shane movió la cabeza de un modo muy dramático hasta volver a quedarse mirando fijamente a Ilya.

—Supongo que lo único que me hacía falta si quería dejar de

tenerla dura era despertarte. Ahora estoy tan cabreado que ya no me apetece nada.

—No sé si es cierto.

Y no. No era cierto. No ahora que Shane acababa de caer en la cuenta de que estaba sentado a horcajadas encima del cuerpo desnudo de su guapísimo novio. No podía resistirse a la excitación que le provocaba la sonrisa torcida y los ojos somnolientos y medio cerrados de Ilya.

—Me pones muchísimo —dijo Shane impotente, mientras deslizaba las palmas por el pecho de Ilya.

La sonrisa de este se ensanchó.

—Cuéntame el sueño.

—Me da vergüenza.

Ilya sacó una mano de detrás de la cabeza y cogió la polla casi blanda de Shane.

—Dime una cosa al menos.

La respiración de Shane se aceleró cuando Ilya empezó a masajearle la polla poco a poco.

—Eh… Estábamos… follando.

—Guau —se limitó a decir Ilya.

Shane no pensaba quedarse ahí sentado mientras lo acusaban de tener sueños eróticos poco imaginativos. Se tragó la vergüenza y añadió:

—En medio de la pista de hielo.

Ilya subió mucho las cejas.

—Sé que por la logística —continuó Shane a toda prisa— sería, ya sabes, casi imposible, pero los sueños son raros. Así que, sí. En medio de la pista.

—¿Había gente? ¿Una multitud?

A Shane se le encendieron las mejillas.

—Creo que no. Puede que empezara como un partido, pero luego estábamos desnudos y solos, me parece.

—Interesante. —Ilya movió la mano para acariciarle las pelotas a Shane—. Yo he tenido sueños en los que follamos delante de gente. Como un par de exhibicionistas.

Shane jadeó cuando Ilya tiró con cuidado de su saco.

—Te encantaría, ¿verdad?

Ilya chasqueó la lengua.

—¿Eso crees?

—Claro. Seguro que has ido a alguna orgía y has follado delante de un público embelesado, ¿a que sí?

Un segundo después, Shane estaba tumbado bocarriba con Ilya cernido sobre él. Ilya se agachó y lo besó en la garganta.

—No —dijo Ilya—. Nada de orgías. —Fue dibujando un sendero de besos por el pecho y el estómago de Shane y entonces levantó la cabeza—. Espera. ¿Con cuántas personas se considera una orgía?

Shane lo miró con los ojos entrecerrados e Ilya sonrió de oreja a oreja. Shane nunca sabía cuándo Ilya hablaba en serio acerca de su pasado sexual, o cuándo se limitaba a tomarle el pelo a Shane para sacarlo de quicio. Sabía que, en definitiva, daba igual con cuántas personas se hubiera acostado Ilya, pero a Shane le fascinaba que el número pudiera estar en cualquier punto entre dos y un millón.

Sin duda eran más de dos.

Probablemente menos de un millón.

—Cuéntame qué es para ti una orgía —bromeó Ilya.

Sus ojos rebosaban alegría.

—No.

—Por favor. Tengo que saberlo.

—¿No ibas a…?

—Sí, dame un segundo. ¿Para ti un trío es una orgía?

Shane puso los ojos en blanco y luego se movió como si se dispusiera a salir de la cama. Ilya se rio y lo ancló en el sitio, con las manos alrededor de las muñecas de Shane. Mientras lo miraba, su expresión dejó de ser burlona y se convirtió en algo más dulce.

—Me alegro muchísimo de haberte conocido —dijo Ilya en voz baja.

Shane sintió que se le encogía el corazón. Era una afirmación muy sencilla, pero a la vez era tan sincera y directa que de inmediato Shane pensó sin querer en la otra cara de la moneda.

¿Y si no se hubieran conocido nunca?

Pero lo habían hecho y eran perfectos el uno para el otro de un modo que probablemente solo ellos llegaran a comprender jamás. Su relación no era fácil, pero existía. Habían hecho que se produjera, contra todo pronóstico, y la habían protegido.

Shane no encontraba las palabras, así que probó a levantar los brazos e Ilya le dejó, pues le soltó las muñecas de inmediato. Shane lo abrazó, lo estrechó contra su cuerpo y apretó. Se quedaron así unos cuantos minutos, respirando uno contra otro y sin decir nada.

—A lo que iba —dijo Ilya, y le besó la garganta a Shane—. Quiero mamártela mientras piensas en cómo te follo en la pista de hielo.

Shane soltó una risita temblorosa.

—No es que quiera que me folles en la… Aaah.

Arqueó la espalda cuando Ilya puso los labios carnosos alrededor del capullo de Shane.

Este no pensó en que lo follara en la pista de hielo ni en ninguna otra cosa mientras Ilya lo devoraba. Lo que hizo fue buscar la mano de Ilya y agarrarla fuerte, con los dedos entrelazados. No había ningún otro lugar del mundo en el que Shane deseara estar.

Shane estaba decidido a no decir nada mientras observaba a Ilya echando un kilo de queso cremoso en un *bagel* con semillas de sésamo. Si Ilya solo quería comer hidratos de carbono vacíos y grasas saturadas, no era asunto de Shane. En lugar de eso, se mordió el carrillo por dentro y continuó midiendo la proteína en polvo para su *smoothie* matutino.

—Venga, va —exclamó unos treinta segundos más tarde cuando Ilya se puso a añadir una capa de Nutella sobre la montaña de queso.

—¿Qué? —preguntó Ilya.

Shane sacudió una mano en dirección al desayuno de Ilya.

—¿Así es como vas a empezar el día?

—No —dijo Ilya, y volvió a hundir el cuchillo en el bote de Nutella—. He empezado el día haciéndote una mamada. ¿No te acuerdas?

Sí, Shane se acordaba. Pero no pensaba dejar que eso frenase su indignación.

—¿En serio te vas a comer eso?

—¿En serio te vas a beber eso? —preguntó a su vez Ilya, señalando la batidora de Shane con el cuchillo manchado de Nutella.

—Esto está equilibrado y contiene toneladas de nutrientes y proteína. Eso no contiene nada salvo azúcar y quién coño sabe qué más.

—Chocolate —dijo Ilya solícito. Terminó de extender la Nutella, agarró un plátano y lo sacudió delante de la cara de Shane—. Mira. Sano.

Shane observó a Ilya mientras pelaba el plátano y empezaba a cortarlo en rodajas encima del *bagel*.

—Tú verás —dijo Shane suspirando. Y continuó preparándose el *smoothie*.

No quería ver qué le añadía Ilya a continuación. Seguro que pepinillos. O aros de cebolla.

Mientras comían sentados junto a la barra del desayuno de Ilya, Shane comprobó el correo electrónico y se quedó alucinado al ver que tenía un mensaje del comisionado de la liga NHL, Roger Crowell. Todavía se sorprendió más al leer que Crowell quería reunirse con él cuando Shane viajara a Nueva York esa misma semana.

—Hostia puta —dijo en voz alta.

—¿Qué? —preguntó Ilya en mitad de un bocado de *bagel* con chocolate.

—Crowell quiere reunirse conmigo.

—¿Por qué?

—No tengo ni idea.

Shane le contestó de inmediato para confirmarle que claro que iría a verlo. Entonces entró en una inmediata espiral de pánico sobre el posible motivo de la reunión.

—¿No dice para qué? —preguntó Ilya.

—No.

—Qué raro.

—¡Ya sé que es raro, joder! ¿Por qué yo?

—¿Solo irás tú?

—Eh… —Vale, en realidad Shane no lo sabía—. ¿Puede? Me lo ha parecido. No mencionaba a nadie más.

El comisionado era sin lugar a dudas la persona más poderosa de la NHL; lo controlaba prácticamente todo. Los jugadores no lo apreciaban mucho, la verdad. Shane siempre lo había mirado con la cantidad esperada de respeto, mezclada con una pizca de cautela.

—¿Y si se ha enterado de lo nuestro? —preguntó Shane, que se había puesto en el peor escenario posible.

—¿Por qué iba a saberlo?

Shane se mordió el labio. Era cierto que no había modo de que Crowell supiera de su relación con Ilya. Parecía poco probable que fuera eso.

—Quizá quiera darte un premio especial —dijo Ilya—. Al segundo mejor jugador de hockey.

Shane hizo oídos sordos.

—Alguna vez lo he visto, pero nunca me he..., ya sabes, reunido con él en serio. Tipo, nunca he tenido una auténtica conversación con él. ¿Lo hace a menudo?

Ilya se encogió de hombros.

—¿Crees que puede tener que ver con el documental?

—Puede ser.

Shane soltó el aire.

—Bah, seguro que no hay de qué preocuparse, ¿no?

—Supongo que no. Pero me gusta ver cómo te preocupas.

Ilya le dio un golpecito con el hombro con afecto.

—Da igual.

Ilya se inclinó para darle un beso y Shane se apartó.

—Ni hablar. No después de que te hayas comido eso.

—Vamos —dijo Ilya, y sonrió mientras se acercaba otra vez a él —. Así podrás probar otra vez el chocolate.

—No.

Al final, Shane no pudo resistirse a besarlo. Era mejor que el chocolate.

Capítulo 16

Unos días más tarde, Shane estaba sentado en la sala de espera que había junto al despacho de Crowell. Nunca había estado en la sede principal de la NHL en Manhattan, y el elegante vestíbulo que lo recibió cuando salió de los ascensores, con la vista desde el piso cuarenta al río Hudson, era impresionante. E intimidante.

—El comisionado Crowell ya puede recibirlo, señor Hollander —dijo la recepcionista.

Shane asintió con la cabeza sin que se miraran a los ojos. Eso también le resultó intimidante.

Cuando Shane entró, Crowell lo saludó con efusividad.

—¡Shane! Pasa, pasa. Gracias por reunirte conmigo. Sé que te avisé con poco tiempo.

Roger Crowell era un hombre alto y robusto, con tupido pelo canoso y unas pobladas cejas por encima de unos calculadores ojos azul pálido. Nunca había sido jugador de hockey, pero sí había jugado al fútbol americano en la universidad, allá por los años setenta, y se notaba que se mantenía en forma. Joder, si no diera tanto miedo, Shane lo consideraría guapo.

—No pasa nada —dijo Shane mientras estrechaba la mano que le ofrecía Crowell—. Qué oficinas tan bonitas.

—¿No habías estado nunca?

—No.

El rostro de Crowell adoptó una expresión confundida que a Shane le pareció algo teatral.

—¿En serio? Me sorprende mucho. Bueno, bienvenido.

—Gracias.

Crowell señaló una de las butacas de piel que había enfrente de su escritorio y Shane se puso en el borde del asiento. Crowell se sentó en su silla de despacho de ejecutivo con el respaldo alto y se reclinó en ella con comodidad.

—Montreal ha empezado con muy buen pie esta temporada.

—Sí. No está mal.

—Siempre es duro defender un título —dijo Crowell. Como si supiera de qué hablaba.

—Puede serlo, sí.

—¿Y qué tal va la organización benéfica? ¿La que montaste con Rozanov?

—Bien. Hemos podido financiar unas cuantas organizaciones e iniciativas que valen la pena.

Shane sabía que sonaba como si leyera directamente de la página web de la Fundación Irina, pero estaba tan nervioso que le daba igual. ¿A dónde coño quería llegar el comisionado con esa conversación?

—Me alegro de oírlo. Vuestros campamentos también hacen una buena labor. Son muy… inclusivos.

—Sí. Nos esforzamos para que sea así. Es importante para los dos.

—Muy bien. Muy bien. Me gusta saberlo. La diversidad es importante.

—Desde luego —dijo Shane con cautela.

—A veces puede costar encontrar el equilibrio —continuó Crowell —. No sé si me explico.

La verdad era que Shane no sabía a qué se refería.

—¿El equilibrio?

—Por supuesto, nosotros, como liga y como deporte, queremos hablar sobre la inclusión y la diversidad en el hockey. Queremos ver que las cosas avanzan en la dirección correcta. Pero hablar demasiado de esas cosas puede ser… una distracción.

—Ajá.

Crowell levantó una mano.

—Ha llegado a mis oídos, y no tienes por qué confirmármelo, pero ha llegado a mis oídos que eres… homosexual.

—Eh… —Shane notó que se le encogía el estómago.

Sí que era homosexual, pero la forma en la que lo había dicho Crowell hacía que pareciera algo asqueroso.

—Como te decía, no hace falta que me lo cuentes. Pero pongamos que el rumor es cierto.

No era tanto un rumor cuanto algo que el propio Shane había contado a sus compañeros de equipo y que había admitido encantado a cualquiera que le hubiera preguntado. Pero delante del comisionado mantuvo la boca cerrada.

—En fin, tal vez se lo hayas contado a tus compañeros, a tus amigos, a tu familia. Tal vez tengas pareja, no sé. El caso es que no hace falta que yo lo sepa, ni tienen por qué saberlo los demás.

—Vale.

—No tengo nada en contra de Scott Hunter, por supuesto. Es un jugador fabuloso y un embajador del deporte fabuloso, pero esa forma de enfocarlo es un poco excesiva, ¿sabes?

—¿Forma de enfocarlo? ¿Se refiere a su activismo?

—Activismo, claro. O gritar a los cuatro vientos los asuntos

personales. Lo que digo es que valoro mucho cómo tratas tú los tuyos, Shane. Sé que pones el hockey por delante de todo y que mantienes en privado tu vida privada. Así todo el mundo se siente cómodo y puede concentrarse en el hockey.

Shane no tenía ni puta idea de qué estaban hablando. ¿Le estaba diciendo Crowell que no saliera del armario en público? ¿Para eso se había reunido con él?

—Admiro a Scott Hunter —dijo Shane—. Lo que ha hecho a lo largo de los últimos años ha sido importante para los jugadores de hockey y los fans LGBTIQ+, sobre todo para los jugadores del colectivo más jóvenes.

—Por supuesto. Como te he dicho, la NHL apoya por completo a Scott Hunter y a la comunidad LGBTIQ+. Al cien por cien. —Crowell dijo «LGBTIQ+» despacio y a conciencia, como si repitiera un número de teléfono que tuviera que memorizar—. ¿Sabías que ahora vendemos *merchandising* del Orgullo durante todo el año en nuestra web?

—¿Y el dinero va a organizaciones benéficas en favor de la comunidad *queer*?

—Y hemos ampliado las Noches del Orgullo —dijo Crowell, pasando por alto la pregunta de Shane—. Ahora las celebran todos los equipos, y tenemos previsto jugar el primer partido conjunto de la Noche del Orgullo.

—Es un buen primer paso, pero…

—Sé que históricamente el hockey no ha sido el deporte más inclusivo de todos, pero, como es natural, cualquiera puede llegar a lo más alto si se esfuerza lo suficiente. O sea, tú eres la prueba.

Shane no estaba seguro de si Crowell se refería a los rumores sobre su homosexualidad, a su origen japonés o a las dos cosas. Se moría de ganas de salir de aquel puto despacho.

—Lo que quería decirte, Shane, en persona, es que la liga está orgullosa de lo que hacéis con la organización benéfica. La salud mental es muy importante. Y también puedes decírselo a Rozanov. Hacéis una labor fantástica, los dos.

—Vale. Gracias.

—Y, si quieres ser más explícito sobre tu… vida personal, tal vez la NHL pueda ayudarte con el tema. Podemos organizar algo juntos. Nos encantaría hacerlo contigo. Para ti.

—Eh…, lo pensaré.

Crowell sonrió como una pantera.

—Fantástico. —Se incorporó, así que Shane también se puso de pie—. Siempre es un placer charlar con uno de los mejores jugadores de la liga, Shane. ¿Sabes qué? Eres el favorito de mi sobrino.

—Ah, es genial.

—Buena suerte esta temporada. Lydia te acompañará a la salida.

—Vale. Gracias. Eh…, sí, gracias. Adiós.

Shane siguió a Lydia —la recepcionista— hasta los ascensores medio aturdido; tenía el estómago encogido y la piel de gallina por el asqueo. Quería ducharse o subirse a la cinta de correr o meterse en una habitación insonorizada y ponerse a gritar.

Entró en el ascensor y miró con tristeza cómo se cerraban las puertas y le tapaban el enorme logo de cristal de la NHL que había al otro lado.

Cuando Ilya se despertó de la siesta previa al partido, se encontró con un centenar de mensajes de Shane en el móvil. En casi todos le pedía que lo llamara cuanto antes. Pero también le aseguraba que estaba bien. Pero que lo llamara. Rápido. Ahora, a poder ser.

Ilya lo llamó.

—Por dios. Menos mal —dijo Shane.

—Estaba durmiendo. ¿Qué pasa?

—He hablado con Crowell.

Ilya se apoyó en un codo.

—¿Ah, sí?

—Ha sido raro.

—¿Raro en qué sentido?

—En pocas palabras me ha dicho… Ni siquiera sé lo que me ha dicho. Intimida un montón.

—Cuéntame algo concreto.

Shane soltó el aire con fuerza.

—Para empezar, me ha dicho que hacíamos una buena labor con la Fundación Irina. Me ha pedido que te lo dijera.

—Vale.

—Pero también me ha dicho, tipo, que no saliera del armario, o algo así.

Ilya se sentó más erguido.

—No lo entiendo.

—Decía que había oído «rumores» sobre que yo era gay y, en resumidas cuentas, que prefería que siguieran siendo rumores.

—¿Te ha dicho eso?

—No con esas palabras. Ya te he dicho que ha sido raro. Habla de una manera que es amable e intimidante al mismo tiempo. Lo he pasado fatal.

Ilya se estaba enfadando. Sobre todo con Crowell. Un poco también con Shane.

—¿Qué te ha dicho?

—Creo que no quiere otro Scott Hunter. No parece que sea muy amigo del activismo en el hockey. O de cualquier cosa que no sea

hockey en el hockey, en realidad.

—Es amigo del dinero en el hockey —dijo Ilya.

—Se ha puesto a hablar de lo fantástica que es la diversidad y de las iniciativas de la liga en defensa del colectivo LGBTIQ+, pero también ha dicho que odia las distracciones que entorpecen el juego. Toda la reunión me ha parecido una amenaza indirecta. Tipo, quería asegurarse de que yo no iba a sorprender a nadie saliendo del armario en las redes sociales o algo así.

—O besando a tu novio en la tele.

—Exacto. O sea, obviamente no voy a hacer ninguna de las dos cosas.

—Obviamente —dijo Ilya con amargura, pero Shane no pareció darse cuenta.

—Pero a la vez era como si me retara a acusar a la liga de no ser, tipo, defensora de la comunidad *queer* o algo así. Se ha puesto a enumerar todas las cosas que hacen.

—Qué asco.

—Un poco, la verdad. Sí.

—Entonces ¿qué vas a hacer?

—Nada. No pensaba hacer nada de todos modos, pero aun así me siento mal después de la reunión.

Ilya tensó la mandíbula. Sabía mejor que nadie que Shane no tenía intención de anunciar públicamente su relación, pero si había existido una mínima posibilidad y Crowell la había aniquilado…

—En fin —dijo Shane—, solo necesitaba contárselo a alguien. Conque gracias.

—No hay problema.

—Buena suerte esta noche, ¿vale?

—Claro. A ti también.

—Te quiero.

Ilya notó un peso inmenso en el corazón.

—Yo también te quiero.

—La última vez que nos vimos —dijo la doctora Galina Molchalina en ruso—, me hablaste bastante sobre tu madre. ¿Te gustaría hablar hoy de tu padre?

—No —respondió Ilya sin dudarlo. Y luego—: Me alegro de que se haya muerto.

Si a Galina le sorprendió la afirmación, su rostro no lo reflejó en absoluto.

—Murió hace unos años, ¿verdad?

—Sí. No me pilló por sorpresa. Tenía alzhéimer y se había ido deteriorando a pasos de gigante. Mi hermano fingía que no pasaba nada.

—¿Tu hermano y tú estáis muy unidos?

Ilya soltó una risotada que sonó como un ladrido.

—¿Andrei? No. En absoluto. No he hablado con él desde que fui a casa para el funeral. Es un clon de mi padre.

Galina se reclinó en la silla y cruzó las piernas, a la espera. Ilya suspiró. Supuso que sí necesitaba hablar sobre su puñetero padre.

—Mi padre era poli. Con muchas condecoraciones, muy orgulloso. Fue subiendo de cargo hasta llegar a un puesto importante en el Ministerio. Tenía cerca de cincuenta años cuando nací. Andrei tiene cuatro años más que yo. Y mi madre todavía tenía veintitantos cuando nací, así que haz cuentas.

—Tus padres se llevaban bastantes años.

—Sí. —Ilya odiaba imaginarse qué circunstancias habían hecho que su joven y guapa madre tuviera que casarse con un viejo sin ilusión y darle hijos—. Creo que mi padre la aborrecía. Siempre

pensaba que ella le ponía los cuernos, o que quería dejarlo. Ojalá lo hubiera abandonado.

No quería entrar en algunos de sus recuerdos más negros de su padre extorsionando a su madre, y Galina debió de percibirlo.

—¿Tu padre estaba orgulloso de tu carrera en el hockey? —le preguntó.

—No mucho. Era un fan absoluto de la KHL. Pensaba que la liga rusa era superior a la NHL, y no quería que me fuera a Norteamérica. Nunca seguía de cerca mi carrera en la NHL, pero siempre le interesaba cuando jugaba para el equipo de Rusia en algún torneo. Si Rusia ganaba el oro, estaba orgulloso de mí. Cualquier otra cosa le parecía bochornosa.

—Debió de ser muy duro para ti —dijo la psicóloga, e Ilya se preguntó si estaría pensando en las desastrosas Olimpiadas de Sochi.

—A mi madre le encantaba verme jugar cuando era pequeño. Y me gustaba jugar para ella. Después de su muerte, el hockey se convirtió en mi válvula de escape. Me permitía salir de casa, y supongo que también era una forma de canalizar la rabia. —Sonrió —. Y se me daba muy bien.

Galina también sonrió.

—Me alegro de que tuvieras eso. ¿Había otras cosas que te ayudaran a desahogarte en aquella época?

Bueno. Sí. Ilya supuso que no había motivos para hacerse el tímido. No en ese contexto.

—El sexo —dijo sin tapujos—. Cuando tuve edad suficiente, el sexo pasó a ser otra cosa que hacía para mantener mi mente y mi cuerpo ocupados. «Sexo y hockey» podría ser el título de mi autobiografía. Soy muy básico.

Extendió los brazos sobre el respaldo del sofá, intentando

mostrar lo relajado y simple que era. En realidad, no debió de resultar muy convincente.

—¿Puedo preguntarte a qué te refieres con «edad suficiente»?

—Catorce, creo. Algo así. —Vaciló un momento, dudando de si estaba preparado para confesarlo, pero luego decidió soltarlo—. Al principio lo hacía solo con chicas. Luego también con chicos. No muchos, pero sí algunos.

Una vez más, la cara de Galina no mostró sorpresa. Garabateó algo en la libreta que sostenía en el regazo y luego volvió a alzar la mirada.

—Debía de ser arriesgado, sobre todo en Rusia —comentó.

—Creo que en parte por eso me gustaba.

—¿Esos deseos no te daban miedo?

Ilya reflexionó antes de responder.

—No. Nunca. Solo lo veía como una oportunidad de tener más sexo.

Era cierto; quizá si no le hubieran atraído las chicas antes, habría tenido miedo, pero sentirse atraído por los chicos también siempre le hizo sentir como si hubiera… evolucionado.

La doctora apuntó algo más mientras Ilya la observaba.

—Soy bisexual. Para que quede claro —lo dijo de pasada, como si utilizara esas palabras todo el tiempo. Casi nunca las había pronunciado.

Ella asintió.

—¿Qué se siente al ser un jugador bisexual en la NHL?

Ilya se encogió de hombros.

—Nada especial. No lo proclamo.

—¿Nunca te ha supuesto un problema?

—No. —Ilya frunció el ceño. Era mentira, y le pareció que allí no tenía sentido mentir—. Bueno, sí. Ha hecho que sea más difícil… —

No estaba seguro de cuánto podía revelar en la sesión. Su terapeuta debía mantener el secreto profesional. Estaba en un espacio seguro. Pero aun así sentía que debería tener el permiso de Shane para hablar de su relación con alguien más. Así pues, solo dijo—: Salgo… con alguien. En secreto.

—Un hombre —adivinó Galina.

—Sí.

—¿Desde hace cuánto?

A Ilya casi le dio un ataque de risa.

—Diez años, más o menos.

Por primera vez durante la sesión, Galina mostró un atisbo de sorpresa.

—No sé decirte con exactitud —explicó Ilya—. Durante años fue algo desenfadado. Quedar para follar, ese tipo de cosas. Pero luego me enamoré de él.

—Y… ¿él sentía lo mismo?

Ilya no pudo evitar que una sonrisa bobalicona le llenara el rostro.

—Sí. Y aún lo hace.

La psicóloga hizo aprecio a la sonrisa con otra por su parte.

—¿Cómo va la relación ahora?

—Nos vemos cuando podemos. Vive… en una ciudad que no está muy lejos. Los dos estamos muy ocupados, pero pasamos juntos todo el tiempo que podemos. Sobre todo en… —Ilya se detuvo. Estaba dándole demasiada información.

—¿En verano? —se aventuró a preguntar Galina—. ¿Cuando no jugáis al hockey?

—Exacto. Sí.

Un silencio llenó la sala, pesado y lleno de comprensión mutua. Ella sabía quién era su novio y sabía que él lo sabía. Y no hizo falta

que nadie pronunciara su nombre.

—Así que —dijo Ilya— esa es otra de las cosas que pasan. En mi vida.

—¿Alguien lo sabe?

—Unas cuantas personas. Sus padres lo saben. Puede que otras cinco personas más. Sobre todo, amigos de Sh… —Apretó los labios justo a tiempo—. Sobre todo, amigos suyos.

—¿Ningún amigo tuyo?

—No, todavía no.

—No parece muy equilibrado. Él tiene más apoyo que tú en esto.

Ilya lo sabía. Por supuesto que se le había ocurrido. A veces incluso se enfadaba.

—Ya lo sé.

—¿A quién se lo contarías si pudieras?

A todo el mundo. Ilya se lo contaría al mundo entero si pudiera.

—No lo sé. Puede que mis compañeros de equipo no lo entendieran. Y no tengo muchos amigos que no sean del hockey.

—Hay otros jugadores *queer* en la NHL —dijo la psicóloga—. Y exjugadores también. ¿Eres amigo de alguno de ellos?

—De alguno. Más o menos. Creo que incluso ellos se mosquearían al saber… —Se detuvo. Sin embargo, tras un momento de duda decidió que no tenía sentido fingir que Galina no sabía la siguiente parte— que dos jugadores rivales salen en secreto. Un jugador de hockey gay sigue siendo un jugador de hockey, y hay reglas no escritas. Un código de conducta.

—¿Y hay reglas sí escritas sobre esto?

—No lo creo. No lo sé. Seguro que la liga se inventaría alguna norma a toda prisa si se enterase de lo nuestro. En cualquier caso, las cosas serían muy difíciles para nosotros.

—¿Qué crees que es lo peor que podría pasar?

Ilya se tomó unos segundos para pensar antes de responder.

—Mi mayor miedo es tener que regresar a Rusia. Sobre todo porque, en ese supuesto, habría salido del armario.

—¿Crees que es probable que ocurra?

Ilya suspiró.

—No lo sé.

—¿Qué tendría que pasar para que te vieras obligado a marcharte de Canadá?

—Supongo que…, si no me dejaran seguir jugando al hockey, me quedaría sin trabajo. Y no llevo suficiente tiempo viviendo aquí para pedir la nacionalidad.

—Pero hay otras vías —dijo ella con sensatez—. Y es poco probable que te prohibieran jugar en la NHL, sobre todo teniendo en cuenta quién eres.

Tenía razón. Ilya se había planteado la posibilidad de que, incluso si ocurría lo peor y los echaban a Shane y a él de la liga —o los rechazaban todos los equipos, aunque no los echaran oficialmente—, podría buscar otros métodos mediante los cuales quedarse en Canadá. Podía buscar otro empleo. Podía… casarse.

—Lo peor que podría pasar —dijo despacio—, lo peor que podría pasar siendo sincero y realista: se acaba nuestra carrera en la NHL, pero podemos casarnos y vivir tranquilos y juntos en Canadá.

—¿Cómo te hace sentir eso?

—Enfadado de ver nuestras carreras deportivas cortadas de cuajo. Pero también…, no sé. Aliviado, quizá. A veces me resulta tan difícil mantenerlo en secreto que me entran ganas de gritar. Me encanta el hockey y merezco tener la carrera que deseo durante tanto tiempo como quiera. Me lo he ganado. Pero, si tuviera que elegir…, lo elegiría a él.

Galina apuntó otra frase rápida.

—Pero —dijo Ilya en voz baja— lo ideal sería no tener que elegir.

—¿Y qué es lo mejor que podría pasar? —preguntó entonces la doctora.

Ilya soltó el aire.

—Ni idea. ¿Que anunciemos que estamos juntos y todo el mundo brinde por nosotros? ¿Que gane tres Copas Stanley más y pueda celebrarlas todas mientras mi marido me mira? No lo sé.

—¿Y lo mejor que puede pasar siendo realista?

Ilya lo pensó y sonrió.

—Que sigamos como hasta ahora, pero que todo el mundo sepa que estamos juntos y dé igual. Sin grandes aspavientos.

—¿Es eso lo que queréis los dos?

Bueno, esa era la gran pregunta. Ilya pensaba que eso era lo que deseaba Shane, pero al mismo tiempo estaba bastante seguro de que a Shane no le importaría ocultar la relación hasta que ambos se retiraran del deporte.

—Confío en que sí.

Capítulo 17

A mediados de noviembre, sin previo aviso, Ilya recibió a un nuevo compañero de equipo que no deseaba. Troy Barrett era sin duda un delantero con talento y una posible mejora respecto al actual compañero de línea de Ilya, Tanner Dillon, pero siempre le había parecido un auténtico imbécil.

—Qué mierda —se quejó Ilya por teléfono a Shane—. Mi equipo era perfecto. Ahora tenemos al gilipollas este.

—Tu equipo es horrible —le recordó Shane.

—Sí, pero bueno… El ambiente está bien. Barrett me da mala espina.

—Lo sé. Lo siento.

—¡Hoy Harris iba a traer el nuevo cachorro del equipo al entrenamiento! Y ahora Barrett también estará por ahí. Así lo jode todo.

—Sigo sin poder creer que se enfrentara a Kent —dijo Shane—. Quizá no sea tan malo…

La razón por la que Toronto había traspasado rápido a Barrett a Ottawa a cambio de unas cuantas elecciones en el *draft* (mucho menos de lo que valía ese jugador All-Star) era que Troy se había peleado con su compañero de equipo, aún peor que él, Dallas Kent.

Kent, un matón homófobo y una de las personas más repulsivas que Ilya había conocido jamás, había sido acusado hacía poco de violación y agresión por varias mujeres anónimas por internet. Al parecer, eso había sido la gota que colmó el vaso para su antiguo mejor amigo, Troy Barrett.

—Sí, bueno. ¿Cómo es eso que se dice sobre los tontos con suerte? Wyatt lo suele decir.

—Que todos los tontos tienen suerte…

—Sí. Ha tenido suerte en hacer una cosa bien. Aunque lo más probable es que en general siga siendo malo.

—Quizá sea un buen compañero de línea. Llevo escuchando quejarte de Tanner Dillon desde que juegas en Ottawa.

—Aun así, sigo sin quererlo.

—Lo sé. Solo intento animarte. —Shane suspiró profundo—. Tengo que irme. Tengo reunión de equipo.

—Vale. ¿Qué tal Buffalo?

—Increíble —dijo Shane con tono serio.

Ilya se rio.

—Buena suerte esta noche.

—Buena suerte con Troy Barrett. Estoy deseando que me cuentes todo sobre él.

—Cotilla…

—Te quiero. Te llamo después del partido, ¿vale?

—Sí, te estaré esperando. Y yo a ti también.

Colgaron e Ilya le envió de inmediato un mensaje rápido a Harris.

Ilya: Hoy traerás el cachorro, ¿sí?

Harris: ¡Sip!

Ilya exhaló despacio. Al menos ese día no iba a ser una auténtica mierda.

—¿Y cómo te ha ido con él? —preguntó Shane. Estaba tumbado en la cama del hotel, completamente abatido tras el partido.

—Es tan mono, Shane… ¡Tienes que verlo!

—¿Qué?

Troy Barrett era un tipo atractivo, claro, pero esa reacción de Ilya lo pilló por sorpresa.

—¡Me ha lamido la cara con su lengüita!

—Eeeh…

—Tiene las orejitas caídas y es tan suave… Me hubiera gustado llevarlo en brazos durante todo el entrenamiento.

Aaah.

—Me refería a Troy, tonto. No al cachorro.

Ilya resopló.

—¿A quién le importa ese? El cachorro era precioso. Se llama Quirón. Es negro y pequeño y…

—Vale. Los cachorros son monos. Estoy de acuerdo. Pero ¿cómo ha ido con él?

—Bien. Ha estado callado. Da igual…

Shane sonrió mirando al techo.

—¿Tienes alguna foto del perro?

—Claro. ¿No has visto mi Instagram?

—No.

A Shane no le interesaban especialmente las redes sociales, aunque sabía que Ilya publicaba cosas al azar muy seguido. Shane se limitaba sobre todo a compartir los *posts* oficiales del equipo e información sobre la Fundación Irina.

—Hay fotos, vídeos… Un montón de cosas. Quirón es genial.

—Me alegro de que hayas hecho un nuevo amigo.

Ilya suspiró.

—Ojalá pudiera tener un perro.

Sí, Shane no estaba seguro de cómo iría la cosa.

—Algún día —sugirió.

—Todo siempre es «algún día». Estoy harto de esperar ese «algún día».

—Lo sé. Pero aún somos jóvenes. Tenemos mucho por delante.

—¿Ah, sí? Pues hay veces que siento que tengo como mil años…

—Me imagino que Luca Haas no ayuda mucho. ¿Cómo es?

—Un chico majo —dijo Ilya—. Puede que esté pillado de mí. Ya te lo diré.

Shane se negó a reconocer celos.

—Es un buen jugador. Inteligente, ¿me explico?

—Muy inteligente. Pero muy joven. Demasiado joven.

—Nosotros éramos más jóvenes que él cuando empezamos —señaló Shane. Ambos tenían diecinueve años en su temporada de *rookies*.

—Yo nunca fui tan joven como Haas. Él tiene, tipo, como unos siete años.

Shane soltó una risita, que se convirtió en un bostezo.

—Estás cansado —dijo Ilya—. Ese partido parecía duro.

—Ay, lo has visto, ¿verdad?

—Claro que no.

Shane sonrió.

—Háblame en ruso —dijo—. Solo quiero escucharte un rato…

—Te vas a quedar dormido.

—Seguramente.

Shane dejó el móvil sobre la almohada y se puso de lado para

tenerlo de cara. No era una videollamada, así que cerró los ojos y dejó que su novio lo arrullara hasta dormirse con palabras que, en su mayoría, Shane no entendía, pero que, aun así, hacían que el corazón le latiera con fuerza.

Capítulo 18

Ilya no tenía ni la menor intención de comprar tabaco.

Simplemente había salido a dar un paseo. Mientras anochecía. Por Vancouver. Solo. Sin ningún destino concreto en mente. Quería disfrutar del aire fresco de la noche (más cálido que el de las de Ottawa en esa época del año) y dejar que el oxígeno puro de la montaña le llenara los pulmones.

Paró en el primer supermercado 24 horas que se encontró, pagó en efectivo un paquete de tabaco y un mechero, y se escabulló de nuevo en la noche.

Caminó hacia el puerto guiándose por las luces de las grúas de los muelles de carga. Le encantaba cómo las luces de la ciudad se reflejaban en el agua oscura por la noche. Le recordaba a las vistas desde su antiguo piso en Boston.

Encontró un pequeño parque con largos muelles de madera que se adentraban en el puerto y que tenían bancos. Caminó hasta el final de uno de ellos y luego sacó los cigarrillos y el mechero del bolsillo.

La voz de Shane le rondaba por la cabeza mientras daba la primera calada. Sonrió al exhalar el humo, agradeciendo la compañía. Quizá solo fumaba para poder oír esa voz en su cabeza.

Últimamente, Ilya casi nunca fumaba, y se sentía como un fracasado cada vez que cedía al impulso. Pero, durante los pocos minutos que transcurrían entre encender el cigarrillo y apagar la colilla humeante, se sentía superfeliz.

«Nunca te voy a puto perdonar si alguna vez te da cáncer de pulmón y te mueres».

Ilya vio cómo otra nube de humo se desvanecía en el cielo nocturno.

«Lo sé, cariño —respondió en silencio—. Lo sé…».

Imaginó que Shane sería igual de implacable si Ilya se quitara la vida. No es que Ilya fuera a hacerlo nunca… A menos que no pudiera evitarlo.

«Estoy intentando ponerme bien».

Se terminó el cigarrillo, apagó la colilla, la recogió y se la guardó en el bolsillo del abrigo. Fumar era una cosa, pero tirar colillas al suelo era un mal hábito que ya era demasiado.

Cuando volvió al hotel, se sentía algo mejor. Antes, cuando estaba en su habitación, había empezado a darle vueltas a la cabeza y se había agobiado tras el largo viaje en avión. Sin embargo, ahora ya era tarde, sobre todo si lo convertía a la hora de Ottawa, así que necesitaba dormir todo lo posible antes del partido del día siguiente.

Troy Barrett estaba junto a los ascensores, con una bolsa de papel que no podía ocultar de forma más evidente una botella de licor. Ilya no había hablado mucho con Barrett desde que este se había incorporado al equipo a principios de esa semana. Quizá debería hablar con él ahora, como capitán del equipo.

Las puertas del ascensor se abrieron y Barrett entró. Ilya no se movió. Sabía que estaba siendo irresponsable, pero se sentía demasiado cansado como para que le importara. Y le parecía hipócrita por su parte dar lecciones a nadie sobre vicios en ese

momento.

A decir verdad, quería pedirle a Barrett que compartiera con él lo que fuera que hubiera en la botella.

Ilya esperó al siguiente ascensor, porque ya tenía bastante con preocuparse de sí mismo esa noche.

A la mañana siguiente, Ilya se despertó más tarde de lo que debería, pero no lo bastante como para perderse el desayuno. Se llenó el plato con huevos revueltos y varios embutidos del bufé y se sentó a la mesa con Wyatt y Bood.

—¿Acabaste metido en algún lío anoche o qué? —preguntó Bood.

Ilya sonrió con aire misterioso. Había aprendido que la mejor forma de ocultar sus secretos era fingir que ocultaba otros totalmente distintos.

—¿Has visto a tu hermana? —le preguntó a Wyatt—. ¿Y a tu sobrino?

—¡Sí! He visto a toda la pandilla. Estarán en el partido esta noche, así que tengo que dar un buen espectáculo.

Ilya echó un vistazo al salón de banquetes que habían habilitado para el desayuno privado del equipo.

—¿Habéis visto a Barrett?

—¿Hoy? —preguntó Bood—. No.

Wyatt negó con la cabeza.

—La última vez que lo vi fue ayer, cuando llegamos. ¿Por qué?

—Por nada.

Ilya no había sido un buen capitán la noche anterior al no haber impedido que Barrett se llevara una botella de alcohol a su habitación, pero quizá hoy pudiera ser un buen capitán respetando

su privacidad hasta que tuviese una buena razón para no hacerlo.

Cuando terminó de comer, se dirigió al vestíbulo del hotel para ver qué tipos de chocolatinas vendían en la pequeña tienda que había ahí. Mientras cruzaba el centro del salón, donde estaban todos los sofás y sillones para que los huéspedes se relajaran, alguien lo llamó por su nombre.

—Ilya Rozanov.

Ilya se detuvo y se volvió hacia uno de los sofás. No se le ocurría nadie con quien quisiera hablar que lo llamara por su nombre completo en un lugar público tan concurrido. Se encontró con tres desconocidos (dos sentados y uno de pie) que le estaban sonriendo.

—¿Sí?

El hombre que estaba de pie se acercó a él con paso firme, como si fueran amigos. Era mayor que Ilya, rondaba los cincuenta, con unos penetrantes ojos azules, pelo oscuro canoso y un físico bastante en forma para un hombre de su edad, aunque era varios centímetros más bajo que Ilya. Le tendió la mano al llegar junto a él.

—Curtis Barrett —dijo con voz fuerte y segura—. El padre de Troy.

—Ah. Vale —dijo Ilya, y le estrechó la mano—. Todavía no he visto a tu hijo hoy.

—Conociéndolo, lo más probable es que esté intentando echar a chicas de su habitación. —Se rio, y su risa fue terrorífica—. Se acabó la diversión, chicas, ¿no?

Ilya no estaba seguro de si le caía bien Troy, pero desde luego su padre no.

—Puedo decirle que estás aquí —se ofreció, sobre todo para alejarse de él.

—Claro, si lo ves… Llevo toda la mañana llamándolo y enviándole mensajes, pero supongo que se le ha olvidado cómo funciona un

móvil.

Ilya fingió una sonrisa.

—Si lo veo, se lo digo.

Se fue rápido, continuando su camino hacia la tienda al otro lado del vestíbulo. Se compró una chocolatina Caramilk y, tras pensarlo un segundo, cogió también una botella de Gatorade.

Consultó la distribución de las habitaciones en el móvil mientras subía en el ascensor hasta la planta del equipo, luego se dirigió directamente a la habitación de Troy y llamó con fuerza a la puerta.

—Barrett. Despierta.

—¿Qué pasa? —preguntó la voz casi inaudible de Troy—. ¿Qué?

—Abre la puerta.

Ilya oyó gemidos, crujidos y pies arrastrándose, y entonces Troy Barrett, con los ojos legañosos y casi desnudo, abrió la puerta. Apestaba a alcohol y sudor, y su habitación era un desastre. Pero estaba, tal y como Ilya había sospechado, solo.

Ilya no esperó a que lo invitara a pasar. Empujó a Barrett a un lado, arrugando la nariz al asimilar todo lo que veía.

—Huele que apesta. Anoche te emborrachaste.

—Un poco.

—Muy mal, Barrett. —Ilya estaba realmente molesto. Troy se había incorporado al equipo hacía menos de una semana y ya les estaba fallando. Ilya le tendió el Gatorade—. Bébete esto.

Luego, como Troy parecía a punto de desmayarse, añadió:

—Siéntate.

Troy se dejó caer de golpe en la cama con un suspiro y abrió el Gatorade.

—Te vi en el vestíbulo con una bolsa de la licorería. Ibas a los ascensores —explicó Ilya antes de que Troy pudiera preguntarse cómo sabía lo que había estado haciendo la noche anterior—.

Parecía que con prisa.

Ilya descubrió la causa del estado de Troy: una botella de vodka malo y barato en la mesita de noche, casi vacía.

—¿Es algo que haces habitualmente? —preguntó mientras examinaba la etiqueta de la botella. Olfateó el líquido que había dentro. Qué asco…

—No —respondió Troy con aire abatido.

—Esta noche jugamos.

—Lo sé. Fue una estupidez.

—Sí.

Ilya quería enfadarse con él, pero le resultaba difícil viendo lo patético que parecía Troy, sentado en la cama en ropa interior, encogido sobre una botella de Gatorade que agarraba con fuerza como si fuera algo precioso.

—No volverá a pasar —dijo Troy con voz débil y cansada. Ilya notó el brillo de las lágrimas en sus ojos antes de que Troy apartara la mirada—. Lo siento. Ha sido…

Se le quebró la voz y apretó los labios. El último atisbo de enfado que Ilya sentía hacia él se desvaneció.

—Esta es tu ciudad, ¿no? De donde eres.

—Sí —dijo Troy, en un susurro apenas audible.

—Tu vida privada es privada. Si no afecta a tu juego, a mí no me importa. El entrenador te dirá lo mismo.

Ilya estaba seguro de eso. El entrenador Wiebe era amable y justo. Sin embargo, Troy aún no lo conocía lo suficiente.

—¿Se lo vas a contar?

—Esta vez no.

Sonó un poco amenazador, pero Ilya no pudo evitarlo. Necesitaba que Troy entendiera que aquello no podía convertirse en una costumbre.

Troy no dijo nada. Se limitó a mirar fijamente la botella de Gatorade, seguro que con la esperanza de que Ilya se marchara.

—Tienes un aspecto de mierda —dijo Ilya—. El entreno de esta mañana es opcional. No vengas.

Troy no protestó.

—Vale.

Ahora Ilya tenía que darle la noticia que sospechaba que Troy no quería oír.

—Ah, y tu padre está en el vestíbulo.

El rostro de Troy se puso aún más pálido de lo que ya estaba.

—¡¿Qué?!

—Sí. Se ha acercado a mí para presentarse.

Lo más probable era que a Ilya se le notara lo que había sentido ante aquel encuentro. Pero, si Troy necesitaba a alguien que se deshiciera de su padre, Ilya podía soportar volver a hablar con aquel hombre.

—Sigue ahí, pero puedo decirle que…

Por suerte, Troy rechazó su oferta, insistiendo en que él mismo se encargaría de su padre. Ilya no estaba seguro de que fuera la mejor idea, dado el estado de Troy, pero no se lo discutió. Troy le dio las gracias por el Gatorade, e Ilya le sugirió que se pasara el día descansando antes del partido.

Antes de salir de la habitación, Ilya se detuvo y dijo, con cierta torpeza:

—La familia puede ser complicada. Los padres.

Troy pareció entenderlo.

—Sí. A veces.

Ilya asintió y se marchó. Era posible que tuviese más en común con Troy Barrett de lo que hubiera imaginado.

Capítulo 19

Mientras recorría la oscura autopista entre Montreal y Ottawa, Shane se preguntaba cuántas veces habría hecho ese trayecto a lo largo de su vida. Casi podía hacerlo con los ojos cerrados y, de hecho, corría el riesgo de hacerlo en ese mismo momento. Era pasada medianoche y estaba agotado.

Podría haber esperado hasta al día siguiente por la mañana para emprender el viaje. Acababa de terminar un partido en Montreal, e Ilya había jugado esa noche en Winnipeg. Todavía estaba en el avión de vuelta a Ottawa, lo que significaba que pasarían al menos un par de horas más antes de que Shane pudiera verlo. Esperar hasta la mañana siguiente habría tenido sentido.

Pero Shane no podía esperar hasta entonces. No cuando llevaba dos semanas sin ver a Ilya. Aunque lo único que hicieran esa noche fuera quedarse dormidos abrazados, el viaje ya habría merecido la pena.

Mientras conducía, escuchó un pódcast de una clase de ruso, lo que le mantuvo la mente despierta mientras se concentraba en traducir todo lo que podía del episodio. El pódcast no resultó tan eficaz para mantenerlo despierto como lo había sido el *plug* anal. Ver a Ilya con ese ridículo disfraz de gladiador le había nublado la

capacidad de pensar con raciocinio. En un momento dado se había dicho a sí mismo que sería absurdo conducir hasta Ottawa solo para un polvo rápido, y al siguiente ya estaba saliendo de los límites de Montreal con un *plug* en el culo.

Ilya era una mala influencia. Pero quizá fuese lo que Shane necesitaba en su vida. Lo necesitaba tanto como había necesitado a alguien que le acariciara el pelo, que le hiciera reír, que le mostrara lo bueno que podía ser el sexo.

Tanto como había necesitado la calidez que le llenaba el corazón cada vez que veía a Ilya montando puzles con su padre.

Ilya le envió un mensaje justo cuando Shane entraba en su camino de acceso.

Ilya: Acabo de aterrizar.

Shane: Ya estoy aquí.

Ilya le respondió con un emoticono de un corazón.

Shane entró en casa y colgó el abrigo en el armario.

Metió los zapatos debajo. Había ido a casa a quitarse el traje con el que había salido del estadio antes de conducir hasta allí, y ahora llevaba la elegante camisa de seda que Rose le había comprado y unos vaqueros oscuros. Se miró en el espejo de cuerpo entero del salón de Ilya y se arregló un poco el pelo.

Pasaría al menos otra hora antes de que Ilya cruzara la puerta. Shane decidió ponerse cómodo en el sofá y encendió la tele, fue cambiando de canal hasta que se decidió por un partido de rugby australiano que no tenía claro si era en directo o no. Apenas entendía de rugby, pero los hombres eran sin duda lo bastante atractivos como para mantenerlo despierto hasta que Ilya llegara a casa.

—Shane.

Oyó el nombre, pero no conseguía ver de dónde venía.

—Hollander.

Algo empujó el hombro de Shane.

Shane abrió los ojos, lo que fue su primera pista de que se había quedado dormido en el sofá. Ilya estaba de pie junto a él, con una ligera sonrisa; él todavía llevaba el traje puesto.

—Mierda —dijo Shane aturdido mientras se incorporaba—. Lo siento.

—No pasa nada.

Ilya se sentó a su lado. Llevaba el pelo revuelto y rizado, seguramente porque se había puesto un gorro con el pelo aún mojado tras ducharse en Winnipeg antes de subir al avión. Sus ojos color avellana parecían casi dorados a la tenue luz de la lámpara del salón.

—Holi —dijo Shane.

—Holi.

Shane se dejó caer en sus brazos. La habitual oleada de alivio lo inundó mientras se besaban por primera vez en dos semanas.

—Te he echado de menos —dijo Ilya, aunque no hacía falta.

—Sí…

Durante unos largos instantes, se limitaron a abrazarse. Shane hundió la nariz en el hueco del cuello de Ilya e inhaló profundo, disfrutando de su aroma familiar y del peso firme de su cuerpo entre sus brazos.

—Esta camisa es muy agradable al tacto —dijo Ilya.

—Es de seda.

—Qué elegante.

Shane se apartó un poco y examinó la cara de Ilya.

—Pareces cansado.

—Bueno… No soy yo el que se había quedado dormido en el sofá.

Shane lo miró con el ceño fruncido, como siempre hacía cuando Ilya se ponía sarcástico y él necesitaba que se tomara las cosas en serio.

—¿Has tenido un viaje duro?

Ilya bajó la vista hacia los cojines del sofá.

—Ya sabes que no ha ido bien.

Sí, Shane sabía que Ottawa había perdido los cuatro partidos del viaje, pero no era eso a lo que se refería.

—¿Estás bien?

—No he estado durmiendo demasiado —admitió Ilya.

—Pues vamos a la cama.

Shane se levantó y le tendió la mano. Ilya la cogió y subieron juntos las escaleras.

En el dormitorio, Shane encendió una de las lamparitas de noche, dejando la luz tenue. Ilya se quedó de pie al final de la cama y lo observó, y siguió mirándolo mientras Shane empezaba a desvestirlo. Ilya tenía los ojos entrecerrados, pero más por el cansancio que por el deseo, sospechó Shane.

—Esta noche has ganado —dijo Ilya mientras Shane le quitaba la chaqueta de su traje gris oscuro.

—Fue contra Buffalo —dijo Shane, casi a modo de disculpa—. No es nada de lo que presumir.

—A nosotros nos ganaron la última vez que jugamos contra ellos —señaló Ilya.

Shane no supo qué responder, así que, en silencio, le aflojó la corbata a Ilya, se la quitó y la dejó sobre el banco al pie de la cama, encima de la chaqueta.

Cuando llevaba la mitad de la camisa de Ilya desabrochada, este

lo detuvo agarrándole la mano. Shane levantó la vista y vio que Ilya lo miraba fijo, como si tuviera algo importante que decir.

—¿Qué? —preguntó Shane, al ver que Ilya no decía nada.

—¿Cuánto tiempo puedes quedarte?

—Hasta el viernes por la mañana. Tenemos entrenamiento y luego volamos a Dallas.

Ilya apretó con fuerza la mano de Shane.

—¿Y cuándo será la próxima vez?

—Estaré en casa casi dos semanas después de este viaje. ¿Y tú?

—Me habré ido cuando tú vuelvas.

—Ah… —Shane se obligó a sonar alegre—. Pero pasaremos la Navidad juntos.

Todos los jugadores de la NHL tenían unos días libres en Navidad, y ellos dos los habían pasado en Ottawa los últimos años, celebrando las fiestas con los padres de Shane. La Navidad no significaba mucho para Ilya, pero, en general, le encantaban la comida y los regalos, así que siempre parecía disfrutarla.

Ilya sonrió, pero parecía una sonrisa forzada.

—Sí. Estará bien.

Shane entendía cómo se sentía. Los días y las noches que pasaban juntos de forma esporádica durante la temporada de hockey nunca eran suficiente. Le puso la mano que no tenía agarrada con fuerza en la mejilla a Ilya.

—Oye —dijo en voz baja—. Ahora estoy aquí.

La sonrisa forzada de Ilya se transformó en algo más sincero.

—Sí —asintió, y se inclinó para besarlo.

Shane no podía imaginar a nadie en el mundo que besara mejor que Ilya. Dominante y tierno al mismo tiempo, rozando lo obsceno, pero aun así logrando que Shane se sintiera adorado y especial. Shane siempre intentaba seguirle el ritmo.

Ilya soltó la mano de Shane y llevó la suya a la nuca de este, enredando los dedos en su pelo y tirando suave.

—Me encanta tu melena —dijo con una voz grave y ronca que hizo que a Shane se le curvaran los dedos de los pies.

Shane murmuró feliz en respuesta, después deslizó su mano recién liberada por la columna vertebral de Ilya, sobre el tejido liso de camisa de vestir, y luego curvó la palma alrededor de la nuca de Ilya. La polla de Shane, que hasta entonces había estado bastante tranquila, se puso dura esperanzada contra el muslo de Ilya. Shane intentó inclinar las caderas hacia atrás para que no resultara obvio (Ilya necesitaba más dormir que follar), pero Ilya se rio entre dientes contra su boca y movió el muslo hacia delante para rozar su erección.

—Te alegras de verme —murmuró Ilya contra los labios de Shane.

—Siempre. Pero puedes ignorar… eso.

—¿Esto? —preguntó Ilya, y bajó una mano para apretar la polla de Shane a través de los vaqueros.

Shane cerró los ojos y gruñó con suavidad.

—Sí. Necesitas dormir. Los dos lo necesitamos.

—El sexo me ayuda a dormir —replicó Ilya.

Shane se rio y le apartó la mano de un manotazo, y luego siguió desabrochando la camisa de Ilya. Fue quitándole la ropa hasta que Ilya se quedó en calzoncillos bóxer y calcetines.

—Te dejaré que te quites los calcetines —dijo Shane.

—¿Y me ayudarás con los calzoncillos? —preguntó Ilya con una sonrisa torcida y sexy.

—Quizá.

Shane se desnudó e Ilya se metió en la cama. Shane fue al baño a lavarse los dientes y, cuando volvió, vio que Ilya ya estaba

dormido.

Shane sonrió y se metió en la cama a su lado, pasando un brazo por el pecho de Ilya y acurrucándose contra él.

—Buenas noches, máquina de follar —dijo Shane en voz baja.

Ilya no respondió. Solo volvió la cabeza para hundir la nariz en el pelo de Shane y respiró.

Capítulo 20

—Te encontré.

Shane estuvo a punto de caerse de la pelota de estabilidad sobre la que se mantenía en equilibrio al escuchar la voz de Ilya.

—Dios.

Se estabilizó y consiguió mantener la postura, de pie con las rodillas un poco flexionadas sobre la gran pelota azul. Habría sido más fácil (y habría tenido más sentido) bajarse de la pelota y ya, pero le apetecía presumir un poco.

—Impresionante —dijo Ilya con tono holgazán. En los espejos que cubrían una de las paredes, Shane lo vio cruzar con paso tranquilo el suelo del espacioso gimnasio doméstico que ocupaba la mayor parte del sótano de Ilya—. ¿Cuánto tiempo llevas ahí subido? ¿Dos horas?

Se apoyó en el soporte de pesas junto a Shane, y sus miradas se cruzaron en el espejo. Al igual que Shane, Ilya solo llevaba unos pantalones cortos de deporte y los pies descalzos.

—No lo sé —respondió Shane seco—. Me has hecho perder la cuenta.

—Vaya…

—Buenos días, por cierto.

—Sí…

—Parece que has dormido bien.

Shane llevaba despierto más de una hora, pero había dejado que Ilya durmiera.

—Muy bien. Ahora estoy lleno de energía.

La mirada de Ilya recorrió a Shane de arriba abajo mientras lo decía, y Shane se tambaleó sobre la pelota.

—¿Tienes hambre? —preguntó Shane.

—Siempre.

Ilya se apartó del soporte de pesas y se plantó delante de Shane. Sus labios esbozaban esa maldita media sonrisa que siempre presagiaba problemas.

—Apártate.

—Ahora tienes la altura perfecta para besar. Incluso eres más alto que yo.

—No lo hagas.

Ilya se inclinó hacia él.

—¿Eres capaz? ¿De besarme sin caerte?

Lo más probable era que no, pero eso no significaba que Shane no fuera a intentarlo.

—A ver.

Ilya ladeó la cabeza y se acercó. Cuando quedó claro que iba a hacer que Shane se acercara a él, este resopló y acortó la distancia. Durante un segundo mágico, se besaron. Entonces Shane se cayó hacia delante porque el capullo de Ilya dio un paso atrás.

—Gracias, imbécil —refunfuñó Shane mientras se levantaba del suelo.

Ilya se rio, mientras apoyaba una mano en el espejo.

—Eso va a dejar huellas —dijo Shane, y sí, incluso él podía oír lo insufrible que sonaba.

—Ay, no… —bromeó Ilya, pero retiró la mano.

—¿Has bajado a entrenar?

Ilya se acercó al soporte de pesas y se sentó en el banco que había dentro. Abrió bien las piernas, mostrando sus musculosos muslos y el bulto que se marcaba contra la parte delantera de sus pantalones cortos. Estiró los brazos por encima de la cabeza, sonriendo con pereza a Shane.

—No.

La mirada de Shane emprendió un recorrido que comenzaba por los largos dedos que rozaban la barra que descansaba cerca de la parte superior del soporte, y que luego descendía por los bíceps y antebrazos esculpidos de Ilya. A continuación, se fue hacia su pecho ancho y ligeramente velludo y el collar que brillaba junto a su tatuaje del oso, y al final bajó hasta sus impresionantes abdominales y el rastro de vello que desaparecía bajo la cintura de sus pantalones cortos.

Dios. Su novio estaba la hostia de bueno.

Shane se coló entre las piernas de Ilya, que formaban una amplia uve. Sus muslos se rozaron e Ilya le rodeó la cintura con sus manos firmes, acercándolo más a él.

—No entiendo tu rutina de entrenamiento —dijo Shane mientras pasaba los dedos por los rizos revueltos de Ilya.

—¿Por qué? —Ilya se inclinó hacia delante y besó la barriga de Shane. Luego lo repitió una y otra vez. Suaves caricias de sus labios contra la piel desnuda de Shane que le hacían sentir chispas que le bajaban hasta la punta de los pies.

—Porque no tienes —dijo Shane, aunque su voz sonó menos a reproche de lo que quería y mucho más temblorosa.

—Sí que tengo. Es normal, no como la tuya. —Besó el bulto del hueso pélvico de Shane donde sobresalía por encima de los

pantalones cortos—. Correr y coger pesas. No… —Hizo un gesto con la mano en la dirección hacia la que había rodado la pelota—. Ponerme de puntillas sobre pelotas.

—La estabilidad y el equilibrio —replicó Shane entre jadeos cada vez más rápidos— son tan importantes como la masa muscular y la resistencia.

—Mmm…

Ilya deslizó las manos hacia la parte interna de los muslos de Shane y luego se las metió por debajo de los pantalones cortos. Sus pulgares recorrieron toda la longitud de la nueva y previsible erección de Shane, y este soltó un jadeo igual de previsible.

—Me gusta la masa muscular —ronroneó Ilya—. Y la resistencia.

—Uf —dijo Shane, pero a eso le siguió una inhalación intensa y brusca cuando Ilya curvó los dedos para acunar los testículos de Shane.

—Quizá debería incluir más pelotas en mi entrenamiento —reflexionó Ilya.

—Eres lo puto peor.

Ilya solo respondió con una sonrisa pícara, y luego le bajó los pantalones cortos y los calzoncillos a Shane hasta que quedaron amontonados alrededor de sus tobillos.

—Joder —dijo Shane.

—Sí…

Cogió la polla de Shane con la mano y se la acarició con los dedos sueltos y suaves. Eso hizo que Shane sintiera como si se le derritieran los huesos.

Ilya mantuvo la mirada alzada, clavada en la de Shane. Sus ojos brillaban divertidos y, tal vez, con una alegría sencilla y desenfrenada, lo que hizo que Shane se diera cuenta de que hacía mucho tiempo que no veía a Ilya tan feliz. Shane le devolvió la

sonrisa, con el corazón palpitante, mientras se permitía desprenderse de todo lo que no fuera esto. De todo lo que no fuera él.

—Te quiero mucho, joder —dijo Shane. Acarició con el pulgar una de las pobladas cejas de Ilya—. He estado contando los minutos toda la semana. Estaba deseando volver a verte.

—Ya lo he visto. Por cómo has conducido hasta aquí en plena noche.

—No intentes hacerme sentir raro por eso. Te encanta que esté impaciente.

Ilya frotó suave con el pulgar la punta de la polla de Shane.

—Duermo mejor cuando estoy contigo —admitió.

A Shane le costaba concentrarse en la conversación, pero se obligó a hacerlo. Era importante.

—Ojalá pudiéramos dormir juntos todas las noches.

—Lo sé. Ahora date la vuelta.

—¿Que me dé la vuelta? ¿Por qué?

Ilya sonrió y giró un dedo en el aire. Shane seguía sin entenderlo, pero le dio la espalda a Ilya, tal y como le había indicado, y… entonces lo comprendió.

—Uf, dios —susurró, mirándose en la pared de espejos, desnudo salvo por los pantalones cortos que arrastraba a sus pies. Su polla, dura como una roca, apuntaba hacia su propio reflejo.

Ilya se colocó detrás de él y lo besó al lado del cuello.

Luego rodeó con un brazo la cintura de Shane y le agarró la erección con la mano.

Shane cerró los ojos. No podía…

—No —dijo Ilya en voz baja—. Mira. Mira lo precioso que estás así.

—No creo que pueda. Es demasiado…

Le dio otro beso suave en el cuello y luego en la sien.

—Quédate ahí. Un segundo.

Ilya se fue y Shane entreabrió un ojo. Se volvió para mirar a Ilya y evitar ver su propio reflejo. Ilya estaba de pie junto a las escaleras y, un segundo después, las luces del techo se atenuaron a la mitad.

—¿Mejor? —preguntó Ilya.

Shane volvió a echar un vistazo al espejo. La luz era menos intensa ahora que las luces estaban atenuadas.

—¿Por qué tienes una iluminación tan sensual en tu gimnasio?

—Tú también la tienes en el tuyo.

—Sí. Para el yoga y la meditación. Dos cosas que tú no practicas.

—Pero tú sí. Así que tengo luces que se atenúan. Para ti.

El corazón de Shane dio un vuelco.

—Ah…

—Y… —Ilya volvió a colocarse detrás de Shane, rodeándole el pecho con un brazo y tirando de él hacia atrás para que se apoyara contra su torso desnudo—. También va bien para esto.

Seguía siendo demasiado para Shane. Relajó la mirada para no verse a sí mismo con demasiada claridad y se concentró en la mano de Ilya sobre su polla y en su cuerpo firme a sus espaldas.

Ilya lo soltó y luego sacó algo del bolsillo de sus propios pantalones cortos. Shane volvió la cabeza para mirar.

—¿Siempre llevas sobres de lubricante a los entrenamientos? —preguntó con ironía.

Ilya se limitó a sonreír y abrió el sobre. Exprimió el lubricante en la palma de la mano y luego volvió a posarla sobre la polla de Shane.

—Es una pena que no tengas prepucio —dijo.

—¿Por qué? ¿Porque si lo tuviera no tendrías que ir por ahí con los bolsillos llenos de lubricante?

—¿Por qué te lo cortaron?

—¡Y yo qué sé! No es algo de lo que hable con mis padres.

—Quizá se lo pregunte.

—¡Más te vale que no!

Ilya se rio y besó a Shane detrás de la oreja.

—No hablamos lo suficiente de estas pecas que tienes en la nuca…

—No estoy…

A Shane se le cortó la respiración cuando Ilya aceleró el ritmo de sus caricias.

—No estoy muy familiarizado con ellas.

—Están ahí. Hay un grupito. —Los labios de Ilya rozaron el inicio del cuello de Shane, haciéndole estremecerse—. Adorable.

—Ah…

Shane cerró los ojos y se balanceó ligeramente contra la mano de Ilya. Su culo chocó con la erección de Ilya, algo en lo que quería concentrarse luego, pero, por ahora, se contentaba con dejar que Ilya hiciera lo que fuese que estuviera haciendo.

Ilya seguía susurrándole cosas al oído mientras lo acariciaba, diciéndole lo guapo y sexy que era. Algunos de sus elogios eran en ruso, y Shane sintió que se sumergía en un lugar donde no se sentía tan ridículo al estar expuesto de ese modo.

—¿Te das cuenta de cómo te ves cuando estás ahí? —preguntó Ilya—. Impresionante, Hollander…

Shane abrió los ojos y se quedó boquiabierto ante lo que vio. Nunca se había visto así. Había visto a Ilya así (con los ojos nublados por la lujuria, la boca entreabierta, las mejillas sonrojadas), pero nunca su propia cara. Incluso cuando se corrían juntos por FaceTime, Shane siempre cerraba la ventana en la que aparecía él. Se preguntó si Ilya dejaría la suya abierta.

Era extraño verse a sí mismo mientras sentía placer, pero también era tremendamente excitante. Ilya también estaba mirando, con la vista fija en el espejo y los ojos ardiendo de pasión.

—Ilya —dijo Shane sin aliento.

—Ves… —dijo Ilya.

Tiró suave de la goma elástica que Shane llevaba en la nuca, y la coleta apresurada que se había hecho para entrenar se deshizo. Ilya hundió la cara en los largos mechones que rozaban la parte superior de los hombros de Shane.

Shane extendió un brazo hacia atrás y rodeó por la nuca a Ilya. Volvió la cabeza y atrapó su boca en un beso desordenado y fogoso. Ilya se lo permitió durante un segundo o dos, y luego guio la cara de Shane de vuelta hacia el espejo.

—Te vas a ver corriéndote —dijo Ilya.

—Joder —dijo Shane, pero asintió con la cabeza. Estaba demasiado perdido como para hacer otra cosa que no fuera observar y sentir cómo se acumulaba su orgasmo, caliente y palpitante en el estómago, en la columna vertebral, en las pelotas.

Ilya pellizcó uno de los pezones de Shane, y este siseó y se retorció contra él.

—Quiero… —gimió, sin saber muy bien qué era lo que estaba pidiendo.

Ilya se rio suave contra su cuello.

—Lo sé. Ya casi llegas, ¿no?

—Sí. Joder, qué gusto… —Shane echó un poco hacia atrás la cabeza, sin dejar de mirarse en el espejo—. Pero también quiero hacer que tú te sientas bien…

—Ya lo haces. Me encanta esto. —Ilya acercó los labios a la oreja de Shane—. Me encanta cuando te dejas llevar así.

A Shane también le encantaba. Le encantaba que Ilya pudiera

hacerle eso. Era aterrador y maravilloso sentirse tan libre en los brazos de ese hombre.

—Ilya —jadeó Shane—. Ilya. Me voy a correr. —Apretó los ojos con fuerza mientras la presa comenzaba a romperse en su interior.

—Abre los ojos —ordenó Ilya en voz baja—. Mira.

Shane abrió los ojos de golpe en el mismo instante en que su polla empezó a correrse sobre el puño de Ilya y a chorrear sobre el suelo. Podía ver lo tensos que estaban los músculos de su pecho, cómo le temblaban los abdominales y los muslos mientras todo su cuerpo se sacudía de placer.

Cuando terminó, se dejó caer hacia atrás, apoyándose en Ilya, y soltó una risa un poco histérica.

—Hostia puta, joder.

—¿Te ha gustado?

—Sí —suspiró Shane—. Sí. Pero ha sido demasiado antes del desayuno, ¿sabes?

Ilya le mordisqueó el lóbulo de la oreja.

—Ha sido muy excitante.

Se limpió la mano en el abdomen de Shane.

—Ais. Qué asco —dijo Shane, y se zafó de sus brazos.

Se quitó los pantalones cortos y luego los utilizó para limpiar el suelo. Sabía que lo más probable era que Ilya pusiera los ojos en blanco a su espalda por lo meticuloso que era Shane con el desorden, pero le daba igual.

—Dúchate, Hollander. Yo preparo el desayuno.

—¿Y qué hay de…?

Shane se puso de pie y señaló el evidente bulto en los pantalones cortos de Ilya.

—Ya —sonrió Ilya—. Tenemos todo el día.

Shane lo besó.

—Vale.

—¿Te parecen bien unas tortitas de chocolate para desayunar? —preguntó Ilya.

—Eeeh…

—Es broma. Te prepararé tu asqueroso *smoothie* de proteínas.

—No es asqueroso —mintió Shane.

—Venga. A la ducha.

Capítulo 21

Diciembre

—¿Tienes muchos amigos? —preguntó Galina.

—Muchos —respondió Ilya rápido, un poco ofendido. Era su tercera sesión con su psicóloga y no estaba seguro de estar haciendo muchos progresos.

—Me refiero a si tienes mucha gente en la que puedas confiar. En la que confíes…

Esta vez, Ilya no respondió tan rápido.

—Quiero mucho a mis compañeros de equipo. Nos lo pasamos bien juntos y nos apoyamos mutuamente, pero no, no hablo con ellos de… mí.

—¿Qué haces cuando no estás jugando al hockey y tu novio no está por ahí?

Ilya se encogió de hombros.

—No mucho. Me quedo en casa. Veo la tele. Juego a videojuegos…

—¿Es así como siempre has pasado tu tiempo libre?

Negó con la cabeza despacio.

—No.

—¿Qué solías hacer cuando jugabas en Boston?

Ilya soltó una risita.

—Me acostaba con gente. Prácticamente siempre, vaya. Salía por ahí, ligaba. Iba a discotecas y a fiestas, y me lo pasaba genial.

—¿Pero ahora tienes una relación monógama?

—Sí. Y eso me parece bien. Me encanta estar con… él, y no echo de menos… —Hizo un gesto con una mano en el aire—. Acostarme con cualquiera. En su momento fue divertido, pero ahora solo quiero hacerlo… con él.

Ilya y Shane habían hablado sobre estar con otras personas. Hacía un par de años, le había dicho a Shane, con la mayor naturalidad posible, que, si quería acostarse con otros hombres cuando estuvieran separados (lo cual era la mayor parte del tiempo), podía hacerlo. Como Shane había descubierto que era gay más o menos al mismo tiempo que se había dado cuenta de que se había enamorado de Ilya, no sería descabellado que quisiera explorar su sexualidad más allá de lo que Ilya pudiera ofrecerle. ¿Qué más daba, siempre y cuando su corazón perteneciera a Ilya? Eso era lo que Ilya se había dicho a sí mismo.

A Shane no le había sentado bien la propuesta de Ilya. Había pensado que era una forma indirecta de Ilya de hacerle saber que le había sido infiel, o que quería serlo. Ilya le había dicho que no creía en la infidelidad porque Shane no era de su propiedad. Todo había terminado con Shane saliendo furioso de la casa de Ilya en Ottawa y conduciendo de vuelta a Montreal, lo que había sido un horrible desperdicio de una de las pocas noches que podrían haber disfrutado juntos. Shane había pasado de los mensajes de Ilya durante los tres días siguientes.

Entonces, al cuarto día, había llamado a Ilya desde la habitación del hotel en Filadelfia y le había dicho:

—¿De verdad no te importaría que me acostara con otra

persona?

Y fue entonces cuando Ilya se dio cuenta de lo mucho que le importaría. Se había sentido mal ante la idea de que otra persona tocara a Shane y no había estado seguro de si Shane se lo preguntaba porque ya lo había hecho, si estaba a punto de hacerlo o qué. Quizá alguien se dirigía a su habitación de hotel en Filadelfia en ese mismo momento.

Pero lo único que Ilya había dicho era:

—Claro que no. Si eso es lo que quieres.

—No quiero, maldito idiota —había espetado Shane. El alivio había sido tan intenso que Ilya casi se había caído de rodillas en el salón de su casa.

—Somos muy felices juntos —le dijo entonces Ilya a su psicóloga.

—¿Pero cuando estáis separados…?

—Me siento un desgraciado —admitió Ilya—. Más que él, creo.

—¿Y por qué crees que es eso?

—Él tiene amigos, familia. Vive cerca de donde creció, su mejor amigo sabe lo nuestro. Tiene otra amiga íntima que también lo sabe. No está solo.

Ella asintió y tomó algunas notas.

—¿Hay alguien en tu equipo, o quizá otra persona, con quien sientas que podrías abrirte? Quizá no decir toda la verdad, pero ¿alguien con quien pudieras compartir parte de ti mismo?

Ilya no lo tenía claro. Sin duda Harris era una posibilidad. Era abiertamente gay, muy simpático y alguien con quien resultaba fácil hablar. Pero también trabajaba para el equipo y era, la verdad, un poco cotilla.

Por alguna razón, le vino a la mente Troy Barrett. Ilya se había dado cuenta, en las últimas semanas, de que quizá Troy no fuera del

todo heterosexual. Por un lado, su mirada se había detenido en el pecho desnudo de Ilya más de una vez (aunque Ilya no podía culparlo por ello) y, por otro, era bastante obvio que estaba pillado de Harris.

Era posible que Troy también necesitara a alguien con quien hablar.

—Quizá —dijo por fin Ilya—. Creo que estaría bien. Intentarlo.

Estaba seguro de que a ninguno de sus compañeros le importaría saber que Ilya era bisexual, pero también estaba convencido de que revelar esa parte de sí mismo haría que a la gente le resultara demasiado fácil averiguar el resto. Si sabían que era bisexual y que Shane era gay (porque a estas alturas la mayor parte de la liga al menos había oído ese rumor), y sabían que Shane y él trabajaban juntos en verano…

Bueno. No hacía falta ser un genio para darse cuenta.

Mejor dejar que el mundo del hockey pensara que a Ilya solo le interesaban las chicas, y que él y Shane tenían una pequeña amistad basada sobre todo en dirigir juntos una organización benéfica. Hasta ahora había funcionado.

—Me parece un poco desequilibrado —dijo Galina—. Tu novio…

—Shane —dijo Ilya, al que de golpe le empezó a molestar la forma en que ambos estaban dando vueltas alrededor de lo obvio—. Ya sabes quién es. Se llama Shane.

—Shane —repitió la psicóloga— parece muy a gusto con su vida. Mientras que tú has hecho muchos cambios por él.

—Por los dos —la corrigió Ilya.

—Por supuesto. Pero quizá necesites más cosas en tu vida que sean específicamente para ti.

Ilya lo pensó un momento y luego resopló.

—Ayer estuve a punto de comprarme un coche. Un Lotus Evora.

Azul cian. Es un coche totalmente ridículo para circular por Ottawa, y vendí la mayor parte de mi colección de coches cuando me mudé aquí. Pero solo quería… Ni siquiera lo sé. Sentirme como antes, quizá.

—¿Qué te hizo decidir no hacerlo?

—Supongo que sabía que no me haría feliz. Ya lo tenía todo elegido y estaba a punto de llamar a mi concesionario cuando decidí que estaba siendo un idiota. Seguiría estando triste, pero con un coche azul más en mi garaje.

—A mucha gente le resulta terapéutico ir de compras. Comprar cosas que no necesitamos. —Sonrió—. En mi caso, suelen ser sábanas nuevas, pero quizá nos encontraremos en niveles de ingresos diferentes.

Ilya le devolvió la sonrisa y dijo, en inglés:

—El dinero no compra la felicidad, ¿sí?

Ella se rio y luego continuó, en ruso:

—¿Por qué vendiste tu colección de coches cuando te mudaste a Ottawa?

—Los coches ya no me hacían feliz. Cuando pensaba en mi colección, me parecía asqueroso. Tanto dinero gastado en coches que apenas tenía oportunidad de conducir. Invertí todo el dinero que saqué de venderlos en la Fundación Irina.

—¿No tuvo nada que ver con lo que Shane pensaba de tus coches?

Ilya no podía decir con toda sinceridad que no fuera así. Shane había pensado que la colección era una ridiculez, sin duda. No entendía esa obsesión y le aterrorizaba que Ilya muriera en un accidente a alta velocidad. Quizá Ilya los había vendido porque quería ser una mejor persona. De esas que tienen un sensato todoterreno con tracción a las cuatro ruedas para el invierno.

—Quizá un poco.

—¿Has hecho muchos cambios basándote en lo que pensaba Shane sobre las cosas?

A Ilya no le gustaba el rumbo que estaba tomando la conversación.

—Él no es exigente. No me pidió que vendiera los coches ni que dejara de salir. Quiere que sea feliz.

—¿Sabe que no lo eres?

Ilya recordó aquella vez en que Shane había mostrado preocupación por su salud mental y lo rápido que lo había rechazado.

—No lo sé.

—¿Es algo de lo que podrías hablar con él?

—¿No es por eso por lo que estoy aquí? —preguntó Ilya con un atisbo de irritación—. ¿Para no tener que agobiarlo con esto? Pensaba que podría hablar contigo y arreglarme a mí mismo para poder ser lo suficientemente bueno para él.

Un silencio denso se apoderó de la habitación durante un momento. Entonces, Galina, con mucha delicadeza, dijo:

—¿Qué crees que diría Shane si oyera esas palabras? ¿Si supiera que no quieres agobiarlo o que no crees que seas lo bastante bueno para él?

Dios, Ilya podía imaginarse la cara de Shane con total claridad, con esa expresión de confusión que le deformaba la cara.

—Diría: «¿De qué cojones estás hablando? Para mí ya eres lo suficientemente bueno». —Ilya sonrió—. Y también: «Eres perfecto para mí». —Su sonrisa se desvaneció—. Pero él no lo entiende. Hay algunas cosas de las que no puedo hablar con él.

—Y eso está perfecto y es comprensible que no compartas con él todo lo que hablamos aquí, pero ocultarle tus sentimientos a Shane,

dejar que crea que eres feliz cuando no lo eres, solo servirá para levantar un muro entre vosotros. Él está a un lado, con sus amigos y su familia, mientras que tú estás al otro lado, solo.

Ilya tragó saliva con dificultad.

—No sería así.

Aunque ahora que ella lo había comentado, se daba cuenta de que ya estaba empezando a suceder.

—Creo que deberías hablar con él. ¿Sabe que has venido a verme?

—No.

—Ese podría ser un buen punto de partida.

Por supuesto, Ilya sabía que debía decirle a Shane que estaba yendo a terapia. Lo más probable era que Shane se sintiera aliviado; al fin y al cabo, él mismo se lo había sugerido. Pero ¿le haría preguntas Shane? ¿Querría saber de qué hablaban? Ilya no podía volver a removerlo todo. Con una vez ya bastaba.

—Lo intentaré —dijo Ilya. Era lo único que podía prometer.

Hacía demasiado frío para dar un paseo por Ottawa después de la sesión, así que, en lugar de eso, Ilya se fue al pabellón deportivo a entrenar. Pensó que quizá le vendría bien ver a otras personas.

Al final, el único otro miembro del equipo que estaba allí era Luca Haas, haciendo balanceos con pesas rusas en una esquina. A Haas se le abrieron los ojos como platos al ver a Ilya, y casi se le cae una pesa.

Ilya lo saludó con un gesto de la cabeza y luego subió a una bicicleta estática para calentar. Se miró fijamente en el espejo que tenía delante, intentando sacarse de la cabeza lo que Galina había dicho sobre Shane.

«Él está a un lado, con sus amigos y su familia, mientras que tú estás al otro lado, solo».

No era verdad. Los padres de Shane estaban ahí también, con Ilya. Quizá hasta los veía más que su propio hijo. Ilya formaba parte de su familia ahora, lo sabía, y los quería. Y tenía amigos. Tenía…

… a un rarito suizo mirándolo fijamente. Podía verlo a través del espejo.

Ilya dejó de pedalear y se bajó de la bicicleta. Se volvió hacia Luca, que parecía aterrorizado.

—¿Hola? —dijo Ilya.

—Lo siento —dijo Luca con su marcado acento suizo-alemán. A diferencia de cuando Ilya era un *rookie*, el inglés de Luca era casi perfecto—. ¿Me he quedado mirándote?

Ilya sonrió.

—Me sienta bien la bicicleta. Lo entiendo.

El rostro pálido y suave como el de un bebé de Luca se sonrojó.

—¡No! No estaba…

—Era una broma. —Ilya se acercó a él—. ¿Estás aquí solo?

—Sí. A veces me gusta la tranquilidad.

Ilya se sentó en el banco de pesas a su lado.

—Te entiendo.

—Si quieres estar solo, puedo…

—No, no. No es eso lo que quería decir. —Ilya le sonrió—. Pareces tenerme un poco de miedo.

—Todavía no me puedo creer que estemos en el mismo equipo.

Ilya soltó una risita.

—¿Cuánto tiempo tardarás en creértelo?

—¿Años, quizá?

Ilya le tendió la mano.

—Ilya Rozanov. Un chico normal. Encantado de conocerte.

Tras dudar un instante, Luca le estrechó la mano.

—Luca Haas. Un fanático vergonzoso.

Ilya señaló el banco de pesas que había cerca, y Luca se sentó frente a él.

—¿Qué te parece Ottawa? —preguntó Ilya.

—En algunos aspectos me recuerda a Zúrich, pero en otros es muy diferente.

Ilya asintió. Había estado en Zúrich una vez y recordaba el río que serpenteaba por la ciudad, entre los edificios bajos y los museos. Podía ver las similitudes.

—¿Te resultó difícil? —preguntó Luca—. ¿Cuando te fuiste de casa?

Ilya respondió con sinceridad:

—No. Estaba deseándolo.

—Ah.

Lucas frunció el ceño mientras miraba sus manos entrelazadas.

—Pero —matizó Ilya— tuve… que adaptarme. No fue tan fácil, con el idioma y la cultura. No tenía compañeros de equipo rusos y, como tú, había muchas expectativas de que me fuera genial desde el primer momento.

Luca asintió.

—Sí. Es mucha presión.

—Me fue genial desde el principio. Eso hizo que todo fuese más fácil —bromeó Ilya.

Luca se rio.

—Eso ayudaría.

Ilya estiró un pie y le dio un golpecito a la zapatilla de Luca.

—Tú también lo estás haciendo genial. Los fans te adoran. Ya ves lo mucho que Harris publica sobre ti. No se cansan de ti. Veo camisetas de Haas por toda la ciudad.

Quizá era algo exagerado. Había visto dos.

—Gracias.

Se hizo el silencio entre ellos, que se vio interrumpido por el sonido favorito de Ilya: el ladrido de un perro.

Se puso de pie y miró hacia la puerta del gimnasio.

—¿Ese es Quirón? —gritó.

Un segundo después, el cachorro del equipo entró corriendo en la sala, seguido de Harris.

—Claro que sí —dijo Harris, sonriendo como de costumbre—. He oído que estabas aquí y he pensado…

—Sí —exclamó Ilya, agachándose para saludar a Quirón.

Nunca había necesitado tanto tener un cachorro en sus brazos. Dejó que Quirón le olisqueara y lamiera los dedos, luego lo cogió en brazos y lo acurrucó contra su pecho.

—¡Está enorme!

—Sí —asintió Harris—. Es una bestia.

Luca se acercó con cuidado.

—¿Puedo acariciarlo?

—Claro, tío —dijo Harris—. Adelante.

Luca le rascó la coronilla a Quirón con un dedo.

—Vale. Espera un momento —dijo Harris. Sacó el móvil del bolsillo—. Esto es demasiado cuqui.

Hizo unas cuantas fotos que Ilya sabía que arrasarían más tarde en Instagram.

—Hola, chicos —saludó una voz alegre desde la puerta.

El entrenador Wiebe entró tranquilo en el vestuario, vestido con ropa de deporte. Ilya no pudo evitar fijarse en lo bien que le quedaba.

—Entrenador —dijeron Ilya y Luca al unísono.

—Estoy seguro al noventa por cierto de que aquí no se admiten

perros —dijo Wiebe—. Pero el noventa no es el cien, ¿no? —Tomó el relevo de Luca para rascarle la cabeza, solo que utilizó toda la mano.

—¿Te gustan los perros? —preguntó Ilya.

—Me encantan. Tenemos una golden retriever enorme en casa. Piruleta. Fueron los niños quienes le pusieron ese nombre, así que no me miréis a mí. La mayoría de las veces la llamamos Piru.

—Tengo que conocer a Piru —dijo Ilya con total seriedad—. Tráela al trabajo algún día.

—Se pone nerviosa con la gente nueva —dijo el entrenador—. La rescatamos de una mala situación, así que suele quedarse en casa y seguir su ruta habitual de paseo. Aunque es un amor.

Ilya casi se echó a reír. Su entrenador era, sin duda, el tipo más majo del mundo.

—¿Vais a ir al hospital esta semana, chicos? —preguntó el entrenador.

El equipo visitaba el hospital infantil local todos los diciembres. Ilya no se lo perdería por nada del mundo.

—Por supuesto —respondió Ilya—. He estado entrenando para mi revancha en *Mario Kart*.

El entrenador se rio.

—¿Y qué hay de nuestro *rookie* estrella?

—Sí —dijo Luca—. Iré.

—Espero que Barrett vaya —dijo el entrenador—. Sé que será una semana dura para él, con el partido en Toronto después, pero creo que le vendría bien.

Ilya estuvo de acuerdo y se aseguraría de que Troy también fuera.

Todos jugaron con Quirón durante unos veinte minutos, hasta que Harris se fue con el cachorro.

—¿Creéis que los otros perros son amables con él en su escuela?

—preguntó Ilya sin dirigirse a nadie en particular.

—Solo los mejores de los mejores llegan a ese sitio —le aseguró el entrenador—. Es como la NHL de los perros.

—Sí, pero en la NHL hay auténticos capullos.

El entrenador se rio y le dio una palmada en el hombro.

—Sí, pero no en Ottawa.

—Le he contado a Troy Barrett que soy bisexual —dijo Ilya una semana después.

Shane casi se atraganta con el sorbo que acababa de dar a su *smoothie*.

—¡¿Qué?! —preguntó tras un ataque de tos. Se alegró de que aquello no fuera una videollamada.

—Que le he dicho que soy bisexual —dijo Ilya con calma, como si le hubiera dicho a Troy que le gustaba la pizza o algo así.

Como si hablara de su sexualidad a la gente siempre, cuando Shane sabía que apenas se lo había contado a nadie. Ilya le había dicho a Shane que Troy no era tan mal tipo, ahora que lo estaba conociendo mejor, pero aun así le parecía una auténtica locura que Ilya lo hubiera elegido precisamente a él, de entre todas las personas, para compartir ese secreto tan bien guardado.

—¿Cuándo? ¿Por qué?

—Anoche. Quería contárselo a alguien.

De acuerdo. Shane no sabía que el tema le hubiera estado rondando a Ilya, y eso le hacía sentirse como un novio de mierda. Pero ya se preocuparía de eso más tarde.

—¿Por qué él?

Durante un momento, hubo silencio. Entonces Ilya dijo:

—No se lo puedes contar a nadie.

—¿Contarle el qué a quién?

—Prométemelo.

—Vale. Te lo prometo. ¿Qué?

—Él salió del armario primero —dijo Ilya.

Shane parpadeó.

—Perdona. ¡¿Qué?!

—Que me dijo que es gay. No creo que se lo haya contado a mucha gente. Quizá a nadie. Así que sentí que debía, ya me entiendes, compartirlo yo también.

—¡¿Troy Barrett es gay?!

Teniendo en cuenta que a Shane Troy siempre le había parecido un capullo homófobo, le estaba costando asimilarlo.

—Sí. Pero es un secreto.

Shane cerró los ojos. Vale. Troy Barrett era gay y, además, ahora era amigo de Ilya. Eso era raro.

—Por supuesto que no se lo diré a nadie.

—Lo sé.

—¿Por qué te lo ha contado a ti?

De golpe, a Shane se le ocurrió que la razón por la que Troy le había contado a Ilya que era gay era porque estaba interesado en él.

—Anoche salí con él. Al Kingfisher. Dijo que era su primer bar gay. —Entonces Ilya se echó a reír—. Te caería bien. A los dos se os da muy mal ser gais.

—Qué gracioso —dijo Shane con tono seco—. ¿Y qué pasó en el bar?

—Tuvimos una charla agradable con los jugadores de hockey gais de Nueva York.

—¿Estaban allí Scott y Eric?

—Sí. Son los dueños del bar.

—Ya lo sé, pero… —Shane suspiró—. Vale. Así que tuvisteis una

reunión de jugadores gais de la NHL.

—¿Te sientes excluido?

—Bueno, sí. Más o menos. ¿Qué hacíais allí?

—Pues hablar. Beber cerveza. Pasarlo bien. A ti te habría horrorizado.

—¿Troy les contó a todos allí que era gay?

—No. Solo a mí. Fue después. Estábamos de camino al hotel.

—Suena romántico —refunfuñó Shane.

—Shane. Está enamorado de Harris. No de mí. —Hubo un momento de silencio, y luego Ilya añadió—: Eso también es un secreto. Aunque no es buen secreto, porque Troy deja muy claro que está pillado de él.

—A ver si lo entiendo bien —dijo Shane—. ¿Tu nuevo amigo Troy Barrett es gay y está enamorado del responsable de redes sociales de tu equipo?

—Sí.

—¿Te sorprendió cuando te lo contó? Porque a mí me ha sorprendido un montón.

—No. Por lo de que está pillado de Harris. Y también porque me había mirado de reojo un par de veces.

Shane exhaló despacio.

—No creo que me guste Troy.

—¿Por qué? Tenéis mucho en común. Los dos sois bajitos, gais y pensáis que estoy bueno.

—Tus cualidades favoritas en un hombre.

—Los dos sois muy guapos. Con melena oscura bonita. Además, Troy no tiene pelo en el pecho.

—Dejemos de hablar de Troy Barrett.

Ilya se rio.

—Es mono cómo te pones celoso.

—No estoy para nada celoso del puto Troy Barrett.

Excepto por el hecho de que Troy pudiera pasar tanto tiempo con Ilya, jugar al hockey en la misma línea que él y, al parecer, mirarlo de arriba abajo en el vestuario e ir a bares gais con él.

—Solo te lo digo —dijo Ilya en un tono más serio— porque me ha gustado. Hablar de esto con alguien, digo.

Espera.

—No le has contado lo nuestro, ¿no?

—¡Por supuesto que no le he contado una mierda de lo nuestro!

Entonces Ilya murmuró algo en ruso, enfadado.

Shane solo entendió la mitad de las palabras.

—¿Qué pasa?

—Solo tú puedes contarles a tus amigos lo nuestro, ¿no? ¿Así es como funciona?

—¿De qué cojones estás hablando? ¿Y desde cuándo es Troy tu mejor amigo?

Ilya exhaló fuerte al móvil.

—Tengo que colgar. Empiezo pronto a entrenar.

Shane no entendía por qué los dos estaban tan enfadados, pero terminar la llamada antes de que alguno de ambos dijera algo de lo que no pudiera retractarse era probablemente una buena idea.

—Vale. —Hizo una mueca ante lo malhumorado de su tono y luego dijo, con más suavidad—: ¿Me llamas después del entrenamiento?

—Puede que esté ocupado follándome a Troy —dijo Ilya con tono tenso.

—Ilya…

—Tengo que colgar.

Se cortó la llamada.

Shane se desplomó sobre la encimera de la cocina y empezó a

pensar en todas las formas en que aquella conversación podría haber salido mejor.

Ilya no llamó a Shane después del entrenamiento. En lugar de eso, se echó una siesta, cenó y se preparó para el partido de esa noche contra los New York Admirals. Los Admirals eran el mejor equipo de la liga, así que Shane entendería por qué Ilya necesitaba concentrarse.

No es que le importara si Shane lo entendía. Shane, desde luego, no había entendido por qué había sido tan importante para Ilya contarle a alguien (a quien fuera) que era bisexual. Ni por qué le había sentado tan bien que su compañero de equipo le hubiera confesado su orientación sexual. Lo bien que se sentía al hacer un nuevo amigo y haberse ganado su confianza tan rápido.

Quizá Ilya no debería habérselo contado a Shane. Quizá debería haberse guardado todo esto para su próxima sesión con Galina. No tenía intención de revelar la orientación sexual de Troy a su psicóloga, pero encontraría la manera de hablar del tema. Galina entendería por qué esto era importante para él. Ella sabía lo solo que se sentía.

Dios. Ilya ni siquiera le había contado a Shane que Troy casi había adivinado que Shane y él eran pareja. Era alarmante lo rápido que Troy había empezado a atar cabos en su cabeza en cuanto Ilya le había dicho que era bisexual. Si Shane se enterara de eso, lo más probable era que se volviera loco.

Ilya se llevó su mal humor a la pista aquella noche para el partido contra los Admirals. Al principio, su enfado parecía servirle de ayuda, empujándole a luchar con fuerza e incluso a abrir el marcador al principio de la primera parte. Pero a medida que

avanzaba el partido, y mientras Nueva York seguía marcando, la ira de Ilya le llevó a cometer faltas estúpidas y errores que le salieron caros.

Después del partido se había mostrado callado y de mal humor. No había hablado con nadie en el vestuario, y nadie le había dirigido la palabra. Lo más seguro era que no quisieran que les respondiera con brusquedad.

Aquella noche, alguien llamó de forma inesperada a la puerta de su habitación de hotel.

—Hola —dijo Troy cuando Ilya abrió la puerta—. He pensado que quizá te apetecería ver una película o algo así.

Ilya se fijó en la expresión indecisa de Troy, consciente de que los gestos de amistad quizá quedaban fuera de la zona de confort habitual de Troy. Ilya asintió y dio un paso atrás para dejarle entrar.

A los veinte minutos de empezar la película de acción sobre desastres climáticos que Ilya había puesto en la tele, Troy dijo:

—Incluso cuando jugaba en Toronto, casi nunca ganábamos a los Admirals.

Ilya se limitó a gruñir.

—Ojalá Scott Hunter no fuera un tipo tan decente —continuó Troy—. Me encantaría poder odiarlo, ¿sabes?

—Lo que te gustaría es que no estuviera tan bueno —dijo Ilya.

Troy abrió mucho los ojos, sorprendido, como si se hubiera olvidado de que ya le había contado a Ilya que era gay.

Luego soltó una risita y dijo:

—Sí. Eso también.

Fue la primera vez en horas que Ilya sonreía.

Vieron la película en silencio durante un rato y, de golpe, Ilya soltó:

—Soy un capitán de mierda.

—¿Qué? No, no lo eres.

—Cualquiera del equipo sería mejor capitán que yo.

—Sí, claro. Tú alucinas —se burló Troy—. Apuesto a que has sido capitán de todos los equipos en los que has jugado.

Bueno. Sí.

—Eso no importa. Soy un mal capitán para este equipo. Ahora.

—Ni de broma. Eres una puta leyenda. Todos los chavales te idolatraban de pequeños, y siguen haciéndolo. Yo también, tío.

Esta vez fue Ilya quien se burló:

—No soy mucho mayor que tú, Barrett.

—Solo quiero decir que, cuando jugaba en las categorías inferiores, todo el mundo quería ser como tú. Tíos como Hunter y Hollander son increíbles, pero tú parece que te lo pasas bien en la pista, ¿sabes? Eres un líder, pero también eres, tipo, guay.

Ilya arqueó las cejas.

—¿Guay?

Entonces los labios de Troy esbozaron algo que casi parecía una sonrisa.

—En comparación con Hunter y Hollander.

Ilya se rio a carcajadas, lo que hizo que Troy también acabara riéndose.

—Vaya —dijo Ilya—. ¿Eso es un cumplido?

—Obvio.

—También estoy más bueno que ellos.

Troy recorrió a Ilya con la mirada de arriba abajo, como evaluándolo, y, durante un momento incómodo, Ilya pensó que quizá había ido a su habitación para seducirlo. Entonces, Troy frunció la nariz y dijo:

—Bah. No me atrevería a decir eso.

Los dos se rieron de nuevo, e Ilya le dio un golpe con la

almohada.

—Yo no soy Harris —bromeó Ilya.

A Troy se le sonrojaron las mejillas.

—Cállate.

—¿Por qué? Es mono.

—Me da vergüenza. No puedo creer que lo sepas.

Troy hundió la cara en la almohada con la que Ilya le había golpeado.

—Harris debería saberlo —dijo Ilya.

—Ni hablar. Jamás.

—Qué tontería. Está loco por ti.

—Bueno, pues entonces es tonto. —Troy se colocó la almohada en el regazo y empezó a amasarla nervioso con una mano—. ¿Crees que le gusto?

—Nunca me equivoco en estas cosas.

No mentía. Ilya siempre había sido un experto a la hora de detectar cuándo alguien se sentía atraído por él, o por cualquier otra persona. Harris estaba claramente colado por Troy.

La atracción, el sexo. Esas cosas eran fáciles. Las relaciones, los sentimientos, el amor… Ilya todavía estaba aprendiendo a lidiar con todo eso.

Troy se marchó cuando terminó la película, lo cual fue mucho más tarde de lo que ninguno de los dos debería haber estado despierto, teniendo en cuenta que al día siguiente tenían un partido en Nueva Jersey, pero, una vez más, Ilya era un mal capitán.

Una vocecita en su cabeza, que quizá se parecía un poco a la de Shane, le decía que los malos capitanes no hacían que los nuevos compañeros se sintieran cómodos para salir del armario ante ellos. Ni para llamar a la puerta de la habitación de hotel de su capitán en mitad de la noche solo para pasar el rato.

Cuando Ilya ya estaba en la cama pero, antes de dormirse, escribió un mensaje:

Ilya: Lo siento.

Lo borró. En realidad, no se arrepentía de nada. En lugar de eso, escribió:

Ilya: Te echo de menos.

Y luego lo borró también.

Tras quedarse mirando fijamente el móvil durante varios minutos, escribió un emoticono de un corazón rojo y lo envió.

Se sorprendió cuando Shane le respondió casi al instante. Pensaba que estaría durmiendo.

Shane: Llevo más de una hora escribiendo un mensaje para pedir perdón.

Ilya sonrió y escribió:

Ilya: ¿Cuántas palabras llevas?

Shane: Demasiadas. Siento muchísimo lo que he dicho. Me alegro de que se lo hayas contado a Troy. Me alegro de que tengas un amigo en quien confiar.

Ilya se sintió aliviado al instante. Escribió:

Ilya: Gracias. Me siento mejor sabiendo que alguien lo sabe.

Shane: Me estaba comportando como un puto celoso de mierda.

Ilya: Lo sé.

Luego, porque no pudo contenerse, añadió:

Ilya: Está muy bueno. Lo entiendo.

Shane: Eres lo peor.

Ilya: Quizá él esté dispuesto a ese trío que finges no querer.

Shane: Buenas noches, Ilya.

Ilya: Sería un bonito regalo de Navidad…

Se quedó mirando los tres puntos durante lo que le pareció una eternidad mientras Shane escribía. Y, al fin, la respuesta de Shane apareció:

Shane: Para Troy, quizá.

Capítulo 22

—Es puta Navidad, Hollander —gruñó Ilya—. Cómete una galleta.

Shane se preparó todo un discurso sobre cómo incluso una sola galleta echaría por tierra todo su esfuerzo. No estaba a dieta para adelgazar, sino que seguía un complicado régimen nutricional diseñado para mejorar su rendimiento físico.

Pero no quería volver a explicárselo todo, así que, en lugar de eso, puso los ojos en blanco con todas sus fuerzas.

—No quiero una galleta.

Era mentira. Era una puta mentira. Se moría de ganas de comerse una galleta.

—Déjalo en paz —respondió Yuna desde… la habitación en la que estuviera en ese momento. Se movía tanto que era difícil seguirle la pista—. Queremos a Shane incluso sin carbohidratos.

A Shane le encantaría que todo el mundo dejara de hablar de su dieta. No era para tanto. Era un deportista profesional que cuidaba su cuerpo precisamente por eso. Su nutricionista había trabajado con algunos de los mejores deportistas del mundo, y todos confiaban ciegamente en él. Quizá Ilya se salía con la suya comiendo como un perro hambriento, pero pronto iba a cumplir los treinta, y

eso cambiaría. Shane prefería detener cualquier deterioro físico antes de que apareciera.

—Pero si tú ni siquiera celebras la Navidad —dijo Shane gruñendo.

—Celebro las galletas —dijo Ilya, y se metió una galleta rellena de mermelada en la boca.

—Qué asco.

—¡Que tiene mermelada! —dijo Ilya con la boca llena de galleta.

A Ilya le encantaba la mermelada. Sobre todo, la de frambuesa. Tenía una mancha en la mejilla, pero Shane decidió no decírselo.

—Toma —dijo Yuna al salir del garaje. Le lanzó algo que Shane cogió al vuelo de rebote—. Te he traído un caprichito.

Shane frunció el ceño al ver la granada que tenía en las manos.

—Gracias.

Ilya se rio.

—¡Dale un bocado!

—Las granadas no se muerden, idiota.

—¿Ah, no? ¿No tiene como fibra y nutrientes importantes en la…, eh…, cáscara?

Shane resopló y se llevó la granada a la cocina. Todo el día de Navidad, hasta ese momento, había sido raro y un poco tenso. Llevaban picándose el uno al otro desde que Shane había llegado a casa de Ilya el día anterior por la mañana.

Se habían despertado juntos tras una velada un tanto competitiva jugando al futbolín en la nueva mesa que Shane le había comprado a Ilya como regalo de Navidad. La habían entregado ese mismo día por la mañana e Ilya estaba encantado con ella. Así que eso había ido bien.

Su acalorada batalla de futbolín se había convertido en un apasionado beso, y luego en sexo, lo cual también había ido bien.

Normal. En general, una Nochebuena decente.

Por la mañana, Ilya se había quejado de que no era divertido prepararle el desayuno a Shane, y Shane le había dicho que él no le había pedido a Ilya que le preparara el desayuno. Habían discutido un rato mientras Shane se preparaba un *smoothie* e Ilya se hacía unos huevos revueltos con tostadas y salchichas. Luego se habían mirado raro desde ambos lados de la mesa de la cocina mientras comían.

Antes de ir a casa de los padres de Shane, Ilya había murmurado algo sobre darle el regalo a Shane más tarde, y Shane no sabía qué significaba eso. Ilya no parecía muy ilusionado con el tema, eso estaba claro.

Shane sospechaba que había cosas que Ilya no le estaba contando, lo cual le ponía nervioso y lo enfadaba un poco. ¿Por qué Ilya iba a ocultarle algo a Shane? Creía que ya habían superado esa etapa. Si Shane no supiera que no era así, pensaría que Ilya le estaba engañando o alguna historia por el estilo. O que quería romper con él.

Pero Shane se repetía una y otra vez que él sabía que no era así. Quizá el mal humor de Ilya se debiera solo al hockey. Sin duda, Shane también estaría de mal humor si su equipo fuera tan malo como los Ottawa Centaurs.

Fuera lo que fuese, Shane se estaba cansando de aquello. Si Ilya tenía algún problema con Shane, o con cualquier otra cosa, deberían hablarlo. No meterse con él por su dieta, sus amigos o lo que fuera de lo que Ilya decidiera que se quería burlar.

Ilya entró en la cocina justo cuando Shane estaba sacando con irritación los granos de la fruta.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó.

Shane suspiró para liberar parte de la tensión de sus hombros.

Quizá se estaba enfadando con Ilya sin motivo.

—No, gracias. —Apretó un grano entre el índice y el pulgar y se lo ofreció—. ¿Quieres?

Ilya abrió la boca y Shane le deslizó la semilla dentro. Ilya cerró los labios alrededor de los dedos de Shane durante un segundo, cosa que hizo que Shane sonriera. De verdad que quería muchísimo a Ilya.

—Está buena —dijo Ilya cuando se la tragó—. No tan buena como las galletas, pero está buena.

—Sí, sí…

Ilya abrió la nevera y sacó un cartón de ponche de huevo. Miró de reojo a Shane mientras se dirigía al armario donde estaban los vasos, como si esperara a que él dijera algo sobre los horrores nutricionales del ponche de huevo.

—¡¿Qué?! —preguntó Shane con irritación.

—¿No vas a echarme la bronca?

Shane dejó caer con fuerza la mitad de la granada con la que estaba trabajando sobre la tabla de cortar. El zumo salpicó por todas partes.

—¿Te podrías ir a tomar por culo, por favor? Me importa una mierda lo que comas tú o cualquier otro, Ilya.

Ilya resopló.

—Eso no es verdad. Siempre te picas con eso.

—¡Porque siempre eres tú quien empieza!

Ilya no respondió. En lugar de eso, sacó un vaso grande del armario y se sirvió como una tonelada de ponche de huevo.

Los dedos de Shane, manchados de granada, se cerraron en puños. No iba a decir nada.

Ilya levantó el vaso para brindar y dio un largo trago de ponche de huevo, algo que resultaba repugnante de ver. Shane lo miró fijo

de todos modos.

Ilya terminó con un «aaah» ruidoso y molesto, y luego se limpió la boca con el dorso de la mano. Shane le dio la espalda, cogió un paño de cocina y empezó a limpiar las salpicaduras de zumo de granada de la encimera.

—Tus padres quieren dar los regalos ahora —dijo Ilya.

—Vale.

—Ven al salón cuando hayas terminado, ¿vale?

—Ya sé dónde damos los regalos en Navidad.

Dios, Shane sabía que sonaba como un auténtico capullo, pero no podía evitarlo.

Oyó a Ilya salir de la cocina mientras él seguía limpiando la encimera con agresividad.

La tensión los acompañó de vuelta a casa, sin que ninguno de los dos le dirigiera muchas palabras al otro. Poco después de llegar, Ilya le tendió a Shane un regalo cuidadosamente envuelto y luego se dejó caer de mal humor en un extremo del sofá.

Shane se sentó en el extremo opuesto, miró a Ilya con una mezcla de aprensión y disculpa, y desenvolvió con cuidado el regalo.

Era una fotografía enmarcada que nunca había visto antes. Sin embargo, supo de inmediato de cuándo era. Era una toma descartada de su primera campaña publicitaria juntos, la que habían rodado en la lúgubre pista de patinaje de Toronto el verano anterior a su temporada de *rookies*. El día en que acabaron liándose por primera vez. En que se besaron por primera vez.

En la foto aparecían cara a cara, con el equipamiento completo de hockey, en un primer plano desde los hombros hacia arriba, simulando un saque neutral. Sin embargo, a diferencia de la foto intensa y seria que se utilizó en la campaña, en esta ambos se estaban riendo. Shane tenía la nariz arrugada e Ilya los ojos

entrecerrados, pero seguían mirándose fijamente a los ojos.

—¿Cómo la has conseguido? —preguntó Shane en voz baja.

—Averigüé el nombre del fotógrafo y su correo electrónico. Le pregunté si aún conservaba esas fotos. Me envió varias y esta fue la que más me gustó.

Shane recorrió con un dedo su propia cara, que en la foto mostraba una expresión de euforia. En aquel momento se había sentido avergonzado y poco profesional por no haber sido capaz de mantener la seriedad. Pero ahora sintió un escalofrío de emoción al recordar todos los detalles de aquel día: la tensión entre ellos, la guerra que se había desatado en el interior de Shane mientras luchaba por ignorar su atracción hacia Ilya. El precipicio del que estaban a punto de saltar juntos.

—Nunca se me había ocurrido que existieran —dijo Shane entonces.

—Siempre me lo había preguntado.

Shane apartó la mirada de la foto para fijarse en el Ilya de ahora. Estaba tan guapo como siempre, sin esfuerzo alguno, pero también parecía ansioso y un poco triste.

—Ilya —dijo Shane.

Dejó la foto con cuidado sobre la mesita del salón y luego abrió los brazos para recibir a su novio. Ilya se acercó a él de inmediato.

—Gracias —dijo Shane al oído de Ilya.

—Es difícil hacerte un regalo.

—Lo sé. Pero esto me encanta. La llevaré a la cabaña.

Ilya se tensó un poco sus brazos.

—La cabaña. Sí —dijo en voz baja.

Shane sintió la necesidad de explicar por qué podría ser arriesgado exponer fotos como esta en su casa de Montreal, lo cual era ridículo. Por supuesto, Ilya sabía las razones. Así que, en lugar

de eso, lo besó, y la cosa fue a más, como solía pasar. Subieron al dormitorio y se acostaron, pero Shane seguía sintiéndose al borde del abismo, esperando que algo les hiciera saltar. Como si hubiera algo importante latente en el aire, y ambos estuvieran esperando a que el otro lo dijera, pero ninguno de los dos supiera el qué.

Ilya se pasó la mayor parte del día después de Navidad armándose de valor para hacerle una sola pregunta a Shane. Por fin, a primera hora de la tarde, sacó el tema.

—Bood va a dar una fiesta esta noche.

Ilya lo dijo con naturalidad, como si no hubiera ninguna razón en particular para contárselo a Shane. Como si no tuviera el estómago hecho un lío mientras anticipaba la reacción de Shane.

—¿Zane Boodram? ¿Va a dar una fiesta justo después de Navidad?

—Sí. No es una fiesta grande. Será algo tranquilo. Sobre todo el equipo y sus parejas. Bood da fiestas divertidas.

—Ah.

Ilya contuvo la respiración.

—¿Querías ir o algo así? —preguntó Shane, claramente confundido—. Podría quedarme aquí, supongo. O volver a…

—Quiero que tú también vayas —dijo Ilya—. Quiero que vengas conmigo a la fiesta.

Shane se volvió para quedarse cara a cara con él en el sofá de Ilya.

—¿Quieres que vaya a una fiesta con tus compañeros de equipo? ¿Por qué?

«Para que puedan conocer a mi novio, joder», quería gritar Ilya. Pero, en lugar de eso, mantuvo un tono desenfadado y dijo:

—Son gente maja. Quizá te diviertas.

—Pero… ¿no sería raro que apareciéramos juntos?

Ilya se encogió de hombros con naturalidad, como si fuera algo normal que él sugiriera.

—Ya saben que ibas a estar en Ottawa por Navidad. Somos amigos, así que te invito a una fiesta. No es para tanto.

Shane frunció el ceño, desconcertado, y luego negó con la cabeza.

—Demasiado raro. No lo veo claro.

Esa respuesta desdeñosa, aunque esperada, irritó a Ilya. No, «irritó» se quedaba corto: le enfureció. Por un momento, Ilya no reaccionó. Se quedó mirando a Shane, con el rostro impasible, mientras la ira le abrasaba por dentro como la lava. Entonces, antes de decir algo de lo que pudiera arrepentirse, se levantó y salió del salón.

Shane lo persiguió hasta la cocina.

—Puedes ir —le dijo—. Está bien.

—Genial —espetó Ilya.

—¿Qué pasa? —preguntó Shane con un tono tan sinceramente desconcertado ante la idea de por qué Ilya querría que conociera a sus amigos que eso solo sirvió para cabrear aún más a Ilya.

—¿Qué no pasa?

—¿Qué quieres decir?

Ilya se dio la vuelta para mirarlo a la cara.

—Quiero decir que tengo un novio que no quiere que nadie sepa que soy su novio.

Shane abrió mucho los ojos, sorprendido.

—Eh, lo siento… ¿Me he perdido algo? Pensaba que estábamos de acuerdo en esto.

—No estamos de acuerdo en nada.

—No entiendo una mierda.

—Lo siento —dijo Ilya siendo sarcástico—. Es mi inglés, ya sabes…

—Eso no es lo que… —Shane levantó las manos—. ¿Podrías explicarme, por favor, qué cojones está pasando? Porque, que yo sepa, no íbamos a las fiestas de los equipos del otro. Ni le contábamos a nadie lo nuestro.

—No. Yo no le cuento a nadie lo nuestro. Tú se lo cuentas a Hayden, a Jackie, a Rose, a tus padres y quién coño sabe a quién más.

—¡A nadie más! Lo sabes perfectamente.

—Son cinco personas más de a las que yo se lo he contado —dijo Ilya, omitiendo a su psicóloga, porque eso era otra historia.

—¿Y qué hay de…? —Shane hizo un gesto con la mano mientras buscaba un nombre—. ¿Ryan Price?

—Hostia, sí. Mi mejor amigo, Ryan Price. Con el cual no hablo desde el último campamento.

—Bueno… —Shane no parecía tener nada que añadir al respecto.

—No tengo a nadie —dijo Ilya—. Nadie con quien pueda hablar de nosotros.

—Eso no es cierto. Mis padres te quieren.

Ilya echó la cabeza hacia atrás y se dirigió al salón. Shane lo siguió enseguida.

—A mí tampoco me resulta fácil, ¿sabes? —dijo Shane, ahora claramente enfadado—. Los dos nos estamos escondiendo, y los dos hemos hecho sacrificios que…

Ilya se volvió de un salto.

—¿Qué sacrificios, Shane? ¿A qué has renunciado tú?

—¿En serio? ¡Si nos descubren, nuestras putas carreras se podrían acabar! Todo lo que me importa… —Shane chasqueó los

dedos— se esfumaría.

—Todo —dijo Ilya con tono seco.

Shane puso los ojos en blanco.

—No todo. Pero el hockey es muy importante para mí, joder.

—No me jodas.

—Uf, vete a la mierda. Perdona por seguir queriendo ganar copas en lugar de querer fumarme un porro con mis compañeros entre partido y partido.

Las palabras sacudieron a Ilya como un golpe con el *stick* en los dientes. Shane realmente no entendía nada. Desde luego, no lo que Ilya había sacrificado por él. Ilya podría estar ahora mismo en Boston, llevando a uno de los mejores equipos de la liga a ganar más Copas Stanley. Podría estar batiendo más récords y ganando más premios. En cambio, había elegido ir a Ottawa, cuando podría haberse ido a casi cualquier equipo de la liga. Había elegido un equipo que llevaba más de una década sin clasificarse para los *play-offs*. Lo había elegido porque era la ciudad natal de Shane y estaba cerca de donde vivía Shane. Lo había elegido para poder labrarse una vida en Canadá junto al hombre que quería.

¿Y qué pensaba Shane que había hecho por él? ¿Venir a Ottawa para no tener que esforzarse tanto? A Ilya le habían entrado ganas de darle un puñetazo a la pared.

—Ni siquiera me elegirías a mí, ¿verdad? —dijo Ilya—. Si tuvieras que elegir entre el hockey y yo.

—Claro que sí —dijo Shane, aunque no con tanta seguridad como a Ilya le hubiera gustado.

Ilya lo miró fijamente a la cara y vio cómo Shane se estremecía.

—¿De verdad?

Shane levantó la barbilla con aire desafiante.

—¿Me elegirías tú a mí?

Ilya dejó que la pregunta quedara en el aire, con todo el cuerpo temblando de rabia. No podía creer que Shane se atreviera siquiera a preguntar eso, después de todo lo pasado.

Finalmente, en voz baja, Ilya dijo:

—Deberías irte.

—¿Qué? Ni hablar. Y una mierda. Responde a la pregunta.

—No —dijo Ilya con firmeza—. Vete a casa, Shane. Podemos hablar… más tarde.

Shane frunció el ceño y parecía dudar si Ilya hablaba en serio, así que Ilya se lo dejó más claro.

—No quiero verte ahora mismo. No quiero hablar contigo. Vete a casa.

Como Shane no podía dejar las cosas en paz, volvió a preguntar:

—¿Me elegirías a mí?

De repente, Ilya tenía a Shane acorralado contra la pared. Ilya no se había dado cuenta de que se había movido hasta que se encontró dominando a Shane, con una mano firme apoyada sobre su pecho. Ilya retiró la mano rápido y la apoyó contra la pared. Nunca haría daño a Shane, de eso estaba seguro, pero su propia rabia le estaba asustando en ese momento. Nunca había estado tan cerca de perder los estribos.

Si Shane tenía miedo, su cara no lo delataba. Mantenía sus penetrantes ojos negros clavados en los de Ilya, negándose a dar marcha atrás en esa pelea.

Ilya no quería pelear. Estaba agotado y tristísimo, y su novio le estaba rompiendo el puto corazón.

En voz baja, con un tono que no podía disimular su dolor, dijo:

—Yo ya te he elegido a ti, Hollander.

Dio un paso atrás y vio cómo se abrían los ojos de Shane. Al cabo de un momento, los labios de Shane se entreabrieron como si

tuviera algo que decir, pero Ilya no quería oírlo.

—Vete a casa —dijo Ilya—. Por favor.

Luego se dio la vuelta y subió rápido las escaleras.

Capítulo 23

Shane no tenía ni idea de cómo había vuelto a Montreal. No recordaba ni un solo minuto del trayecto, pues había estado absorto en un torbellino de ira, conmoción, miedo y vergüenza.

«Yo ya te he elegido a ti, Hollander».

Esas palabras no dejaban de repetirse en su cabeza, incluso mientras entraba en su casa, subía las escaleras y, al final, se desplomaba sobre la cama.

Debería haberse quedado. Debería haberse quedado y haberse defendido o…

Joder.

Sería ridículo decir que era su primera pelea (a veces, toda su relación parecía una pelea interminable), pero esa era la primera que había dejado a Shane aterrorizado. Obviamente, la había cagado. No había prestado atención a Ilya, ni a lo que Ilya había sacrificado por él, y ahora se daba cuenta de que Ilya había sacrificado un montón de cosas por Shane. Por ellos.

Por supuesto que le guardaba rencor a Shane. Ilya había dejado su país natal, a su familia (aunque solo le quedara un hermano al que odiaba), a su equipo, a sus amigos de Boston, toda su puñetera vida entera, en realidad. Lo había cambiado todo.

Mientras tanto, Shane estaba a gusto en Montreal, jugando en el mismo equipo en el que había empezado. Ganando Copas Stanley. Tenía amigos con los que podía hablar de Ilya —incluso un compañero de equipo— y sus padres vivían cerca. Había instalado a su novio en su ciudad, no muy lejos de Montreal, porque le venía bien. Todos sus seres queridos, reunidos en un círculo perfectamente ordenado.

Y en verano iban a la cabaña de Shane. Dios, toda su relación giraba en torno a que Ilya se integrara en su vida con la mayor facilidad posible.

Pero Shane en realidad no había tenido ningún motivo para creer que Ilya le guardaba rencor. A Ilya le encantaba la cabaña, le encantaban los padres de Shane, ¡amaba a Shane! Le caían bien sus compañeros de equipo en Ottawa y le decía a Shane constantemente que era un entorno estupendo, mejor de lo que había sido Boston. También había sido él quien le había dicho a Shane, mucho antes de que hablaran de hacer ningún gran cambio en sus vidas, que quería convertirse en ciudadano canadiense. Ottawa tenía sentido.

Pero, aun sabiendo todo esto, Shane se había perdido claramente algo importante.

No sabía qué hacer. Quería volver enseguida a Ottawa y pedirle perdón, pero Ilya había dejado claro que necesitaba espacio y Shane debía respetarlo. Quizá podrían hablar al día siguiente. O esa noche. O…

Mierda. Shane tenía muchas ganas de llamarlo ahora mismo. O al menos enviarle un mensaje. La temporada se reanudaba al día siguiente y no podrían verse hasta quién sabe cuándo. Al menos una o dos semanas.

Escribió un mensaje a Ilya:

Shane: Lo siento. Llámame cuando quieras hablar. Por favor.

Dios, ¿había sido demasiado insistente? ¿Debía dejar en paz a Ilya y ya?

A la mierda. Shane pulsó «enviar». Ilya podría ignorarlo si quisiera, pero Shane esperaba de verdad que no lo hiciese.

Esperó unos minutos, por si acaso Ilya decidía llamarlo al momento. Pero Ilya ni siquiera le mandó un mensaje, y a Shane se le encogió el corazón.

Como necesitaba hablar con alguien, llamó a su madre.

—La he cagado —dijo Shane en cuanto su cara llenó la pantalla del móvil.

—¿Qué? ¿Con tu entrenador? Hoy es festivo. ¿Cómo has podido…?

—No. Con Ilya.

La preocupación desapareció de su rostro al instante. Incluso sonrió.

—No hay nada que puedas hacer para estropear las cosas con él. ¿Qué ha pasado?

Shane se incorporó y dejó caer las piernas al borde de la cama.

—He dado todo por supuesto. Todo lo que ha dejado atrás y todo lo que ha cambiado. —Se frotó la frente con frustración—. Se siente solo, ¿sabes? Y yo sigo con mi vida, feliz como nunca, dando por hecho que los pocos momentos que pasamos juntos le bastan.

—¿Te lo ha dicho él?

—Más o menos. Bueno, no. Pero me ha dicho lo suficiente como para que me haga una idea del resto. —Exhaló—. Soy el peor novio del mundo.

—Eso no es verdad. E Ilya estaría de acuerdo conmigo, así que no empieces.

Shane apretó los labios, tratando de combatir el nudo que se le había formado en la garganta.

—No lo merezco.

Su madre lo miró con una mirada exasperada.

—Shane.

—Va a romper conmigo —dijo Shane con aire abatido—. Es imposible que lo nuestro funcione. Es demasiado difícil. Le estoy pidiendo demasiado.

—Es adulto —dijo su madre—. Y te quiere. Contra todo pronóstico, vosotros dos estáis haciendo que esto funcione. Sé que no es lo ideal, pero estoy orgullosa de lo mucho que os habéis esforzado ambos por estar juntos. Es algo muy poderoso. —Se rio con ternura—. Ojalá pudiera presumir de ello ante todo el mundo con el que me cruzo.

Shane negó con la cabeza.

—Ahora no hay nada de lo que presumir. Me he comportado como un auténtico gilipollas. Joder, soy tan egoísta… Pensaba que estar más cerca mejoraría las cosas para nosotros, pero él era más feliz antes.

—Esta es una conversación que debes tener con él. Por si sirve de algo, a Ilya le gusta estar en Ottawa. Nos ha dicho que le gusta más este equipo que el anterior. Adora a sus compañeros y a su nuevo entrenador.

A Shane se le alegró un poco el corazón.

—¿Os ha dicho que le gusta Ottawa?

—Más de una vez. Y, la verdad, creo que se iría a vivir al vertedero de la ciudad si eso significara estar más cerca de ti. Está locamente enamorado.

—¡Ese es el problema! Si está tomando todas sus decisiones basándose en mí, acabará resentido conmigo. De hecho, ya lo está.

—Habla con él —dijo su madre, siendo paciente.

—No quiere hablar.

—¿Lo has intentado? ¿Te lo ha dicho él?

—No me ha hecho caso al mensaje.

—Ajá —dijo su madre con tono seco, claramente poco convencida—. ¿Cuándo se lo has enviado?

A Shane se le sonrojaron las mejillas.

—Hace unos veinte minutos.

—Por favor, Shane… Podría estar duchándose. O en la cinta de correr. O durmiendo. O cargando el móvil… ¡Relájate!

Shane soltó una risita.

—Suenas como Ilya.

—Porque coincidimos mucho en nuestras opiniones cuando se trata de ti.

—Los dos pensáis que soy un aguafiestas tenso.

—Los dos te queremos muchísimo y queremos que seas feliz. Y los dos sabemos que puedes ser tu peor rival.

—Bueno. Tenía otro, pero luego me enamoré de él.

Su madre se rio.

—Habla con él. Dale tiempo para que te responda y, si no lo hace, vuelve a intentarlo. Y, por el amor de dios, escucha lo que quiera decirte.

—Lo haré. Y, si no quiere hablar conmigo, iré… en coche hasta Ottawa y me quedaré delante de su puerta hasta que…

—O podrías simplemente tomártelo con calma por una vez en tu vida.

Shane se quedó boquiabierto.

—¡Dios mío! ¡Ilya es una mala influencia para ti!

—Te llamará. Te lo prometo. Ten paciencia.

—Vale.

—Te quiero.

—Y yo a ti.

—E Ilya también te quiere.

Shane asintió, esperando que esas palabras siguieran siendo verdad.

—Gracias. Adiós.

Se quedó mirando fijamente el móvil durante varios minutos después de que terminara la llamada, intentando con todas sus fuerzas que Ilya le respondiera al mensaje. Al no recibir respuesta, Shane abrió Instagram y se puso a ojear las publicaciones de Ilya. Nunca les había prestado mucha atención, sobre todo porque Ilya solía publicar fotos de cosas aleatorias que veía y rara vez subía selfis.

La publicación más reviente era del día anterior, Navidad, y era de la mesa de futbolín que Shane le había regalado. Sin pie de foto. Siguió desplazándose y encontró una foto de la pelota de ejercicios sobre la que Shane se había mantenido en equilibrio en el gimnasio de Ilya. Una del último puzle que Ilya había completado con el padre de Shane. Una de los tatuajes de Ilya con un colimbo.

Una de los anillos de plástico con forma de corazón, juntos sobre la cómoda de Shane.

Shane se dio cuenta de que la mayoría de las publicaciones de Ilya trataban, de formas extrañas y crípticas, sobre él. Toda su cuenta era como un diario secreto de su relación, llena de bromas privadas y pequeñas referencias que solo Shane podría entender.

Y Shane ni siquiera se había molestado en echarle un vistazo antes. No de verdad.

Ahora lo miró. Se desplazó por la pantalla hasta que se le nubló

tanto la vista que tuvo que dejar de mirar fotos y llorar con las manos sobre la cara. ¿Cómo había podido Shane dudar ni por un segundo de lo muchísimo que Ilya lo quería?

—Esto no está funcionando —dijo Ilya en cuanto Galina cerró la puerta de la consulta tras él.

—¿Te refieres a nuestras sesiones?

—Sí. Me siento peor que nunca. Todo está hecho una mierda.

Sabía que no estaba actuando con calma, pero habían sido veinticuatro horas muy duras y apenas conseguía mantener la compostura. El día anterior había apagado el móvil en cuanto Shane se había marchado de su casa. Se había pasado un par de horas tumbado en la cama, mirando al techo e intentando echar una siesta. Después se había ido al gimnasio de su sótano y había pedaleado con fuerza en la bicicleta estática. Tras eso, había dado una buena paliza al saco de boxeo durante un rato.

No había visto el mensaje de Shane hasta esa misma mañana, y aún no le había contestado. No sabía qué decir. Ya tenía concertada su cita con Galina para hoy, así que había decidido hablar con ella antes de hacerlo con Shane. No le importaba que alguien le dijera qué hacer, porque estaba superperdido.

—¿Por qué no te sientas? —dijo Galina con calma.

—No —espetó Ilya. La señaló con el dedo acusador—. Dijiste que me sentiría mejor. Se supone que tienes que curarme.

Galina no reaccionó ante la rabia de su voz ni ante aquel absurdo gesto de señalar con el dedo. Se limitó a mirarlo con tranquilo interés y, tal vez, un atisbo de diversión.

—Llevas menos de dos meses viniendo a verme. Soy buena, pero no tan buena.

Ilya bajó el dedo, pero, a pesar de sentirse ridículo, necesitaba que ella entendiera lo urgente que era la situación.

—No puedo seguir con las sesiones si me voy a sentir peor. Tengo que centrarme en el hockey y tengo que ser un buen novio, y no puedo hacer ninguna de esas cosas si estoy tan puto triste.

—Ilya —dijo ella con firmeza—. Siéntate.

Ilya se sentó, suspirando profundamente al hacerlo.

—¿Qué me pasa?

Galina se sentó en su silla y cruzó las piernas.

—Eres un ser humano con muchas responsabilidades y mucha presión. Te ganas la vida practicando un deporte físicamente exigente y peligroso. Estás ocultando un secreto muy grande, al tiempo que vives tu vida bajo los focos. Estás enamorado de un hombre del que no te está permitido estar enamorado. Arrastras un trauma de tu infancia que nunca te has permitido procesar de manera adecuada. Y además sientes las cosas de forma muy intensa. Más intensa de lo que quizá nadie se dé cuenta.

Ilya parpadeó. En realidad, no esperaba una respuesta. Y menos aún una tan… exhaustiva.

—¿Eso es todo? —dijo con tono seco.

—Creo que estás deprimido.

Ilya se abrazó el pecho en un gesto protector.

—Como mi madre.

—No necesariamente. La depresión es complicada y se manifiesta de muchas formas distintas. Y hay muchas formas de tratarla.

—Medicamentos.

Ilya no quería medicamentos. Aparte de los analgésicos que fueran absolutamente necesarios, evitaba las pastillas. Las pastillas podían ser un arma.

—De nuevo, no necesariamente. Los antidepresivos pueden ser muy útiles para algunas personas, pero no son lo único que ayuda.

—Hizo un gesto con la mano en el aire, señalando su consulta—. Esto ayuda. Estar aquí. Hablar. Algunas personas responden bien a cosas como hacer ejercicio.

Ilya resopló.

—No puedo hacer más ejercicio del que ya hago.

—No —asintió ella—, pero puedes hacer actividad física que sea exclusivamente para ti. No para el hockey. Una excursión por el monte o un largo paseo en bicicleta. Jugar al tenis con un amigo. Ese tipo de cosas…

—¿En Ottawa? ¿En invierno?

Ella sonrió.

—No tiene por qué ser ejercicio. No nos conocemos desde hace mucho, pero creo que, en general, necesitas hacer más cosas que sean solo para ti. Tus prioridades parecen estar divididas entre el hockey y tu novio.

—Me gusta eso —replicó Ilya.

—La última vez que nos vimos te sugerí que hablaras con Shane sobre las cosas a las que has renunciado por él. ¿Lo has hecho?

—¡Sí! —dijo prácticamente gritando—. ¡Por eso estoy tan jodido!

—¿No se lo tomó bien?

—Discutimos. Ayer. No he hablado con él desde entonces porque no entiende nada. Me preguntó si lo elegiría a él antes que al hockey y no me podía creer que me preguntara eso, ¿sabes?

—¿Qué le llevó a preguntarte eso?

Ilya se mordió el interior de la mejilla durante un momento, deseando callarse lo que iba a decir a continuación:

—Yo se lo pregunté primero —murmuró.

Galina arqueó ligeramente las cejas.

—¿Y por qué se lo preguntaste?

—Porque… —Uf. Qué vergüenza—. Me hizo sentir mal. Le

pregunté si quería ir a una fiesta en casa de un compañero de equipo. —Suspiró—. Fue una tontería. Por supuesto que tenía razón al decir que no. Nunca habíamos hecho nada así antes, y habría sido ridículo llevarlo, pero… yo quería hacerlo. Quiero presentárselo a mis amigos como mi novio.

—Eso supondría un paso enorme —dijo Galina—. Uno que requeriría un debate serio previo, me imagino.

—Sí, bueno. No lo hablamos. Se lo pregunté, me dijo que no y me enfadé.

Galina tomó algunas notas mientras Ilya se revolvía en su propia humillación durante un momento.

—Entiendo que Shane no está preparado para hacerlo público —dijo al final.

—No. Ni siquiera sé si yo lo estoy. Pero hay días en los que creo que voy a gritar o morir si tengo que seguir guardando este secreto.

—¿Y él lo sabe?

—No. Es que… Todavía no he hablado mucho con él sobre mis sentimientos. Todavía no le he dicho que estoy viniendo aquí. —A Ilya se le llenaron los ojos de lágrimas—. No sé cuándo volveré a verlo. Al menos no hasta dentro de una semana. Los dos tenemos agendas muy apretadas y viajes con el equipo. —Tragó saliva—. Creo que lo he echado todo a perder. No debería haber mencionado esa fiesta.

—Creo que tienes que hablar con él. Hablar de verdad. Apuesto a que os habéis estado ocultando cosas importantes el uno al otro porque no queréis estropear el tiempo precioso que pasáis a solas juntos.

Ilya asintió.

—Sí. Exacto.

Ella sonrió.

—Puede que tengas que pasar por una conversación difícil. Sospecho que los dos os sentiréis mejor una vez que la hayáis superado.

Ilya sabía que tenía razón, pero no se imaginaba cómo iniciar la conversación con Shane. Al mismo tiempo, sentía una fuerte necesidad de marcharse de la sesión y llamarlo de inmediato.

—¿Qué le querrías decir? —preguntó Galina—. Si pudieras decirle cualquier cosa.

Ilya pensó en esa pregunta durante un buen rato, repasando mentalmente la larga lista de cosas que quizá debería compartir con Shane.

Sus labios se curvaron hacia arriba, por un lado.

—¿Vas a hacerte pasar por Shane?

Ella le devolvió la sonrisa.

—No exactamente.

—Bien. Tendrías que ser mucho más pesada.

—Dudo que eso sea lo que quieras decirle.

—No. Ya le digo que es pesado todo el rato.

Galina esperó paciente a que Ilya se lo tomara en serio. Al final, Ilya respiró lento, inspiró y espiró, cerró los ojos y empezó a hablar.

Shane estaba a punto de ir al estadio para jugar su partido contra Toronto cuando Ilya por fin lo llamó.

—Dios mío. Hola. —Shane ni siquiera fingió estar tranquilo—. Ilya, escucha…

—No pasa nada —dijo Ilya—. Debería haberte dejado quedarte. Creo que tenemos que hablar.

Shane suspiró aliviado.

—Claro, claro. ¿Podemos hablar por FaceTime? Quiero verte.

—Sí.

Apareció una solicitud de FaceTime y Shane hizo clic en ella, dándose cuenta solo cuando se abrió la videollamada de que probablemente tenía un aspecto horrible. Apenas había dormido, llevaba puestas las gafas y se había recogido el pelo en un moño hecho a toda prisa.

Pero dejó de preocuparse por todo eso en cuanto la cara de Ilya llenó su pantalla. Parecía tan cansado, pero a la vez tan tierno, con los labios ligeramente curvados hacia arriba, por un lado. Tenía las mejillas y la punta de la nariz sonrosadas, como si acabara de entrar de la calle.

—Ilya —dijo Shane porque no se le ocurría nada más.

—Siento haberte pedido que fueras a la fiesta —dijo Ilya—. Y siento haberme enfadado porque dijeras que no. Fue… poco razonable.

—No. No pasa nada. Bueno, sí, me sorprendió y me dejó desconcertado, pero me porté como un capullo contigo. Has renunciado a tantas cosas y no lo valoro lo suficiente. Lo entiendo.

—Renunciaría aún a más —dijo Ilya con sencillez—. Cualquier cosa por ti.

—No quiero que lo hagas. Dios, ¿estás bien? Sé que odias hablar de tus sentimientos, pero estoy preocupado.

Ilya movió la mandíbula un momento, como si estuviera tratando de decidir qué decir. Luego dijo:

—He estado yendo a terapia.

—Ah —dijo Shane, sin saber muy bien si eso era una buena o una mala noticia. —¿Te refieres a una psicóloga?

—Sí. No la del equipo. Una que habla ruso. Es buena. Me ha ayudado, creo.

—¿Habla ruso? Eso es genial.

—Sí. Así es mucho más fácil hablar.

No era la primera vez que Shane se sentía fatal por tardar tanto en aprender ruso.

—Entonces ¿te va… bien?

—Creo que sí. Despacio, pero bien.

—¿Cuánto tiempo llevas yendo?

—Un par de meses.

Dios. ¿Por qué no se lo había contado Ilya? Shane quería preguntárselo, pero quizá sonaría como una acusación.

—Me alegro de que estés recibiendo ayuda. Si la necesitas. Y de que hayas encontrado a alguien con quien hablar.

No pudo disimular el dolor en su voz, aunque no tenía motivos para sentirse dolido.

—Shane —dijo Ilya con delicadeza—, te he contado cosas que no le he contado a nadie. Tú me conoces. La terapia es… diferente.

—Lo sé —dijo Shane.

Y lo decía en serio. Tan solo estaba enfadado consigo mismo por no haber sabido escuchar mejor.

—Hay una cosa que debería contarte. —De repente, Ilya parecía nervioso—. Ella lo sabe. Lo nuestro. Se lo he contado.

Shane no pudo evitar la sorpresa que, estaba seguro, se le notaba claramente en la cara.

—¿Se lo has contado? ¿O sea, has dicho mi nombre?

—Sí. Lo siento, pero… no quería mentir en esa consulta como lo hago en todas partes.

Shane supuso que podía entenderlo. ¿De qué servía ir a terapia si tenías que mentir?

—Vale. Quiero decir, ella está, tipo, obligada a guardarlo por secreto profesional o como sea. Así que no debería haber problema.

—Sí.

Shane se sentó en su cama.

—No tienes por qué contármelo si no quieres, pero ¿qué te llevó a decidir ir a terapia?

Ilya esbozó una sonrisa tensa.

—Menuda pregunta.

—Lo sé. Lo siento. Olvida que te lo he preguntado.

—No. Quiero contártelo todo, pero… quizá no ahora.

Shane asintió.

—Lo entiendo.

—Son muchas cosas, ¿sabes?

Shane no lo sabía, pero dijo:

—Sí. Claro.

—Pero siento haberte dicho que te fueras. Pasé una Navidad muy bonita con tu familia, como siempre. Y he desperdiciado un día y una noche que podríamos haber pasado juntos.

—Siento prácticamente todo lo que dije. Joder, lo siento muchísimo. Te quiero.

—Lo sé, *moya lyubov*.

Shane esbozó una sonrisa.

—Eso lo he entendido.

—Ah —dijo Ilya fingiendo desesperación—, entonces ya conoces mi secreto.

—¿Que me quieres?

—Que por dentro soy muy sentimental.

Shane se rio.

—Eso también lo sabía. —Echó un vistazo al reloj que había junto a su cama—. Mierda. Tengo que irme.

—Vale.

—Ojalá nuestros horarios no fueran una mierda. Pero quizá un poco de distancia nos venga bien ahora mismo.

—Creo que sí. Sí. Hablaremos cuando volvamos a estar en la misma habitación.

Se sonrieron con pena durante unos segundos. Shane tenía el corazón oprimido y le inquietaba pensar en la conversación que les esperaba, pero estaba más seguro de que las cosas seguían bien entre ellos.

—Intenta no ganar demasiados partidos —bromeó Ilya.

—Tú también.

Ilya le guiñó un ojo.

—Nunca lo hacemos.

Capítulo 24

Enero

Ilya no pudo cumplir la promesa que le había hecho a Shane durante mucho tiempo. Tras perder un partido fuera de casa en Buffalo y, a continuación, otros dos partidos en casa, los Centaurs ganaron el primer partido de su gira por el sur, un encuentro vespertino contra el equipo de Carolina, mucho mejor clasificado.

—¡Joder, claro que sí! —gritó Bood cuando el equipo regresó al vestuario al final del partido—. Año nuevo, energía nueva. ¡Vamos a ser imparables, tíos!

Ilya esperaba que así fuera. De verdad que lo esperaba.

Creía en ese equipo, a pesar de su larga racha de derrotas. Tenía unos compañeros estupendos y un entrenador fantástico. Ahora jugaba en la línea con Bood y Troy, y estaban empezando a compenetrarse de verdad. Era genial tener a su derecha a un jugador que pudiera seguirle el ritmo. El equipo solo necesitaba unas cuantas victorias para ganar confianza. Quizá ese fuera el viaje que lo cambiara todo.

Troy también parecía contento al respecto. O quizá lo que más le alegraba era que Harris hubiera viajado con el equipo para esa ruta por el sur. No era algo que Harris hiciera a menudo, pero Ilya se

alegraba de que estuviera disfrutando de unas vacaciones de trabajo en climas más cálidos. El equipo se dirigía directamente desde el estadio al avión que los llevaría a Tampa Bay. Tendrían el resto de la noche y todo el día de la mañana libres para disfrutar del cálido clima de Florida.

Harris estaba grabando un vídeo de la celebración en el vestuario, mientras Troy le sonreía desde su taquilla, con la mirada completamente embelesada. Ilya se sentó junto a Troy.

—¿Aún no se lo has dicho? —se burló Ilya—. Esta sería una buena oportunidad. ¿Quizá un día romántico juntos en Tampa mañana?

Las mejillas de Troy se sonrojaron un poco.

—Sí, claro…

—Piénsalo.

—No.

El entrenador Wiebe entró en la sala y todos le dieron la bienvenida con vítores.

—La victoria de esta noche ha sido espectacular, chicos —dijo Wiebe con una gran sonrisa—. Estoy orgulloso de vosotros. ¿Barrett con dos goles preciosos? ¿Es en serio? Increíble, Troy. ¿Y dónde están nuestras estrellas? ¿Wyatt, Roz? Unas paradas espectaculares esta noche, Wyatt. Absolutamente increíbles. ¿Y un gol y dos asistencias de nuestro capitán? Es que no se puede pedir más que eso. Me encanta.

Ilya se levantó y saludó con la mano, lo que hizo reír a todo el mundo. Se dio cuenta de que, por primera vez en mucho tiempo, se encontraba de muy buen humor.

—Muy bien —dijo el entrenador, y dio una palmada—, ¡vamos a Florida, chicos!

La sala estalló en vítores.

La fiesta continuó durante todo el trayecto hasta el avión. Todo el mundo estaba animado y riendo, e Ilya lo absorbía todo como una esponja. Echaba de menos esa sensación.

Ilya estaba sentado solo, al otro lado del pasillo de Harris, que parecía estar trabajando muy concentrado con el portátil. Hacia el final del vuelo, Troy se sentó en el asiento vacío junto a Harris. Ilya sonrió para sus adentros y miró por la ventanilla para ocultar la melancolía que probablemente se había colado en su expresión. Si las cosas salían bien entre Harris y Troy, Ilya no podía prometer que no sintiera un poco de celos. Sería increíble tener a tu novio tan cerca.

El avión se inclinó de golpe: hubo una turbulencia inesperada. Todos se rieron de Bood, que estaba de pie en el pasillo y cayó al suelo. Ilya se limpió rápido la camisa, donde se había derramado la Coca-Cola de la lata que sostenía. Uf. No debería haberse puesto una camisa blanca.

Sacó el móvil y miró si ya había algún resultado del partido que Shane estaba jugando esa noche. Acababa de empezar, así que no. No había nada todavía.

No habían hablado mucho desde aquella llamada de hacía más de una semana. Ilya lo echaba de menos, pero también pensaba que ese tiempo de distancia entre ellos les iría bien. Hablarían (en serio) cuando se volvieran a ver, pero, por ahora, Ilya necesitaba tiempo para pensar en lo que realmente había que decir.

Lo quería, eso lo tenía claro. Quería asegurarse de que Shane nunca lo dudara. No esperaba que su inminente conversación fuera fácil, pero dijera lo que dijese, necesitaba que Shane supiera que lo quería. Que seguía dispuesto a hacer lo que fuera necesario para que estuvieran juntos. Pero también necesitaba que Shane conociera todas las razones por las que Ilya había decidido acudir a terapia.

Necesitaba que el chico al que amaba conociera lo peor de sí mismo.

Un estruendo más fuerte que cualquier ruido que Ilya hubiera oído durante un vuelo sacudió el avión. Todo tembló de forma violenta durante un instante, y la lata de Coca-Cola de Ilya se cayó al suelo. No tuvo tiempo de preocuparse por eso antes de que el puto avión cayera en picado.

Ilya gritaba. Sabía que estaba gritando y que debería parar, pero todos a su alrededor también lo hacían. Se agarró a los reposabrazos de su asiento y cerró los ojos, como si cualquiera de esas cosas fuera a servir para algo.

«Nos vamos a estrellar».

«Voy a morir».

«Nunca volveré a ver a Shane».

«Íbamos a tener perros e hijos».

El avión se estabilizó con otra sacudida espantosa. De repente, los gritos cesaron y la cabina quedó envuelta en un silencio inquietante, como si todo el mundo contuviera la respiración al mismo tiempo.

El piloto hizo un anuncio. Ilya estaba demasiado aterrorizado como para entender lo que decía, pero oyó «motor» y «aterrizaje de emergencia». Se centró en la palabra «aterrizaje». Los pilotos estaban entrenados para lidiar con eso, ¿no? Lo sabría si Shane no se hubiera mostrado tan pesado con lo de que Ilya quisiera sacarse la licencia de piloto.

Shane.

¿Y si Ilya muriera? ¿Qué haría Shane? ¿Cómo pasaría el duelo?

Varias filas detrás de él, Ilya oyó a Nick Chouinard gritar algo sobre un incendio. No quería mirar.

Joder. Estaba ocurriendo de verdad. Iban a morir, e Ilya nunca podría tener esa gran conversación con Shane. Nunca podría

contarle todo lo que había estado ocultando en su corazón.

Si Shane no estuviera jugando en ese preciso instante…, Ilya podría…, bueno, no llamarlo, pero hablar con él de algún modo. Deseó poder enviarle un mensaje, pero a lo único que tenía acceso era al wifi.

A la mierda. Ilya abrió Instagram y empezó a escribir un nuevo mensaje privado a ShaneHollanderHockey.

Shane

Escribió, y luego paró. No tenía tiempo para pensar. Escribió lo que llevaba dentro de su corazón aterrorizado:

Eres lo mejor de mi vida.

Tenía la vista borrosa, lo que le dificultaba escribir. Se secó rápido los ojos y siguió escribiendo:

Te amo. Desde siempre. Probablemente desde el primer día que te vi.

Dejó que su mente lo alejara de la pesadilla que estaba ocurriendo a su alrededor y lo llevara de vuelta al aparcamiento de una pista de hielo en Saskatchewan. Ilya no recordaba qué había dicho Shane exactamente el día que se conocieron. Solo recordaba las pecas que salpicaban unas mejillas sonrosadas. Recordaba que la mano de Shane estaba tan cálida que parecía increíble cuando se la estrechó. Recordaba que unos ojos oscuros y sinceros lo habían escrutado.

Era muy posible que Ilya le hubiera entregado el corazón en ese mismo momento. A su cerebro le llevó mucho tiempo darse cuenta, pero su corazón lo había sabido desde el primer instante.

Deseó que Shane le pudiera responder. Odiaba pensar en que

Shane viera esos mensajes… más tarde.

Los guardaría para siempre. Ilya sabía que lo haría. Joder. Tenía que decir algo realmente genuino.

> En lo único que pienso ahora mismo es en ti. En un millón de recuerdos. Gracias por todos ellos.
>
> Pase lo que pase, estoy contigo. Guardado en tu corazón. Estoy convencido.

Así era. Ilya solo tenía una vaga idea del más allá y de los dioses que pudieran estar esperándolo ahí, pero creía que su alma permanecería junto a Shane, de cualquier forma en que fuera posible. Creía que las personas a las que amabas permanecían contigo hasta que llegaba tu hora. A menudo sentía a su madre a su lado, y sabía que él haría lo mismo por Shane.

Y quizá volvería a ver a su madre pronto. Era un pensamiento reconfortante. Ilya se llevó la palma de la mano al pecho, notando el colgante con la cruz a través de la tela de la camisa. Rezó, en silencio y sin un orden en concreto. Murmuró peticiones para que quienquiera que estuviera escuchando mantuviera a Shane a salvo y le permitiera vivir una vida larga y feliz.

Que, por favor, no dejara que este avión se estrellara, porque Ilya había malgastado demasiado puto tiempo ocultando lo mucho que quería a Shane. Al mundo, a Shane y a sí mismo… Necesitaba más tiempo. Necesitaba querer a Shane como era debido.

El avión se inclinó hacia un lado, luego hacia el otro, y un instante después se oyó el glorioso golpe sordo de las ruedas al tocar tierra firme.

El rugido de sus compañeros de equipo era ensordecedor. Seguro que porque Ilya estaba vitoreando más fuerte que nadie.

Miró por la ventanilla y vio las luces intermitentes de varios vehículos de emergencia, pero, joder, los pilotos habían conseguido aterrizar en la pista de aterrizaje de verdad, sanos y salvos.

—Gracias —dijo Ilya, contemplando el techo del avión—. No lo pienso desperdiciar.

Montreal perdió su partido en Washington, lo cual fue bastante rollo. Shane vio que el equipo de Ilya había ganado por goleada a Carolina esa tarde, y estaba convencido de que Ilya le iba a fastidiar con eso.

No miró el móvil hasta que estuvo en el autobús, de vuelta al hotel del equipo. Tenía un mensaje de texto y una llamada perdida de Ilya. El mensaje decía:

> Ilya: Perdona por los mensajes de Instagram. Llámame.

Shane casi nunca consultaba los mensajes de Instagram, pero a veces Ilya los usaba cuando estaba en un avión y no podía mandar un mensaje normal.

Entonces, Shane los miró.

Los mensajes eran… intensos. Románticos pero raros.

—Hostia —dijo J. J.—. El avión de los Centaurs ha tenido que hacer un aterrizaje de emergencia.

Shane se volvió hacia donde estaba sentado J. J., al otro lado del pasillo.

—¿Qué? ¿Están todos bien?

J. J. siguió deslizando con el pulgar la pantalla de su móvil.

—Parece que sí. Aunque se habrán cagado de miedo.

Shane volvió a leer los mensajes de Ilya. Joder. Esas iban a ser, tipo, sus últimas palabras.

—¿Pero están bien? —volvió a preguntar Shane, sintiendo cómo

le invadía el pánico a pesar de saber que Ilya estaba bien. Tenía la prueba ahí mismo, en la mano.

J. J. le echó una mirada divertida.

—Sí. Ya te he dicho que están bien. Han aterrizado sin problemas.

Pero el pánico ya se había apoderado del corazón de Shane, llenándole la cabeza de horribles escenarios alternativos. ¿Y si esos mensajes hubieran sido las últimas palabras de Ilya? ¿Y si fueran lo único que le quedara a Shane?

Le envió un mensaje a Ilya:

Shane: Me he enterado de lo del avión. ¿Estás bien?

Ilya respondió enseguida:

Ilya: Sí. ¿Te puedo llamar?

Shane echó un vistazo a sus compañeros de equipo en el autobús. Muchos de ellos llevaban auriculares, pero era imposible que Shane pudiera parecer tranquilo hablando eso.

Shane: Ya casi estoy en el hotel. Te llamo cuando llegue. Lo siento. No puedo hacerlo con mis compañeros de equipo tan cerca.

Ilya le respondió con un emoticono de un corazón.

Shane leyó sus mensajes de Instagram por tercera vez.

Ilya: Pase lo que pase, estoy contigo. Guardado en tu corazón. Estoy convencido.

Pero no habría sido así. Se habría ido, joder. ¿Quién era siquiera el familiar más cercano de Ilya? ¿El hermano con el que nunca hablaba? ¿Se le habría permitido a Shane esparcir sus cenizas en

algún lugar que le hubiera gustado a Ilya? Quizá en la cabaña, o quizá él hubiese preferido ser enterrado en Moscú junto a sus padres. Dios, nunca habían hablado de ese tipo de cosas.

La ira se apoderó del cuerpo de Shane, ardiente y repentina. Tenían muchas razones para mantener su relación en secreto, pero esas razones le parecían ahora totalmente insignificantes. ¿Y si Ilya se hubiera muerto? ¡¿Y si se hubiera puto muerto?!

Shane también se habría muerto. Solo, en secreto y para el resto de su vida.

Se apretó el móvil contra el pecho y volvió la cabeza hacia la ventana para que sus compañeros de equipo no vieran cómo le temblaba el labio.

Ilya sabía, como capitán del equipo, que debería estar en una de las mesas del bar del hotel con sus compañeros. Debería estar dando una vuelta, ver cómo estaban todos. En especial, los *rookies*.

Pero es que… no podía.

La adrenalina se le había pasado rápido y ahora estaba solo en el aparcamiento, frente al vestíbulo, fumándose un cigarrillo. Claro que su firme propósito de Año Nuevo había sido dejar de fumar, pero se había ganado ese cigarro.

Su móvil sonó cuando tenía los pulmones llenos de humo. Exhaló demasiado rápido, así que eso le provocó tos.

—Hey —dijo y volvió a toser.

—Ilya. Dios mío. ¿Estás bien?

—Sí. Bien.

Tosió de nuevo y se dio un puñetazo en el pecho.

—¿Dónde estás? ¿Qué está ocurriendo? —Hubo una pausa—. ¿Estás fumando?

—No —dijo Ilya, y apagó lo que quedaba de su cigarrillo en el suelo—. Estoy en Tampa. En el hotel. Todo el equipo está reunido en el bar.

—Tuvo que ser aterrador.

—Sí. Dio miedo, pero ahora estamos bien. Todos están bien. Quizá un poco… —Hizo un gesto con la mano en el aire—. conmocionados.

—Puedes decírmelo si no estás bien —dijo Shane con delicadeza.

Ilya esbozó una sonrisa forzada.

—Creo que estoy… agotado, quizá. Un poco.

—La adrenalina está bajando. Sí, tiene sentido.

—Sí.

—¿Estás… en el bar?

—Quería tomar un poco el aire, así que ahora estoy fuera.

—¡Estás fumando!

—¡Estoy disfrutando de la cálida noche de Florida! —suspiró—. Y también fumando un poco.

—Bueno —dijo Shane—, hoy te dejo.

—Genial —dijo Ilya con tono seco.

Shane se rio, lo que hizo que a Ilya se le acelerara el corazón. ¿Y si no volviera a oír la risa de Shane nunca más?

—¿Puedo verte? —preguntó Shane—. ¿Podemos hablar por FaceTime?

—Sí. Claro. Un momento.

Ilya se agachó para recoger la colilla, se la guardó en el bolsillo y empezó a andar hacia el otro lado del aparcamiento. De camino, le envió a Shane una solicitud de FaceTime.

Al verlo se dio cuenta enseguida de que Shane había estado llorando.

—Ay —dijo Ilya en voz baja—, cariño. Lo siento…

No solían usar apodos muy a menudo, más allá de los sustantivos rusos sin sentido que a Ilya le gustaba soltarle a Shane, pero Ilya dijo eso de corazón.

Shane esbozó una sonrisa frágil y temblorosa.

—Deberías sentirlo, sí…

Luego se tapó la boca con la mano mientras se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Estoy bien —le aseguró Ilya—. Sigo aquí. No debería haberte asustado con esos mensajes.

Shane solo negó con la cabeza en respuesta, con la boca aún oculta por la mano. Ilya odiaba verlo tan alterado, pero le encantaba verlo. Le encantaban sus pecas y su naricita.

Todo lo que he escrito lo sentía de verdad —dijo Ilya—. Todo.

Shane bajó la mano, carraspeó y dijo:

—¿Así que un pequeño roce con la muerte y te conviertes en Don Poeta?

Ilya se rio en voz baja.

—¿Me he pasado?

—No. Joder, era precioso. Y me alegro de que no fuera… —Shane dejó de hablar. Luego respiró hondo para recomponerse y dijo —: Me alegro de que no fuera… necesario.

A Ilya le empezaron a arder los ojos.

—Sí. A mí también.

—No tienes permiso para morir, Ilya. No antes que yo.

—¿Tienes que ganar en todo?

—Lo que no quiero es perderte a ti.

Su voz se quebró al pronunciar la última palabra.

—Shane —dijo Ilya con tono tranquilizador—, no pasa nada. Estoy bien. Ya se ha acabado.

—Estás tan lejos… —dijo Shane y se sorbió la nariz con fuerza—.

Quiero alquilar un coche y conducir hasta ahí.

—Sería un trayecto larguíííísimo —dijo Ilya con un tono divertido —, desde Washington.

—De trece horas. —Sonrió Shane con timidez—. Ya lo he buscado. Justo después de mirar coches de alquiler disponibles en Washington.

Ilya soltó una risita cariñosa, lo que hizo que Shane también se riera.

—Quizá podrías jugar con nosotros contra Tampa —bromeó Ilya —. Nos darías una oportunidad para ganar.

—Dudo que jugara muy bien, la verdad —exhaló—. Dios. No dejo de pensar en…

—Lo sé —lo interrumpió Ilya antes de que pudiera decirlo—. Pero no me ha pasado. Estoy aquí. Estoy bien.

Shane asintió.

—Ojalá estuvieras aquí conmigo ahora mismo. Quiero abrazarte. Quiero, joder, sentir cómo te late el corazón.

—¿Y ahora quién es el poeta?

—Cállate.

Los dos se rieron de nuevo y luego se sonrieron el uno al otro durante unos instantes de silencio.

—Tienes muy buen aspecto —dijo Shane—, para alguien que acaba de pasar por semejante calvario.

Ilya estaba demasiado cansado como para traducir esas últimas palabras, así que respondió con un «te amo». En ruso.

Shane se lo repitió. Luego dijo, en inglés:

—Deberías irte con tu equipo.

Ilya suspiró.

—Quizá. Sí.

—Llámame mañana. O más tarde, si quieres. Estaré, ya sabes,

volviéndome loco en mi habitación de hotel.

—No lo hagas. Hazte una paja o algo así. Envíame fotos.

—¿Mientras estás con tus compañeros de equipo? Ni de broma.

—No se las enseñaré.

—Buenas noches, Ilya.

—¡Que casi me muero!

—La verdad es que todavía no estoy preparado para bromear con eso.

—Perdona. Buenas noches, *moy pomidor*.

—Tomate, ¿no?

—Sí.

—Qué rarito. Te quiero.

—Te quiero. Mándame fotos.

Colgaron e Ilya volvió al interior del hotel. Se planteó sentarse en una mesa y también subir a su habitación, pero entonces vio a Troy solo en la barra. Ilya no entendía por qué Troy estaba ahí y no arriba liándose con Harris.

Dejó a Troy en paz y se sentó en una de las mesas. Eligió la que tenía más jarras de cerveza y enseguida se sirvió una. Ya era hora de emborracharse de una vez.

Capítulo 25

A la mañana siguiente, mientras Shane volvía a meter en la maleta las pocas cosas que había desempaquetado, alguien llamó con firmeza a la puerta de su habitación de hotel. Cuando abrió, se encontró allí a J. J., con dos cafés en la mano.

—¿Eso es para mí? —preguntó Shane dando un paso atrás para dejarle entrar.

—Si no lo quieres, me puedo beber yo los dos.

Shane cogió el café y lo dejó sobre la cómoda.

—Gracias.

No estaba seguro de por qué J. J. estaba ahí, ni de por qué le había traído café. Era uno de los amigos más cercanos de Shane, pero esa situación en concreto no era habitual.

—Bueno. —J. J. se apoyó contra la pared con su café en la mano —. Anoche parecías un poco hecho polvo. Por lo del avión de Ottawa.

Shane sacó una camiseta mal doblada de la maleta y la volvió a doblar.

—No, no lo estaba. Es solo que, ya sabes, fue una sorpresa.

Se dio cuenta de que tenía los hombros encogidos, así que hizo un esfuerzo por relajarlos.

—Ajá —dijo J. J.—. ¿Me vas a contar la verdad ahora?

Shane frunció el ceño al mirar la camiseta que acababa de doblar, luego la sacudió y empezó a doblarla de nuevo. Una parte de él quería contárselo todo a J. J. Otra parte lo necesitaba. Necesitaba contárselo al mundo entero porque tener que ocultarlo de repente le parecía injusto, joder. Shane no estaba seguro de poder contárselo, pero podía contarle algo.

—No es nada. He recibido unos mensajes de… de Ilya. Rozanov.

—Sé de qué Ilya hablas —dijo J. J. con aire divertido.

—Me los envió cuando el avión estaba…, cuando pensó que se iban a estrellar.

Un silencio sepulcral invadió la habitación, lo que dio a Shane un momento para darse cuenta de lo extraño que debía de haberle sonado aquello a J. J. Como Ilya pensaba que estaba a punto de morir, había escrito a Shane.

—Es, eeeh —empezó Shane, pero ¿cómo narices podía explicarlo sin admitirlo todo?—. Es…

Shane apretó los ojos con fuerza. Estaba puto hartísimo de mentir. Ahora mismo podría estar de luto. Si ese avión se hubiera estrellado, J. J. estaría ahora mismo sentado en la habitación de hotel de Shane viéndolo derrumbado por completo. No habría habido forma de que Shane pudiera ocultar su agonía.

—Está bien —le recordó J. J.

—Lo sé.

J. J. le quitó la camiseta de las manos antes de que Shane pudiera empezar a doblarla de nuevo.

—Mira, sé que sientes algo… por Rozanov.

A Shane se le hizo un nudo en el estómago.

—¿A qué te refieres?

J. J. le sonrió con pena.

—¿Por qué crees que sigo intentando emparejarte con alguien? Enamorarse de un hombre heterosexual no es nada bueno, colega.

Espera. ¿Qué?

Shane estaba ahora completamente atónito y necesitaba pensar rápido. Esa era una mentira tras la que no se le había ocurrido esconderse antes: un cuelgue no correspondido. Pues tenía sentido.

Joder, dolía, pero tenía sentido.

—¿Tanto se nota? —preguntó Shane sentándose en la cama. La angustia en su voz era real, pero no por la razón que J. J. pensaba.

J. J. dejó el café sobre la cómoda y se sentó en la cama junto a Shane.

—Lo siento, colega. No digo que todo el mundo lo vea, pero a mí no se me escapa casi nada, ¿sabes?

—Ya —dijo Shane, mientras asentía con vehemencia.

J. J. le dio una palmada con su enorme mano en el hombro a Shane.

—La buena noticia es que puedes aspirar a alguien mucho mejor que Rozanov.

Shane apretó los labios para no echarse a reír.

—Entiendo que es atractivo, pero vamos… Ese tío es un pesado de cojones.

Shane ya no pudo contener la risa.

—Tienes razón. Debería apuntar más alto.

—Y, de todos modos, no es como si pudierais salir juntos ni nada así. Es que sería imposible.

Shane dejó de reírse.

—Lo sé.

—¿Te lo imaginas? ¿Salir con tu rival? Menudo puto escándalo.

Shane bajó la mirada al suelo y no dijo nada.

—Oye —dijo J. J. con dulzura. Bajó la mirada para que ambas

miradas se cruzaran. Siguió en francés—: No me estoy riendo de ti. Duele amar a alguien que no puede corresponderte, y siento que hayas tenido que pasar por eso. Siempre puedes hablar conmigo del tema.

Se mostraba tan sincero y comprensivo que Shane se sintió como una mierda por haberle mentido.

—Gracias.

—Y si necesitas a alguien que te saque de casa, que te haga de compinche o lo que sea…

Shane volvió a sonreír.

—Me lo pensaré.

J. J. se levantó y abrió los brazos de par en par para darle un abrazo. Shane se puso de pie y su amigo lo envolvió rápido entre sus brazos.

—Me alegro de que Rozanov esté bien —dijo J. J. cuando se separaron—. En serio. No es tan mala persona.

—No siempre, no.

—Y Wyatt, madre mía. Él también debía de estar en ese avión. Me encanta ese tío. —J. J. frunció el ceño—. Voy a llamarlo.

A J. J. nunca le habían gustado mucho los mensajes de texto. Le encantaba demasiado hablar.

—Seguro que Wyatt está esperando tu llamada —dijo Shane, irónico.

—Sé fuerte, colega —dijo J. J. mientras abría la puerta para salir —. Te ayudaremos a superar esto y a seguir adelante, ¿vale?

—Es que no tienes por qué…

Pero J. J. ya se había ido.

Hostia puta. «Seguir adelante». Shane quería abrir la puerta de un tirón y decirle a J. J. que para él seguir adelante sería poder compartir la vida con Ilya. Que no había ningún enamoramiento no

correspondido. Que estaba tan puto enamorado de Ilya que a veces sentía que el corazón le iba a estallar, y que Ilya sentía lo mismo por Shane.

Que cuando Shane volviera a ver por fin a Ilya, en dos días, con suerte, iba a… Dios, ni siquiera sabía lo que quería hacer.

Excepto que sí lo sabía. Sabía exactamente lo que quería. Por supuesto que quería «seguir adelante». Quería esa vida juntos. No dentro de diez años, sino ahora. Porque, de repente, diez años le parecían una espera imposible.

Ilya entró en el camino de acceso a su casa poco después de las dos de la tarde del día en que su equipo volvió en avión desde Florida. Estaba tan agotado que le parecía que fueran las dos de la madrugada.

Pero el Jeep Cherokee de Shane estaba ahí, al menos una hora antes de lo que Ilya esperaba, lo que le dio un repentino subidón de energía. Aparcó su todoterreno junto al de Shane, sin molestarse en meterlo en el garaje, y corrió hacia la puerta principal. Esta se abrió en cuanto llegó a ella, y ahí estaba Shane, impecable con unos bonitos pantalones y un suave jersey azul oscuro.

—Nuestro avión llegó antes de lo previsto…

Pero eso fue todo lo que Shane logró decir antes de que Ilya le agarrara la cara con ambas manos y lo besara con toda la pasión del mundo.

Y Shane se dejó llevar. Ahí mismo, en el umbral de la casa de Ilya, bastante apartado aunque visible en parte desde la calle. Shane le devolvió el beso con la misma urgencia y, si sentía lo mismo que Ilya, con alivio.

Ilya quería decirle tantas cosas, pero parecía incapaz de dejar de

besarlo. Hacía un frío glacial a su alrededor, pero la boca de Shane estaba cálida y nada en aquel lugar le recordaba a Florida, así que Ilya se habría quedado ahí felizmente para siempre, besando a Shane en la nieve.

Al final se separaron y Shane solo logró decir: «Entra», antes de que volvieran a besarse.

¡Por fin! Por fin, Shane cogió a Ilya de la mano y lo llevó dentro. Solo entonces Ilya se dio cuenta de que Shane no llevaba abrigo.

—Lo siento —dijo Ilya—. Debes de estar helado.

—Estoy bien.

Shane lo observó mientras se quitaba la ropa de abrigo, mordiéndose el labio y metiendo y sacando las manos de los bolsillos de sus pantalones de vestir. Parecía inquieto.

Ilya intentó besarlo de nuevo, pero Shane dio un paso atrás y dijo:

—¿Me sigues?

Ilya sonrió.

—A donde sea.

Shane soltó una risa extrañamente nerviosa, lo que hizo que Ilya se riera. Entonces Shane lo volvió a coger de la mano y caminaron juntos hasta el salón de Ilya, donde…

—¿Qué es esto? —preguntó Ilya.

Las cortinas cubrían las grandes ventanas que normalmente daban al río, y la habitación estaba a oscuras. Excepto por el resplandor de aproximadamente un millón de velas.

Estaban por todas partes: sobre las mesas, en el suelo, en la repisa de la chimenea, incluso en los brazos de los muebles. Era precioso… y extraño.

—¿Estás intentando quemar mi casa? —Fue lo que Ilya dijo al final.

Los labios de Shane esbozaron una sonrisa.

—Son eléctricas. Relájate, joder, Rozanov.

El corazón de Ilya empezó a latir con fuerza, pero no porque le preocupara la seguridad contra incendios. Una vez, hacía años, le había dicho a Shane que algún día cubriría el muelle de su cabaña con velas. Que llevaría a Shane allí y le pediría que se casara con él. Había sido una broma, más o menos. Pero ahora estaba realmente de pie en una habitación llena de velas y…

Shane hincó la rodilla ante él.

A Ilya le había gustado ver a Shane de rodillas ante él muchas veces a lo largo de los años, pero supo de inmediato que esta vez era diferente. De repente se sintió sin aliento. Y mareado. Y quizá un poco indispuesto.

—¿Qué es todo esto? —susurró.

Shane lo miró fijamente, con expresión serena y decidida, y dijo:

—He estado pensando mucho.

Ilya tragó saliva. ¿Por qué le costaba tanto tragar? Era como si no tuviera saliva.

—Hemos perdido tanto tiempo —continuó Shane—. Años de negación, y luego años ocultando lo que significamos el uno para el otro.

—Shane…

—¿Podrías no interrumpirme? —dijo Shane con una sonrisa burlona—. ¿Por una vez en tu vida?

Ilya apretó los labios.

—No tengo ningún plan para lo que venga después de esto —confesó Shane—, pero sé lo que quiero. No hay nada en mi vida que me importe más que tú, Ilya.

Volvió a meter la mano en el bolsillo del pantalón. Tuvo que inclinarse torpemente hacia un lado para poder meter las manos

dentro.

De pronto, Shane sostenía un anillo, sujeto entre dos dedos, en el espacio que lo separaba de Ilya.

—Shane —repitió Ilya, incapaz de contenerse.

—Te elijo a ti, Ilya. Te prometo que siempre, siempre te voy a elegir a ti. —Los ojos de Shane comenzaron a brillar. Respiró hondo y dijo—: Ilya Grigoryevich Rozanov, ¿quieres casarte conmigo?

Ilya no estaba seguro de cuánto tiempo había pasado antes de darse cuenta de que no había dicho nada. Esperaba que solo hubieran sido uno o dos segundos pero, a juzgar por el miedo en los ojos de Shane, debía de haber sido más tiempo. Por fin, con voz tensa y temblorosa, dijo:

—Sabes cuál es mi segundo nombre.

—Está en Wikipedia. Me metí a investigar sobre la tradición rusa de usar el nombre del padre para…

—Sí —lo interrumpió Ilya.

—Lo siento. Estoy divagando. Obviamente ya sabes cómo son los nombres rusos.

—No —aclaró Ilya—. Que sí.

Shane lo miró con evidente confusión. Ilya señaló el anillo con la cabeza.

—Que sí —repitió Ilya—. Estoy diciendo que sí, Hollander.

—Ah. —Entonces, los labios de Shane se abrieron en una amplia sonrisa—. ¿Sí? —Se puso de pie de un salto y se lanzó a los brazos de Ilya.

Se besaron, e Ilya dijo:

—Sí. —Se besaron de nuevo, e Ilya siguió—: Por supuesto.

Se besaron un rato más y Shane dijo:

—Te quiero.

Cuando terminaron de besarse, a ambos les corrían lágrimas por

las mejillas.

—¿Es porque casi me muero? —bromeó Ilya.

—No. Es porque casi me muero yo.

Ilya le secó las lágrimas a Shane con el pulgar. ¿Qué podía decir ante eso?

—Bueno, eeeh… —dijo Shane, tras un momento largo y delicado —. El anillo.

—Sí, claro.

Ilya cogió el anillo de las manos de Shane y lo examinó un momento. Una alianza sencilla negra con el interior dorado. Muy elegante. Sonrió a Shane e intentó ponérsela en su propio dedo. No le entraba del todo.

—Vaya —dijo Shane, con aire decepcionado—. No sabía cuál era tu talla.

—No pasa nada. —Ilya se quitó el anillo con cierto esfuerzo—. ¿Se supone que debo ponérmelo ahora? ¿O es para después de que nos hayamos casado?

—La verdad es que no tengo ni idea —respondió Shane—. En lo único que pensé es en que debía tener un anillo para esto.

Ilya le devolvió el anillo a Shane, luego se aflojó y se quitó la corbata. Se desabrochó los primeros botones de la camisa y, a continuación, se llevó la mano a la espalda para soltarse la cadena de oro que llevaba alrededor del cuello. Se la quitó y extendió la palma de la mano para recibir el anillo.

—Ah —dijo Shane, y se lo entregó.

Ilya lo deslizó por la cadena hasta que quedó pegado al colgante en forma de cruz que había pertenecido a su madre.

—Espera —dijo Shane, y se acercó a coger la cadena.

Ilya le dio la espalda y Shane le volvió a abrochar el cierre.

—¿Te has comprado uno para ti? —preguntó Ilya—. ¿O eso me

toca a mí?

—Iba a comprarme el que hace juego. Es solo que… primero me quería asegurar de que lo iba a necesitar.

Ilya arqueó las cejas mientras se volvía hacia Shane.

—¿Pensabas que diría que no?

Shane tuvo al menos la decencia de parecer avergonzado.

—No lo sé. Es solo que no quería parecer presuntuoso.

Ilya se rio entre sollozos, porque todavía estaba hecho un desastre, y luego cogió el rostro de Shane con ambas manos.

—Compra el anillo.

Ambos estaban a punto de llorar mientras se besaban, con la respiración entrecortada y los labios esbozando amplias sonrisas. Un beso terrible en teoría, pero Ilya nunca había vivido uno mejor. Shane Hollander iba a ser su marido.

Shane sacó la camisa de Ilya de los pantalones del traje y deslizó la mano por debajo. Apretó la palma contra el pecho de Ilya, justo sobre su corazón.

—Dios —susurró Shane.

Ilya cubrió la mano de Shane con la suya.

—Sigo vivo. Te lo dije.

Shane lo besó de nuevo, pero esta vez había un toque de desesperación en ese beso, una ferocidad que Ilya le devolvió sin dudar, agarrándose al jersey de Shane, a su piel, a su pelo.

Su respiración pasó de ser entrecortada y apremiante a lenta y jadeante. Ilya ayudó a Shane a quitarse el jersey y la camisa que llevaba debajo; luego, entre los dos, quitaron la camisa de Ilya.

—Ilya —dijo Shane con reverencia.

Tenía los ojos oscuros y angustiados. Ilya no podía soportarlo, así que lo besó de nuevo. Apretó sus cuerpos con fuerza uno contra el otro, dejando que todos sus sentidos se llenaran de Shane.

Haciéndole saber a Shane que era sólido, real, vivo y que tenía muchísimas ganas de follárselo.

Se enredaron con los cinturones del otro, se quitaron los pantalones y la ropa interior y, con un poco de torpeza inevitable, los calcetines. Shane le sonrió cuando ambos estaban desnudos, con una sonrisa amplia, brillante y hermosa. Estaba mirando fijamente el pecho de Ilya, y este bajó la vista para ver el anillo que había allí, brillando a la luz de un millón de velas.

—Soy tuyo —dijo Ilya.

—Mío. —Shane se abalanzó sobre él de nuevo, besándolo con avidez.

Había una mesita de centro que ocupaba la mayor parte de la mullida alfombra en medio del salón de Ilya. Sin interrumpir el beso, Ilya la apartó con un pie. Oyó el suave golpe de varias velas al caer sobre la alfombra y se alegró de que Shane hubiera optado por las velas eléctricas.

—¿Qué…? —preguntó Shane. Luego, cuando Ilya lo levantó en volandas y lo tumbó sobre la alfombra, soltó un—: Ah…

Ilya se detuvo un momento para limitarse a mirar a Shane, tumbado así bajo la iluminación mágica que tanto le había costado crear. Su largo cabello se extendía en abanico bajo su cabeza, y sus ojos oscuros brillaban de alegría y deseo. Tenía las pecas todas agrupadas porque sonreía tan ampliamente que se le arrugaba la nariz.

Ilya le tomó una mano, entrelazó los dedos de los dos y la inmovilizó sobre la alfombra, por encima de la cabeza de Shane. El anillo colgaba en el aire entre ellos.

—Te quiero muchísimo —dijo Shane en voz baja.

Ilya tragó saliva.

—Estaré muy orgulloso de ser tu marido.

Se inclinó y capturó la boca de Shane en otro beso lento y placentero. Shane le apretó los dedos con más fuerza y movió las caderas debajo de él, haciendo que sus erecciones se rozaran. Se sentía la hostia de increíble, sencillo y explosivo a la vez. Ilya tenía toda la intención de tirarse a Shane ahí mismo, sobre la alfombra, pero no quería interrumpir lo que estaban haciendo. Quería estar así de pegado a Shane, tocándolo por todas partes. Quería que Shane se contonease contra él de esa manera, persiguiendo el placer mientras acercaba a Ilya a su propio clímax con cada movimiento lento y controlado de la pelvis.

Era el control lo que estaba deshaciendo a Ilya más que nada. No se trataba de un acto sexual frenético, sino de Shane amando a Ilya contra su cuerpo. Empujones cuidadosos y constantes que seguían el ritmo de sus corazones acelerados.

Ilya se dio cuenta de que ya ni siquiera se besaban. Sus miradas estaban fijas la una en la otra, con los labios entreabiertos mientras ambos jadeaban y se estremecían en los centímetros que los separaban.

—¿Así está bien? —susurró Shane.

—Sí. Perfecto —le aseguró Ilya.

Shane cerró los ojos un instante y echó la cabeza hacia atrás con un jadeo. Los volvió a abrir y sonrió tímidamente.

—Qué bien se siente.

—Lo sé.

Ilya le besó el cuello, la mandíbula y luego la boca de nuevo. Su propio orgasmo iba en aumento, y se debatía entre acelerarlo y querer frenarlo. No quería que ese momento terminara.

Excepto que habría más momentos como este. Toda una vida llena de ellos.

—Shane —susurró.

—Sí —dijo Shane con voz temblorosa—. Yo también.

El movimiento constante de sus caderas empezó a perder el ritmo mientras ambos se balanceaban al borde del clímax. Respiraban en la boca del otro, con las frentes apretadas, hasta que Shane gimió e Ilya sintió el primer chorro caliente de la corrida sobre su piel. Fue suficiente para romper el dique que tenía dentro, y su propia corrida se desbordó y estalló.

Shane rodeó con sus brazos y piernas el cuerpo tembloroso de Ilya, atrayéndolo aún más hacia sí. Se besaron con torpeza y se rieron de ello. Al final, Ilya se dio la vuelta y se tumbó bocarriba, e inmediatamente Shane apoyó la cabeza en su pecho. Recorrió con la yema de un dedo el anillo que ahora descansaba cerca de la garganta de Ilya.

—Estaba pensando en el verano —dijo Shane.

—¿En el verano para qué?

Shane levantó la cabeza y cruzó la mirada con Ilya.

—Para todo. Para salir del armario. Para hacerlo público. Para casarnos.

A Ilya se le aceleró el corazón.

—¿Sí?

—Sí. Sé que va a ser un desastre, pero estoy harto de tener miedo a que nos descubran. Quiero contárselo a la gente, en nuestros propios términos. Creo que podré afrontar cualquier cosa que pase, siempre y cuando darlo a conocer sea una decisión que hayamos tomado nosotros mismos. Juntos.

—Eso es lo que quiero —asintió Ilya—. Lo diremos nosotros mismos. Juntos.

Shane sonrió.

—Puede que ya les haya dicho a mis padres que te iba a proponer matrimonio.

—¿Les ha parecido bien?

—Por supuesto. Creo que, para ellos, ya estamos casados. Pero tampoco tienen muy claro cuál es nuestro plan. Yo tampoco, pero ya lo resolveremos.

—Sí —asintió Ilya—. ¿Y hasta el verano?

—¿Supongo que más de lo mismo? Excepto que quizá podríamos… ¿ser menos cautelosos?

Las cejas de Ilya se dispararon hacia el cielo.

—O sea —dijo Shane enseguida—, me refiero a que podríamos mostrarnos un poco más sin llamar demasiado la atención, ¿no? Creo que funcionaría. Acabo de enterarme de que J. J. cree que me tienes embelesado sin que tú lo estés de mí.

—¿Embele... qué?

—Tipo, que me he pillado de mi amigo heterosexual.

Ilya se rio.

—Eso debe de ser muy duro para ti.

—Solo digo que la gente realmente cree que eres heterosexual.

—¿Y si les dijera que soy bisexual? ¿Eso lo estropearía todo?

Shane frunció el ceño mientras parecía pensárselo. Luego dijo:

—Si quieres salir del armario, deberías hacerlo.

—Puedo esperar. Hasta el verano. No queda mucho.

—No —asintió Shane.

Se besaron y, a continuación, Shane volvió a recostarse contra el pecho de Ilya. Ilya acarició el pelo de Shane, disfrutando de la tranquilidad y la emoción que le recorría el cuerpo. ¡El verano! No dentro de diez años, sino ¡este verano!

Tras varios minutos de silencio, Ilya dijo:

—Mañana tienes libre, ¿verdad?

—Mmm…

—Voy a faltar al entrenamiento.

—¿Es opcional? —murmuró Shane con sueño.
—Me da igual.

Capítulo 26

Ilya se sentía como un puto superhéroe mientras se vestía para su siguiente partido.

La presión del anillo que llevaba colgado al cuello contra su pecho, bajo las capas del jersey, protecciones y la camiseta deportiva, todavía le resultaba extraña, pero le provocaba un escalofrío cada vez que lo notaba. Nadie le había preguntado por el anillo. Probablemente nadie se había dado cuenta. Ilya no daría una respuesta clara si alguien le preguntara. De todos modos, tenía fama de ser misterioso.

Se había reunido con Galina aquella tarde, después de que Shane se fuera, y habían hablado sobre todo de su experiencia cercana a la muerte. No le había contado que se habían comprometido. Todavía le parecía algo demasiado reciente, demasiado precioso, como para compartirlo con nadie.

Aunque probablemente Galina se había dado cuenta del cambio que se había producido en él. Sabía que un anillo de compromiso no era una cura para la depresión, pero estaba feliz de disfrutar de esa euforia todo el tiempo que pudiera.

Por eso no había hablado con Shane de sus problemas de salud mental, tal y como había planeado. Seguía siendo optimista y creía

que podría recuperarse sin preocupar a su futuro marido. Probablemente fuera una tontería, pero, bueno, Ilya se había sentido un poco tonto esos últimos días.

El partido de esa noche era en casa, y se enfrentaban a los New York Admirals, primeros clasificados. Ilya no se sentía intimidado. Era el puto Ilya Rozanov, y ya era hora de que su equipo empezara a ganar.

Se dirigió al centro del vestuario.

—A ver, escuchad.

La sala se quedó en silencio de inmediato. A Ilya no le sorprendió. Rara vez daba discursos, ya que prefería liderar con acciones más que con palabras. Hay que reconocer que no tenía ni idea de lo que iba a decir en ese momento, pero necesitaba decir algo…

Decidió empezar con algo que llamara la atención.

—Los New York Admirals no son mejores que nosotros.

Tal y como esperaba, sus compañeros empezaron a burlarse y a reírse ante esas palabras. Ilya siguió hablando sin hacer caso.

—No lo son. Ellos tienen a Scott Hunter, pero en nuestro equipo estoy yo.

Al otro lado del vestuario, Ilya pudo ver cómo se curvaban los labios de Troy. Siguió hablando:

—Tienen a Tommy Anderson, un buen portero. Joven, con talento, sí. Y nosotros tenemos a Wyatt Hayes, un gran portero. —Hizo contacto visual con los ojos con Wyatt y le dedicó una sonrisa —. Viejo, con talento.

Eso provocó que la sala estallara en risas y aplausos. Wyatt le devolvió la sonrisa y dijo:

—Con experiencia.

Ilya siguió hasta que había nombrado a todos los jugadores,

destacando lo que los hacía grandes. Lo que hacía grande a este equipo.

—Estoy hasta los huevos de perder. Ya basta. Vamos a ganar este partido esta noche, y vamos a seguir ganando. —Ya que se había lanzado a hacer promesas grandilocuentes, decidió apuntar aún más alto—. Vamos a llenar cada asiento de este puto estadio. Vamos a sorprender a todo el mundo y vamos a llegar a los *play-offs* este año. No el año que viene. No en el futuro. Este puto año.

Ni una sola persona en el vestuario puso los ojos en blanco ni restó importancia a sus atrevidas predicciones. Todos vitorearon, y eso hizo que el corazón de Ilya se llenara de alegría. Amaba a ese puto equipo.

—Hemos pasado por algo juntos. Pero estamos vivos. Todos lo estamos y no pienso desperdiciar ni un segundo más.

Se acabaron las derrotas, se acabó ocultar sus sentimientos, se acabó esconder a su novio. Se acabó tener miedo de sus pensamientos oscuros. Se acabó tener miedo a volar. Terminó el discurso con:

—¡Vamos, joder!

El rugido de sus compañeros de equipo fue ensordecedor.

Ganaron el puto partido.

Ilya marcó, Troy marcó y Luca marcó. Hasta el puto Tanner Dillon había marcado un gol. Wyatt hizo unas paradas fantásticas toda la noche. Y cada minuto había sido divertido.

Después celebraron en el vestuario y luego se fueron al Monk's. Esta vez, Ilya también fue. No se lo habría perdido por nada del mundo.

—Juegas fatal al billar —le espetó a Bood mientras se agachaba

para hacer un tiro—. ¿Cómo se supone que voy a hacer esto si tienes tantas bolas en mi camino?

—Esa es mi estrategia —dijo Bood con una sonrisa.

Ilya resopló, hizo su tiro y luego observó consternado cómo una de las bolas de Bood entraba en una tronera lateral.

Bood se partió de risa.

—¿Ves? Me haces el trabajo.

—¿Te refieres a como en la pista?

Bood le apuntó con el taco de forma amenazante.

—Vale. Ahora es cuando ya te puedes ir a la mierda.

Los dos se rieron. Ilya estaba de muy buen humor. No solo había sido un partido genial y se lo estaba pasando en grande bebiendo con sus compañeros de equipo, sino que había visto a Troy salir del bar con Harris hacía unos minutos. Había mucho que celebrar.

Ilya fue a servirse otra cerveza y se encontró con que la jarra estaba vacía.

—¿Otra? —le preguntó a Bood.

—No. Tengo que irme a casa. Cassie va a dar a luz en cualquier momento.

—Sí. Claro. Dale recuerdos a Cassie de mi parte.

Bood lo abrazó y luego le dio una fuerte palmada en la espalda para despedirse.

—Has jugado bien esta noche.

—Te refieres al hockey, ¿sí? No al billar.

—No al billar, no —asintió Bood—. Que te diviertas, Roz.

Ilya aún no estaba del todo listo para irse a casa. Le preocupaba que el buen rollo se acabase en cuanto se quedara solo. Se dirigió a la barra, pidió otra cerveza y se la llevó a una mesa donde un grupo de chicos estaba viendo a Luca Haas hacer… algo.

—¿Sabías que Luca sabía dibujar así? —preguntó Evan Dykstra al

ver a Ilya—. Es alucinante.

—Déjame ver —dijo Ilya, y se inclinó sobre la mesa. Luca estaba haciendo un dibujo a lápiz de Spider-Man. Parecía profesional.

—Joder —exclamó Ilya—. Increíble. Yo no sé dibujar nada.

—Y está, tipo, medio borracho —dijo Dykstra con orgullo.

—No está tan bien —murmuró Luca—. He estropeado las telarañas de sus hombros.

Suspiró y cogió la goma de borrar que había sobre la mesa a su lado.

—¡No! —protestó Ilya—. No lo borres.

—Solo voy a retocarlo —dijo Luca con una pequeña sonrisa—. Es para el hijo de Nick. ¿Quieres que te dibuje un Spider-Man a ti, Ilya?

A Ilya le apetecía un poco decir que sí. Se sentó en la única silla vacía y observó fascinado cómo Luca retocaba lo que fuera que le había molestado del dibujo.

—¿Es esto lo que llevas en esa mochila que tienes siempre? —preguntó Ilya—. ¿Material de dibujo?

Luca se subió las gafas por la nariz con la punta del lápiz.

—En su mayor parte, sí. —Terminó el dibujo, lo firmó y luego sacudió la mano—. Me voy a tomar un descanso. Me ha dado un calambre en los dedos.

—¿Por qué no te dedicas profesionalmente al arte, Haas? —dijo Ilya.

Luca se rio.

—Creo que el hockey está mejor pagado.

—Deberías diseñar mi próximo tatuaje —dijo Ilya—. Algo así como un animal guay.

Luca se lo quedó mirando fijamente.

—¿Hablas en serio?

Ilya se encogió de hombros. No había pensado mucho en su

siguiente tatuaje, pero estaría bien que se lo diseñara un compañero de equipo.

—Claro.

—Eso es mucha presión —dijo Luca.

—Si es demasiado, ya buscaré a otra persona para que lo haga —bromeó Ilya—. D, ¿quieres diseñarme el tatuaje?

Dykstra esbozó una sonrisa.

—¿Quieres un muñequito de palitos o un corazón?

Luca se levantó y estiró la espalda, girándose de un lado a otro.

—Voy a por otra cerveza.

—Pide una jarra —dijo Ilya—. Podemos compartirla.

—Ah —dijo Luca, y luego sonrió—. Sí, vale.

Ahora que la exposición de arte había terminado, los demás empezaron a levantarse de la mesa para charlar con la gente. Para cuando Luca volvió con la jarra y una pila de vasos, Ilya era el único que quedaba.

—Bueno —dijo Ilya después de que Luca se hubiera sentado—, ¿qué tal te está sentando ser el favorito de la afición?

Luca se sirvió una cerveza.

—No soy el favorito. Lo eres tú, obviamente.

—Yo soy agua pasada. Tú eres nuevo y emocionante.

—Soy nuevo y estoy nervioso. Y seguro que soy una decepción.

—¿Una decepción? ¿Cómo? Llevas jugando menos de cuatro meses.

Luca arqueó las cejas por encima de las gafas.

—¿Cuántos goles marcaste en tus primeros cuatro meses en la NHL?

Ilya sonrió y dio un sorbo a la cerveza. No hacía falta que respondiera. Estaba seguro de que Luca lo sabía.

Luca suspiró.

—No debería compararme con… —Hizo un gesto con la mano hacia Ilya—. Por supuesto que tú eres el mejor.

—Por supuesto —asintió Ilya en tono juguetón.

Luca se inclinó hacia delante y, por primera vez, Ilya se dio cuenta de que parecía que iba un poco borracho.

—Tenía un póster tuyo en la pared. Cuando era niño.

—Cuando eras niño —bromeó Ilya—. ¿Cuándo? ¿El año pasado? ¿Hace cuatro meses?

Luca resopló y dio un sorbo a su cerveza.

—¿Qué póster era? ¿Salía guapo?

—Siempre sales… —A Luca se le sonrojaron las mejillas—. Solo era una foto de hockey. Con todo tu equipamiento.

Ilya archivó mentalmente ese desliz en la categoría de «interesante».

—¿Sigue el póster en tu pared? —preguntó—. Dime la verdad.

—No.

—¿Te lo has traído? Puedo firmártelo si quieres.

Luca se rio y negó con la cabeza.

—Sí. Lo tengo encima de la cama —dijo con sarcasmo.

—Eso distraerá a la gente con la que intentes acostarte.

Luca volvió a reírse, esta vez más bien con un balbuceo de sorpresa.

—Quizá ese sea el problema.

Ilya se inclinó hacia él.

—¿Problema?

—Nada. Estaba de broma. —Luca apretó los labios y apartó la mirada, como si estuviera decidiendo si admitir algo o no. Luego dijo, mirando su cerveza—: Es difícil conocer gente con la que..., eh, hacerlo. Últimamente.

Ilya no esperaba verse envuelto en una conversación sobre sexo

con su *rookie*, pero supuso que era un experto.

—¿Ah, sí? ¿Sales por ahí? ¿O usas aplicaciones? Estoy seguro de que casi todo Ottawa quiere follar contigo.

Luca carraspeó.

—Es que, eeeh… He probado un poco todas esas aplicaciones, sí.

—¿Y no ha habido suerte?

—La verdad es que no. Me pone un poco nervioso conocer gente.

Ilya sonrió.

—Anda, no me jodas.

—Supongo que tú nunca has tenido ese problema.

—No —respondió Ilya siendo sincero—. Pero puede ser… complicado. Ser muy joven y famoso, y follar queriendo ser, eeeh… —Buscó la palabra adecuada—. ¿Precavido?

Luca asintió.

—Sí. Precavido.

—Quizá a mí no me preocupaba tanto serlo —dijo Ilya—. Me acosté con mucha gente.

A Luca se le sonrojaron las mejillas.

—Sí. Algo he oído.

—Estuvo bien. Sin problemas. La mayoría de la gente quiere ligar y seguir adelante sin historias. Incluso cuando eres famoso.

Luca jugueteaba con un posavasos.

—No es que esté buscando rollos.

—Ah. ¿No te gusta follar?

Lucas se sonrojó aún más.

—Me gusta, sí. Soy..., eeeh, exigente. Quizá. O tímido. No lo sé. —Soltó una risita nerviosa—. Esta no es una conversación que pensaba que fuera a tener contigo.

Ilya sonrió.

—¡Pero estoy justo al lado de tu cama, viéndote follar!

—¡Tío! ¿Qué acabo de oír?

Ilya se volvió y vio a Dykstra detrás de él, riéndose.

—Deja de espiarnos.

—Pues tú deja de mirar cómo follan los *rookies*, ¿eh?

Ilya lo miró con el ceño fruncido.

—Tiene un póster mío. Es una broma.

Dykstra frunció el ceño y miró a Luca.

—¿Tienes un póster de Roz junto a tu cama?

—¡No! Lo tenía cuando era niño.

Dykstra se rio.

—Tío, eres un niño.

—Soy mayor de lo que parezco —explicó Luca con la seriedad de un veinteañero borracho.

—Sí —dijo Dykstra—. Mi hija de un año es más mayor de lo que tú pareces. —Se rio de su propio chiste—. Hablando de eso, me voy.

Chocó los puños con ambos y luego se dirigió hacia la salida.

—Pareces mayor de un año —le aseguró Ilya a Luca.

Luca resopló y negó con la cabeza.

—Dicen que nunca hay que conocer a tus héroes.

Ilya sonrió y decidió que este chico le caía muy bien.

Capítulo 27

—No sé muy bien qué intentas demostrar —dijo Ilya.

—Que soy el patinador más rápido de la liga. Obvio.

Ilya resopló. Era imposible que Shane fuera el patinador más rápido de la liga. Incluso si fuese una competición solo entre ellos dos, Ilya siempre se había considerado el más rápido. Podía admitir que Shane controlaba mejor el *stick*, pero Ilya era más rápido. Sin dudas.

—Ya lo veremos —dijo Ilya.

Estaban sentados juntos en el banquillo del equipo de la Conferencia Este en el Concurso de Habilidades All-Star de la NHL, que era sobre todo una velada divertida que ninguno de los jugadores se tomaba demasiado en serio. Ninguno excepto Shane Hollander.

A Shane e Ilya les gustaba participar en la misma prueba cada año, para poder competir directamente. A la liga también le gustaba eso, al igual que a los aficionados. Por la razón que fuera, Shane había querido participar en la prueba del patinador más rápido este año. Ilya sospechaba que tenía mucho que ver con los inminentes treinta de Shane.

Ilya no estaba nervioso: era un patinador rápido. Ya había

participado en esa prueba una vez, hacía años, y había ganado. Shane se había lesionado aquel año y no había estado en el fin de semana del All-Star.

Probablemente, la victoria de Ilya le había dolido a Shane desde entonces.

—¿Listo? —preguntó Ilya mientras observaba cómo el equipo de mantenimiento de la pista colocaba los últimos conos para la prueba.

—Claro.

—Puede ser peligroso —advirtió Ilya—. Ten cuidado con las curvas.

—Sé patinar.

—¿Tienes las cuchillas afiladas? ¿Están en buen estado?

Shane le lanzó una mirada fulminante.

—Preocúpate de tus propios patines, Rozanov.

Ilya sonrió. Que empiece el puto juego.

Vieron cómo un *rookie* de Vancouver batía el récord anterior por cuatro décimas. Los demás jugadores golpearon los *sticks* contra las vallas para felicitarlo. Los jugadores del banquillo de la Conferencia Oeste lo envolvieron entre abrazos, le dieron palmadas en la espalda y le rascaron la cabeza con los nudillos.

—¿Vas a romperle el corazón a ese chico? —preguntó Ilya.

—Sí —respondió Shane, y saltó por encima de las vallas al hielo.

El público enloqueció cuando Shane ocupó su lugar en la línea de salida. La prueba era muy sencilla: una vuelta al perímetro de la pista de hielo, y ganaba quien tardara menos. A Ilya siempre le había parecido un poco ridícula la competición del patinador más rápido porque, por lo general, el primero y el último solían llevarse menos de un segundo, así que, prácticamente, era un empate.

Aun así, quería ganar.

Pero, sobre todo, no quería que Shane se rompiera el tobillo

intentando recortar una fracción de segundo de su tiempo cogiendo las curvas con demasiada agresividad.

Sonó la señal de salida y Shane salió disparado. Las dos primeras curvas las cogió como si lo hubiera lanzado una honda y luego impulsó con fuerza las piernas a lo largo de la recta de la pista. Nadie llevaba casco en la competición de habilidades, así que la melena de Shane volaba detrás de él mientras se lanzaba hacia las dos últimas curvas. A Ilya se le subió el corazón a la garganta mientras observaba, aterrorizado y deslumbrado al mismo tiempo.

Segundos después, Shane cruzó la línea de meta, ileso y con un nuevo tiempo récord bajo el brazo.

Bueno.

Cuando Shane volvió al banquillo, lo que le esperaba eran más bromas y burlas que abrazos.

—Joder, Hollander —se rio un defensa de Pittsburgh—. Ni siquiera has dejado que el chaval terminara de celebrarlo antes de humillarlo, ¿eh?

—Por dios —refunfuñó Wyatt—, ¿no te basta con ser el mejor jugador de la liga, que también tienes que ser el más rápido?

—¡Oye! —protestó Ilya—. No es el mejor jugador de la liga. Ni el más rápido.

—Demuéstralo —dijo Shane con una sonrisa seductora. Ilya quería devorarlo.

—Cuando me toque a mí, lo haré.

Los tres patinadores siguientes no lograron superar el tiempo de Shane. Y por fin le tocó a Ilya, el último participante de la prueba.

—Buena suerte —dijo Shane con tono cantarín mientras Ilya saltaba la valla.

—Quizá lo haga hacia atrás —dijo Ilya—. Así será un reto de verdad.

Shane lo miró con el ceño fruncido e Ilya se echó a reír. No volvería a hablarle si Ilya no lo hacía lo mejor que pudiera.

Patinó lentamente hasta la línea de salida, saludando al público mientras avanzaba. Lo daría todo.

Su marca, al parecer, fue una fracción de segundo más lenta. Así que se declaró a Shane ganador.

Pero, en realidad, era prácticamente un empate. Así que le daba igual.

Shane no actuó como si fuera un empate. Le dedicó a Ilya una sonrisita de satisfacción, como si a Ilya no le importara una mierda todo eso.

—Enhorabuena —dijo Ilya cuando Shane dejó de celebrar—. Eres como una milésima de segundo más rápido que yo. En esta única carrera.

—He ganado. Eso es lo que importa.

Ilya quería soltar algún comentario desagradable sobre cómo todas las restricciones alimenticias y el sacrificio personal de Shane se traducían exactamente en 0,13 segundos de superioridad atlética, pero decidió dejar que Shane disfrutara de su victoria.

Además, ganar cosas siempre ponía a Shane a mil, así que Ilya se consideraba el verdadero ganador.

Por desgracia, a continuación, tuvieron que ver cómo Dallas Kent ganaba la competición de precisión en el tiro, lo cual fue un auténtico bajón. Aunque la forma en que Shane resoplaba enfadado junto a Ilya resultaba bastante excitante.

—Lo odio, joder —dijo Shane.

—Ya.

—Quiero… No sé. Quiero que lo castiguen.

—Eso estaría bien —asintió Ilya.

Shane levantó la vista hacia el palco donde estaba sentado el

comisionado Crowell.

—Ojalá hiciera algo.

Ilya resopló y luego se dio cuenta de que no le había contado a Shane lo último que había oído sobre Crowell.

—No va a ayudar. Llamó a Troy hace unos días y le dijo que dejara de publicar cosas sobre agresiones sexuales en su cuenta de Instagram.

Shane volvió la cabeza de golpe para mirar a Ilya.

—¿Qué? Pero Troy estaba publicando cosas sobre dónde podían buscar ayuda las víctimas, ¿no? ¡Y sobre organizaciones benéficas a las que la gente podía hacer donaciones!

Ilya asintió.

—Solo cosas para ayudar, sí.

—¿Por qué coño querría Crowell que dejara de hacerlo?

Ilya señaló con la cabeza a Dallas Kent.

—Creo que porque hiere los sentimientos de Kent.

Shane se quedó boquiabierto.

—¿En serio? Joder, hostia puta, de verdad…

—O porque hace quedar mal a la liga.

Shane se burló.

—Seguramente…

Justo en ese instante, Kent pasó patinando junto a ellos. Ilya lo miró con rabia y estaba convencido de que Shane también.

—Quería comentártelo… —dijo Shane, una vez que Kent estuvo fuera del alcance del oído—. Me impresionó lo que estaba haciendo Troy.

—¿Te olvidaste de comentármelo o no lo habías hecho porque sigues odiándolo?

—No lo odio.

—Mmm…

—Me alegro de que seáis amigos, o lo que seáis —refunfuñó Shane.

—Le diré que has dicho eso la próxima vez que nos duchemos juntos —le respondió Ilya.

Shane le dio un codazo en el brazo.

—Cállate. Estoy intentando seguir esto.

—Están colocando los conos. ¿Eso es lo que quieres ver?

Shane bajó la cabeza, lo que significaba que se le estaban sonrojando las mejillas.

Wyatt apareció de repente delante de ellos y apoyó un codo en las vallas.

—¿Qué tal, colegas?

—Chiiist. Que Shane está viendo cómo colocan los conos.

—¿Te puedes ir a la mierda? —gruñó Shane.

Wyatt echó un vistazo a la pista.

—Qué guay. No se valora lo suficiente el duro trabajo del equipo de mantenimiento de la pista. Excepto el de los conductores de las pulidoras de hielo. Esos sí que son superestrellas. —Dio una palmada a las vallas—. Debería haber una competición de pulidoras. Con obstáculos y todo eso.

Ilya parpadeó mirando a su portero.

—Sí. Gran idea, Hazy.

—Enhorabuena por ganar esa cosa del patinaje, Shane.

—Gracias.

—Prácticamente ha sido un empate —dijo Ilya.

—Eso no es lo que marcaba el cronómetro —replicó Shane.

—Si lo volviéramos a hacer ahora mismo, lo más probable es que ganara yo.

—Bueno, pues haber ganado la primera vez, capullo.

Wyatt frunció el ceño mirándolos.

—¿En qué momento os ha parecido buena idea sentaros juntos?

—Hola, Hunter —dijo Ilya con alegría mientras se sentaba en la silla junto a Scott Hunter. Varios jugadores se habían reunido en el bar del hotel; la mayoría de ellos estaban sentados en mesas grandes.

—Rozanov —dijo Scott con un gesto cauteloso con la cabeza.

Ilya dejó caer su pinta de cerveza sobre la mesa y se recostó en la silla.

—Qué pena que hayas perdido.

Scott resopló.

—De todos modos, la prueba de control de *puck* es una tontería. Está hecha para dejarnos mal.

—Mmm. Aun así, alguien al final te ha ganado.

Scott entrecerró los ojos.

—Tú tampoco has ganado tu prueba. Hollander te ha dejado por los suelos.

—Ha sido prácticamente un empate.

Scott dio un sorbo a su cerveza y pareció mirar alrededor en busca de alguien más con quien hablar. Al final, suspiró y dijo:

—Tu equipo está jugando bien últimamente.

Eso era quedarse corto. Ottawa estaba que se salía desde que había vuelto de su viaje a Florida, que estuvo a punto de acabar en tragedia, y disfrutaba de una racha de victorias de récord para la franquicia.

—Este año vamos a llegar a los *play-offs* —dijo Ilya.

—Quizá sea un poco pronto para dar eso por hecho.

—No lo creo. Somos muy buenos. ¿Te acuerdas de cuando os ganamos? No hemos perdido desde entonces. Desde esa vez que os

ganamos.

Scott resopló.

—Tío, qué pesado eres.

Ilya sonrió.

—Hollander me ha dicho que quieres entrenar en nuestros campamentos.

—En uno de ellos, quizá. Sí.

—¿Qué habilidades tienes? Ya tenemos a un tipo aburrido: Hollander.

—¿Sabes qué? Quizá vaya a estar ocupado este verano.

Ilya le dio un codazo.

—Nos encantaría que vinieras. De verdad. Los chicos estarán muy emocionados.

Scott lo miró con recelo.

—¿Vale…?

—Sí. Y trae a Kip. A veces salimos por la noche y nos lo pasamos bien. Ryan Price trae a su novio.

La expresión de Scott se relajó un poco.

—Kip ha dicho que le gustaría visitar Montreal.

Ilya se quedó boquiabierto.

—¡Ottawa también está bien!

—Sí, pero Montreal es Montreal.

Ilya no pudo rebatirlo. Echó un vistazo al otro lado de la sala y vio a Shane hablando con Matheson, el capitán del equipo de Colorado. Shane llevaba puesta esa camisa de seda tan sexy que Rose le había comprado —esa que era prácticamente transparente— e Ilya no había dejado de lanzarle miradas furtivas durante toda la noche.

Ilya se frotó un instante el pecho, buscando hasta encontrar el contorno redondeado del anillo escondido bajo la camisa.

—¿Qué tal la vida de casado?

La cara de Scott volvió a mostrarse recelosa.

—Bien…

—¿Eres feliz? ¿Kip es feliz?

—Lo último que me dijo es que sí.

Ilya arqueó las cejas.

—¡Me lo ha dicho esta mañana! —aclaró Scott—. ¡He hablado con él esta mañana! De hecho, iba a venir conmigo, pero este fin de semana va a hacer un trabajo de voluntariado en Brooklyn.

—Qué detalle por su parte.

—Sí —dijo Scott a la defensiva—. Es buena gente.

—Bien.

Ilya dio un trago a la cerveza. Shane se reía de algo que había dicho Matheson. Tenía los ojos arrugados de tanto reír.

—¿Está contento Kip de que te retires este año?

—Vete a la mierda. No me voy a retirar este año…

Ilya abrió mucho los ojos, fingiendo sorpresa.

—¿No? ¡Pero si tu cuerpo está demacradísimo!

—Muy bien —dijo Scott y empezó a levantarse—. Buenas noches, Rozanov.

—¿Te acuerdas de dónde está tu habitación?

—Cállate.

—¿Necesitas ayuda?

Scott siguió caminando y no respondió. Ilya no pudo evitar admirar su corpulento físico mientras Scott se alejaba. La verdad era que parecía que podría seguir jugando al hockey durante muchos años más.

Ilya se terminó la cerveza y luego se levantó. Cruzó de inmediato la mirada con Shane y asintió en dirección a los ascensores. Shane respondió con un leve movimiento de cabeza, con eso era suficiente.

Shane subió al ascensor con un *rookie* finlandés de Vancouver —el mismo que había participado en la competición del patinador más rápido— que no conocía de nada. Aunque el chico parecía más interesado en su móvil que en Shane. Al entrar, le dedicó una breve sonrisa amistosa y luego fijó la mirada en las puertas del ascensor.

El fin de semana del All-Star siempre era divertido, pero también un poco agotador por las entrevistas, los eventos y las reuniones sociales con otros jugadores. Esos fines de semana también implicaban muchas situaciones de alto riesgo en las que había que actuar a escondidas, lo cual resultaba estresante. Bueno, estresante y un poco excitante, si Shane era sincero. Le había costado concentrarse en lo que le decía Matheson porque Ilya estaba sentado al otro lado de la sala, bebiéndose una cerveza y luciendo tan puto sexy que Shane llevaba media hora luchando internamente por contener una erección.

Shane se dirigió primero a su habitación. En parte porque el *rookie* seguía caminando detrás de él, y en parte porque quería refrescarse un poco.

Cuando sacó el móvil del bolsillo, vio un mensaje de Ilya:

> Ilya: ¿Dónde estás?

Shane sonrió para sus adentros y decidió no responder. Le gustaba ver a Ilya impaciente.

Una vez que Shane se había cambiado, cepillado los dientes, peinado y aseado bien por todas partes, se dirigió a la habitación de Ilya, al final del pasillo.

Llamó a la puerta lo más suave posible e Ilya la abrió enseguida.

—Por fin —dijo Ilya.

Dio un paso atrás para que Shane pudiera entrar y cerró rápido la puerta tras ellos.

—¿Te he hecho esperar mucho?

Ilya se adentró en su espacio.

—Eres demasiado lento.

—No según la competición de habilidades.

Ilya exhaló con fuerza por la nariz y luego besó a Shane con intensidad.

Siempre era como volver a cuando se veían en habitaciones de hotel en aquella época… Los hoteles habían sido su lugar de encuentro habitual durante años, donde aprovechaban un par de horas preciosas juntos cuando estaban en la misma ciudad. Ahora sus ciudades estaban tan cerca que sus equipos rara vez se quedaban a dormir después de los partidos. Nada excitaba tanto a Shane como colarse así en la habitación de Ilya.

Enroscó una pierna alrededor del culo de Ilya y lo agarró por los hombros, casi como si intentara trepar por él. Ilya soltó una risita entre sus labios y deslizó una mano bajo el culo de Shane para ayudarlo a sujetarse.

—Hablar con Matheson te ha puesto cachondo —dijo Ilya.

—Mirarte me ha puesto cachondo —lo corrigió Shane—. No poder tocarte. Cá… Joder… Cállate y ya, ¿vale?

Ilya, por suerte, volvió a besarlo, y Shane se dejó llevar de nuevo por esa maravillosa y poco habitual sensación de que le importara una mierda todo, salvo las manos de Ilya sobre su cuerpo y la lengua de Ilya en su boca.

Shane, evidentemente, ya estaba duro como una piedra y era más o menos consciente de que se estaba frotando un poco contra el muslo de Ilya, y que quizá debería parar porque sería vergonzoso si se corría ya. Pero, en realidad, tampoco le importaba.

Por suerte, a Ilya sí le importaba. Rompió el beso y se libró del abrazo de la pierna de Shane que lo rodeaba.

—A veces, más rápido no es mejor —dijo Ilya con una sonrisa torcida.

Le cogió la mano a Shane, se la llevó a los labios y le besó despacio los nudillos.

—Sí, pero…, ay. —El argumento de Shane se vio interrumpido cuando Ilya pasó la lengua entre los nudillos. Por alguna razón, la sensación provocó oleadas de placer por todo el cuerpo de Shane. ¿Cómo lo sabía? ¿Qué llevaba a alguien a decidir hacer algo así?

—Esta noche vamos a tomárnoslo con calma —le informó Ilya.

Shane solo pudo asentir, con la cabeza tambaleante como el resto del cuerpo.

Ilya le tiró de la mano y lo llevó hasta el borde de la cama. Se detuvo allí y empezó a jugar con suavidad con las puntas del pelo de Shane con una mano, mientras la otra descansaba sobre su cadera.

—Quiero mirarte —dijo Ilya—. Por todas partes. Y tocarte. Y besarte. Quiero tomarme mi tiempo hasta que te mueras de ganas.

La lengua de Shane parecía pesada.

—Más te vale que la espera merezca la pena.

—Ya lo verás —dijo Ilya, recorriendo delicadamente con la yema de un dedo la línea de la mandíbula de Shane—. Porque además yo también me voy a morir de ganas.

Shane llevaba casi un año sin beber alcohol, pero en ese momento se sentía un poco borracho. La mano de Ilya en su cadera era posiblemente lo único que le impedía caer de bruces al suelo.

—Parece que lo vas a pasar mal…

Los labios de Ilya esbozaron una sonrisa.

—Es tu recompensa. Por haber ganado hoy.

—Ay… —dijo Shane con voz entrecortada—. Joder.

Entonces volvieron a besarse; la gran mano de Ilya le sujetaba la cara a Shane, con el pulgar presionándole la articulación de la

mandíbula. Shane apoyó las manos en el pecho de Ilya y notó el anillo bajo su ropa. Quería verlo. Quería que Ilya se quitara la camisa. Quería que se quitaran toda la ropa. Quería a Ilya dentro de él y…

—Relájate —se rio Ilya.

Shane se dio cuenta de que había estado agarrando la camisa de Ilya, quizá intentando arrancársela.

—Te deseo, joder —dijo Shane. Sonó como un lloriqueo.

—Lo sé.

Pero, en lugar de hacer nada para acelerar las cosas, Ilya le besó con suavidad la frente, luego la ceja derecha y después la mejilla.

Shane exhaló un suspiro largo y lento y cerró los ojos. Le tocaba aceptar que Ilya llevaba las riendas. Se quedó quieto y dejó que Ilya le besara la mandíbula, la barbilla y el cuello. Se concentró en el aliento de Ilya sobre su piel, en los dedos entre su pelo y en los latidos constantes de su propio corazón.

Ilya solo quería mimarlo. Lo mínimo que Shane podía hacer era permitírselo.

De repente, una ráfaga de gritos y risas llegó desde el pasillo, al otro lado de la puerta. Eran las fuertes voces masculinas de sus compañeros; Shane estaba bastante seguro de que una de ellas era la de Dallas Kent. Se estremeció al recordar que allí estaban peligrosamente cerca del resto del mundo del hockey.

—No les hagas caso —susurró Ilya.

—Lo intento.

Ilya lamió el hueco del cuello de Shane y luego fue bajando con sus besos hasta llegar al cuello de la camisa de Shane.

—Me gusta esta camisa —dijo Ilya.

—Por eso me la he puesto.

Ilya se la quitó y besó la piel recién descubierta de la clavícula y

el pecho de Shane. Le besó los hombros mientras empujaba suavemente a Shane hacia atrás, sobre la cama.

Shane fue subiendo por su espalda hasta que la cabeza le llegó a las almohadas. Ilya lo siguió, inclinándose sobre él mientras continuaba dándole besos por donde le apetecía. Para Shane era un lujo y un capricho quedarse ahí tumbado mientras Ilya le hacía sentir de maravilla. Le parecía un premio que se había ganado, y eso fue lo que provocó que Shane acabara de excitarse. Le encantaba que lo recompensaran así. Ilya le besó el pecho mientras le desabrochaba el cinturón y, a continuación, el botón de los pantalones cortos. Le mordió el pezón derecho con los dientes mientras le bajaba la cremallera.

—Ah —jadeó Shane.

Levantó las caderas para que Ilya pudiera deslizarle los pantalones cortos y los calzoncillos hasta dejarlos en el suelo. La polla de Shane estaba dura y se le pegaba al abdomen mientras esperaba que le hicieran caso.

Ilya, obviamente, la ignoró.

Siguió torturando dulcemente a Shane con besos suaves y caricias que le hacían curvar los dedos de los pies y hacer que la sangre le ardiera. Sentía como si se estuviera hundiendo en el colchón o flotando hacia el techo. Tenía la mente nublada por la lujuria y la felicidad. Aún podía oír a la gente (compañeros de la NHL) hablando en voz alta en el pasillo, pero le parecía algo lejano y sin importancia. Nada importaba salvo Ilya. El hombre al que amaba. Su futuro marido.

—Me la vas a meter —murmuró Shane—, ¿verdad?

Ilya besó la cadera de Shane.

—Quizá.

Shane se estremeció.

—Dios…

Ilya se rio contra su piel.

—Te esfuerzas tanto por cuidar este cuerpo… Debería gustarte que te presten atención.

Claro que le gustaba, joder.

—¿Te quitas la camiseta? —Sonaba patético.

Ilya se incorporó y se quitó la camiseta por la cabeza, para luego tirarla detrás de él. El anillo brillaba en su cadena contra el vello oscuro de su pecho y, dios, a veces Shane se olvidaba. Parecía imposible poder tener a ese hombre para siempre.

Shane extendió una mano.

—Ven aquí. Bésame.

Ilya se inclinó y mordisqueó el labio inferior de Shane, luego le dio un besito en una comisura de la boca y después en la otra. Cuando por fin se apoderó de la boca de Shane, lo besó con una paciencia y un control enloquecedores. Shane intentó tomar las riendas, desesperado por acelerar, pero Ilya no se lo permitió.

«Pórtate bien —se dijo Shane a sí mismo—. Deja que él haga esto por ti».

Deseaba que Ilya le tocara la polla. Estaba justo ahí, pero Ilya se había colocado de tal forma que se hallaba casi al lado de Shane, dejando la erección de este sola y desamparada.

Shane intentó deslizar una mano hacia abajo para darse un poco de alivio, pero Ilya le agarró la muñeca y le inmovilizó la mano con firmeza sobre la almohada, por encima de la cabeza, y luego hizo lo mismo con la otra.

—Quédate así —dijo Ilya, con una voz grave y deliciosa que retumbaba.

Shane asintió y luego dijo, avergonzado:

—Por favor.

Los labios de Ilya esbozaron una sonrisa.

—¿Por favor qué?

Shane ni siquiera lo sabía.

—Tócame. Lo que quieras. Es solo que… te necesito.

—Ya me tienes, cariño.

La primera vez que Ilya lo había llamado así, Shane se había sentido como si le hubiera caído un rayo. Había sido tan inesperado, tan estremecedor y ardiente… Shane nunca se atrevía a llamar «cariño» a nadie, pero la palabra salía sin esfuerzo de la lengua de Ilya, con ese acento tan puto sexy que tenía. A pesar de eso, Ilya rara vez la decía, así que, cada vez que lo hacía, dejaba a Shane boquiabierto.

Ilya se deslizó por la cama y empezó a besar los muslos de Shane, subiendo por el pliegue de su ingle. Shane se estremeció y jadeó, pero mantuvo las manos sobre la almohada y no pidió más. Tras varios minutos, su buen comportamiento se vio recompensado cuando Ilya, sin previo aviso, se metió una de las pelotas de Shane en la boca.

—Joder… —gimió Shane.

Ilya era todo un experto en lo que se refería a las pelotas de Shane. Sabía a la perfección cómo acariciarlas con la boca, cómo presionar con la lengua en el centro del escroto de Shane y cómo utilizar los dedos en la zona sensible justo debajo. Había hecho que Shane se corriera solo con eso muchas veces, pero Shane no creía que ese fuera el plan de esta noche. Esperaba que no.

—Joder, Ilya. Qué bien…

Ilya murmuró algo, lo que hizo que le subieran chispas hasta la punta de la polla a Shane. Soltó a Shane despacio, dejando que el delicado huevo se deslizara entre sus labios relucientes. Se levantó y se dirigió a su maleta, en la esquina de la habitación. Un momento

después regresó con un bote de lubricante.

—Menos mal —suspiró Shane.

Ilya sonrió.

—Date la vuelta.

Shane no dudó ni un segundo. Se puso a cuatro patas y aguardó. Esperaba la agradable presión de un dedo resbaladizo, así que casi gritó cuando sintió el roce cálido y húmedo de la lengua de Ilya.

—Hostia…, sí. Joder, sí —jadeó Shane.

Ilya era la hostia de bueno con la lengua. Alternaba entre largas y seguras lamidas y suaves caricias contra el ano de Shane, mientras le agarraba las nalgas con sus fuertes manos, separándolas para meterse aún más profundo. Shane dejó caer la cabeza sobre la almohada, con la boca abierta. No podía enfocar la vista en ningún sitio.

—Hoy estabas tan guapo, joder… —dijo Ilya, y luego besó la nalga derecha de Shane—. Cuando patinabas, con tu melena…

—Tú también —balbuceó Shane—. Me encanta verte patinar.

Oyó el clic del frasco de lubricante y, a continuación, sintió la suave presión del dedo de Ilya contra su ano.

—¿Puedo contarte un secreto? —preguntó Ilya.

Shane se puso tenso, con el estómago revuelto por la expectación.

—Sí.

Ilya deslizó el dedo en su interior.

—Eres mejor jugador de hockey que yo.

Shane jadeó, tanto por la penetración como por la confesión.

—Es solo que… que estoy en un equipo mejor.

—No —dijo Ilya con calma—. Siempre has sido mejor. Siempre.

Dios, ¿por qué decía Ilya eso? ¿De verdad lo pensaba? ¿Acaso

importaba?

—Estamos —dijo Shane entre dientes mientras Ilya le acariciaba la próstata— empatados.

Ilya se rio entre dientes.

—Sí. Vale.

Shane se relajó sobre la almohada y contra los dedos de Ilya. Era una sensación perfecta; estaba relajado, feliz y a salvo, podía centrarse únicamente en abrirse para Ilya. Y ni siquiera eso era una tarea ardua, porque Ilya sabía cómo llevarlo hasta ahí. Sus fuertes dedos se hundieron en su interior, giraron, se curvaron y lo estiraron suavemente mientras Shane respiraba, suspiraba y se sumergía aún más en las sensaciones.

Un fuerte golpe en la puerta sacó a Shane de ese momento. Y luego se oyó la voz de Cliff Marlow.

—¡Rozanov! ¿Estás ahí dentro?

Todas las sensaciones agradables se esfumaron y fueron sustituidas de golpe por puro pánico. Shane estiró el cuello para mirar a Ilya por encima del hombro. Ilya le guiñó el ojo, le dio otra caricia en la próstata y gritó:

—Sí.

Shane articuló con los labios: «¿Qué cojones?», pero Ilya solo sonrió y siguió metiéndole los dedos.

—Vamos a salir —dijo Cliff—. Necesito a mi compañero de juerga. Vamos, tío.

Parecía más que un poco borracho.

—¿A dónde?

—No lo sé. A alguna discoteca. ¿Puedes abrir la puta puerta?

Shane quería morirse. Pero también le excitaba esa situación tan rara. Lo cual también le hacía querer morirse.

Y cómo no, Ilya decidió que era el momento perfecto para tocar

por fin la polla de Shane. Se la rodeó con la mano y todo el cuerpo de Shane se estremeció. Por desgracia, Shane también soltó un fuerte gemido.

—Chiiist —lo regañó Ilya, como si todo eso fuera culpa suya. Luego, dirigiéndose a Cliff, dijo—: Ahora mismo está complicado. Lo siento.

Hubo un silencio y, a continuación, Cliff sacó una conclusión un tanto errónea.

—Joder. Tienes a una chica ahí dentro contigo, ¿verdad? Lo siento, tío.

—Quizá… —dijo Ilya.

Shane puso los ojos en blanco.

Cliff se rio.

—Seguro que son dos o tres. Que pases buena noche, putísima leyenda.

Shane se mordió el antebrazo para no decir nada.

Cuando Cliff por fin se fue, Shane dijo:

—Dos o tres, ¿eh?

Ilya resopló.

—Cliff ni siquiera sabe contar hasta tres.

—No me puedo creer que hayas estado hablando con él mientras me metías los dedos —siseó Shane—. ¿Qué cojones te pasa?

—¿A mí? Yo no soy el que se lo ha pasado de puta madre.

—Ni yo.

Ilya frotó con el pulgar la punta de la polla de Shane, de la que goteaba líquido, cosa que hizo que Shane contuviera el aliento.

—A tu polla le ha encantado.

—A mi polla le encanta que la toquen, no estas cosas raras que te ponen a ti. ¿Podrías metérmela ya, por favor?

Ilya lo soltó y sacó los dedos del culo de Shane. Shane se dio la

vuelta y se tumbó bocarriba para ver cómo terminaba de desnudarse. En menos de un minuto, Ilya estaba desnudo y echándose lubricante en la polla, así que quizá tenía más prisa de lo que había dado a entender.

Shane pensó que Ilya lo arrastraría hasta el borde de la cama para poder follárselo de pie. A Shane le encantaba así, con Ilya capaz de usar toda su fuerza y poder, y él pudiendo mirarlo, tocarlo y masturbarse para él.

Pero, en lugar de eso, Ilya dejó a Shane donde estaba, relajado contra las almohadas, y se inclinó con cuidado sobre su cuerpo. Lo besó lento y adorándolo, de tal modo que, a cada beso, Shane se quedaba completamente aturdido.

Entonces, cuando Shane ya no era más que una masa temblorosa de puro deseo, Ilya finalmente se la metió.

Shane observó el rostro de Ilya mientras se introducía en él. Tenía los ojos muy abiertos, como si después de todos estos años la sensación aún le sorprendiera. Como si no esperara que Shane lo recibiera con tanta facilidad. Como si, de alguna manera, no supiera que ese era su lugar.

—Te quiero muchísimo —susurró Shane.

Ilya solo pudo asentir con la cabeza, mordiéndose con fuerza el labio inferior para no gritar.

Cuando empezó a moverse, lo hizo con embestidas lentas y deliberadas que no eran suficientes, pero que a la vez eran demasiado intensas. Cada nervio del cuerpo de Shane vibraba. Ilya salpicó el rostro de Shane con suaves besos, su aliento bailando sobre la piel de Shane en jadeos entrecortados. Shane rodeó con las piernas la espalda de Ilya, instándole a penetrar más profundo y rápido.

Se oía más ruido desde el pasillo (más jugadores de la NHL

borrachos y alborotadores) y Shane intentó ignorarlos. O, al menos, intentó que su proximidad no le excitara aún más. Porque Ilya no se había equivocado; había algo excitante en hacer eso rodeados de sus compañeros.

Al final, Ilya aceleró el ritmo. Le sonrió a Shane, como si supiera en qué había estado pensando.

—¿Y si pudieran vernos? —La voz de Ilya era grave y tranquila, y sus palabras hicieron que la polla de Shane se estremeciera—. Como si esa pared fuera una ventana.

Shane apretó los ojos con fuerza, lo que solo le ayudó a imaginárselo.

—Joder —dijo.

—Podrían ver lo bien que lo llevas. Lo mucho que te gusta.

—Para —dijo Shane con voz débil, sin decirlo en serio en absoluto.

—Estarían tan celosos de mí… Por poder tenerte así…

Shane abrió los ojos.

—Se pondrían celosos de mí. Eres superguapo, joder.

—Tócate —le ordenó Ilya, y entonces empezó a empujar con más fuerza, sacudiendo las caderas y echando la cabeza hacia atrás.

A Shane le encantaba ese momento, cuando Ilya empezaba a perder el control y se lanzaba desesperadamente en busca de su propio clímax. Shane se acarició obediente, mordiéndose el labio para no gritar.

Se corrió primero, y su semen salpicó su vientre justo en el momento en que alguien en el pasillo soltaba un fuerte grito de júbilo, lo cual fue una extraña coincidencia que, por desgracia, a Shane le pareció muy excitante.

Ilya se reía, de forma casi histérica, pero seguía empujando e interrumpiendo su propia risa con gruñidos frenéticos hasta que, por

fin, dijo:

—Me voy a correr, Hollander. Joder.

Shane deseó que no hubiera dicho su nombre, pero dejó de preocuparse por eso al instante porque ver la cara de Ilya Rozanov cuando alcanzaba el clímax era una de las cosas favoritas de Shane en el mundo.

Ilya consiguió evitar desplomarse sobre Shane y, en su lugar, se retiró con cuidado y rodó hacia un lado, respirando con dificultad.

—Eso ha sido —dijo Shane— la hostia de excitante.

Ilya frunció la nariz.

—Bah. Ni tan mal.

Shane soltó una risa temblorosa y le dio un golpecito en el pecho a Ilya.

—Que te den.

Se turnaron para asearse en el baño. Shane volvió a la cama, todavía desnudo, mientras esperaba a Ilya. Se alegró de que hubieran conseguido mantener las sábanas relativamente limpias.

—Te vas a quedar —dijo Ilya.

Shane abrió los ojos y lo vio de pie fuera del baño, también todavía desnudo.

—Bueno —dijo Shane señalando el pasillo, donde aún se oían voces masculinas a todo volumen—. Yo no voy a salir ahí fuera.

—No van a pensar que estábamos follando —dijo Ilya con sensatez.

—Ya lo sé…

—Quizá estábamos viendo una peli —dijo Ilya mientras se acercaba con paso tranquilo a la cama. Nadie debería estar tan elegante desnudo.

—¿Quiénes? —preguntó Shane con tono seco—. ¿Tú y yo y las dos o tres mujeres con las que te estabas montando una orgía?

Ilya le dedicó una sonrisa torcida y se deslizó bajo las sábanas a su lado.

—Dos o tres personas no es una orgía, Shane. —Le levantó la barbilla con un dedo y se la mantuvo así mientras lo besaba en los labios—. Me alegro de que te quedes.

—No digo que no esté nervioso por eso.

—Lo sé. Pero odio cuando estás tan cerca y, sin embargo, no estás en mis brazos.

El corazón de Shane dio un vuelco.

—Supongo que ya casi estamos casados. Así que…

—Sí —asintió Ilya—. El año que viene seremos la primera pareja casada de la NHL All-Stars.

Todo el cuerpo de Shane se tensó.

—Ay, dios mío.

—¿Qué?

—Ni siquiera había pensado en eso.

Ilya lo besó de nuevo, pero eso no impidió que la mente de Shane se disparara sin control.

—Dios mío —repitió Shane cuando Ilya terminó de besarlo—. Estoy tan centrado en casarme contigo, en ser pareja y todo eso, y en lidiar con las reacciones del mundo del hockey, que ni siquiera había pensado en, ya sabes, estar casado y jugar al hockey.

—¿Da miedo?

Era la hostia de aterrador, pero Shane no quería decirlo.

—Ya nos las arreglaremos —dijo sin la confianza necesaria.

—¿Nos las arreglaremos? —dijo Ilya con una sonrisa—. Joder, estoy deseando que llegue ese momento.

Capítulo 28

Ilya y Shane acababan de terminar juntos una aburrida rueda de prensa la mañana del partido del All-Star. Cuando por fin pudieron salir de la sala, Ilya se sorprendió al ver al comisionado Crowell en el pasillo. Estaba solo y mirando el móvil, e Ilya, sin siquiera pensarlo, se dirigió decididamente hacia él.

Shane lo detuvo poniéndole una mano en el brazo.

—Pero ¿qué haces?

—Voy a hablar con Crowell.

—¡Y una mierda! No seas idiota.

Ilya gruñó, apartó la mano de Shane y siguió caminando hacia Crowell.

—Comisionado —dijo Ilya cuando se encontraba a unos pocos centímetros de distancia.

Crowell le echó un vistazo y frunció el ceño.

—Señor Rozanov. ¿Cómo va el fin de semana?

—Bien. Pero, hablando con mi amigo Troy Barrett, me ha comentado que había recibido una llamada.

—Así es.

—Como su capitán —dijo Ilya, tratando de darle cierta importancia a su título—, estoy… preocupado.

Los labios de Crowell esbozaron algo parecido a una mueca de desprecio.

—¿Ah, sí?

Ahora que Ilya se encontraba frente a Crowell, no estaba del todo seguro de lo que quería decir. Y tenía la sensación de que sus frases en inglés podrían salirle más entrecortadas de lo habitual. Crowell resultaba intimidante.

—Barrett ha estado haciendo un buen trabajo. Intenta ayudar —dijo Ilya.

—Supongo que te refieres a su reciente actividad en las redes sociales —dijo Crowell. Su tono era casi aburrido, pero con un matiz peligroso—. Parece que de golpe se ha convertido en todo un activista.

—Sí. A eso me refiero. Lo está intentando. Después de lo que hizo Dallas Kent…

Crowell levantó una mano.

—Después de lo que se acusó a Dallas de hacer. De forma «anónima».

Ilya entrecerró los ojos.

—Barrett era su amigo. Lo conoce.

—¿Ah, sí? Porque cuando hablé con él, de hecho, me dijo que no sabía nada de las acusaciones. No había visto nada. Ni siquiera se le había pasado por la cabeza que su mejor amigo fuera capaz de hacer algo así. Es raro, ¿no? Yo diría que es más probable que la gente en internet se invente cosas que el hecho de que alguien no conozca en absoluto a su mejor amigo.

Ilya sintió como si el suelo se desmoronara bajo sus pies.

—Comisionado Crowell —dijo una voz a espaldas de Ilya.

Shane se había acercado. Joder. No necesitaba verse arrastrado a esta terrible decisión.

—Shane —dijo Crowell con un tono que resultaba cálido y frío a la vez—. ¿También estás aquí para defender la venganza personal de Troy Barrett contra Dallas Kent?

Ilya podía ver la ansiedad reflejada en el rostro de Shane, pero este enderezó los hombros y dijo:

—Creo que estaba actuando bien. Usa su voz para ayudar a la gente.

—Barrett debería usar sus habilidades en el hockey para ganar partidos de hockey —dijo Crowell—. Para eso le pagan millones de dólares. No tengo paciencia para dramas innecesarios. Vosotros dos siempre habéis mantenido vuestra rivalidad sobre el hielo. Nada de estas tonterías insignificantes de las redes sociales.

—No creo que sean tonterías —razonó Shane—. Creo que a Barrett le preocupan de verdad los temas a los que está dando bombo. Está haciendo lo que debería estar haciendo la liga…

Joder. Ilya no podía creerse que Shane acabara de soltar eso. Dio un paso hacia él, como para protegerlo de cualquier respuesta que pudiera dar Crowell.

Crowell se lo quedó mirando con aire siniestro.

—¿Ah, sí? ¿Debería sacar tiempo de mi apretada agenda al frente de toda la puta Liga Nacional de Hockey para asegurarme de que publicamos algo sobre cada puñetero tema del mundo? ¿Sabes lo que pasa cada vez que un jugador decide hacerse el activista?

Pronunció la palabra «activista» como si fuera el peor insulto que pudiera decir.

—Los periodistas empiezan a indagar en la historia de la liga en relación con cualquier tema del que estén hablando. Y, de golpe, un equipo con cien años de historia ya no es tan genial porque tuvo un entrenador que dijo una vez algo que quizá fuera un poco racista. Es ridículo y no tengo tiempo para esas cosas.

—¿Como cuando Scott Hunter salió del armario? —preguntó Ilya, con una vez sorprendentemente firme—. ¿Eso le molestó?

Crowell pareció un poco desconcertado por la pregunta.

—Por supuesto que apoyamos a Hunter. Apoyamos a toda su comunidad. El hockey es para todos.

Ilya se contuvo para no poner los ojos en blanco.

—Pero le gustaría que Hunter se callara ahora, ¿sí?

—Yo no he dicho eso. Solo creo que hay un momento y un lugar adecuados para defender cuestiones personales. Hunter suele pasarse de la raya.

—Y usted no quiere que los demás lo hagan —dijo Ilya—. ¿Con un jugador gay ya es suficiente?

Crowell miró a Shane y luego volvió a mirar a Ilya.

—Hemos tenido a otros jugadores que han salido del armario.

—Se refiere a Baldwin y Lundin —dijo Shane pensando en los jugadores de Vancouver y Los Ángeles que salieron del armario poco después de que Scott Hunter lo hiciera—. A Baldwin nunca le ofrecieron otro contrato y Lundin acabó volviéndose a Suecia.

Crowell se burló.

—De todos modos, Baldwin estaba en el final de su carrera y, en cuanto a Lundin, muchos europeos deciden acortar sus carreras para volver a sus países de origen.

Ilya no conocía personalmente a ninguno de los dos jugadores en cuestión, pero sin duda sospechaba que su decisión de abandonar la NHL tenía más que ver con el trato que habían recibido por parte de sus equipos que con su habilidad o ganas de jugar al hockey. Los únicos otros jugadores *queer* que conocía —Ryan Price y Eric Bennett— estaban ambos retirados y no habían hecho pública su sexualidad mientras jugaban. Troy Barrett era el único otro jugador *queer* en activo en la NHL que Ilya conocía, aparte de

Hunter. Y Shane.

Era un grupo bastante pequeño.

—Cualquiera que sienta la necesidad de salir del armario es libre de hacerlo —dijo Crowell—. Pero no veo por qué tiene que ser algo tan importante. —Se rio sin ganas—. Hoy en día ya casi no importa, ¿no? —Volvió a posar la mirada sobre Shane.

—Sí que importa —dijo Shane con firmeza. Tenía la mandíbula apretada. Ilya quería cogerlo de la mano.

Crowell los miró a ambos durante un momento de silencio y dijo:

—Bueno. Hoy tengo la agenda muy apretada, así que me temo que tengo que dar por terminada esta «inesperada» conversación.

Se ajustó la chaqueta del traje y les lanzó a ambos una última mirada fría antes de darse la vuelta e irse.

—Puede que haya sido una idea terrible —dijo Shane, una vez que Crowell ya estaba lo bastante lejos.

—Quizá —asintió Ilya—. Pero volvería a hacerlo.

—Yo también.

Capítulo 29

Febrero

—¿Dónde te he visto antes? —preguntó Ilya.

El defensa de Detroit, Kerr, parecía desconcertado.

—¿De qué coño estás hablando, Rozanov?

Ilya, que llevaba el guante puesto, lo señaló.

—¡Aaah! Ya sé. Ese *gif*… Me sale siempre. El de la temporada pasada, cuando te regateé como si fueras una puta estatua y marqué.

Kerr le dio un empujón. Estaban detrás de la portería de Detroit, en una interrupción del partido.

—Si yo jugara en Ottawa, no presumiría tanto y me quedaría calladito.

Ilya se recostó contra el cristal, sin dejar de sonreír.

—Qué raro, porque ahora mismo vamos ganando 3-1.

—Da igual.

Kerr se alejó patinando.

—Rozanov —dijo un árbitro con voz agotada—, ¿podrías dejarlo en paz por una vez?

—Por ti, lo que sea.

Bood se unió a Ilya mientras este patinaba hacia el banquillo.

—Oye, ¿seguro que estamos en el estadio correcto? —dijo por encima del estruendo de la multitud—. Esto no puede ser Ottawa.

Estaban a mitad del segundo tiempo del primer partido en casa tras el parón del All-Star y el estadio estaba abarrotado. Y a todo volumen. Incluso ahí, cuando no pasaba nada sobre la pista, el público estaba enloquecido.

—Supongo que simplemente teníamos que empezar a ganar —dijo Ilya.

—Joder, deberíamos haberlo intentado antes —bromeó Bood.

Ilya se rio, porque estaba de muy buen humor, joder. El hockey volvía a ser divertido. Y se alegraba por Bood, que había estado en Ottawa toda su carrera y nunca había sabido lo que se sentía al formar parte de un buen equipo de la NHL. Se alegraba por Wyatt, que era demasiado bueno para ser el portero de un equipo perdedor. Se alegraba por los *rookies*, por el entrenador Wiebe y por Troy, que últimamente sonreía mucho, aunque eso probablemente tuviera más que ver con Harris.

Ottawa acabó ganando el partido por 5-2 después de que Troy marcara un gol a puerta vacía cuando quedaba menos de un minuto para el final. Un gran esfuerzo por parte de todos. Y, sin duda, merecedor de una salida en equipo al Monk's para celebrarlo.

Ilya estaba sentado en una mesa con Troy Barrett, Evan Dykstra y tres jarras de cerveza. Ya se había bebido una de ellas casi entera.

—¿Sabéis por qué creo que estamos ganando tanto? —dijo, con las palabras un poco arrastradas mientras, borracho, se le trababa el inglés—. Porque Dykstra no ha sido el DJ. En el vestuario.

—¡Oye! —dijo Evan—. Mi música es la hostia de buena.

—No —gruñó Ilya—. Es terrible.

—¿Dónde está Hazy? —preguntó Evan mirando a su alrededor—. Él me dará la razón.

—No cuenta. A Hazy le gusta todo.

Bood se acercó a la mesa, con una cerveza en una mano y un taco de billar en la otra.

—¿Quién quiere que le dé una paliza al billar?

—Vamos —dijo Evan—. Ilya está siendo un capullo.

—¡No! —exclamó Bood, fingiendo sorpresa—. ¿Ilya Rozanov?

—¿No está tu mujer dando a luz ahora mismo? —preguntó Ilya.

—Todavía no, pero me voy a ir después de darle una paliza a Dykstra. Ya sabes. Por si acaso.

Evan se fue con Bood, y Troy, que había estado callado toda la noche, dijo:

—La música de Dykstra es una real mierda.

—¿Verdad? —preguntó Ilya mientras daba un largo sorbo a su cerveza—. ¿Estás bien?

Troy frunció el ceño mirando hacia la mesa.

—Sí. Es solo que… estoy pensando en algo.

—¿Harris? —adivinó Ilya.

Los labios de Troy esbozaron una leve sonrisa.

—No. Bueno, sí. Más o menos. —Levantó la vista hacia Ilya—. Que, por cierto, ahora estamos juntos.

Ilya sonrió de oreja a oreja y le puso una mano en el hombro a Troy.

—¡Qué bien! ¿Dónde está ahora?

—Sigue trabajando. Pero dijo que llegaría pronto. —Jugueteó con un posavasos de papel que había sobre la mesa—. Bueno, es que estoy pensando en salir del armario. Ya sabes, del todo. Públicamente. Quizá el día del partido de la Noche del Orgullo.

Hostia puta. Por un momento, Ilya se quedó sin palabras mientras una confusa mezcla de emoción, sorpresa y celos se apoderaba de él. El partido de la Noche del Orgullo era a finales de

febrero, dentro de solo un par de semanas.

—¿Ah, sí? —Fue lo único que logró decir al final.

—Sí. Estoy cansado de esconderme. Y, ahora que estoy con Harris, no creo que pueda hacerlo, ¿sabes?

Era cierto. Ilya estaba seguro de que todo el equipo se daría cuenta pronto de cómo se miraban Harris y Troy, si es que aún no lo habían hecho.

—Me alegro mucho por ti. Y por Harris. Y, por supuesto, te voy a apoyar. Todo el equipo lo va a hacer.

—¿Tú crees?

—¡Troy! Sí. Claro. Nuestro equipo es el mejor.

Una pregunta silenciosa flotaba en el aire: «Entonces ¿por qué Ilya no había salido del armario?». Ilya dejó que quedara en el aire.

—El partido de la Noche del Orgullo —dijo Troy—. Es contra Toronto. Así que… Eso es una mierda.

Uf. Sí que era una mierda, sí. Ya era bastante difícil para Troy enfrentarse a su antiguo equipo sin que se sumara nada más.

—El partido de la Noche del Orgullo es solo algo de la liga, ¿sabes? No es tipo… No tiene por qué ser el momento en el que salgas del armario. —Ilya estaba haciendo un pésimo trabajo explicando lo que quería decir—. Es tipo… para dar espectáculo, más o menos. No te sientas presionado a tener que salir del armario.

—Lo sé. Es solo que creo que estaría bien, ¿quizá?

Ilya lo entendía. Los partidos de la Noche del Orgullo siempre le habían parecido raros. Más que nada, un espectáculo, pero también algo incómodos porque se sentía culpable por no haber salido él mismo del armario.

—Entonces, hazlo —dijo Ilya—. Y nos aseguraremos de dejar en ridículo a tu antiguo equipo esa noche.

—¡Quirón! ¡Estás hecho un grandullón! —dijo Ilya mientras le rascaba las orejas a Quirón—. ¡Eres como dos Quirones!

Harris había llevado a Quirón al vestuario al terminar el entrenamiento para que visitara al equipo, pero Ilya sospechaba que tenía un motivo oculto. Sus sospechas se confirmaron un momento después, cuando Harris preguntó:

—¿Hoy no ha venido Troy?

Ilya sonrió al perro.

—Está por aquí, en alguna parte. Seguramente en las duchas.

Harris echó un vistazo hacia las duchas, pero se contuvo para no correr hacia allí y echar un vistazo a Troy, mojado y desnudo.

—A Quirón le han dado una mala noticia esta semana —dijo—. Aunque no parece que se sienta muy triste.

A Ilya le pasaron un millón de terribles posibilidades por la cabeza.

—¿Qué noticia? ¿Qué pasa?

—Resulta que no tiene madera de perro de terapia. Según los adiestradores, al menos.

—Imposible —dijo Ilya porque era evidente que Quirón era el mejor perro del mundo y los entrenadores eran unos putos imbéciles si no sabían verlo—. ¿Qué va a ser de él?

—No cambiará gran cosa. Seguirá siendo el perro oficial del equipo, pero necesitará un hogar fuera del estadio.

Ilya estuvo a punto de ofrecerse a acogerlo. Tenía muchísimas ganas de hacerlo. Pero había otra opción con mucho más sentido.

—Lo vas a adoptar —le dijo a Harris.

Resultó que Harris ya había estado pensando lo mismo. Así que Ilya se alegró el doble de no haber intentado robarle el perro a Harris.

Ilya sonrió a Quirón.

—Vas a ser el perro más feliz del mundo.

Lo decía en serio. A Harris le encantaban los perros, y su familia tenía una gran granja que Quirón podría visitar y en la que podría correr a sus anchas.

Troy salió de una sala trasera —no de las duchas— algo sudado y, sí, sexy, así que la atención de Harris se desvió de Ilya al instante. Ilya se sentó en el suelo y jugó con Quirón, todavía con la mayor parte de su equipamiento puesto. Se quitó una de las coderas y la agitó en el aire, dejando que Quirón la persiguiera y le diera mordiscos cuando la atrapaba.

Sin duda necesitaba un perro.

Unos minutos más tarde, Troy se puso de pie en el banco de su taquilla e intentó llamar la atención de los presentes. Como no salió del todo bien, Ilya decidió echarle una mano.

—Callaos todos y escuchad a Barrett.

Se hizo un gran silencio en el vestuario mientras todos centraban su atención en Troy. A Ilya solo se le ocurría una cosa que Troy pudiera estar anunciando, con Harris a su lado, así que contuvo la respiración y esperó.

—Solo una cosa —dijo Troy—. Estoy saliendo con Harris. Estamos juntos. Soy gay.

Ilya no pudo sino admirar lo eficaz que había sido ese discurso. Empezó a aplaudir con fuerza y todos los demás se unieron a él, vitoreando y gritando de alegría. Ilya adoraba a ese equipo. Vio cómo Troy bajaba del banco y se lanzaba a los brazos de Harris. Y luego lo besó apasionadamente, delante de todos.

A Ilya se le encogió el corazón, en parte por la felicidad, y en parte por los celos. Estaba encantado por Harris y Troy, pero al mismo tiempo sabía que nunca conseguiría que un vestuario lleno de jugadores de hockey vitoreara su relación con Shane. Y, por

supuesto, no debería enfadarse con Troy por haber podido salir del armario, anunciar su relación con Harris y, básicamente, adoptar un perro maravilloso, todo ello en el mismo día.

—No pasa nada —le dijo a Ilya a Quirón en ruso—. Mi día ya llegará.

Pero a veces se preguntaba, incluso con el anillo de Shane colgado del cuello, si no se estaría engañando.

—Pensaba que habías tirado la toalla —dijo Galina, en ruso, mientras le hacía señas a Ilya para que entrara en su despacho.

—Lo siento —dijo Ilya.

Había dejado pasar cinco semanas sin ir a la psicóloga porque se sentía más como antes. Había tenido la esperanza, absurda, lo sabía, de que ya se había recuperado. Pero ver a Troy y a Harris besándose en el vestuario del equipo lo había hecho caer de nuevo en una espiral hacia un lugar oscuro, así que había concertado una cita.

—¿Has estado ocupado? —preguntó ella mientras se sentaba en su sillón frente al sofá.

—Sí —respondió Ilya ocupando su sitio habitual en el cojín central—. Puede que nos clasifiquemos para los *play-offs*, aunque parezca increíble.

—Lo sé, lo he estado siguiendo. Es muy emocionante, como aficionada.

Ilya sonrió.

—Y como jugador.

—Así que el hockey va bien —insistió ella.

—El hockey va genial. Me estoy divirtiendo de nuevo. —Le apartó la mirada—. Pensaba que, tal vez, con eso ya bastaría.

—Pensaste que ya no tenías que venir a verme porque te sentías más feliz.

—Sí. —Se obligó a mirarla—. Una tontería. Lo sé.

Sus labios esbozaron una sonrisa.

—Ojalá fuera tan fácil.

—Ya.

—¿Entiendo que tu buen humor no ha durado mucho?

—No exactamente, no. Sigo divirtiéndome cuando juego al hockey, y me encanta el tiempo que Shane y yo pasamos juntos. Y estoy… —Hizo una pausa, pero decidió que quizá debería decírselo —. Estoy comprometido. Me pidió que me casara con él y le dije que sí.

—Enhorabuena.

Ilya asintió.

—Es todo lo que quiero, y estamos planeando salir del armario este verano y quizá casarnos entonces también. Se acabó esperar a que los dos nos retiremos.

Galina tomó notas y dijo:

—Eso supone un gran cambio para vosotros.

—Enorme —asintió Ilya—. Estoy emocionado y feliz, pero también tengo miedo.

—¿De cómo reaccionará la gente?

Ilya apretó con los dedos el anillo que llevaba escondido bajo la camiseta.

—Tengo miedo de que Shane cambie de opinión. O de que no lo haga, y eso afecte a su carrera, y me odie por ello. Quizá no al principio, pero con el tiempo.

—¿Te parece probable que cambie de opinión?

—No lo sé —respondió Ilya con sinceridad—. A veces se asusta con facilidad. Le entra el pánico.

—Pero te pidió matrimonio. Probablemente no fue una decisión que tomara a la ligera.

Ilya recordó con alegría cómo Shane se había arrodillado, rodeado de las velas que había comprado y con las que había decorado con cuidado el salón.

—No. Creo que iba muy en serio.

—¿Te parece más probable la segunda posibilidad? ¿Que te guarde rencor?

Ilya cogió uno de los cojines decorativos que tenía al lado y se lo apretó contra el abdomen.

—No lo sé. Mi cerebro me dice que es probable pero, claro, mi cerebro ya me ha mentido antes.

—Los cerebros pueden ser unos capullos en ese sentido.

Ilya esbozó una pequeña sonrisa.

—Sí. —Apretó los dedos contra el cojín—. Hay otra cosa. Uno de mis compañeros de equipo acaba de salir del armario como gay. O sea, ante el equipo. Pero tiene pensado hacerlo público el día de nuestro partido de la Noche del Orgullo, la semana que viene.

—Guau. Qué emocionante. ¿Cómo te hace sentir eso?

—Me alegro mucho por él. Está saliendo con el responsable de redes sociales del equipo. Un chico estupendo. Me alegro por los dos. Todo el equipo los apoya. Ha sido muy bonito.

Galina no dijo nada, solo esperó a que Ilya continuara.

—Pero —añadió Ilya— supongo que estoy celoso. Me ha hecho pensar que en realidad será mucho más difícil para Shane y para mí.

—¿Te acuerdas de que en una de nuestras primeras sesiones te pregunté por tus otros amigos? —preguntó Galina con sutileza.

—Sí.

—¿Le has contado ya a alguien lo de Shane?

—No —admitió Ilya.

—Parece que estás atrapado en ese círculo vicioso de querer decir abiertamente que estás con Shane, pero al mismo tiempo temer hacerlo. Creo que te ayudaría contárselo a un amigo, a alguien en quien confíes. Alguien que esté de tu parte.

—Quizá —dijo Ilya, aunque también le parecía una buena forma de perder a un amigo.

—Inténtalo —lo animó ella—. Un compañero de equipo o un viejo amigo. Solo una persona, y ya verás cómo te sientes después.

—Vale —dijo él—. Lo intentaré.

—¡Que te jodan, Rozanov!

Lo más probable es que fuera la millonésima vez que Ilya había oído esa frase, o algo parecido, durante el partido de la tarde en Boston. Esta vez procedía de una encantadora mujer de mediana edad situada detrás de la caja de castigo, donde estaba él cumpliendo una sanción menor de dos minutos.

A su lado, Dykstra, que también estaba sancionado, dijo:

—Uf, hay que querer a Boston.

—Lo más seguro es que antes llevara mi jersey —dijo Ilya—. Que me adorara.

—Pero eso fue antes de que te convirtieras en un traidor —se rio Dykstra—. ¿Has visto al tipo que incluso ha añadido «puto» en la espalda de su jersey de Rozanov? Está sentado por ahí, cerca de esa esquina. —Señaló con el *stick*—. Hay que reconocer que es admirable lo en serio que se toman lo de odiar.

Ilya se echó un chorro de Gatorade en la boca. Si se ofreciera a firmar la camiseta de «Puto Rozanov», apostaría a que el tipo que la llevaba se quedaría encantado. En el fondo, probablemente esta ciudad todavía lo quería.

—Estábamos hablando de ir a cenar a algún sitio después del partido —dijo Dykstra—. Se nos ha ocurrido que tú conocerías todos los buenos locales de Boston.

—Puedo sugeriros algo, pero no podré ir con vosotros. He quedado con alguien.

—¿Ah, sí? ¿Con alguien o… «alguien»?

Ilya se limitó a sonreír.

—Así que sigues vivo.

Ilya le dedicó una sonrisa a su vieja amiga y la abrazó.

—Sigo vivo.

Svetlana le dio un golpecito en el hombro.

—Entonces ¿por qué coño no te he visto en tres años?

—Lo siento —dijo Ilya con sinceridad. Pasó a hablar en ruso—. Es una larga historia, pero sobre todo se debe a que soy terrible como amigo.

—Siempre lo has sido, pero en la cama eras fantástico y te echo de menos.

—Yo también te he echado de menos.

Ilya le ofreció el brazo. Se había encontrado con ella en la acera, cerca del restaurante de Beacon Hill al que iban a cenar. Ella había salido del taxi y parecía una estrella de cine, con un largo abrigo negro ribeteado de piel y el pelo rubio platino recogido en un elegante moño en la nuca.

—Estás impresionante.

—Me lo creo.

—¿Y te resultan prácticas esas botas para los inviernos de Boston? —preguntó Ilya, fijándose en los tacones altos y estrechos de las botas de cuero hasta la rodilla.

—Por supuesto. Son como picos para el hielo. Y no cambies de tema. Seguimos hablando de lo horrible que eres.

—Creía que estábamos hablando de lo bueno que soy en la cama.

—De lo bueno que eras. Han pasado años, Ilya. Años.

—Lo sé —dijo Ilya, serio. Abrió la puerta del restaurante y se la aguantó para que pasara—. Pidamos unas copas. Luego te cuento.

Una vez que se sentaron en la mesa más apartada de aquel elegante restaurante italiano y pidieron unos martinis, Svetlana lo miró fijamente, expectante.

Ilya suspiró.

—Si te hace sentir mejor, no eres la única con la que he perdido el contacto.

—No me hace sentir mejor —respondió ella con brusquedad.

—He estado… un poco encerrado en mí mismo desde que me mudé a Ottawa.

—¿Y eso qué significa? ¿Ya no te paseas por toda América del Norte acostándote con cualquiera?

Ilya soltó una risita.

—No. Ya no.

El camarero les trajo los martinis. Ilya nunca se había alegrado tanto de ver un cóctel.

—Las mujeres de todo el mundo están de luto —dijo Svetlana con ironía.

—Espero que puedan superarlo. —Ilya dio un sorbo a su martini, que estaba perfectamente frío y fresco—. ¿Cómo te ha ido? ¿Dónde trabajas?

—He terminado el máster en Administración de Empresas. —Sonrió—. Me han ofrecido un trabajo en los Boston Bears.

—¡Magnífico!

Svetlana sabía más de hockey que nadie. Más que Shane. Posiblemente más que Yuna.

—¿Vas a aceptarlo?

—Creo que sí. Están encantados de que la hija de Sergei Vetrov trabaje para ellos.

Vetrov había sido una superestrella de Boston en la década de los noventa.

—¿Y qué opina Sergei?

—Que soy una princesa que debería conseguir todo lo que quiera. En eso coincidimos.

Ilya se rio.

—¿Estabas en el partido de hoy?

—Sí. ¿No me has oído abuchearte?

—No, con todos los demás haciéndolo también… Boston ahora me odia.

—No puedes esperar menos. Te fuiste.

Y eso podría ser una transición hacia el motivo por el que se marchó, pero le costaba mucho decidirse a sacarlo a colación. Shane sabía y apoyaba la decisión de Ilya de contarle a Svetlana lo de su relación, e Ilya sabía que podía confiar en ella, pero le resultaba difícil encontrar las palabras adecuadas.

En lugar de eso, cogió la carta que tenía al lado.

—¿Qué recomiendas de aquí?

Svetlana se inclinó sobre la mesa y le apartó la carta con un dedo que tenía la manicura impecable.

—¿Por qué fichaste por Ottawa, Ilya? —preguntó con su habitual franqueza—. Nunca lo he entendido. Nadie lo entiende.

Ilya se tomó su tiempo para responder.

—Para estar más cerca de alguien.

Luego, como un cobarde, dio otro sorbo a su bebida.

Los vivos ojos azules de Svetlana se abrieron como platos.

—¿Alguien? ¿Tipo, alguien con quien sales? ¿De verdad estás con alguien? ¿Tienes una relación de verdad?

—Sí.

Su rostro se iluminó.

—Dios mío. Debe de ser espectacular. ¿Quién es? ¿Dónde la conociste? ¿En Ottawa? ¿Es rusa?

El camarero volvió para tomarles nota.

—Necesitamos unos minutos más —dijo Svetlana sin malicia, pero con cierta impaciencia.

El camarero se marchó con un cortés «por supuesto».

Svetlana apoyó un codo en la mesa y se tamborileó con las uñas rojas sobre los labios rojos.

—¿Por qué nunca he oído que salieras con alguien? ¿Es un secreto?

—Estás haciendo muchas preguntas.

—Responde primero a la última.

—Deberíamos echar un vistazo a la carta…

—Ilya.

Debajo de la mesa, los dedos de Ilya se tensaron contra sus pantalones de traje.

—Sí, es un secreto.

—Qué intrigante. ¿Tienes una aventura? ¿Es la mujer de algún compañero de equipo?

—No —dijo Ilya enseguida, ligeramente ofendido—. No es nada de eso. Claro que no.

—¿No me contaste una vez que te habías acostado con la novia de un compañero de equipo? ¿Allí en Moscú?

—Sí, pero él se portaba como un capullo con ella, y además yo tenía diecisiete años. Ahora nunca haría algo así.

Svetlana murmuró pensativa.

—Es un secreto, pero no una aventura. ¿Quizá la hija de tu entrenador?

—La hija de mi entrenador tiene once años.

—Entonces, la hija del dueño. ¿O la dueña? ¿No había una mujer entre los propietarios de los Centaurs?

—No es ninguna dueña de nada.

Sonrió por encima del borde de su copa de martini.

—Este juego es divertido. Me gusta. —De golpe, abrió mucho los ojos. Se inclinó hacia delante y susurró—: ¿Es un hombre?

Pues vaya… No había tardado mucho. Ilya respondió con un ligero movimiento de cabeza mientras se llevaba la copa a los labios.

Svetlana se tapó la boca con una mano, con los ojos aún muy abiertos. Sin embargo, él se dio cuenta de que estaba sonriendo.

—Ilya —dijo por fin—. Hostia puta.

—Sí.

Ella le sonrió, pícara.

—¿Te has acostado con todas las mujeres de Canadá y has tenido que pasarte a los hombres?

Ilya puso los ojos en blanco.

—No funciona así.

—¿Y quién es?

A Ilya se le sonrojaron las mejillas, aunque esperaba que no se notara con la tenue iluminación del restaurante.

—Te estás poniendo rojo —dijo Svetlana, encantada—. Ilya Rozanov, ¿estás enamorado?

Ilya no pudo evitar la sonrisa que se dibujó en su rostro.

—Muchísimo.

En ese momento volvió el camarero, así que Ilya y Svetlana echaron un vistazo apresurado a la carta y pidieron. Ilya no estaba

del todo seguro de lo que había elegido, pero llevaba vieiras, así que no podía estar mal.

—Bueno —dijo Ilya con naturalidad, una vez que el camarero se había ido—, ¿cómo está tu padre?

—Que te jodan, Rozanov —dijo Svetlana—. No hemos terminado de hablar de que te has enamorado de un hombre.

—¿Tan interesante es?

—¿Quién es?

Ilya miró de reojo.

—No lo conoces.

—Claro que no. Porque nunca he estado en Ottawa. ¿Cómo se llama?

Vale. No había manera de esquivar esa pregunta. A menos que Ilya quisiera mentir, cosa que no quería hacer. ¿Qué sentido tenía, en realidad? Pronto se lo iban a contar a todo el mundo, y Svetlana era una amiga. Quizá se quedaría sorprendida por lo que estaba a punto de contarle, pero Ilya no creía que fuera a acudir a la prensa del corazón ni nada por el estilo.

—Se llama —dijo Ilya con calma— Shane.

—Entonces no es ruso. Qué pena. ¿Y a qué se dedica Shane?

Ilya se las arregló de algún modo para no echarse a reír.

—Es deportista.

Svetlana entrecerró los ojos.

—¿Y qué deporte practica?

Ilya hizo rodar el tallo de su copa de martini entre el pulgar y el índice.

—Hockey.

Svetlana resopló.

—No lo entiendo. A menos que estés enamorado de Shane Hollander, no se me ocurre a nadie… —Se detuvo y, a continuación,

se inclinó hacia delante, apoyando prácticamente todo el torso sobre la mesa—. ¡¿Es Shane Hollander?! —siseó.

—Eso me temo. Sí.

—¿Les traigo otra copa? —preguntó el camarero, que había reaparecido de repente.

Svetlana pareció darse cuenta de que prácticamente estaba tumbada sobre la mesa y se deslizó de nuevo hacia su silla con toda la elegancia posible.

—Creo que necesitaremos varias botellas de vino.

Ilya esbozó una sonrisa.

—Empecemos con una.

Tres horas más tarde, Ilya y Svetlana esperaban cogidos del brazo a la salida del restaurante a que llegaran sus respectivos taxis.

—Me da mucha pena que no nos vayamos a acostar —suspiró Svetlana.

Estaba recostada contra él, con la cabeza apoyada en su hombro. Ambos habían bebido mucho.

Ilya se rio entre dientes.

—No vas a convencerme de que estás tan necesitada de sexo.

—No lo estoy —admitió ella—. Pero los hombres son tan aburridos… ¿Por qué sois todos tan aburridos?

—Pensaba que yo era emocionante.

—Lo eras. Ahora te vas a casar con un canadiense. Aburrido.

—No sé cuánta gente describiría como aburrida mi relación secreta con mi rival.

Ella se rio.

—Imagino que no tendrás un cigarrillo.

—Lo he dejado.

—Claro que sí. Aburrido.

Se detuvo un coche.

—Este es el tuyo —dijo Ilya, y se adelantó a abrirle la puerta.

Ella le puso una mano en el hombro y se quedó cara a cara con él.

—Me alegro de que hayamos podido ponernos al día. Te he echado mucho de menos y quiero que seamos amigos, aunque no follemos.

—Me encantaría. Ven a Ottawa alguna vez. Te presentaré a Shane.

Ella sonrió.

—Lo haré. Hasta entonces, escríbeme. Mantengamos el contacto.

—Lo prometo.

Svetlana le dio un beso en la mejilla y después se subió al coche. Ilya sonrió para sus adentros, sintiendo como si hubiera recuperado una parte de sí mismo, mientras esperaba que llegara su propio coche.

Capítulo 30

Shane no esperaba ver a Ilya la noche del partido del Orgullo de Ottawa, pero no le sorprendió encontrarlo en la puerta de su casa pasada la medianoche.

—Ven aquí —dijo Shane, con los brazos abiertos.

Ilya se dejó caer en ellos.

Shane lo metió dentro y cerró la puerta. Durante un buen rato, se limitó a abrazarlo en la oscuridad, acariciándole la espalda mientras Ilya respiraba contra él.

Shane había visto el partido. Había sido increíble ver el apoyo de los aficionados a Troy Bennett. Todas las pancartas celebrando su decisión de salir del armario. Shane también había visto el vídeo en el que Troy había anunciado abiertamente que era gay y que había publicado en su Instagram. Incluso se le habían saltado algunas lágrimas al verlo.

Sabía que Ilya también se alegraba por Troy. Había visto lo emocionado que había estado Ilya durante la larga ovación que Troy había recibido antes de que empezara el partido. Había sido un gran día para el hockey.

Pero Shane también entendía por qué Ilya necesitaba que lo abrazaran en ese momento.

—¿Estás bien? —preguntó Shane en voz baja.

—No —respondió Ilya, con la voz amortiguada por el hombro de Shane—. Creo que me estoy desmoronando.

—Lo entiendo…

—Ha sido una noche maravillosa. Debería estar contento.

—Está bien que te sientas raro al respecto. A mí también me pasa.

—¿Sí?

—Sí. Como cuando Scott Hunter besó a Kip en la tele. Fue increíble, pero también…, joder, ¿sabes?

Ilya se rio.

—Sí. Justo eso.

Lo único que Shane quería era cuidar de Ilya, como pudiera. Ilya siempre sabía exactamente qué hacer cuando Shane estaba hecho un desastre.

—¿Qué necesitas?

—A ti —dijo Ilya sin dudarlo—. Solo… necesito dejar de pensar.

Shane dio un paso atrás, pero le apretó la mano a Ilya.

—Sube. Se me ocurren algunas ideas para distraerte.

Ilya sonrió, se quitó el abrigo, se metió el gorro en uno de los bolsillos y lo colgó. Todavía llevaba puesto el traje con el que había salido del pabellón, incluidos los zapatos de vestir que se estaba quitando.

—¿Has venido en coche directamente desde el estadio? —preguntó Shane mientras subían juntos las escaleras.

—Sí.

Shane extendió una mano hacia atrás e Ilya la cogió.

—Sabes que me he duchado después del partido, ¿sí? —dijo Ilya con una sonrisa suave y burlona cuando Shane lo llevó al cuarto de baño y a su enorme ducha de efecto lluvia.

—Esta ducha será mejor.

Shane abrió el grifo y dejó que el vapor llenara la habitación mientras ambos se desnudaban en el dormitorio. Tardaron más de lo necesario porque no paraban de hacer pausas para besarse.

—Anda, vamos… —dijo Shane en voz baja—. A la ducha.

Ilya siempre tenía un aspecto espectacular cuando estaba desnudo y mojado. Shane no tenía ni idea de cómo sus compañeros de equipo eran capaces de ducharse con él sin perder la cabeza. Él, desde luego, no había sido capaz de hacerlo durante todos esos años.

—¿El champú es nuevo? —preguntó Ilya mientras Shane le lavaba el pelo. Ilya tuvo que inclinarse ligeramente hacia delante para que Shane pudiera alcanzarlo.

—Sí. ¿Te gusta?

—Huele bien. A mar.

—Lleva algas o algo así.

—Hasta tu pelo es sano…

—Cállate, anda. Aclárate…

Ilya, obediente, echó la cabeza hacia atrás y se enjuagó el pelo. La espuma le resbalaba por el cuerpo y se sumergía entre las curvas de sus pectorales y abdominales, y pasaba por encima y alrededor de sus musculosos hombros. Su polla estaba flácida, y Shane esperaba aprovechar la oportunidad que se le había presentado.

—¿Puedo chupártela? —preguntó—. Quiero sentir cómo te pones duro en mi boca.

La expresión de Ilya se fundió en puro deseo.

—Deberías darte prisa.

Shane se arrodilló, recorriendo con las manos el cuerpo firme de Ilya. Acarició suavemente con los labios la polla blanda de Ilya antes de metérsela por completo en la boca. Ilya siseó y empezó a

ponerse duro de inmediato. Shane mantuvo la boca relajada, con la lengua rozando apenas la carne endurecida de Ilya, y se limitó a disfrutar de la sensación de sentirse lleno.

Cuando Ilya estaba duro por completo, Shane se apartó y mostró cuánto adoraba su polla con pequeños lametones y besos de gatito, y luego se pasó un rato chupando por debajo de la punta. Ilya murmuró palabras cariñosas en ruso, mientras sus dedos recorrían ligeramente las mejillas de Shane y se adentraban en su pelo húmedo.

—Qué dulce eres conmigo —murmuró Ilya en inglés.

Shane respondió clavando la mirada en la de Ilya y deslizando los labios hacia abajo, metiéndosela hasta el fondo.

Últimamente se le daba de maravilla chupársela. Como con todo lo que se proponía, se había esforzado mucho en ello. Había estudiado, practicado y visualizado cómo sería capaz de hacerlo. Ser capaz de meterse la polla de su novio hasta la garganta y sentir cómo se ponía aún más dura, hasta casi ahogarlo. Le encantaba cómo se sentía pero, más que eso, le encantaba lo que le provocaba a Ilya.

—Sí —suspiró Ilya en voz baja, con la palabra casi perdida entre el sonido del agua corriendo.

Shane deslizó las manos hasta el culo de Ilya, agarró con fuerza los músculos firmes y los atrajo hacia sí. Ya le empezaban a doler las rodillas, pero podía aguantarlo. Quizá debería tener unas rodilleras de yoga en el baño…

—Joder, Hollander. Esa puta boca. Está hecha para esto —gruñó Ilya por encima de él, rompiendo la aburrida cadena de pensamientos de Shane.

Shane murmuró con la boca ocupada, porque… sí. Estaba hecho para eso. Para cualquier cosa que Ilya necesitara de él.

Hundió los dedos en el pliegue del culo de Ilya y rozó con curiosidad su ano. A Ilya no siempre le gustaba eso, pero a veces le encantaba, y Shane tenía la sensación de que…

—Sí —dijo Ilya—. Sigue así.

Shane se apartó ligeramente de la polla de Ilya para poder concentrarse en hacer dos cosas a la vez, sin dejar de respirar. Chupó la punta de la polla de Ilya mientras trazaba círculos en el ano de Ilya con la yema de un dedo. Ilya gimió en voz baja por encima de él. Tenía los ojos cerrados y parecía que fuera a caerse, balanceándose un poco sobre sus pies.

Shane le dio un beso de despedida a su polla y luego se levantó, sin apartar del ano el dedo con el que le había estado provocando.

—¿Por qué no nos vamos a la cama y te doy todo lo que necesites?

Ilya asintió y Shane cerró el grifo.

Shane secó a Ilya con una mullida toalla gris, empezando por el pelo, luego el pecho, los brazos y el vientre, y bajando entre sus piernas hasta que volvió a arrodillarse a los pies de Ilya.

Ilya enredó los dedos en el pelo mojado de Shane y tiró ligeramente de él.

—Esta noche necesito mucho de ti.

—Para ti. Lo que quieras.

Un suave sonido escapó de los labios de Ilya, casi un gemido.

—Destrózame, Hollander.

Shane se secó a la velocidad del rayo y siguió a Ilya hasta la cama. Ilya ya estaba tumbado bocabajo, con una almohada bajo las caderas y el culo en pompa, dejando claro lo que necesitaba. Después de tres años como pareja cerrada, se conocían bien los cuerpos del otro y sabían cuáles eran sus límites. A Ilya no le interesaba hacer de pasivo más de lo que a Shane le interesaba

hacer de activo, pero a veces a Ilya le gustaba que Shane le prestara atención a su culo. Puntualmente, Ilya solo quería que lo llevaran tan lejos de sí mismo como pudiera llegar, y eso parecía surtir efecto.

Shane empezó con la lengua. Lo hizo con suavidad y delicadeza, moviéndola tal y como a él mismo le gustaba. Ilya gimió y pareció hundirse más en el colchón. No hablaron. Shane mantuvo la boca ocupada e Ilya, esperaba él, estaba demasiado fuera de sí como para articular palabras. Shane se deleitaba con sus gemidos, jadeos y suspiros mientras aumentaba la presión de la lengua. Ilya estaba muy apretado, pero Shane, al fin, tras varios minutos, consiguió introducir la punta de la lengua en su interior.

—Ay —jadeó Ilya.

Shane debería ofrecerse a hacer esto más a menudo. Ilya rara vez lo pedía, pero quizá Shane no se hubiera percatado de momentos en los que Ilya había querido pedírselo.

Shane se apartó y admiró el trabajo que había hecho hasta entonces. Sospechaba que Ilya estaba listo para algo más intenso.

—¿Quieres que te meta los dedos?

—Bfff…

Shane se rio.

—Vas a tener que decir alguna palabra para saber qué quieres.

—*Da.* Sí. Joder, venga, va.

Shane fue a por un bote de lubricante, pero se detuvo al mirar dentro del cajón de la mesita de noche.

—¿Quizá quieres probar un juguete?

A Ilya no le había gustado mucho el dildo que Shane había probado con él una vez, hacía dos años, pero ahora tenían cosas más pequeñas. Pequeños masajeadores de próstata que vibraban y *plugs*.

—No —dijo Ilya—. Solo te quiero a ti.

Shane le dio un beso en la sien a Ilya.

—Vale. —Se echó un poco de lubricante en los dedos—. Eeeh… Bueno, ¿quieres…?

—Los dedos, Hollander. Méteme los dedos. Y relájate, joder.

Shane resopló.

—El que tiene que relajarse aquí eres tú.

—El que está tardando una eternidad eres tú.

—Me gustaba más cuando no te salían las palabras.

—Pues haz que me olvide de cómo se habla.

Shane mordió juguetonamente una nalga de Ilya y luego presionó un dedo resbaladizo contra su ano. Lo fue introduciendo despacio, con cuidado, hasta que pudo deslizarse dentro sin mucha resistencia, hasta el segundo nudillo. Exploró el interior hasta que encontró el punto que hizo que todo el cuerpo de Ilya se estremeciera.

—Joder —jadeó Ilya—. Siempre se me olvida.

Shane sonrió y empezó a marcar un ritmo. Al cabo de unos minutos, Ilya tenía los nervios a flor de piel.

—Bien, ¿no? —dijo Shane en voz baja—. Es como notar olas. Me encanta dejarme llevar por esa sensación.

—Qué pasada… Sí.

—Sí. Como si fueras a correrte, pero no del todo. Se siente la hostia de bien.

—A veces te corres así.

—Sí —asintió Shane—. Y es una puta pasada.

Ilya gimió.

—¿Quieres probar? —preguntó Shane.

—Eeeh… Sí. Joder. Siento como si fuera a matarme. Como si me partiera por la mitad.

—No te va a matar. Déjate llevar.

Shane sabía que Ilya estaba frotándose un poco contra la almohada, lo cual técnicamente era hacer trampa, pero aun así pasó un tiempo sorprendentemente corto antes de que Ilya dijera:

—No pares. Ay, joder. Shane.

Y luego se apretó con fuerza alrededor del dedo de Shane. Su cuerpo se sacudió mientras gemía y maldecía, hasta que al final se quedó quieto.

Shane sacó el dedo y besó la columna vertebral de Ilya mientras esperaba a que se calmara. Y, al final, Ilya dijo:

—Espero que no le tuvieras mucho cariño a esa almohada.

Shane se rio.

—Ni tan mal, ¿eh?

—Todo mi cuerpo acaba de salir disparado por la polla.

—¿Contamos eso como una lesión en la parte inferior del cuerpo?

Ilya se dio la vuelta y se puso bocarriba, sonriendo a Shane.

—Ven aquí para que te la pueda tocar.

Shane se arrastró de rodillas hasta quedar a horcajadas sobre la cintura de Ilya.

—Puedo hacerlo yo. Tienes las extremidades como fideos.

Ilya cruzó las manos detrás de la cabeza.

—Mi programa favorito.

Shane sonrió y se echó más lubricante en la palma de la mano, y luego se puso manos a la obra. Menos de un minuto después, estaba al borde del orgasmo.

—Lo siento —dijo entre dientes—. No puedo…

—No pasa nada —dijo Ilya—. Venga, va.

Shane dejó de resistirse y permitió que el orgasmo lo embistiera con fuerza, derramándose por todo el pecho de Ilya. Entonces,

Shane se desplomó hacia delante y le dio un beso apasionado.

—Te quiero —murmuró contra los labios de Ilya—. Muchísimo.

Más tarde, después de que se hubieran aseado y Shane hubiera metido la desafortunada almohada en la colada para el día siguiente, se acurrucaron juntos en la cama. Era tarde y a ambos les costaba mantenerse despiertos.

—¿Te he contado —dijo Ilya— que Bood y Cassie han tenido a su bebé?

—No.

—Han tenido un niño —dijo Ilya—. Milo.

—Qué nombre más chulo.

—Mmm. Pues lo he visto. Es muy mono.

Shane jugueteó con el anillo de la cadena de Ilya.

—¿Cómo llamarías a tu hijo?

—Roger Crowell.

Shane se partió de risa.

—Le encantaría.

—Roger Crowell Rozanov.

—Anda, para.

—O… —dijo Ilya tumbándose encima de él mientras sonreía— Roger Crowell Rozanov-Hollander.

—Dios, es un trabalenguas —dijo Shane mientras se le derretía el corazón—. Aunque Hollander-Rozanov va por orden alfabético, así que…

—Suena peor.

—Quizá podríamos combinar nuestros nombres. Hollanov. Rozander.

—Roger Rozander. Es un nombre horrible.

—¡No vamos a llamar a nuestro hijo Roger, capullo!

Los dos se rieron y luego se besaron hasta que el cansancio hizo

que sus besos se volvieran torpes y lentos. Ilya se quedó dormido primero, y Shane escuchó su respiración acompasada mientras su propio cuerpo bullía de felicidad.

Capítulo 31

Marzo

Obviamente, a Ilya le alegró ver todo el apoyo que recibió Troy durante la semana posterior al partido de la Noche del Orgullo. Estaba seguro de que había mucha gente del bando contrario rajando en internet, pero esas voces quedaban ahogadas y, de todos modos, no importaban. Eso le dio esperanzas a Ilya de que las cosas podrían salir bien cuando Shane y él anunciaran su relación.

Solo sintió un poco de envidia al ver lo mucho más relajado que parecía Troy. La felicidad con la que sonreía ahora. La franqueza con la que Troy y Harris se mostraban cariñosos el uno con el otro, sabiendo que no tenían que esconderse. Sabiendo que contaban con el apoyo del equipo. Ilya imaginó que debía de ser una sensación maravillosa.

Cuando estaban en la pista, esperando a que empezara el entrenamiento, Troy se acercó a Ilya.

—Hey.

Ilya asintió con la cabeza.

—Barrett.

Troy cogió un *puck* que estaba contra la valla y empezó a moverlo con la pala del *stick*.

—Bueno, quiero, eeeh…, darte las gracias.

—¿Por?

—Por darme el empujón que necesitaba, supongo. Por… apoyarme.

Ilya le quitó el *puck*.

—Eso es lo que hacen los amigos.

—Sí, bueno. No según mi experiencia.

Ilya le devolvió el *puck*.

—¿Qué tal te ha ido? ¿Desde que saliste del armario?

Troy sonrió.

—Genial.

Ilya sintió una punzada de celos en el pecho, pero la ignoró.

—Me alegro.

—Y, además, Harris se preguntaba si tú…

Su voz se redujo a un murmullo casi inaudible.

—¿Qué?

Troy suspiró y enderezó los hombros.

—Harris quiere que vayas a cenar a la granja de su familia este domingo. Como agradecimiento.

Aquello era del todo innecesario y, posiblemente, más de lo que Ilya podía soportar en ese momento a nivel emocional. Estaba dispuesto a rechazar la invitación siendo muy educado, pero se le ocurrió algo:

—¿Estará Quirón allí?

Los labios de Troy esbozaron una leve sonrisa.

—Sí. Y un montón de perros más.

Bueno. Quizá Ilya podría sacar un rato para una cenita…

—¡Aaay! Harris, ¿quién es este buen chico? ¡Es incluso más

grande que Quirón!

Ilya estaba agachado en el camino de entrada frente a la granja familiar de los Drover, con las enormes patas de un perro marrón apoyadas sobre sus hombros.

—Ese es Mac —dijo Harris—. Es un travieso.

Ilya acarició la cara de Mac con ambas manos.

—No es travieso. Es muy bueno.

Ilya ya había estado una vez en el huerto de manzanos de la familia de Harris, pero no en la casa. Había asistido a la inauguración de la sidrería de las hermanas de Harris, que también estaba en la granja. Aquello había estado bien, pero la casa tenía un aspecto muy mono.

Y había un montón de perros.

—¿Para qué tengo una casa? —bromeó Ilya mientras un segundo perro, más pequeño, le rozaba el muslo con el hocico, buscando atención—. Cuando podría vivir aquí en una tienda de campaña y ser muy feliz.

—Deberías entrar —gritó Troy desde el porche delantero—. Aquí fuera hace un frío que pela.

—Aún no los conozco a todos —replicó Ilya mientras se daba la vuelta para saludar a un tercer perro—. ¿Y esta cómo se llama?

—Aún no lo sé —respondió Harris—. Acaba de llegar.

La perrita sin nombre era de tamaño mediano, con el pelo largo de un color que mezclaba marrón, blanco y gris. Tenía las orejas caídas, grandes ojos marrones y la carita más dulce que Ilya había visto jamás.

—¡Eres nueva! —le dijo Ilya mientras le rascaba las suaves orejas—. Te va a encantar esta granja.

—La encontró uno de nuestros vecinos —explicó Harris—. La gente suele traer aquí a los perros callejeros porque mis padres los

tratan bien. Mi madre la llevó un poco más allá, a ver a Linda, para que le echara un vistazo.

—Linda es veterinaria —añadió Troy.

La perra lamió los dedos de Ilya, lo que le hizo reír.

—No eres nada tímida, ¿no?

—Está en buena forma —dijo Harris—, teniendo en cuenta que estaba sola en el campo, pasando frío. Linda cree que la encontraron bastante rápido, gracias a dios. Es supersimpática… La perra, quiero decir. Shannon la ha estado cuidando muy bien.

—Shannon es esa perrita —dijo Troy señalando a la perrita más pequeña de todas.

—¿No es de nadie? —preguntó Ilya mientras se levantaba.

La perrita sin nombre se coló entre sus piernas.

—No, que hayamos podido averiguar. Conocemos a todo el mundo en un radio de kilómetros… —El rostro de Harris se volvió más enfadado de lo que Ilya lo había visto jamás—. Aunque a veces la gente lleva al campo a los perros que ya no quiere.

—¿Y los abandonan? —preguntó Ilya, horrorizado. Había crecido en Moscú y había visto muchos perros callejeros, pero la idea de que alguien abandonara a un perro que los quería, una parte de su familia y de su hogar, le parecía monstruosa.

Harris asintió.

—Sí. Es asqueroso.

—Es una puta mierda —dijo Troy.

Ilya se dirigió hacia la puerta principal con cinco perros rodeándolo. Quirón iba delante, pero no dejaba de volverse para asegurarse de que Ilya lo seguía. La perra nueva se mantenía pegada a los tobillos de Ilya.

La casa olía de maravilla y era tan encantadora como Ilya se había imaginado. Rebosante de historia familiar, de gente riendo y,

sí, de perros.

—Creo que la mayoría está en el salón —dijo Harris abriendo el paso.

—Prepárate —murmuró Troy—, aquí hay mucho jaleo.

Había cinco personas sentadas en el salón. Harris fue presentándole a Ilya a sus dos hermanas y a sus maridos. Cuando llegó a su madre, Ilya lo interrumpió.

—Ay, ¿cómo iba a olvidarme de ti? —preguntó con voz melosa—. La mejor pareja de baile que he tenido jamás.

—Ay, déjalo ya… —dijo la señora Drover.

Era una mujer bajita con el pelo blanco en corte *bob* muy elegante. Ilya había disfrutado bailando con ella en un evento benéfico del equipo el año anterior, lo que había emocionado a Harris. Al igual que su hijo, era divertida y era fácil hablar con ella.

—Es verdad —dijo Ilya—. Nadie más ha estado a la altura. ¿Sigues con tu marido?

—Me temo que sí —dijo una voz masculina atronadora a espaldas de Ilya.

Se volvió y vio al padre de Harris sonriendo en el umbral.

Ilya suspiró teatralmente.

—Una lástima…

La hermana de Harris, Margot, se levantó para ofrecerle a Ilya su sillón, pero él hizo un gesto con la mano para que no se molestara y se sentó con las piernas cruzadas en el suelo.

—¿Estás seguro? —preguntó Margot.

Ilya ya tenía a tres perros intentando subirse a su regazo.

—Sí —respondió—. Todos mis amigos están aquí abajo.

Al final, todos se trasladaron al comedor, donde se apiñaron alrededor de una mesa y disfrutaron de una comida increíble que incluía jamón al horno, patatas gratinadas y, para deleite de Ilya,

panecillos recién horneados.

—Los ha hecho mi padre —dijo Harris—. Se acabarán enseguida.

De postre había tarta de chocolate.

—¡Qué buena está! —exclamó Ilya tras el primer bocado—. ¿Quién ha hecho esta tarta?

—¡Troy! —dijo Harris con orgullo.

—Con mucha ayuda —añadió Troy enseguida—. Nunca había hecho una tarta antes. Ni nada, la verdad.

—¡Hacéis repostería juntos! —dijo Ilya mientras sonreía—. Qué bonito…

Troy bajó la cabeza, pero Ilya se dio cuenta de que se estaba sonrojando.

Después de cenar, Troy le preguntó a Ilya si quería salir con él. Ilya entendió que buscaba estar un rato tranquilo, así que asintió con la cabeza y cogió el abrigo y el gorro.

En cuanto salieron al porche delantero, Troy exhaló una bocanada de aire que se convirtió en una nuble blanca y flotó en la gélida oscuridad.

—Quiero mucho a esta familia, pero, tío…

Ilya se echó a reír.

—Hablan todos mucho. Es como si hubiera un montón de Harrises. —Hizo una pausa—. Probablemente te gustaría estar entre un montón de Harrises.

Troy le dio un codazo.

—Cállate. —Se agarró a la barandilla de la parte delantera del porche y alzó la vista hacia el cielo nocturno. Ya se veían un montón de estrellas—. ¿Sabes una cosa? Esta ha sido la mejor semana de mi vida.

—Me alegro de oírlo.

—Nunca había imaginado… —Troy negó con la cabeza—. Es que

no creía que pudiera tener esto, ¿sabes? Tenerlo todo. Ser abiertamente gay. Jugar al hockey. Estar con alguien tan genial como Harris. Me siento como si me hubieran quitado un millón de kilos de encima.

Ilya sospechaba que sabía por qué Troy le estaba contando eso.

—Crees que debería hacer lo mismo.

—No voy a decirte lo que tienes que hacer, pero sí. Creo que deberías.

Sin embargo, Troy no sabía toda la verdad. Tenía razón en que el hecho de que Ilya saliera del armario como bisexual no sería para tanto. Al menos, no en el mal sentido. Pero ese no era el mayor secreto que Ilya ocultaba.

—He recibido un montón de mensajes, o cosas así —dijo Troy—. Gente en internet que responde a mis *posts*. Me dicen lo mucho que significa para ellos que haya salido del armario. La verdad es que no los leo, pero Harris me habla de ellos. Me parece bonito.

—Esa parte está muy bien —asintió Ilya.

—Entiendo lo de esconderse, pero, si hubiera sabido lo bien que se siente estar fuera, quizá lo habría hecho antes. —Se volvió hacia Ilya—. Por eso te lo estoy contando. Para que lo sepas.

Ilya lo miró con seriedad.

—No es solo mi secreto como para contarlo yo solo.

Troy frunció el ceño. Luego abrió mucho los ojos.

—Ah… ¡Aaah! Estás con alguien.

—Sí.

—¿Que tampoco ha salido del armario?

—Más o menos. Sí.

—¿Es…, es de quien hablamos la otra vez? ¿En Nueva York?

Troy casi había adivinado que Ilya salía con Shane, allá por diciembre en Nueva York, cuando Ilya le había contado que era

bisexual. Eso había confirmado la sospecha de Ilya de que cualquiera que supiera que él era bisexual se daría cuenta bastante rápido de que Shane era su novio.

Ilya no dijo nada, igual que no lo había dicho en Nueva York. Quería decirle a Troy que Shane sería su marido muy pronto. Probablemente podría hacerlo. Quizá. Excepto que Ilya aún no acababa de creerse que fuera a ocurrir de verdad.

—No es asunto mío —dijo Troy, rompiendo el pesado silencio—. Pero, eh, si se tratara de alguien así, entiendo que eso sería… complicado. Sí.

Ilya volvió a fijar la mirada en el cielo y cambió de tema.

—Mira. La Osa Mayor, ¿sí?

La puerta se abrió a sus espaldas y salió Harris. Quirón, Mac y la nueva perrita lo siguieron hasta el porche. La nueva perrita se acercó a toda prisa hacia Ilya y le olisqueó las zapatillas.

—Le caes bien —dijo Harris.

Ilya se agachó y le dio unas palmaditas.

—Soy difícil de resistir.

Era mona de verdad. Y suave. Y parecía que sabría escuchar bien.

—Bueno —dijo Harris despacio—, probablemente tendremos que buscarle un nuevo hogar. —Troy y él se miraron, y Harris añadió—: Aquí nos encantan los perros, pero de momento no tenemos sitio para uno más.

Ilya entrecerró los ojos.

—Harris. ¿Estás intentando tenderme una trampa? ¿Esto es una cita a ciegas con un cachorro?

Harris sonrió.

—No tengo ni idea de qué me estás hablando, colega. Esto es solo una cena amistosa con una perrita encantadora que necesita a

alguien que la quiera y le dé una casa grande y lujosa para explorar.

Ilya bajó la mirada hacia la encantadora perrita en cuestión, que lo miraba con la lengua colgándole de la boca. ¿Podría hacerlo? Tenía que haber una forma de que eso funcionara. Existían las guarderías para perros, ¿no? Ilya no sabía si eran una buena opción, pero podía informarse.

—¿Cómo lo hago? —preguntó—. Nunca he tenido un perro.

—Pues entonces menos mal que soy tu amigo —dijo Harris con alegría—. Soy un experto. Y podemos quedárnosla aquí en la granja un tiempo hasta que estés listo para llevártela a casa.

La perra apoyó las patas delanteras en la espinilla de Ilya, con una sonrisa en el hocico, como si supiera lo que Ilya estaba pensando.

—Anya —dijo Ilya devolviéndole la sonrisa—. Creo que se llama Anya.

Shane no tenía ni idea de qué esperarse cuando entró en el camino de acceso a la casa de Ilya, casi dos semanas después de haberlo visto por última vez. Ilya le había dicho que tenía una sorpresa para él, y el tono de emoción en su voz sugería que se trataba de algo grande. Si no estuvieran ya comprometidos, Shane habría pensado que quizá estaba a punto de recibir una propuesta de matrimonio.

La puerta principal de Ilya se abrió cuando Shane se acercó. Ilya estaba allí de pie, vestido con pantalones de chándal, una camiseta holgada y una enorme sonrisa.

—¿Cuál es la gran sorpresa? —preguntó Shane.

Entonces oyó un ladrido curioso detrás de Ilya. Un segundo después, una perrita pequeña y peluda salió trotando entre las piernas de Ilya.

—¿De quién es? —preguntó Shane mirando a la perrita con recelo. No se le daban muy bien los animales—. ¿Estás cuidando a la perra de alguien?

—No —respondió Ilya, y luego se agachó para coger a la perrita en brazos.

La acurrucó contra su pecho y ella le lamió la mejilla con cariño.

—Se llama Anya. Es mía.

—¿Que es tuy…? ¿Cómo?

—Alguien la abandonó. En el frío. Unos monstruos —gruñó Ilya. Luego le dio un beso en la coronilla a Anya.

—Necesitaba un hogar. Y yo un perro.

Había una lista de razones tan larga como el canal Rideau por las que ese no era el mejor momento de la vida de Ilya para convertirse en dueño de un perro… Shane estaba a punto de enumerarlas, pero la boca de Ilya se estiró en una de sus raras sonrisas espontáneas, y eso hizo que todas las razones se esfumaran.

Shane extendió una mano vacilante y acarició una de las orejas de Anya.

—Uy. Qué suavecita es.

—Acaba de darse un baño —dijo Ilya—. La he llevado al *spa* para perros. Le han hecho un tratamiento integral.

Shane sonrió.

—La vas a mimar muchísimo.

—Ay, sí. Es terrible. Ven a ver todos los juguetes que le he comprado.

No eran pocos juguetes. En cuanto Shane llegó al salón de Ilya, vio al menos una docena de objetos de colores llamativos en el suelo y en el sofá, y en la mesita de centro había lo que parecía un trozo de cuerda. También había una lujosa cama para perros cerca de la chimenea.

—Bueno, eh… —dijo Shane—. ¿Cuándo te hiciste con Anya?

—Ayer.

Shane se rio.

—Me alegro de que no te hayas pasado comprándole cosas ni nada por el estilo.

—En el *spa* para perros venden juguetes.

Ilya dejó a Anya en el suelo, y ella corrió al instante hacia una foca de peluche y empezó a morderla alegremente. Shane no sabía mucho de mascotas, pero habría esperado que un perro que hubiera sido abandonado fuese más tímido y tuviera un aspecto más desaliñado.

Shane abrazó a Ilya por detrás.

—Te amo, pero te lo tengo que preguntar: ¿estás seguro de que no le has robado el perro a nadie?

—¡No! Verás…

Ilya le contó a Shane que habían encontrado a Anya en el campo y cómo la familia de Harrias la había cuidado. Habían seguido cuidándola después de que Ilya decidiera, casi de inmediato, adoptarla, hasta que tuvo tiempo libre suficiente para acostumbrarla como es debido a su casa.

Pasaron el resto de la mañana jugando con Anya en el suelo del salón. Ella era incansable: perseguía alegre cualquier cosa que le lanzaran y lo devolvía con orgullo. Cuando se tomaban un descanso, se colaba en el regazo de uno de ellos para que la acariciaran, sin ningún pudor y de una forma adorable. Shane se dio cuenta de que le gustaban los perros más de lo que pensaba. La llevaron a dar un paseo, lo que significaba dar una vuelta juntos por el barrio de Ilya, pero no pasaba nada. Shane sonrió al ver las botitas rojas que Ilya le había puesto a Anya en las patas.

—Es para protegerla de la sal —explicó Ilya—. Y para mantener

calentitas sus patitas. En el *spa* dijeron que no necesita jersey porque tiene el pelo largo. Es una pena, porque había uno con forma de fresa que era monísimo.

—¿No tenían uno de tu talla? —bromeó Shane.

Caminaban uno al lado del otro por las aceras cubiertas de una costra de sal. Shane se moría de ganas de cogerle la mano a Ilya, así que se metió las manos con fuerza en los bolsillos del abrigo. Pronto, se recordó a sí mismo. Pronto serían…, bueno, una familia, supuso. Ahora que Anya también estaba ahí.

—Entonces —preguntó Shane con cautela—, cuando estés de viaje…

—Hay un sitio donde la pueden acoger —dijo Ilya—. Es como un hotel para perros.

—¿Una residencia canina?

—Un hotel para perros. Ya he hablado con ellos y he reservado una plaza. Fui hace unos días a verlo. Está muy bien. Allí estará bien.

Parecía una solución bastante sencilla. Aunque Shane sospechaba que Ilya se preocuparía por Anya cada vez que estuvieran separados.

—¿Y ese hotel tiene una cámara en directo para que puedas verla?

—Por supuesto —dijo Ilya.

—Sabes que no puedes usar los iPads de los entrenadores para ver cómo está durante los partidos, ¿verdad?

Ilya se quedó en silencio unos segundos de más y luego dijo:

—Sí.

Aquella noche no follaron porque, cuando Shane intentó acercarse, Anya empezó a lloriquear detrás de la puerta del dormitorio de Ilya.

Shane se detuvo en medio del recorrido que estaba trazando con sus besos por la parte interior del muslo de Ilya.

—Ve a por ella —dijo sonriendo y suspirando a la vez.

Ilya se levantó de un salto de la cama y abrió la puerta.

—Anya, pequeña. ¿Qué te pasa? ¿Te sientes solita?

La cogió en brazos y la llevó a la cama.

Shane estaba convencido de que aquello sentaba un mal precedente, pero Ilya estaba tumbado bocarriba con la cabeza de Anya apoyada en su bíceps y le resultaba muy difícil preocuparse por las normas.

Shane se tumbó de lado, perpendicular a Ilya, y apoyó la cabeza en el estómago de Ilya. Se unió a él y acarició a Anya, disfrutando de la relajante sensación del pelaje suave y del calor de la perrita bajo sus dedos. Le puso una mano en la espalda y sintió el suave subir y bajar de su diminuto cuerpo al respirar.

La habitación estaba en silencio y tan llena de amor que resultaba casi asfixiante. Y, si alguien le hubiera dicho a Shane aquella mañana que prefería acariciar a una perrita hasta que se durmiera antes que follar con su novio, nunca se lo habría creído. Pero la vida estaba llena de sorpresas.

—Creo que se ha quedado dormida —susurró Shane.

La única respuesta de Ilya fue un suspiro que sonó un poco como un ronquido. Shane levantó la cabeza y sonrió a su novio dormido, que parecía más feliz y en paz de lo que Shane lo había visto en meses.

Capítulo 32

Ilya se sintió aliviado al saber que a Anya le gustaba viajar en coche. Estaba nervioso cuando, más o menos una semana después de adoptarla, condujo con ella por primera vez hasta Montreal.

—¿Ha llegado lo que pedí? —le preguntó Ilya a Shane por teléfono mientras conducía—. La cama y los…

—¿El millón de juguetes para perros? Sí, han llegado.

—No eran un millón. ¿Has montado la cama? ¿Quizá… cerca de la chimenea?

—Sí, ya está todo listo. No te preocupes. Y, oye, puede que les haya comentado a Jade y Ruby que has adoptado un perro, y ahora los Pike quieren que vayamos a verlos.

—¿Hoy?

—Sí… ¿Quizá esta tarde?

Ilya no había visto a los hijos de Hayden desde que oficiaron su «boda» con Shane.

—Sí, vale. Pero, si Anya se asusta, nos vamos.

—Si hay algo que pueda asustar a Anya, será ese peluche raro con cara de plátano y expresión terrorífica que le has comprado.

Ilya oyó por teléfono el chirrido de un peluche al apretarlo.

—No gastes los juguetes antes de que Anya pueda jugar con

ellos, Hollander.

—Pues entonces, mejor que te des prisa.

—Ay, colega… Ahora sí que van a empezar a pedir un perro —lamentó Hayden.

Ilya, Shane y Hayden estaban juntos en el salón de los Pike, observando a los cuatro niños y a Jackie jugar con Anya. A Ilya le había preocupado la cantidad de gente nueva, sobre todo niños, pero Anya se había hecho amiga de todos enseguida.

—Adopta uno —dijo Ilya—. Ni siquiera te darías cuenta, con todos estos niños.

—Sí me daría cuenta —suspiró Hayden—. Y Jackie todavía se daría más cuenta si tuviera que cuidar a alguien más mientras estoy de viaje.

—Anya se queda en un hotel para perros cuando Ilya está fuera —dijo Shane.

—¿Tipo una residencia canina?

—No —respondió Ilya con irritación—. Es un hotel…

—La lleva a un *spa* —dijo Shane.

Hayden se echó a reír.

—Joder, qué envidia me da tu perra.

Ilya cruzó los brazos.

—A Shane también, creo.

Shane le dio un ligero empujoncito.

—Ay, mierda —dijo Hayden mirando el móvil—. Se me había olvidado que tengo que…, eh. Enseguida vuelvo.

—¿Una emergencia con el FanMail? —preguntó Ilya con una sonrisa burlona.

Hayden lo miró con el ceño fruncido.

—No es una emergencia. Es que prometí responder en veinticuatro horas. Y de eso hace veintitrés y media.

—¿Te vas a poner esa camiseta? Está manchada con salsa.

Hayden bajó la vista.

—Mierda. Es del desayuno. Gracias.

Se fue a toda prisa.

—¿Quién necesita un mensaje de Hayden con tanta urgencia? —se preguntó Ilya en voz alta.

—Te sorprendería —dijo Jackie—. ¡Recibe un montón de peticiones! Aunque, entre nosotros, creo que es porque es el único jugador de los Montreal Voyageurs en FanMail.

Ilya se rio.

—Pues ya sabes, Shane. Hazle competencia.

—Ni de coña.

—Mami… —preguntó Arthur con voz baja y temblorosa—. ¿Dónde está Chompy?

Jackie frunció el ceño.

—Ay, no… ¡Espera! Seguro que está en el coche. Déjame ver…

—No —dijo Ilya—. Ya voy a buscarlo yo. ¿Dónde están las llaves?

Jacke le dedicó una sonrisa de agradecimiento.

—Colgadas junto a la puerta del vestíbulo, por ahí. Chompy está en el Mercedes, creo. En el asiento trasero.

—¿Me acompañas? —le preguntó Ilya a Shane—. No quiero ir a buscar a un caimán solo.

Shane puso los ojos en blanco.

—Claro.

Era obvio que Ilya solo intentaba robar un momento a solas con Shane. Salieron por una puerta lateral apartada que daba a un camino de hormigón que rodeaba la casa hasta llegar a la parte delantera. Una hilera de árboles frondosos bordeaba el jardín,

impidiendo la vista desde cualquier casa vecina.

Perfecto.

Ilya se volvió para situarse frente a Shane y le puso una mano en la cintura.

—Supongo que tienes un motivo oculto para invitarme a esta aventura —dijo Shane.

Levantó la mirada hacia Ilya de forma coqueta a través de sus pestañas, e Ilya se prometió en silencio que encontraría la manera de acostarse con su novio esa noche. Anya tendría que aguantarse.

—Quizá —dijo Ilya.

Shane sonrió, luego se inclinó y lo besó. Fue un beso suave, dulce y cálido, a pesar de que el aire a su alrededor era frío. Ilya suspiró feliz y lo besó con más pasión, hundiendo los dedos en el pelo de Shane e inclinándolo ligeramente hacia atrás.

—Vaya —dijo Shane sin aliento cuando se separaron—. Ese sí que ha estado bien.

Tenía las mejillas sonrosadas y los ojos tan brillantes como su sonrisa. Ilya, incapaz de resistirse, lo besó de nuevo. Shane se rio pegado a su boca y luego dio un paso atrás.

—Luego más, ¿vale? Si seguimos así, no podré volver a entrar.

—Sí, vale —dijo Ilya con voz temblorosa. Respiró hondo para tranquilizarse y añadió—: Ahora tenemos una misión que cumplir.

—Mmm. Operación: Chompy.

Ilya le hizo un saludo militar vago y se volvió hacia el camino de entrada.

Shane tenía una lista de cosas que quería hacer esa mañana antes de que Ilya tuviera que volver en coche a Ottawa. Podían quedarse en la cama casi toda la mañana, o quizá llevar a Anya al parque.

Quizá hacer ejercicio juntos. Quizá todo.

Ninguno de sus planes contemplaba que llamaran al timbre a las nueve de la mañana.

Dejó de besar a Ilya enseguida y le lanzó una mirada de extrañeza.

—¿Has pedido más juguetes para perros?

—No.

Anya empezó a ladrar y, entonces, el timbre sonó por segunda vez. Shane suspiró y se apartó de Ilya.

—Será mejor que vaya a ver quién es.

Se puso unos pantalones de pijama y una camiseta, y bajó corriendo las escaleras, con Anya pisándole los talones. Se sorprendió al encontrarse con Hayden al otro lado de la puerta cuando la abrió.

—Eh, ¿hola? —dijo Shane. Entonces se fijó en lo pálido que estaba Hayden—. ¿Qué ha pasado? ¿Estáis todos bien? Pasa.

Shane llevó a Anya al salón y Hayden lo siguió de cerca. Ilya estaba de pie en lo alto de las escaleras, vestido solo con unos pantalones de chándal.

—¿Hayden? —le preguntó.

—Siento aparecer así, pero… ¿podemos sentarnos, mejor?

Shane se sentó de inmediato en el sofá.

—¿Qué pasa?

Un segundo después, Ilya se sentó a su lado. Hayden se sentó en un sillón frente a ellos.

—¿Habéis mirado las redes hoy? —preguntó Hayden—. Imagino que no.

—No —respondió Shane—. ¿Por qué?

Hayden soltó un suspiro y se rascó la nuca.

—Vale. Bueno, eh… ¿Os acordáis del vídeo de FanMail que hice

ayer?

—Sí —respondió Shane con impaciencia.

Aquello le parecía cada vez menos importante.

—La cosa es que estaba en una habitación que utilizo como una especie de sala de trofeos. Es una habitación bonita. Ventanas grandes, muchas estanterías, espejos… Queda muy bien en los vídeos.

—Muy interesante —dijo Ilya con tono monótono.

—Pues las ventanas dan al lateral de la casa, donde están los árboles. Y yo no estaba de pie delante de las ventanas, porque siempre queda un poco raro estar a contraluz así…

—Hayden —dijo Ilya con un tono de advertencia.

—¿Qué ha pasado?

—Estaba de pie junto a la pared de trofeos, donde está el espejo grande, y el ángulo era tal que, en el espejo, se veía a través de la ventana. No me di cuenta mientras grababa ni, eeeh, antes de enviar el vídeo. Pero en el espejo se ve…

A Shane se le hizo un nudo en el estómago.

—¿Qué se ve? —preguntó con voz débil, sabiendo ya la respuesta.

Hayden se frotó la cara con una mano.

—A vosotros. Besándoos. Besándoos intensamente. O sea, mucho.

Shane tragó saliva con dificultad.

—¿Pero se ve claro? ¿En plan, que somos nosotros?

Hayden asintió.

—Muchísimo.

Joder. ¡Joooder! Tenía que haber alguna forma de arreglar eso.

—Solo le enviaste ese vídeo a una persona, ¿verdad?

—Sí —dijo Hayden—. Y esa persona lo ha publicado en Twitter.

Shane no podía respirar. No podía tragar saliva. Iba a morir atragantado por su propia saliva.

—Lo siento muchísimo, Shane —dijo Hayden—. La verdad es que no suelo ver los vídeos antes de enviarlos. Si lo hubiera visto, no lo habría enviado… La he cagado pero bien.

Shane no podía reaccionar. No sabía cómo hacerlo. Once años manteniéndolo en secreto y así era como los habían descubierto. Con un puto vídeo de FanMail.

Dios mío, ¿iba Ilya a darle un puñetazo a Hayden? Estaba extrañamente callado, pero era imposible que no estuviera furioso. Shane quería salir en defensa de su amigo antes de que ocurriera nada, pero no pudo. Se estaba ahogando de rabia, miedo y humillación, y estaba intentando recordar cómo tragar.

Habían estado tan cerca de contárselo al mundo en sus propios términos… Solo quedaban unos meses. «Joder».

—Por favor, decid algo —dijo Hayden con aire desolado—. Sé que me odiáis. Solo decídmelo. Me lo merezco.

Shane abrió la boca y luego la cerró. Quería decir algo antes de que Ilya dijera algo peor.

—No pasa nada —dijo Ilya en voz baja.

Hayden lo miró con los ojos muy abiertos, sorprendido.

—¿Qué?

—No pasa nada —repitió—. Has sido un buen amigo. Has guardado nuestro secreto durante años. Ha sido un accidente, y la culpa es nuestra por no haber tenido más cuidado.

Uno de los nudos que Shane tenía en el pecho se aflojó. Se obligo a asentir.

—Ilya tiene razón. Por supuesto que no te odiamos. —Por fin consiguió tragar saliva y respirar—. ¿Es muy grave?

—Mucho —dijo Hayden—. El vídeo está por todas putas partes.

—¿Y qué dice la gente?

—Sobre todo cosas como «¿Qué cojones?», «¡Hostia puta, joder!» o «¿Estáis de puta coña, ¿no?». Ese tipo de cosas.

—Dios mío —dijo Shane, y se cubrió la cara con las manos.

Ilya le puso una mano en la espalda.

—¿Qué dicen tus compañeros de equipo?

—Pues más o menos lo mismo —suspiró Hayden—. El entrenamiento de esta tarde va a ser raro. Sin duda.

—Si es que me dejan ir —se quejó Shane.

—Bueno, hay gente en internet que cree que no deberías ir —dijo Hayden—. Pero ya sabes. Que les jodan.

—No quiero volver a mirar el móvil nunca más —dijo Shane mirándose las manos—. Voy a tirarlo al río.

—Deberíamos llamar a Farah —dijo Ilya con sensatez—. Ella puede echarnos un cable.

—Claro. Sí. Sin duda, eso es un asunto que debe llevar nuestra agente. —Shane dejó caer las manos sobre el regazo—. Dios, menuda mierda.

—Sí, pero no es tan diferente —dijo Ilya con calma—. De todas maneras, íbamos a contarlo nosotros mismos, pero ahora ya no hace falta.

—Porque nos han visto besándonos en internet…

—Al menos saben que besamos bien.

—La verdad es que era muy buen beso —coincidió Hayden.

Shane se negó a reconocerlo.

—Los *play-offs* empiezan dentro de dos semanas. Es supermal momento.

—Sobre todo porque parece que nuestros equipos se enfrentarán en la primera ronda. —Añadió Hayden. Luego encogió los hombros y dijo—: Lo siento. No estoy ayudando.

Shane se levantó y empezó a dar vueltas por la habitación.

—Joooooooooder —dijo y dio una patada a un juguete para perros que golpeó la pared de un pitido.

Anya lo miró con lo que parecía una mirada de reproche, como si Shane no tuviera derecho a descargar su frustración sobre uno de los inocentes juguetes para perros.

—Dios, ¿qué vamos a hacer? Joder, ¿y qué me dirá J. J.? Ay, madre.

—Sí, vas a tener que hablar con él —dijo Hayden—. A él, eeeh, no le ha sentado muy bien.

Shane cruzó la mirada con Ilya por un instante y vio preocupación en sus ojos.

—Ya se le pasará —dijo Shane, sobre todo para convencerse a sí mismo—. Está en *shock*. Lo entiendo. No espero que todo el mundo lo entienda, pero J. J. es uno de mis mejores amigos.

Hayden se levantó y luego se agachó para rascarle las orejas a Anya.

—Tampoco está muy contento conmigo ahora mismo que digamos. Creo que puede que se sienta herido por haberse quedado al margen, ¿me explico?

Mierda. Shane debería habérselo contado antes.

—Bueno. La culpa es mía. Hablaré con él.

Hayden se fue al cabo de unos minutos, pero no sin antes recibir un abrazo tranquilizador de Shane. Hayden lo había hecho genial guardando su secreto tanto tiempo. No se merecía sentirse mal por eso.

Cuando Shane volvió al salón, se encontró a Ilya mirando fijamente el móvil con una mano sobre la boca.

—¿Estás viendo el vídeo? —preguntó Shane.

Ilya asintió con la cabeza.

—¿Es malo?

—Terrible. Hayden debería anotarse lo que va a decir en esos vídeos. Divaga mucho hablando.

Shane se dejó caer en el sofá junto a Ilya. Anya se subió a su regazo y él la sujetó, acariciándole la espalda e intentando no mirar el vídeo.

—Ahí estamos —dijo Ilya. Se quedó callado un momento y luego añadió—: Ay, pues sí. Esto sería difícil de negar. —Resopló—. Digamos que nos lo tomamos en serio.

—Esto es una puta pesadilla —dijo Shane apenas sin voz.

El sofá empezó a temblar y Shane se dio cuenta de que Ilya se estaba riendo.

—No tiene gracia.

—¡Sí que la tiene! —chilló Ilya—. Es del puto vídeo de FanMail de Hayden. Dios mío. Que era la felicitación de cumpleaños de alguien. ¡De alguien que se llama Brad!

—Lo siento, Brad —murmuró Shane.

Eso hizo que Ilya se partiera de risa. Se tiró al sofá, retorciéndose entre carcajadas. Anya lloriqueó preocupada.

—¡Deja de reírte! —dijo Shane, pero ahora él también se estaba riendo.

Anya saltó al suelo y empezó a dar vueltas de un lado a otro delante de la mesita de centro, mientras Shane se tumbaba encima de Ilya y se reía hasta que le dolía todo el cuerpo.

—Estamos jodidos —suspiró Shane cuando por fin se calmó—. ¿Cuántos mensajes tienes en el móvil?

—Muchos. Deberíamos llamar a Farah ahora.

Shane asintió despacio.

—Sí, quizá. Vale. Sí. Llámala.

Ilya la llamó y luego dejó el móvil sobre la mesita en modo

altavoz. Ambos se inclinaron hacia delante, esperando a que ella contestara.

—Ilya. Madre mía. ¿Cómo lo estás llevando? —dijo Farah nada más responder.

—Ah. Bueno, ya sabes…

—¿Está Shane contigo?

—Sí —respondió Ilya.

—Sí. Hola —dijo Shane.

—Siento muchísimo lo que ha pasado. Debéis de estar destrozados.

—Creo que más bien estoy… ¿aturdido? —dijo Shane—. No sé. No me parece real.

—Ojalá no lo fuera, pero estoy aquí para ayudar.

—¿Qué crees que va a hacer la liga? —preguntó Shane.

—Legalmente, no creo que puedan hacer gran cosa. Pero Crowell intentará algo, eso seguro.

Shane sintió un retortijón en el estómago. Ilya resopló enfadado a su lado.

—Si lo hace, tendrá noticias mías —continuó Farah—. Si es lo que queréis.

Shane no estaba seguro. Lo único que sabía era que quería seguir jugando en la NHL, y Crowell tenía la capacidad de ponérselo difícil, o al menos de hacerle la vida imposible. Aunque Shane estaba bastante seguro de que Crowell no podría echarlo a él ni a Ilya.

Miró a Ilya, que se limitó a encogerse de hombros.

—Esperemos que no lleguemos a eso —dijo Shane, aunque dudaba de que tuvieran suerte.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Ilya.

—Primero —dijo Farah—, voy a redactar un comunicado oficial. A menos que queráis escribirlo vosotros mismos.

—No —dijo Shane al mismo tiempo que Ilya decía:

—Ni hablar.

—Ya me lo imaginaba. Lo redactaré y os lo enviaré a los dos cuando lo tenga. Creo que deberíamos publicarlo lo antes posible.

—De acuerdo —dijo Shane—, pero quiero esperar al menos hasta después del entrenamiento de esta tarde. Tengo que hablar con mi equipo.

—Tiene lógica. Pero quizá deberíamos publicarlo mañana como muy tarde.

—De acuerdo. Vale.

—¿Y tu equipo, Ilya? —preguntó Farah—. ¿Has hablado con alguien de allí?

—Todavía no. Pero creo que no habrá problemas.

—Yo también lo creo. Pero siento mucho lo que ha ocurrido —dijo Farah—. Es un rollo. Hayden debe de sentirse fatal.

—Sí —dijo Shane—, pero hemos hablado con él. No es su culpa.

—Vale. Bueno, voy a ponerme manos a la obra con el comunicado. Sé que ahora mismo la situación es desoladora, pero todo se calmará. Haremos que las cosas vuelvan a ir a vuestro favor, os lo prometo.

Shane se quedó mirando el móvil un rato después de que terminara la llamada porque seguía aturdido. Ilya le frotó el hombro.

—Farah nos ayudará —le aseguró Ilya.

—Me preocupa que no pueda.

—Lo sé —suspiró Ilya—. Tengo que volver a Ottawa ya. Nuestro avión sale dentro de unas horas.

—Claro. Mierda.

—Siento tener que dejarte ahora. ¿Estarás bien?

—Bueno, no. Voy a estar hecho un puto desastre. —Exhaló un suspiro—. Tengo que intentar hablar con J. J. antes del

entrenamiento.

—¿Crees que tu equipo lo llevará bien?

—No tengo ni idea. Lo más probable es que al principio no. No creo que al entrenador le haga gracia. Ni a la directiva. Ni a nadie, en realidad. —Suspiró—. Pero supongo que lo sabré esta tarde.

Ilya le cogió la mano y se la llevó a los labios, luego le besó los nudillos.

—Paso a paso.

Shane se acercó hasta que su rostro quedó suspendido sobre el de Ilya.

—Paso a paso.

Asintió. Lo besó y se dio cuenta de que había llegado el momento. Ilya iba a abandonar pronto la seguridad de la casa de Shane y adentrarse en el caos. El secreto ya no era más un secreto, y era hora de afrontar lo que fuera que estuviese a punto de suceder. Juntos.

—Joder —dijo Ilya al ver el todoterreno negro aparcado frente a las verjas, al final de su camino de entrada.

No sabía de quién era el vehículo, pero estaba seguro de que estaban allí para molestarlo. Probablemente algún periodista demasiado ansioso. No le hacía falta eso ahora mismo. Tenía que hacer las maletas, llevar a Anya al hotel y luego ir al avión del equipo.

Pulsó el botón del mando a distancia que abría la verja y se adentró en el camino de entrada. Al salir del coche, oyó una voz familiar a sus espaldas.

—Ilya —lo llamó el entrenador Wiebe desde el final del camino de entrada—. ¿Tienes un momento?

Ilya suspiró, asintió con la cabeza e hizo un gesto a su entrenador para que lo siguiera hasta la casa. Más valía acabar de una vez con eso.

Cuando entraron, Anya se plantó delante de las piernas de Ilya y ladró amenazante al entrenador Wiebe. Ilya se agachó y la acarició en la cabeza.

—No pasa nada, Anya. Es un amigo.

Ilya levantó la vista y cruzó la mirada con su entrenador, preguntándole en silencio: «¿A que sí?».

Wiebe también se agachó y le ofreció la mano a Anya para que se la olisqueara.

—Encantado de conocerte, Anya. Solo he venido a hablar con tu padre. —Sonrió a Ilya—. Es monísima.

—Es la mejor.

Wiebe se puso de pie.

—¿Qué tal si nos sentamos por aquí, quizá?

Ilya también se levantó.

—Puedo preparar café.

—Ahora sí que nos entendemos.

Fueron a la cocina e Ilya utilizó su cafetera de expreso para prepararles un americano a cada uno. Era más rápido que hacer una cafetera entera. Wiebe esperó a que ambos estuvieran sentados a la mesa de la cocina antes de entrar en materia.

—Bueno —dijo con un atisbo de diversión en la mirada—. Supongo que vuestra…, eh…, aparición en el vídeo de Pike no fue intencionada.

—Correcto.

—Lo siento. —Wiebe parecía compungido de verdad—. Eso es terrible.

Ilya dio un sorbo a su café, sin decir nada.

—¿Vais en serio? —preguntó Wiebe—. ¿Hollander y tú?

—¿Te refieres a si era una broma?

Wiebe negó con la cabeza.

—Ni de coña ese beso era una broma. No, lo que quiero decir es ¿estáis juntos?

La coraza que Ilya se había construido en el pecho empezó a desmoronarse.

—Lo amo —dijo en voz baja.

Hubo un largo silencio. Ilya se quedó mirando fijamente su café y esperó.

—Y yo diría que el sentimiento es mutuo —dijo por fin su entrenador—. Al menos, a juzgar por ese vídeo.

Ilya esbozó una sonrisa.

—Es muy mutuo, sin duda. —Su tímida sonrisa duró un instante —. ¿Cómo de grave va a ser esto?

Wiebe exhaló despacio.

—No lo sé —dijo—. Crowell ha ordenado que os dejen a los dos en el banquillo durante un tiempo. Quiere que «se resuelva el asunto», sea lo que sea que signifique.

Dios. A Shane le daría algo.

—Lo siento —dijo Ilya, cuando en realidad no era cierto.

No lamentaba haberse enamorado de Shane. Ni siquiera lamentaba haber cometido el error de besarlo cuando creía que nadie podía verlos. Pero sí que lamentaba un poco que el entrenador Wiebe tuviera que ocuparse de ello. Era un buen tipo.

—No voy a fingir que esto no sea complicado de la hostia —dijo el entrenador—. Pero ante mí debes saber que no tienes que disculparte.

—¿No?

—No. —Wiebe sonrió. Sus sonrisas siempre eran cálidas, con un

toque de picardía—. O sea, no es en el mejor momento. ¡Soy un entrenador novato, Roz! ¡Jolín, tío!

—Lo siento —repitió Ilya.

—La cuestión es que, como soy novato (y no le caigo especialmente bien a Crowell), no sé de qué te podré servir. Pero ten por seguro que cuentas con mi apoyo, pase lo que pase.

Eso fue… mucho más de lo que Ilya había esperado de su entrenador.

—Gracias —dijo con sinceridad.

Wiebe lo observó fijamente durante un rato, dio un sorbo al café y, a continuación, pareció tomar una decisión.

—Voy a contarte algo que solo le he contado a mi mujer.

Ay, dios.

—Vale —dijo Ilya.

—Cuando jugaba mi segunda temporada, en Detroit, tuve un rollo con uno de mis compañeros de equipo. No importa quién fuera, y no te lo voy a decir, pero una noche, durante un viaje, nos emborrachamos y nos enrollamos, y luego… seguimos así un tiempo. Durante unos meses.

Ilya no dijo ni una palabra.

Wiebe hizo una mueca.

—No lo estoy contando bien. La verdad es que ya estaba medio enamorado de él antes de que nos liáramos por primera vez, antes incluso de que se me pasara por la cabeza que eso fuera una posibilidad, y, tras aquella primera noche, me enamoré por completo. Estaba pilladísimo de él. Pero él… dijo que no sentía lo mismo por mí.

—Tenía miedo —dijo Ilya.

—Quizá. O quizá lo único que quería era desahogarse un poco cuando estaba por ahí de viaje. Nunca follábamos cuando

estábamos en nuestra ciudad. Pero pensé que quizá él sentía lo mismo por mí más de lo que dejaba entrever. —Wiebe hizo un gesto con la mano—. Total… Todo se vino abajo cuando le dije que lo quería. Él, pues, no se lo tomó muy bien. Lo acabaron mandando a la AHL durante un tiempo después de eso, y luego lo traspasaron en verano. No he vuelto a hablar con él desde entonces.

Ilya no sabía qué decir. Había sido el primero en decir «te quiero» en su relación con Shane. ¿Y si Shane no le hubiera correspondido? ¿Y si se hubiera quedado horrorizado?

—Siento que te pasara eso —dijo Ilya.

Wiebe se limitó a asentir.

—Ahora, cuando lo recuerdo, pienso que quizá él me ahorró un montón de problemas. Si hubiéramos sido una pareja de verdad, intentando ocultarnos, me puedo imaginar lo difícil que habría resultado. —Esbozó una pequeña sonrisa—. Así que esa es una forma un poco enrevesada de decir que te apoyo. Que lo entiendo.

Los labios de Ilya se curvaron en una sonrisa.

—Este equipo es muy gay.

Wiebe se rio.

—Técnicamente, soy bisexual. Que quede claro, yo quiero mucho a mi mujer. No estoy ocultando nada.

La sonrisa de Ilya se amplió.

—¡Bisexual! Genial. Sí, yo también.

—Ya lo supuse, teniendo en cuenta tu larga e impresionante trayectoria con las chicas.

—Eso se acabó. Desde hace mucho tiempo solo estoy con Shane.

—Me alegro de que os tengáis el uno al otro. A mucha gente no le va a sentar bien, pero hablaré con el equipo sobre lo que pienso al respecto en una reunión antes de subir al avión. Como he dicho,

quizá no pueda hacer gran cosa, pero haré todo lo que pueda. —Se levantó—. Gracias por el café. Debería irme, pero siento que no vengas con nosotros.

Ilya también se levantó.

—Yo también. Gracias por venir. Me ha ayudado.

Entonces Wiebe lo abrazó y le dio una palmada en la espalda para rematar.

—Sé fuerte, capitán. Te vamos a necesitar en los *play-offs*.

—Seguid ganando —le dijo Ilya.

Wiebe dio un paso atrás, con una amplia sonrisa.

—¿Con este equipo? Eso está *chupao*.

Capítulo 33

Entrar en el vestuario de los Montreal Voyageurs en las instalaciones donde entrenaban fue lo más difícil que Shane se había obligado a hacer en toda su vida.

Durante un largo rato, se quedó paralizado justo al cruzar la puerta, mientras todos los que estaban en la sala —los tíos a los que quería como a hermanos— lo miraban con evidente repugnancia. Se sentía mal. O como si el corazón le fuera a estallar. La única cara amable de la sala era la de Hayden, cuya expresión parecía sobre todo de disculpa.

—Hola… —intentó decir Shane.

Nadie hizo ningún ruido, excepto J. J., que resopló y se dio la vuelta.

Mierda.

Shane se dirigió a su taquilla, intentando parecer normal. Seguía siendo Shane Hollander. Seguía siendo el capitán de ese equipo. Seguía siendo el mismo que la última vez que lo habían visto. Se quitó el abrigo y lo colgó de la percha dentro de su taquilla, con la optimista esperanza de poder ponerse el equipamiento y salir a la pista sin mucho alboroto.

—Hollander —ladró una voz a sus espaldas. Shane se volvió y vio

al entrenador Theriault en la puerta—. Ven conmigo.

Shane mantuvo la cabeza gacha mientras salía del vestuario y seguía a su entrenador por el pasillo hasta su despacho. El entrenador señaló una de las sillas frente a su escritorio y Shane se sentó.

—¿Era una broma? —preguntó el entrenador. Su voz sonaba fría y seria. Shane sabía que decir que sí en ese momento era la única respuesta que aquel hombre aceptaría.

—No —respondió Shane.

El entrenador apretó la mandíbula. Miró al techo y chasqueó los dientes, claramente furioso.

—¿Desde cuándo? —preguntó.

Una vez más, Shane sabía que la única respuesta posible que se iba a aceptar sería «fue la primera vez».

—Desde hace años —dijo Shane, sin dar más detalles.

El entrenador inspiró bruscamente.

—Vete a casa. Hablaré con la directiva y decidiremos qué hacer contigo.

—¿Me…, me dejáis en el banquillo?

—¡Sí, te quedas en el puto banquillo, Hollander! —rugió el entrenador—. ¿Qué te creías que iba a pasar?

Shane se quedó completamente rígido. Quería gritarle a la cara a su entrenador. También quería desaparecer.

El entrenador suspiró.

—Esta orden viene directa de Crowell. Para Rozanov… —pronunció el nombre de Ilya como si fuera un insulto especialmente soez— y para ti. Hasta que se resuelva esto, los dos os quedáis en el banquillo.

—¿Hasta que se resuelva?

—Y ni se te ocurra publicar nada sobre esto en internet. Nada de

declaraciones. Ya estás metido en suficientes problemas.

—Pero…

—Vete a casa —repitió el entrenador.

Al darse cuenta de que discutir no serviría de nada en ese momento, Shane se fue rápido. Pensó en dejar el abrigo en el vestuario, pero llevaba las llaves del coche en el bolsillo.

Todos lo miraron fijamente cuando volvió a entrar en el vestuario. Nadie intentó siquiera disimular.

Shane abrió los brazos de par en par.

—Vale. Ahora ya lo sabéis. Lleva años pasando y nunca me ha impedido contribuir a este equipo. —Utilizó deliberadamente la palabra «contribuir»; un tremendo eufemismo—. El año pasado ganamos la puta copa.

—Pues es una putada —dijo alguien.

Shane se volvió. Era Comeau.

—¿Crees que no lo sé? —dijo Shane—. Por eso lo he estado ocultando durante tanto tiempo.

—No a todo el mundo —dijo J. J. enfadado.

Shane dio un paso hacia él.

—J. J., he…

—No quiero oírlo —le respondió J. J.—. ¿El entrenador te ha mandado a casa?

—Sí, pero…

—Pues mira, te vas a casa y, de paso, a la mierda.

Se oyeron murmullos de acuerdo por toda la sala. A Shane se le llenaron los ojos de lágrimas. Se lo esperaba, pero también… había esperado algo mejor de ese grupo de chicos a los que quería tanto.

—Escuchad —dijo Hayden levantándose—. Sé que ahora mismo todo el mundo está la hostia de desconcertado, pero intentad recordar quién coño es. Shane es nuestro puto capitán. Nuestro

líder.

—Es un puto mentiroso —dijo J. J.

—Es nuestro amigo, joder —dijo Hayden con brusquedad—. Así que quizá todos os sintáis raros ahora mismo o, bueno, totalmente asqueados. Lo entiendo. Es Rozanov.

—Vale, gracias, Hayden —dijo Shane.

—Pero esa sensación extraña se pasará, y entonces tendréis que vivir con lo mal que os portasteis con Shane cuando más necesitaba a sus putos amigos. Así que pensad en eso.

Se oyeron algunos murmullos que no parecían precisamente darle la razón.

—No pasa nada —dijo Shane—. Me voy. Si alguien quiere hablar conmigo, ya tenéis mi número. —Miró fijamente a J. J.—. Sabéis dónde vivo.

J. J. bajó la vista al suelo, pero luego asintió una vez.

Shane se fue.

Eran pasadas las diez de la noche cuando el móvil de Ilya por fin se iluminó con un mensaje de Shane:

Shane: Me he comido un Snickers.

Al momento, Ilya le envió una solicitud de FaceTime.

—¿Siguen ahí tus padres? —preguntó Ilya en cuanto apareció el rostro agotado de Shane.

—Sí —suspiró Shane—. Creo que se han ido a la cama. No lo sé. Estoy en mi habitación. He estado bastante asocial.

Shane llevaba el pelo recogido en un moño desordenado y las gafas puestas. Ilya tenía tantas ganas de abrazarlo que casi le dolía.

—¿Te ha sentado bien el chocolate?

—No —refunfuñó Shane—. Quizá. Estaba la hostia de bueno, aunque hiciera tiempo que rondaba por aquí. Creo que era uno que me compraste hace mucho tiempo. —Suspiró—. ¿Vas a regodearte con eso?

Ilya no se sentía victorioso. Sabía que comer dulces era, básicamente, tocar fondo para Shane.

—No.

—¿Por qué no? ¿No es esto lo que quieres? «Relájate, joder, Hollander» —dijo imitando fatal a Ilya—. ¿No?

—Cariño… —dijo Ilya con dulzura.

Shane suspiró.

—Lo siento. ¿Cómo está Anya?

—Dormida —respondió Ilya echando un vistazo a su cama, situada frente a la chimenea.

Había usado la chimenea más en las dos semanas desde que tenía perro que en todo el tiempo que llevaba viviendo ahí antes.

—¿Qué te ha dicho tu equipo?

—Solo he hablado con Wiebe —dijo Ilya—. Pero se ha portado bien. Se ha mostrado comprensivo.

Ya había decidido guardarse para sí mismo lo que Wiebe le había contado. Wiebe no conocía a Shane.

—¿En serio? Theriault estaba putísimo enfadado.

—Porque es un capullo.

Shane hizo una mueca de dolor. Ilya sabía que le costaba oír hablar mal del gilipollas de su entrenador.

—Es que, ya sabes, es de la vieja escuela.

—De la vieja escuela —se burló Ilya—. Una forma elegante de decir que es un capullo.

—Pero funciona.

—Mi entrenador no es un capullo y estamos en racha —señaló

Ilya.

—No puedo discutir eso. Aunque sin ti lo van a pasar mal. —Shane negó con la cabeza—. Es una auténtica mierda. Deberíamos estar jugando.

Durante un buen rato, se quedaron mirándose con pena, deseando que hubiera alguien a quien culpar que no fueran ellos mismos.

—¿Qué crees que estarán diciendo los fans? —preguntó Shane.

—No lo sé. ¿Has mirado en internet?

—Claro que no.

—No. Yo tampoco. Pero algunas personas me han escrito. Harris. Troy. Wyatt. Max. Svetlana me ha llamado. Ha sido un detalle.

—¿Ah, sí? —dijo Shane—. A mí también me ha escrito Max. Y Rose. Supongo que tenía razón en que hacía falta un plan B. Fuera cual fuese.

La verdad era que el plan A, el B o el de cualquier otra letra serían lo mismo: harían lo que la liga les dijera que hicieran. Porque eran jugadores de hockey profesionales y, además, querían seguir siéndolo.

—Ya veremos qué dice el comunicado de Farah.

Shane se pasó una mano por el pelo, deshaciendo la mitad del moño.

—El entrenador me ha dicho que no publique nada.

La ira se encendió en el pecho de Ilya.

—Pues él no es mi entrenador.

—Lo sé. Y, por si sirve de algo, odio que haya dicho eso.

—Bien —dijo Ilya. Y añadió—: Puedo volver allí mañana. Mi equipo está de viaje, así que… No tengo motivo por el que quedarme aquí.

—¿Sí? Dios, me encantaría. Te necesito.

—Iré a primera hora por la mañana. Después de sacar a pasear a Anya.

Shane sonrió al oír eso.

—Me alegro de que hayas adoptado un perro.

Ilya le devolvió la sonrisa.

—¡Y yo! ¡Es genial! Ahora te mandaré más fotos suyas.

—Vale. —Shane hizo una mueca—. Me siento fatal.

—Prueba a comerte otro Snickers.

—No debería haberme comido el primero. O quizá debería haberlos comido desde el principio. Joder, ¿qué coño estoy haciendo con esta dieta?

—Pensaba que intentando vivir para siempre.

—¿Contigo? No, gracias.

—Come lo que te dé la gana. Si son solo cosas sanas, no pasa nada. Y, si te apetece darte un capricho, tampoco pasa nada. Es tu vida, Hollander. No la de la NHL. Ni la de los Montreal Voyageurs.

—¿Estás seguro de eso?

—Creo que los dos tendremos que decidirlo pronto.

A la mañana siguiente, Ilya se despertó con dos correos electrónicos. Uno era de Farah e incluía el comunicado que había redactado para ellos. El segundo procedía de la oficina de Crowell, en el que informaba a Shane e Ilya de que al día siguiente estaría en la sede de la NHL en Montreal y que quería reunirse con ambos allí.

«Joder».

Ilya volvió al correo electrónico de Farah y leyó el comunicado. El primer párrafo describía con claridad los hechos tal y como habían ocurrido: se había difundido un vídeo en el que, sin querer, aparecían Shane e Ilya en un momento íntimo, y Hayden no se

había dado cuenta de lo que se veía al fondo cuando lo había enviado.

El segundo párrafo era más interesante.

> Aunque no es ideal que la decisión de hacer pública nuestra relación la hayan tomado otros por nosotros, nos gustaría anunciar, oficialmente, que mantenemos una relación romántica y estable, y que llevamos así desde hace unos años. Nos hubiera gustado poder contároslo a nuestra manera, pero no creemos que Hayden sea el culpable de este desafortunado accidente.

Ilya pensó que estaba bien. Iba al grano y dejaba claro que no culpaban a nadie (excepto al puto Brad, pero en fin…).

> Sabemos que a mucha gente le resultará difícil aceptar y comprender nuestra relación. Nunca hemos dejado que lo nuestro interfiera en la competitividad que hay en la pista, y creemos que nuestros logros profesionales lo demuestran de un modo muy claro. Siempre hemos mantenido separadas la vida personal y la profesional, y esperamos que nuestros equipos, nuestros aficionados y la liga puedan hacer lo mismo.

Genial. Mejor de lo que él mismo habría escrito, que probablemente habría sido algo así como «Estamos enamorados, que os den por culo».

En cuanto Ilya terminó de leer la declaración de Farah, apareció un mensaje de Shane:

> Shane: Reunión con Crowell. Joder.
>
> Ilya: Irá bien.
>
> Shane: ¿Tú crees?

Ilya: ¿Debería estar Farah también?

Shane: Quizá, pero… creo que prefiero que vayamos solos.
Aunque te pueda parecer una tontería.

Ilya entendió lo que Shane quería decir. Si las cosas se torcían, podrían involucrar a Farah más adelante. Pero esto iba más allá del hockey o de sus carreras. Era algo personal, e Ilya, al igual que Shane, quería librar esa batalla por su cuenta si podían.

Ilya: No es una tontería.

Shane: Le diré a Farah lo de la reunión, pero le voy a comentar
lo que queremos hacer.

Ilya: Vale.

Shane: ¿Cuándo llegas?

Ilya tenía muchas ganas de ver a Shane pero, antes de ponerse en marcha, tenía que sacar a pasear a Anya.

Ilya: Enseguida.

Mientras caminaba por las aceras cubiertas de nieve derretida de su barrio, Ilya pensó que quizá debería concertar otra cita con Galina. Habían pasado un par de semanas y no quería dejarlo pasar por pereza. Sin duda, ahora tenía algo de qué hablar.

Curiosamente, se había sentido bastante tranquilo desde que se había hecho público lo suyo. Sabía que Shane estaba hecho una mierda, pero Ilya estaba preparado para afrontar lo que fuera a ocurrir a continuación. Aunque lo que fuera a pasar a continuación fuese una reunión con Crowell. Debería estar nervioso por eso, pero en realidad lo que más sentía era curiosidad.

Tenía curiosidad y estaba listo para pelear.

Ilya pasó por delante de la casa de los vecinos, donde vivían Willa y Andrew, y se quedó clavado en el sitio. Había un gran cartel dibujado a mano colgado del árbol cerca del final de su camino de entrada: «¡Te queremos, Ilya!».

Debajo del cartel había una pequeña repisa en la que había dos figuras Funko Pop: una de Ilya y otra de Shane.

Ilya buscó a tientas el móvil que, por suerte, había decidido meter en el bolsillo de su abrigo antes de salir. Lo encendió, hizo una foto y se la envió a Shane.

Shane: ¡Ay, jo! ¿Esa es la casa de tus vecinos?

Ilya: Sí. Creo que no estamos solos.

Capítulo 34

—¿Siguen tus padres aquí? —preguntó Ilya en cuanto terminó de besar a Shane a modo de saludo.

—No, les he dicho que podían irse a casa. Me ha encantado tenerlos aquí, pero es que, eeeh…

—¿Quieres que tu novio te folle?

Los ojos de Shane se oscurecieron.

—Joder, sí.

Sus bocas volvieron a fundirse. Ilya agarró a Shane por el pelo, que aún estaba mojado por la ducha que, estaba claro, se acababa de dar. Olía a champú de algas y gel de baño deportivo, y sabía a pasta de dientes. Ilya quería devorarlo.

—Haz que me olvide de todo —murmuró Shane.

Empezó a caminar hacia atrás, en dirección al salón, agarrando el abrigo de Ilya y atrayéndolo hacia sí.

Ilya interrumpió el beso para ver cómo estaba Anya. Había encontrado uno de sus juguetes en el suelo del salón y lo estaba mordisqueando alegremente en su camita.

Luego se quitó el abrigo y las zapatillas, dejándolos amontonados junto a la puerta.

—Por aquí —dijo mientras cogía la mano de Shane.

—¿Qué cojones? —dijo Shane cuando se dio cuenta de que Ilya lo había llevado a su sala de trofeos.

Ilya se limitó a sonreírle.

—Ni de coña —dijo Shane—. Es raro.

—¿Tú crees? —preguntó Ilya deslizando un dedo por la mandíbula de Shane—. Pensaba que necesitabas un recordatorio, antes de nuestra reunión de mañana.

—¿Un recordatorio de qué? —dijo Shane con voz débil, mientras ladeaba la cabeza y cerraba los ojos.

Ilya lo besó justo debajo de la mandíbula y luego delante de la oreja.

—De quién coño eres.

Shane jadeó y agarró con fuerza un puñado de la camiseta de Ilya, como para mantenerse en pie.

—Sí —susurró—. Recuérdamelo.

Ilya lo llevó hasta un sillón de cuero situado en medio de la habitación. Estaba frente a una pared de estanterías de cristal en las que se exhibían versiones en miniatura de las tres Copas Stanley de Shane, así como de todos los trofeos individuales que había ganado a lo largo de su carrera. En otras estanterías estaban expuestos diversos *pucks* de partido, montados y etiquetados con sus logros. También había camisetas de la selección canadiense de los mundiales juveniles y los Juegos Olímpicos enmarcadas. En una estantería más pequeña y baja, unas cajas mostraban sus anillos de ganador de la Copa Stanley y sus medallas de oro y plata.

—Mira todo esto —dijo Ilya mientras inclinaba a Shane sobre la silla, sujetándolo con firmeza entre los omóplatos—. Casi se necesitan dos habitaciones.

Shane no dijo nada mientras se agarraba con ambas manos a los robustos reposabrazos de la silla, pero su respiración se había

acelerado. Ilya le bajó de un tirón los pantalones cortos de deporte y los calzoncillos a la vez, y cayeron a sus pies. Le subió la camiseta por la espalda hasta que se le amontonó en los hombros y la dejó ahí.

Ilya se inclinó sobre él, apoyando su peso en la espalda de Shane por un momento. Rozó con los labios la oreja de Shane y le dijo:

—Quédate ahí.

Luego se enderezó y se dirigió hacia la puerta.

—¿A dónde coño vas?

—A por lubricante —respondió Ilya con naturalidad—. A estas alturas ya sabes cómo funciona el sexo, ¿no?

—Pues date prisa —dijo Shane con tono malhumorado.

Ilya, obviamente, se tomó su tiempo. Subió al dormitorio, cogió un bote de lubricante y una toalla de manos limpia y, tras pensarlo un momento, volvió a la mesita de noche y sacó el anillo vibrador que le había regalado a Shane por su cumpleaños el año anterior.

Bajó las escaleras, pero no volvió al momento a la sala de trofeos. Fue a ver cómo estaba Anya, la encontró dormida en su camita y luego se dirigió a la cocina para servirse un vaso de agua. Se lo bebió despacio, intentando ignorar las ganas que tenía de volver corriendo a la habitación.

Pero ese no era el juego al que estaban jugando. Dejaría a Shane en aquella sala, desnudo e inclinado sobre un sillón, rodeado de sus momentos de mayor orgullo, porque era lo que Shane necesitaba.

Por fin, Ilya volvió a entrar con paso tranquilo en la sala de trofeos. Shane no había movido ni un músculo. Ilya tuvo que luchar por controlar su respiración, para no delatar lo exquisito que le resultaba ver a Shane tan obediente.

—Joder, por fin —gruñó Shane—. ¿Te has ido a la tienda a comprar o qué?

—No —respondió Ilya.

Untó un poco de lubricante en el anillo de silicona, ocultándolo de la vista de Shane. A continuación, aflojó el cierre para ensanchar el anillo y rodeó con el brazo el cuerpo de Shane para encontrar su polla obviamente dura.

—Ay, mierda —dijo Shane al darse cuenta de lo que estaba haciendo Ilya.

—Sería más fácil hacer esto si no estuvieras empalmado. Pero siempre lo estás, así que…

—A veces no —replicó Shane.

—No lo estarás cuando no estoy cerca.

Ilya se arrodilló a su lado para poder ver mejor lo que estaba haciendo. Una vez que colocó el anillo en su sitio, apretó el cierre detrás de las pelotas de Shane.

—Joder —suspiró Shane.

Ilya le acarició la polla con una mano, frotando suavemente con el pulgar una vena marcada.

—¿Qué tal se siente?

—Como si tuviera el corazón en la polla. Como si todo estuviera en mi puta polla.

—Mmm —murmuró Ilya.

Deslizó el pulgar sobre el glande enrojecido de la polla de Shane y apretó en la raja.

El cuerpo de Shane se estremeció y contuvo el aliento.

—Dios.

—¿Cuál es tu favorito? —preguntó Ilya en tono coloquial mientras seguía frotando la punta de la polla de Shane—. ¿De todos estos trofeos?

—El de *rookie* del año —respondió enseguida Shane con aire de suficiencia.

Ilya resopló.

—Capullo.

Le dio un golpecito en la polla a Shane, haciéndole gritar y luego gemir.

Ilya cogió el lubricante y se puso de pie. Se untó los dedos y, sin más preámbulos, presionó su pulgar contra el ano de Shane.

—Ay, joder —gimió Shane. Dio un paso atrás, estirando los brazos hasta que quedaron casi tan rectos como podían, para poder inclinarse más hacia delante y levantar el culo.

Ilya acarició con aprecio una de sus musculosas nalgas con la mano libre.

—¿Esto es para mí?

—Te lo juro por dios, Rozanov, que…

Ilya soltó una risita y luego se puso manos a la obra. Solo tardó unos minutos en dejar a Shane relajado y listo para él, pero Ilya consiguió de todas formas que durara. Acarició la próstata de Shane y disfrutó de los gemidos que le arrancaba. Le encantaba cómo Shane ya se balanceaba hacia atrás contra él, tan ansioso.

Ilya extendió el brazo, encendió el vibrador y volvió a estimular la próstata de Shane.

—Joder —jadeó Shane—. ¡Joder, joder, jodeeer!

—¿Todo bien?

La espalda de Shane subía y bajaba en oleadas furiosas.

—Es solo que —dijo entre dientes— es demasiado.

Ilya murmuró en señal de comprensión y añadió un tercer dedo.

—¿Hay algo que quieras pedir? —preguntó al notar los temblores en los brazos y las piernas de Shane.

—Mé… Métemela.

—¿El qué? —Ilya le masajeó el culo a Shane con una mano mientras deslizaba los dedos tan adentro como podía y luego los sacaba por completo.

Eso pareció hacer que Shane perdiera lo que le quedaba de paciencia.

—Tu puta polla.

Ilya se rio y, acto seguido, se desnudó rápido. Se colocó justo detrás de Shane, en un lugar desde donde a este le resultaría difícil verlo sin estirar el cuello. Se contuvo el gemido de alivio que quería soltar cuando por fin liberó su polla dolorida.

Se lubricó mientras Shane respiraba lentamente y apretaba los dedos contra los reposabrazos de cuero de la silla. Cuando Ilya rozó la punta de su polla contra el ano de Shane, este levantó el culo para animarlo. Ambos dejaron escapar fuertes gemidos de alivio cuando Ilya empezó a penetrarlo poco a poco.

—Joder, sí —jadeó Shane—. Por fin.

Shane estaba apretado, perfecto y sexy, e Ilya sentía en la polla las fantásticas vibraciones del anillo que retumbaba detrás de sus pelotas. Ilya tuvo que hacer una pausa un momento, una vez que estuvo completamente dentro, solo para respirar y recomponerse.

—Venga, va —se quejó Shane.

Ilya se rio entre dientes y empezó a moverse con cuidado.

—Menudo guarro estás hecho —dijo tras un par de embestidas lentas—. ¿Te he puesto cachondo yo o la habitación?

—¿Qué dices? —espetó Shane.

—¿Te has excitado pensando en todos tus…? —Ajustó el ángulo y le dio a Shane dos embestidas rápidas y fuertes—. ¿Muchos…? ¿Logros?

—Es por ti. Solo por ti —jadeó Shane.

A Ilya le encantaba cuando Shane se ponía así, cuando estaba

tan en las nubes como para no sentirse molesto ni avergonzado.

—¿Quieres saber un secreto? —Se inclinó sobre Shane para poder hablarle directamente al oído—. Ahora mismo siento que me estoy follando a un rey.

—Ilya…

Le agarró un puñado de pelo a Shane y le echó la cabeza hacia atrás.

—¿Sabes lo poderoso que se siente follar a un rey en su sala del trono?

—Ho… Hostia puta, Rozanov.

Ilya rodeó con un brazo el pecho de Shane y lo levantó, con la misma facilidad con la que lo haría si Shane fuera un muñeco y no un hombre de noventa kilos. Lo mantuvo apretado contra sí, con la espalda de Shane pegada al pecho de Ilya, mientras este lo penetraba con fuerza.

—Eres Shane Hollander, joder —gruñó Ilya—. Si alguna vez lo olvidas, te arrastraré de vuelta aquí y te follaré hasta que lo recuerdes.

—Algún día… compartiremos sala de trofeos —balbuceó Shane.

Ilya sonrió.

—Sí. Un puto imperio.

Shane echó la cabeza hacia atrás, apoyándola en el hombro de Ilya.

—Una dinastía —susurró—. Ay, joder, Ilya. Te amo.

Ilya gruñó e, impulsivamente, hundió los dientes en el hombro de Shane. Shane gritó y luego se apretó alrededor de la polla de Ilya mientras el orgasmo lo sacudía. Su semen salpicó el sillón, algo que Ilya sabía que molestaría a Shane en cuanto se le bajara el subidón.

A Ilya le importaba una mierda el sillón. Siguió embistiendo a Shane con fuerza, sin querer parar nunca. Blasfemó en ruso, le dijo

a Shane que era perfecto también en ruso y luego se corrió con fuerza dentro de él.

Al final, se dejó caer hacia delante, apoyando la frente en la espalda de Shane mientras ambos recuperaban el aliento. Se dio cuenta de que Shane debía de haber apagado el vibrador mientras Ilya estaba fuera de sí.

—Hostia puta —jadeó al final Ilya.

—Eso se ha puesto raro —dijo Shane.

Ilya se rio, lo que hizo reír a Shane. Ilya lo besó entre los omóplatos y luego se retiró con cuidado.

—Creo que he estropeado el sillón —dijo Shane, incluso antes de lo que Ilya esperaba.

—Ahora es otro trofeo —dijo Ilya.

—Qué asco.

—Aquí hay una toalla —le ofreció Ilya.

—No. Tengo unas toallitas para cuero que puedo usar.

Ilya sonrió.

—Cómo no ibas a tenerlas…

Capítulo 35

—Hay pocas cosas en la vida que no pueda soportar en absoluto —dijo Roger Crowell. Su voz sonaba engañosamente tranquila, e Ilya no dejó de percibir el peligro que ocultaba—. Una cosa que odio son las sorpresas. Otra es la deslealtad. Y otra más, los mentirosos.

«Y los homosexuales», añadió Ilya en su cabeza.

—Lo que más odio —continuó Crowell— es que me pongan en evidencia. Y sobre todo odio que la liga quede en ridículo.

—Eso no suena muy bien —dijo Ilya con tono suave.

Crowell le lanzó una mirada de advertencia y, cuando Ilya se volvió hacia Shane, vio una expresión similar en su rostro.

—Os podéis imaginar —dijo Crowell— qué opino sobre vosotros ahora mismo.

Esta vez, Ilya fue lo bastante inteligente como para mantener la boca cerrada. Podía sentir la tensión que emanaba de Shane, a su lado. Ilya se comportaría. Lo haría por Shane.

Crowell se inclinó hacia delante, apoyando ambos codos en la gran mesa que había entre ellos.

—Vuestras acciones me han puesto en una situación muy difícil. Por un lado, vuestro comportamiento es totalmente inaceptable y no se puede tolerar bajo ningún concepto. Por otro, sois dos de las

mayores estrellas de la liga, y los *play-offs* están a punto de empezar.

—¿Qué no se puede tolerar? —preguntó Shane en voz baja.

Crowell entrecerró los ojos.

—Creía que eso era obvio. Pero supongo que no, porque hay un vídeo vuestro circulando por internet en el que se os ve besándoos.

—Fue un error —dijo Shane.

—¡Hombre, pues claro que fue un puto error! —gritó Crowell.

—Lo que quería decir —dijo Shane, con una serenidad sorprendente— es que el vídeo no tenía que mostrar eso. No lo sabíamos.

—Bueno, pues lo hizo —ladró Crowell—. Y he tenido que volar a Montreal para ocuparme del asunto. ¿Creéis que tengo tiempo para esto? —Respiró hondo y dijo, con más calma—: Tenemos que volver a la normalidad lo antes posible. No quiero que esto se convierta en un circo mediático.

—Nosotros tampoco —respondió Shane.

Crowell asintió.

—La liga ha preparado un comunicado.

Abrió una carpeta que había sobre la mesa frente a él y sacó dos hojas de papel. Les entregó una a cada uno.

Ilya se armó de valor y empezó a leer.

> Durante casi once temporadas, Shane Hollander e Ilya Rozanov han sido jugadores de élite en la NHL. Su destreza y su rendimiento sobre la pista demuestran un nivel de talento excepcional que entusiasma a los aficionados al hockey de todo el mundo. A principios de esta semana, se difundió en las redes sociales un vídeo en el que se veía al señor Hollander y al señor Rozanov en un abrazo íntimo. Tras ser interrogados por el comisionado de la liga, Roger Crowell, ambos jugadores han

> confirmado que el incidente fue una broma que le gastaron a su amigo en común, Hayden Pike. Ambos lamentan sus acciones y la confusión que puedan haber causado. Volverán a sus equipos antes de los próximos partidos que tienen programados.

Era una excusa barata. Ilya sabía que esa afirmación no engañaría a todo el mundo, pero sospechaba que suficientes aficionados al hockey se creerían esa mentira. Las bromas en el hockey eran normales, pero enamorarse de tu rival no. Eso era algo que el mundo del hockey, incluidos otros jugadores de la NHL, podía entender.

Shane seguía leyendo. No llevaba las gafas y entrecerraba los ojos para ver la página. Ilya ya no quería seguir escondiéndose, pero los *play-offs* estaban a punto de empezar y, sinceramente, no podía culpar a Shane si optaba por este encubrimiento fácil, solo para que el drama se calmara un rato. A Ilya le iba a cabrear muchísimo, pero lo aceptaría si era lo que decidía Shane.

Al final, Shane levantó la cabeza e Ilya contuvo la respiración.

—Pero eso no es verdad —dijo Shane.

—Da igual —respondió Crowell.

—¡No da igual, joder! No era una broma. Estamos juntos. Nos… nos vamos a casar este verano.

Crowell arqueó las cejas, visiblemente sorprendido, pero enseguida se recompuso.

—Eso —dijo con frialdad— no va a pasar. No si queréis seguir en esta liga.

—¿En serio? —preguntó Ilya. Le entraron ganas de estampar la puta mesa—. ¿Nos vais a echar?

—Demandaremos a la liga hasta dejarla seca —dijo Shane, lo que, sinceramente, dejó atónito a Ilya.

Durante un largo momento, Crowell no comentó nada más.

Luego añadió:

—Tenéis razón. Podríais demandarnos. Pero ¿creéis que algún equipo os ficharía después de eso? De cualquier modo, estaríais acabados.

Shane contuvo el aliento. Ilya temblaba de rabia. Ambos habían dado tanto a esa liga, a ese deporte…

—Vamos a publicar el comunicado —dijo Crowell—. La mayoría de los aficionados al hockey se lo creerán porque querrán creerlo. No habrá ningún escándalo, vosotros podréis seguir jugando todo el tiempo que queráis y todo seguirá como antes. Y, obviamente, no os vais a puto casar este verano.

Ilya apretaba la mandíbula con tanta fuerza que le dolían los dientes. Estaba a punto de abandonar la NHL ahí mismo. En lugar de eso, respiró por la nariz e intentó pensar en qué decir a continuación.

Shane fue el primero en hablar.

—Y una mierda. Este es el plan: este verano haremos lo que nos dé la gana y luego volveremos a jugar y tendremos temporadas de All-Star el año que viene. No somos un par de *rookies* ingenuos a los que podáis intimidar. ¿Creéis que no sabemos lo que valemos para esta liga?

—Lo que valíais —corrigió Crowell—. Estáis destruyendo vuestras propias marcas con esta mierda.

—No —dijo Ilya—. Las estamos fortaleciendo.

Crowell se inclinó sobre la mesa, con la rabia brillando peligrosamente en sus ojos.

—Os estoy ofreciendo la única opción que salvará vuestras carreras y la reputación de esta liga. Si publicáis vuestro propio comunicado y empezáis a hacer alarde de vuestra… relación…, acabaréis con vuestro legado. Seréis el puto hazmerreír. Así que

elegid con cuidado.

Durante un largo y tenso momento, solo se oyó el sonido de tres hombres respirando con ira.

Entonces Shane se levantó y dijo:

—Pues yo lo elijo a él. Vámonos, Ilya.

Ambos cogieron los abrigos del respaldo de las sillas y se fueron. Crowell les gritaba algo mientras salían de la sala, pero a Ilya no le importaba. Se puso el abrigo, cogió la mano de Shane y caminó con determinación hacia los ascensores. Estaba tan repleto de amor y adrenalina que sentía que iba a explotar. Una vez que las puertas del ascensor se cerraron al entrar, Shane dijo:

—Siento si he sido demasiado brusco…

Ilya no le dejó terminar la frase. Empujó a Shane contra la pared de espejos y lo besó con ferocidad. Hundió los dedos en el estúpido pelo de Shane y simplemente lo devoró, poniendo todo lo que sentía en ese beso. Porque una cosa era elegir a Ilya en lugar del hockey, y otra muy distinta era mirar a Crowell directamente a los ojos y, básicamente, mandarlo a la mierda. Nunca le habría pedido eso a Shane, pero Shane lo había hecho de todos modos. Ni siquiera había dudado.

El ascensor sonó, poniendo fin a su beso. Ilya dio un paso atrás y admiró lo deshecho que parecía Shane, con el pelo y el abrigo revueltos y los labios hinchados y rosados. Esos labios esbozaron una sonrisa cuando se abrieron las puertas del ascensor.

—Entonces —dijo Shane mientras cruzaban el vestíbulo hacia la salida—, no estás enfadado, ¿no?

—No estoy enfadado contigo. Estoy puto cabreado con Crowell.

—Sí —dijo Shane—. Bueno, lo he grabado todo. Así que…

Ilya se quedó boquiabierto.

—Hostia puta, Hollander. Qué pasada.

—Ha sido idea de mi madre. Por si acaso lo necesitamos. Pero creo que los dos volveremos a jugar pronto.

Salieron al frío sol de última hora de la mañana. Era finales de marzo y Montreal por fin empezaba a descongelarse, pero aún pasaría un tiempo antes de que se pudiera dar por terminado el invierno.

Caminaron una manzana hacia donde habían aparcado, luego Shane se detuvo y miró hacia atrás por encima del hombro.

—¿Qué? —preguntó Ilya.

—¿Sabes qué? Hay un sitio cerca donde hacen el mejor pollo con parmesano. Siempre he querido llevarte.

El corazón de Ilya dio un salto de alegría al ver lo intrépido que se mostraba Shane. Lo seguro que estaba de él. De ellos. Sonrió y dijo:

—Si a Hayden no le importa cuidar de Anya un rato más…

Shane le devolvió la sonrisa.

—Déjame asegurarme, pero estaba muy ilusionado por hacernos un favor, así que probablemente deberíamos aprovecharlo mientras podamos.

Los dos empezaron a caminar hacia el restaurante.

—Hayden es un buen tío —dijo Ilya.

Shane le dio un codazo.

—¿Se lo vas a decir?

—Quizá. Algún día.

Le cogió la mano a Shane y caminaron, con los dedos entrelazados, por una concurrida calle del centro de Montreal con la cabeza bien alta.

—¿Y esta qué te parece? —preguntó Ilya, y le enseñó la pantalla

del móvil a Shane.

Shane frunció la nariz al verla.

—Salgo raro…

—Sí. Pero yo salgo muy bien.

Shane le dio un golpecito en el pecho, algo fácil de hacer porque tenía la cabeza apoyada en él. Los dos estaban desnudos, enredados juntos en la cama, tratando de elegir las fotos para acompañar el texto de su *post* conjunto en Instagram. A Ilya le parecía que Shane se estaba volviendo demasiado exigente con eso.

—Esta —sugirió Shane, y le enseñó el móvil a Ilya.

En la pantalla aparecía una foto que Yuna les había hecho juntos, con sus chándales de entrenadores, el primer día de su primer campamento benéfico.

—Bueno. Vale —asintió Ilya—. Muy digna.

—Quizá con estas ya sirva —reflexionó Shane—. Tenemos cuatro.

—Una más —dijo Ilya, y extendió la mano en la que sostenía el móvil por encima de ambos.

—Ni de broma —dijo Shane retorciéndose para alejarse.

Ilya lo atrajo hacia sí, rodeándole los hombros con un brazo.

—Por si acaso la gente sigue sin creerse que estamos juntos.

—¡No! —chilló Shane.

—Pues entonces por mí —dijo Ilya y le dio un beso en la coronilla a Shane.

Shane se relajó contra él.

—Vale…

Ilya hizo unas cuantas fotos rápidas y luego bajó el móvil para mirarlas.

—Ay —dijo Shane en voz baja—. Míranos…

Los dos parecían estar tan enamorados que daba asco.

—Me voy a quedar con estas —dijo Ilya, firme.

—Supongo que ya no tendremos que borrar ese tipo de fotos —dijo Shane—. Dentro de lo razonable, claro… No quiero que se filtre nada explícito.

—Pues menos mal que no he hecho ninguna foto hace diez minutos.

Las mejillas de Shane se sonrojaron tanto como Ilya había esperado.

—Creo que tenías las manos ocupadas.

Ilya se colocó encima de Shane, inmovilizándolo bocarriba.

—Podrían volver a estarlo.

Shane le sonrió, con la piel sonrojada, las pecas y los ojos brillantes. Ilya tenía ganas de, tipo, meterse dentro de él de algún modo.

—Tenemos que terminar el *post*. Y luego tienes que ir a recoger a tu perra y volver con el equipo de hockey…

Ilya echaba de menos a Anya, así que se dejó caer sobre el colchón y se puso a preparar el *post* de Instagram.

—¿Tienes las cuatro fotos? ¿Las que te he mandado por mensaje? —preguntó Shane.

—Sí, sí.

—¿Y no vas a incluir la que acabas de hacer?

Ilya se limitó a resoplar en respuesta. Copió y pegó el texto de Farah, se aseguró de que las cuatro fotos estuvieran alineadas y mantuvo el pulgar sobre el botón de «publicar».

—¿Listo? —preguntó.

Shane soltó un suspiro.

—Sí. Venga, hazlo.

Lo publicaron.

Shane recibió una llamada de su entrenador poco después de que Ilya se fuera, en la que le comunicó con tono brusco que debía estar en el entrenamiento al día siguiente. Fue un alivio y Shane tenía muchas ganas de volver a la pista, pero le ponía nervioso volver a enfrentarse a sus compañeros de equipo.

Aún no había tenido noticias de J. J.

Intentó quitárselo de la cabeza llenando el resto del día con ejercicio, meditación y descanso. No tuvo mucho éxito en ninguna de esas cosas, sobre todo en lo de descansar. Su cuerpo bullía de energía. Se sentía emocionado y aterrorizado y un millón de cosas más.

Esperó dos horas después de publicar el mensaje para consultar las respuestas. Ya había más de cincuenta mil «me gusta» y muchos más comentarios de los que podía leer. En un rápido vistazo vio que no todos eran positivos, pero muchos de ellos sí. De hecho, la mayoría…

Quizá las cosas sí saldrían bien.

Sonó el timbre justo antes de las diez de la noche, mientras Shane estaba sentado en su cama escribiendo por separado a Ilya y a Rose, y revisando las respuestas de Instagram por quinta vez ese día.

La aplicación de la cámara de seguridad del móvil mostraba a J. J. de pie en el umbral de su puerta.

Shane bajó corriendo las escaleras y abrió la puerta de un tirón.

—Hola… —dijo.

J. J. fruncía el ceño, claramente todavía enfadado. Pero estaba ahí.

Shane dio un paso atrás y J. J. entró en silencio en su casa. Se quedaron de pie en el vestíbulo de Shane, mirándose fijamente, durante varios segundos de tensión. Entonces J. J. dijo, en francés:

—No me lo contaste.

—Lo siento.

—¿Por qué cojones no me lo contaste? Me dejaste seguir intentando buscarte citas, me…

—A ver —interrumpió Shane—, seamos sinceros: no paraba de decirte que dejaras de hacer eso.

—Me mentiste, joder. Después de lo del avión de los Centaurs, te dije toda esa mierda de que tú sentías algo por Rozanov y me mentiste.

—Es que…

—Podrías habérmelo dicho. ¡Que se lo contaste hasta a Hayden!

—Él… lo adivinó.

—¡Que me sabía mal por ti! Pensaba que tenías el corazón roto, ¡pero en realidad te estabas follando a Ilya Rozanov!

La ira se apoderó de Shane. Dio un paso hacia J. J., lo que le obligó a echar la cabeza hacia atrás para verle la cara.

—Ilya es mi novio. Lo amo y lo he hecho durante años. No hagas que parezca… menos importante.

—Ay, joder, usted disculpe —dijo J. J. con sarcasmo—. Es obvio que debería haber sabido lo de tu épica historia de amor con el mismísimo Ilya Rozanov porque me has hablado tanto de ella… ¡Que eres uno de mis mejores amigos, Shane! ¿Qué cojones me estás contando?

—Quizá —dijo Shane secamente— es que pensé que no me ibas a apoyar.

—¿En qué? ¿En estar con tu puto rival a escondidas?

Shane señaló a J. J. con la mano.

—¿Lo ves?

J. J. le dio la espalda; la rabia se le notaba claramente en el movimiento de los hombros. Shane se cruzó de brazos y esperó.

—Mira —dijo al final J. J., en inglés—. Es que no creo que esto esté bien. Es una puta mierda que salgas con el capitán del equipo con quien probablemente nos enfrentemos en los *play-offs*.

Shane enseguida se enfadó. No pudo evitarlo; ya había tenido suficiente gente asqueándose de su relación en un día.

—Gracias por tu aportación de mierda. ¿No crees que quizá sea precisamente por eso por lo que no te lo conté?

—¿Y cómo reaccionó Hayden al principio? Se alegró mucho por ti, ¿no?

Shane se quedó boquiabierto. Intentó pensar en una respuesta, pero al final se limitó a volver a cerrar la boca.

J. J. resopló.

—Eso es lo que suponía.

—Mira. Cuanta menos gente lo supiera, mejor. No es nada personal.

—Y una mierda que no es personal.

—Dios, ¿quieres parar ya? Llevo once putos años ocultando esto. Ha sido una mierda, ¿vale? Siento si te ha molestado, pero joder, tío…

En algún momento, en medio del arrebato de Shane, J. J. se había quedado completamente inmóvil. Parecía como si hubiera visto un fantasma.

—¿Once años? —dijo en voz baja.

—Eeeh —dijo Shane—. Más o menos…

J. J. se dirigió a la escalera que llevaba al segundo piso y se dejó caer con fuerza en el tercer peldaño.

—Once putos años. Desde que te conozco, vaya.

A Shane se le hizo un nudo en la garganta.

—A ver, no hemos sido «pareja» durante todo ese tiempo.

J. J. encogió los hombros.

—Hostia puta, Hollander. ¿Quién se supone que eres?

Shane se arriesgó y se sentó a su lado en el escalón. Era… acogedor.

—Soy tu amigo. Y tu compañero de equipo. Y me enamoré de la persona más complicada de la que podría haberme enamorado.

—El puto Ilya Rozanov. —J. J. negó con la cabeza—. Dios, Shane. ¿Por qué?

—Porque… —Shane ni siquiera sabía por dónde empezar. Al final, se limitó a decir—: Me hace feliz. Sé que no tiene sentido, pero él es el indicado para mí. Nos vamos a casar.

J. J. volvió bruscamente la cabeza para mirarlo, con los ojos muy abiertos.

—¿Casaros?

—Eeeh, sí —dijo Shane nervioso—. Así que ya sabes. Estate atento a la invitación.

—Joder, Hollander. Esto es demasiado…

Shane le dio un codazo.

—Sigo siendo el mismo amigo de siempre. Y seguiré siéndolo cuando sea el marido de Ilya. Te juro que soy normal.

Se produjo un silencio largo y tenso entre ellos. Entonces, J. J. suspiró y dijo:

—Nadie que no haya oído hablar de Cardi B es normal.

Shane soltó una carcajada de sorpresa.

—Vete a la mierda. Había oído el nombre, pero no conocía ninguna de las canciones de ese tío.

—Es una tía, *atontao*.

Se apoyaron el uno en el otro y se rieron, y pareció que las cosas podrían ir bien entre ellos.

—No quiero enfadarme contigo, Hollander.

—Lo sé. Pero puedes hacerlo. —Shane sonrió—. Hasta mañana.

Porque luego ya tendremos que jugar al hockey.

J. J. le devolvió la sonrisa.

—Trato hecho.

Capítulo 36

Abril

—¡El rey ha vuelto! —chilló Bood en cuanto Ilya entró en el vestuario de los Centaurs.

Todos aplaudieron y lo vitorearon ilusionados. Ilya notó que se sonrojaba un poco.

—Gracias —dijo de corazón.

Shane le había contado un rato antes cómo lo había recibido su equipo y había sido de forma mucho más distante e incómoda, cosa que hizo que esa cálida bienvenida fuese aún más conmovedora.

Volver a estar en la pista era una puta pasada. Algunas veces pensaba que se estaba cansando de ese deporte, pero bastaba una semana lejos del *stick* para que fuera consciente de cuánto le gustaba todavía. Es más, lo necesitaba.

—¡Muy bien! —gritó el entrenador después de dar tiempo a que todos calentaran—. Venid aquí.

Todos los jugadores se reunieron a su alrededor en la parte central de la pista; la mayoría apoyó una rodilla. Ilya se quedó de pie detrás con Wyatt y Bood.

—¿Qué ocurre la semana que viene, Dykstra? —preguntó el entrenador.

Evan sonrió.

—¡Los *play-offs*, entrenador!

—¡Exacto! ¿Quién ha participado alguna vez en los *play-offs* de la Copa Stanley? Una cantidad alarmantemente pequeña de los jugadores levantó la mano; entre ellos, Ilya y Wyatt.

—En realidad —reconoció Wyatt—, más que participar me pasé casi todo el rato viendo los *play-offs* en Toronto.

El entrenador sacudió la mano.

—No importa si no tenemos tanta experiencia como la mayoría de los equipos en los *play-offs*. Hay quien dice que la experiencia es lo más importante, pero yo creo que lo importante es la ilusión. Pienso que la clave está en trabajar juntos y no tanto en seguir a unos cuantos líderes. Tengo fe en este grupo. Durante los últimos meses hemos demostrado a todo el mundo lo bien que funciona este equipo junto.

Se oyeron algunos golpes con el *stick* y murmullos de aprobación.

—Bood —dijo el entrenador—, ¿cuánto público hubo en nuestro último partido en casa?

Bood sonrió de oreja a oreja.

—Todo lleno, entrenador.

—¿Quién fue el jugador de la semana la semana pasada?

—El puto Wyatt Hayes —dijo Dykstra.

—Porque tenemos el mejor portero de la liga —confirmó el entrenador.

—Guau, gracias —dijo Wyatt.

—Vamos a jugar contra Montreal en la primera ronda y serán partidos duros, no hay duda. Son los campeones y van a defender el título, además de ser el equipo número uno en el *ranking* de la liga en estos momentos.

«Y todo el mundo va a estar cotilleando sobre los dos capitanes, lo cual será una pedazo de distracción», añadió mentalmente Ilya.

—Ya les hemos ganado alguna vez, y podemos volver a hacerlo —dijo el entrenador—. Roz, vuelves a la línea con Bood y Barrett. Manos a la obra.

Los entrenadores les hicieron sudar la gota gorda durante el entrenamiento y, cuando por fin les permitieron volver al vestuario, todo el equipo estaba molido.

Mientras se cambiaba de ropa, Ilya decidió sacar a la gente de dudas. Ya iban a tener suficientes motivos de estrés en las siguientes semanas como para tener que lidiar con otro tema gordo en el aire.

—Quiero contaros una cosa —anunció.

El vestuario se quedó mudo.

—Seguro que ya habéis leído el *post* de Shane y mío. —Echó un vistazo por la estancia y vio que varios asentían con la cabeza—. Bueno. Pues sí. Estamos juntos.

Hubo un silencio largo e incómodo que Bood rompió al decir:

—¡Vaya notas!

Ilya levantó las cejas y lo miró, a la expectativa.

Bood sonrió.

—Quieres todo el protagonismo, ¿a que sí? Barrett sale del armario, anuncia su relación con Harris y entonces Roz dice: «Espera, se va a cagar».

—Eso, Ilya —se sumó Troy con una sonrisa—. ¿Qué coño te pasa?

El vestuario se llenó de carcajadas y a Ilya se le hinchó el corazón. Quería mucho a ese equipo.

Después de tomarle el pelo de buen rollo un rato más, todos volvieron a las duchas y siguieron cambiándose. Mientras Ilya se

ponía la sudadera, Wyatt se le acercó.

—Así que ¿por eso llevas el anillo?

Señaló el pecho de Ilya.

—¿Te has fijado?

—Soy portero. —Wyatt se señaló los ojos—. Me fijo en todo.

—Eres muy perspicaz —dijo Ilya, para utilizar una palabra que había aprendido poco antes.

—Es mi superpoder. No quería preguntarte, pero ahora parece bastante evidente que te lo ha regalado Hollander.

—Sí. Nos hemos comprometido.

Ilya todavía se estaba acostumbrando a decir esas palabras en voz alta. A creérselas.

—Pues entonces Shane Hollander es un hombre con suerte.

Ilya corría el riesgo de echarse a llorar, así que abrazó fuerte a Wyatt para que no le viera la cara.

—Gracias.

—De nada. —Wyatt le dio unas palmaditas en la espalda—. Solo procurad que el día de vuestra boda no coincida con el de la de Harris y Troy, ¿eh? No quiero tener que pasarme el día corriendo de acá para allá.

Ilya se rio y luego sorbió por la nariz.

—De acuerdo, Hazy.

Shane no recordaba haber estado tan nervioso al principio de los *play-offs* en su vida. Ni siquiera de *rookie*. Deslizó angustiado los patines por el hielo mientras sonaba el himno nacional, intentando no mirar la espalda del jersey de Ilya, a quien tenía unos metros por delante.

Hostia puta. Estaba ocurriendo de verdad.

La afición de Montreal era ensordecedora, pero aun así no conseguía apagar el ruidoso bombeo de la sangre en los oídos de Shane. Necesitaba recuperar la compostura porque, sí, era raro estar en la pista junto a Ilya cuando todo el mundo lo sabía. Y, sí, la mayor parte de sus compañeros habían sido bastante antipáticos desde que Shane había vuelto de los días de suspensión, pero el equipo había hecho un pacto de «no hablar del tema», cosa que debería haber sido un alivio pero que en realidad hacía que Shane se sintiera fatal.

El equipo de Ilya lo había aceptado con los brazos abiertos. Habían hablado de su relación con Shane…, incluso habían hecho bromas sobre eso. Shane sentía que estaba jugando una versión interminable de un juego de mesa, *Operación*, y que el menor fallo —todo lo que no fuera la perfección— le haría perder la partida. Era agotador, una presión que no le hacía falta para nada cuando ya tenía que lidiar con las expectativas habituales de la afición de Montreal en los *play-offs*.

Por fin llegó el momento de sacar el *puck*. Shane se aferraba a la esperanza de empezar a sentirse normal una vez que diera comienzo el partido. Salvo que, cómo no, el saque inicial era entre Ilya y él.

Ambos se inclinaron por la cintura sobre el punto donde se disputaba el cara a cara y, por un instante, se miraron a los ojos.

—Buena suerte —dijo Shane.

No se atrevía a decir nada más con todo el mundo mirándolos.

Ilya curvó los labios en su típica sonrisa torcida y pícara, y entonces lanzaron el *puck*.

Lo cogió Ilya.

Joder, qué intensos eran los partidos de los *play-off*. Ilya casi se

había olvidado.

El partido iba… bien. Troy Barrett había estrenado el marcador de Ottawa, lo cual había sido muy emocionante, pero Montreal había respondido de inmediato. Y luego había añadido un segundo gol.

Pero 2-1 era un inicio respetable para el tercer tiempo. Mejor de lo que cualquiera esperaba que acabase Ottawa al enfrentarse con Montreal, pensó Ilya.

Durante un tiempo muerto, Ilya se acercó a su portero.

—¿Estás bien, Hazy? —preguntó a gritos por encima de la estruendosa letra de «Thunderstruck», de AC/DC.

—¡Sí! —dijo Hazy contento—. Oye ¿te gusta la canción?

Ilya arrugó la frente. ¿En serio Wyatt estaba pensando en eso?

—No está mal.

—Siempre he pensado que es superpotente al principio, pero que luego acaba un poco sosa, aunque no sé. En fin, marca un gol, ¿vale?

Ni Ilya ni Shane habían marcado de momento. Ilya se había fijado en que Shane llevaba todo el partido un poco despistado. No manejaba el *puck* con la rapidez habitual, no aprovechaba las oportunidades de gol tan propias de él.

Ilya quería preguntarle a Shane cómo estaba. Quería abrazarlo, pero habían acordado que no se verían fuera de la pista durante esa serie de los *play-offs*. Porque, pese a todo lo que hubiera entre ellos, eran dos estrellas de la NHL y ambos querían ganar la Copa Stanley, y ninguno estaba dispuesto a dejar que su prometido se entrometiera en su camino. Ilya no estaba seguro de si era una estrategia muy acertada. Después de una semana separado de Shane, le estaban entrando ganas de arrancarse la piel a tiras.

Así pues, había más de un incentivo para acabar cuanto antes con aquella ronda, aunque eso implicase que uno de los dos tuviera

que perder.

Cuando se inclinaron para el saque del tercer tiempo, Ilya percibió un brillo dorado en el cuello de Shane.

—¿Ahora también llevas una cadena? —preguntó Ilya de inmediato.

—Sí —respondió Shane—. Y un anillo.

Ilya sonrió y perdió de forma estrepitosa el cara a cara.

Ilya se quedó mirando la foto del anillo de Shane, protegido entre sus pectorales musculosos y húmedos por la ducha, durante casi todo el trayecto en autobús desde el estadio hasta el hotel. Shane se la había mandado desde el vestuario, o eso imaginaba, algo muy atrevido y a la vez supererótico. Alivió un poco el dolor de haber perdido 2-1.

Esperó hasta estar a salvo en la habitación de hotel para responder a Shane:

Ilya: ¿Puedo volver a ver ese anillo?

Un par de minutos más tarde, le apareció en la pantalla una petición de FaceTime de Shane.

—Holi —dijo Shane. Iba sin camiseta, con el anillo bien visible. Llevaba el pelo recogido y las gafas puestas, una combinación letal —. Siento lo del partido.

Ilya resopló.

—No es verdad… ¿Hace cuánto llevas el anillo?

—Desde esta mañana.

El corazón le dio un vuelco.

—¿Alguien te ha dicho algo?

—No. No creo que quieran hablar del tema. —Shane suspiró—.

Esta noche ha sido la primera en la que he odiado tener que jugar contra ti. Creo que incluso he odiado tener que jugar al hockey sin más.

—Ha sido raro —reconoció Ilya—. Pero te encanta el hockey.

—Habéis jugado un partidazo.

—No tan bueno como tu equipo.

—Solo era el primer partido. No hay que confiarse. —Shane sonrió—. Bueno, algunos de mis compañeros sí se confían y alardean.

—Estupendo —dijo Ilya—. Nos gusta que nos subestimen.

—Menuda palabra —dijo Shane con una preciosa sonrisilla.

—Del mundo del hockey. Una de las primeras que aprendí en Boston.

—Tanto Montreal como Boston eran equipos de mierda cuando entramos en ellos. A veces se me olvida.

Ilya sonrió.

—¿Tengo que follarte otra vez en la sala de los trofeos para que te acuerdes?

A Shane se le oscurecieron las mejillas.

—Ojalá.

—No olvides lo que te debe ese equipo —le advirtió Ilya serio.

Shane se mordió el labio y asintió. Ilya sabía qué significaba esa expresión facial.

—¿Necesitas ayuda para relajarte antes de ir a la cama?

Shane asintió de nuevo.

—Por favor.

Ilya rebuscó en la maleta con una mano hasta encontrar el trípode plegable.

—Pues prepárate. En un minuto estoy contigo.

Ottawa calló la boca de los fans de Montreal al ganar el segundo partido, y entonces ambos equipos se desplazaron a Ottawa para el tercer y cuarto encuentros. Ottawa hizo que la afición local rugiera al ganar el tercer partido, luego Montreal ganó el cuarto, de modo que la serie quedó en empate de momento. Regresaron a Montreal y entonces los Voyageurs machacaron sin piedad a los Centaurs con un 6-1 y los pusieron contra las cuerdas. Ottawa tenía que ganar el siguiente partido, de nuevo en Ottawa, o los eliminarían.

El estadio de Ottawa estaba a reventar para el sexto partido. Desde hacía tres meses habían llenado por completo en casi todos los encuentros, pero esa noche Ilya pensó que el ruido era equivalente al de la afición de Montreal. Cuando los Centaurs salieron a la pista, sus fans de la ciudad los aclamaron por todo lo alto.

—¿Te asusta el ruido? —le preguntó Shane mientras se preparaban para que lanzaran el *puck*—. Sé que no estás acostumbrado.

Ilya soltó un bufido.

—Esto no es nada. Espera a que marque.

—¿Ah, sí? ¿Y cuándo será eso?

Ilya se inclinó hacia delante.

—Ahora mismo.

Ganó el saque y lanzó el *puck* directo a Dykstra para ponerse de inmediato en formación con Troy y Bood, como habían practicado. Observó a Troy mientras se libraba de Hayden y cogía el pase de Dykstra. Ilya se aseguró de estar justo donde tenía que estar cuando Troy volvió a lanzarle el *puck* y, en cuanto tocó la pala de su *stick*, salió disparado.

Tenía delante a J. J., lo que sin duda era un reto, pero Ilya estaba preparado para enfrentarse a él. Le pasó el *puck* otra vez a

Bood, se desplazó a toda velocidad al lateral de la red y esperó el tiro de Bood. Ilya estaba en el lugar ideal para recoger el *puck* y arrojarlo por encima del guante extendido de Drapeau. Gracias a su jugada, el marcador se puso 1- 0 para Ottawa en menos de treinta segundos de partido.

Troy se abalanzó sobre Ilya contra el cristal, con la boca abierta en una amplia sonrisa.

—¡Vamos, joder! ¡Así se hace, hostia!

Ilya lo abrazó mientras Bood se unía a los dos con alegría.

—¡Esto sí que es puto divertido! —gritó Bood.

Ilya sonrió a la multitud, un mar de jerséis rojos de los Centaurs.

—Hay que seguir.

Montreal no se lo puso fácil, pero Ottawa acabó ganando el partido 4-3. De ese modo, los Ottawa Centaurs, en su primera participación en los *play-offs* en más de una década, habían logrado alargar la serie hasta llegar al séptimo partido. Contra el equipo número uno de la liga y actual campeón de la Copa Stanley.

—¡Que se vayan a la mierda todos! —chilló Bood en el vestuario después del encuentro—. Y una mierda iba a ser una victoria fácil para Montreal. ¡Acabamos de joder la porra de los *play-offs* de todos los que han apostado!

Los jugadores estaban de un humor excelente, incluido Ilya, pero tener que jugar el séptimo partido contra su novio iba a ser intenso, por decirlo suavemente.

El puto séptimo partido.

Shane solía disfrutar mucho en esa situación, pero aquella noche estaba hecho un manojo de nervios cuando entró en el vestuario justo antes de que empezase el partido. El entrenador les gritaba sin

parar y Shane apenas lo escuchaba. Estaba inmerso en sus pensamientos e intentando calmar los nervios.

«Me pregunto cómo se sentirá Ilya».

Apartó ese pensamiento a toda prisa. Ahora mismo no le ayudaba en absoluto.

Uno de los dos estaba a punto de ganar y el otro estaba a punto de perder. Shane sabía que su relación lo soportaría; habían sido rivales durante toda la carrera deportiva, no había motivos para ponerse picajoso ahora. Pero, aun con todo, esa serie parecía mucho más importante que cualquier otro encuentro en el que se hubieran enfrentado.

La afición de Montreal se volvió loca, como siempre, cuando su equipo entró en el estadio. Anunciaron la alineación inicial de cada equipo y Shane se colocó en su puesto, sobre la línea azul, para escuchar el himno. Se concentró en los tres banderines más recientes de la Copa Stanley que colgaban de las vigas y no en el número 81 del jersey de Ilya que tenía enfrente.

—Ya es nuestro, chaval —dijo J. J. mientras esperaban que empezase el himno.

Shane se recompuso, asintió y dijo:

—¡A por todas!

El partido estuvo muy reñido y tuvieron que ir a la prórroga. Porque, claro, no podía ser de otra manera. Todos los jugadores de los dos equipos estaban hechos polvo pero desesperados por ganar. Y ahora quedaban menos de cinco minutos del primer periodo de prórroga y Shane temía que hiciera falta otro. Se inclinó para disputarse el saque con Ilya en la zona de Ottawa.

—Qué divertido —dijo Ilya como si tal cosa—. Se me había

olvidado qué se siente cuando hay tanto en juego.

—No te parecerá tan divertido cuando marque en unos segundos.

Ilya sonrió como pudo con la protección bucal puesta y luego ganó el saque.

Shane no dejó que Ottawa se quedara con el *puck* mucho tiempo. Se lo robó a Zane Boodram, luego miró alrededor para ver a quién podía pasárselo y en estas lo arrolló Troy Barrett. Vio a J. J. y le mandó el *puck* para dar un respiro a Montreal y poder organizarse.

Shane logró librarse del golpe de Troy en el mismo momento en que veía que Ilya interceptaba el pase a J. J.

«¡Mierda!».

Ilya salió disparado y Shane fue como el rayo tras él. En cuestión de segundos llegaron a la línea de centro, estaban los dos solos, y Shane se hallaba en una buena posición para arrebatarle el *puck* sin dificultad. Estaba a punto de hacerlo cuando, sin querer, se tambaleó hacia delante y se desplomó en la pista hecho un ovillo frustrado.

Impotente, lo único que pudo hacer fue ver cómo Ilya llevaba el *puck* hasta la red y lo colaba entre las protecciones de Drapeau.

«¡Mierda, mierda, mierda!».

Shane no se lo creía. Las esperanzas de Montreal de repetir la victoria en la Copa Stanley —sus esperanzas de eliminar a los putos Ottawa Centaurs— acababan de esfumarse. ¡Porque Shane se había tropezado!

Tendría suerte si no lo apedreaban allí mismo.

De rodillas, observó desesperado cómo todo el banquillo de Ottawa entraba en la pista y se echaba en piña encima de Ilya para celebrarlo. Al final, notó una mano en el hombro y supo que era Hayden sin necesidad de mirar.

—Ya está, colega —le dijo Hayden—. Ven con el equipo para el apretón de manos.

Shane se puso de pie y patinó hasta donde sus compañeros estaban en un montón devastado, mientras esperaban a que Ottawa dejase de celebrar. La espera podía ser larga.

—Buen partido —dijo Shane a Drapeau, que parecía grogui detrás de la máscara—. No ha sido culpa tuya.

Drapeau perforó con sus intensos ojos de portero a Shane y dijo con frialdad:

—Ya lo sé.

Se alejó patinando y dejó a Shane con una sensación confusa y disgustada. Era evidente que Shane habría podido detener a Ilya si no se hubiera puto tropezado, pero no era propio de Drapeau el restregárselo por la cara.

Se pusieron en fila para los apretones de manos finales. A Shane todavía le daba mil vueltas la cabeza de la vergüenza, la confusión, la decepción y la rabia. Dio la mano a varios Centaurs en una nebulosa y entonces se dio cuenta de que todos le iban diciendo cosas buenas.

Con el primero con el que se dio cuenta fue con Troy Barrett. El otro hombre agarró fuerte la mano de Shane y luego tiró de él para darle un abrazo rápido entre colegas.

—Nos vemos este verano en los campamentos, ¿verdad?

—¿Irás?

Era la primera noticia que tenía Shane sobre el tema.

—Sí. —Troy se apartó y sonrió. Sus vivarachos ojos azules relucían con la emoción de la victoria—. Creo que Bood también. Nos hace mucha ilusión. —Soltó la mano de Shane—. Confío en que podamos ser amigos, ¿eh?

Sin saber cómo, Shane se había olvidado por completo de que

Troy era gay, pese a su salida del armario por todo lo alto unas semanas antes y al hecho de que Ilya no paraba de hablar de la buena pareja que hacían Harris y él.

—Por supuesto —respondió Shane.

Troy le dio una última palmada en el brazo y continuó con los saludos. Shane estrechó la mano de unos cuantos jugadores más y recibió más palabras cariñosas. Entonces se encontró cara a cara con Ilya.

Shane no sabía qué hacer. Quería rodear a Ilya con los brazos e inspirar su olor. Decirle que estaba orgulloso de él. Pero también estaba tan furioso que le costaba mirar la cara radiante de Ilya en ese momento.

Aunque, en realidad, Ilya no parecía radiante; parecía preocupado y quizá tan inseguro como Shane sobre cómo comportarse.

Shane sabía que estarían haciéndoles un millón de fotos. Los fotógrafos profesionales de la pista, miles de fans con el móvil y gente en casa haciendo *gifs* que quedarían en internet para siempre. Lo sabía, pero lo único que veía en ese momento era la expresión preocupada de Ilya.

Al final, Shane sacó la mano e Ilya se la estrechó. Con eso no les bastaba en absoluto.

—Os lo merecéis —dijo Shane—. Habéis jugado una serie increíble, joder. Estoy supercontento por ti.

No mentía. Lo que más rabia le daba era no poder formar parte de esa victoria.

—Pensaba que me ibas a pillar —dijo Ilya.

—Y así era. Debí de tropezarme con algún borde o algo. Qué puta vergüenza. —Shane suspiró—. ¿Vuelas de vuelta esta noche?

—Sí. Y mañana a Nueva York.

—Vaya.

Shane estaba a punto de proponerle ir en coche hasta Ottawa esa noche y quedar con Ilya en casa más tarde.

Este debió de advertirlo en sus ojos.

—Esta noche será mejor que descanses.

Shane quería replicar que necesitaba a Ilya más de lo que necesitaba dormir. O comer. O respirar. Pero, en realidad, sabía que se quedaría roque en media hora, agotado por completo después de esa serie tan emocionante.

Asintió con la cabeza y dijo:

—Dale una patada en el culo a Scott Hunter, ¿vale?

Ilya sonrió, provocador y sexy.

—Me muero de ganas.

El último de la fila era Wyatt, que tiró de Shane para darle un abrazo.

—Siempre es un placer verte jugar, Hollander. Nos vemos en julio.

—Lo mismo digo, Wyatt. Buena suerte en Nueva York.

—Ay, mierda. ¿Tenemos que ganar otra serie de estas?

Shane se rio y dio una palmada en la inmensa protección del pecho de Wyatt.

—Os voy a animar.

Hasta que Shane no volvió al vestuario, no empezó a ser consciente de que Drapeau no era el único que parecía enfadado con él.

—Joder, no puedo creerme que me haya tropezado —le dijo Shane a J. J. mientras echaban los jerséis del partido al cubo de ropa sucia.

—Pero ¿te has tropezado?

Shane se puso tenso.

—¿A qué te refieres?

J. J. se lo quedó mirando fijamente unos segundos y luego negó con la cabeza.

—No sé, Hollander. Es que… Joder, dime que fue sin querer.

—¡¿Qué?! —Shane no podía puto creerse lo que oía—. ¿Crees que me caí a propósito? ¿Crees que dejé marcar a Ilya?

Comeau se levantó de su sitio, donde llevaba un rato encorvado.

—Yo sé lo que he visto. Lo que ha visto todo el mundo. Y no me ha parecido un accidente.

—Bueno, pues lo ha sido. ¿Qué cojones…? —Para entonces, todos los jugadores del vestuario lo miraban a la cara. Shane se dio la vuelta para quedar frente al mayor número de compañeros posible—. No estaréis pensando en serio que me he tirado al suelo a propósito, ¿verdad?

La respuesta fue un silencio casi general, salvo por algún murmullo tanto en francés como en inglés. Al final, J. J. suspiró y dijo:

—Yo no.

De pronto, Hayden se puso junto a Shane.

—Joder, claro que no pensamos eso. Venga, tíos. Shane nunca traicionaría a su equipo.

Pero Hayden y J. J. parecían los únicos que estaban seguros de eso.

—A la mierda —murmuró Shane, y empezó a quitarse enfadado el resto del equipamiento.

Se suponía que esos eran los tíos que tenían que respaldarle. Habían ganado una copa juntos el año anterior y habían peleado como locos durante toda la temporada para ganar otra. Algunos de esos hombres habían jugado más de diez temporadas con Shane. Le revolvía el estómago pensar que les costara tan poco creer que era

un traidor.

Cuando salió, una vez duchado y cambiado, sus padres lo esperaban junto al vestuario. Ni se había molestado en despedirse de sus compañeros. Si alguno de ellos quería disculparse, que lo llamara por teléfono.

—Si quieres quedarte un rato más —le dijo su madre—, podemos ir a casa sin ti.

—No. Quiero salir de aquí. Ya.

Caminó deprisa por el pasillo hacia el aparcamiento subterráneo y sus padres tuvieron que correr para seguirle el paso. Sabía que era una falta de educación, pero tenía la impresión de que sería incapaz de respirar hasta que saliera del puto estadio.

Cuando llegó al coche, se apoyó en él de espaldas y contempló el feo techo del aparcamiento. Le ardían los ojos con lágrimas de rabia.

—Creen que me he caído a propósito.

—¡¿Qué?! —preguntó su madre—. ¿Quién ha dicho eso? Quiero nombres.

Shane negó con la cabeza.

—Lo he dado todo por este equipo y…

Hizo una mueca de aflicción.

Su padre lo arropó en sus brazos.

—Lo siento, Shane. Las últimas dos semanas han sido muy duras.

Shane sorbió por la nariz.

—Solo puede ir a mejor, ¿verdad? —Miró por encima del hombro de su padre y vio a su madre consultando el móvil con el ceño fruncido—. Ay, dios. Y ahora ¿qué?

Su madre obligó a sus labios a esbozar la menos convincente de las sonrisas que Shane había visto en su vida.

—Nada importante. Vamos a casa.
—Estabas mirando Twitter, ¿verdad? ¿Qué dice la gente?
Su madre se metió el móvil en el bolsillo.
—Como te decía, nada importante.

Capítulo 37

A la mañana siguiente, Ilya sintió asco al ver que la prensa del hockey estaba llena de artículos de opinión que se preguntaban si Shane había dejado a propósito que Ilya marcara el gol.

—También es insultante para mí —se quejó Ilya por teléfono a Shane—. ¿Es que creen que no puedo ganarte si no hacemos trampas?

—No me habrías ganado si no me hubiera tropezado —señaló Shane sin que viniera a cuento.

—Shane. —Ilya suspiró—. Ahora no. Y claro que te habría ganado.

—Qué cabreado estoy, joder —dijo Shane—. No me lo merezco.

Ilya se alegró de oírle decir eso.

—Ahora ya no estás atado por el contrato con el Montreal. Eres libre. Sal cagando leches de ahí. Vete a un sitio donde te valoren.

Shane bufó.

—¿Dónde, por ejemplo? ¿Ottawa?

Ilya contuvo el aliento. Porque claro que sí. Ottawa.

—O sea, no podría, ¿no? —dijo Shane.

—Para eso tienes a Farah. Pregúntale.

—No tienen margen para pagar mi prima. No, teniendo en

cuenta que estáis Troy, Wyatt y tú. ¿Y no le subieron mucho el sueldo a Bood la temporada pasada? Haas también pedirá más en un par de años.

—¿Cuánto dinero necesitas? —preguntó Ilya.

—No lo sé. Solo quiero que me paguen lo que merezco, ¿sabes?

—Por supuesto. Pero puedes pensar en tu riquísimo marido.

Shane soltó una risotada.

—Supongo que tienes razón. —Se quedó callado un momento—. Pero ¿hay sitio para mí en la alineación?

—Necesitamos más caña en el centro. Y tener a Ilya Rozanov y a Shane Hollander juntos sería la caña, desde luego.

—Dios, podríamos ganar una copa con Ottawa.

—¡Oye! —se quejó Ilya—. ¡Estoy intentando hacerlo ahora mismo!

—Perdón. No quería… Confío plenamente en ti.

—Ajá.

—De todos modos, esto es demasiado. Estoy que echo humo y me entran ganas de hacer cosas drásticas. Pronto me calmaré.

Ilya estaba seguro de que sería así, y por eso no quería alimentar la esperanza de que Shane se uniera a él en los Centaurs. A Shane le encantaba Montreal y haría falta algo más que unos cuantos artículos de opinión idiotas y unos tuits enfadados para hacer que se marchase de allí.

—Tengo que ponerme en marcha. El avión sale dentro de nada.

—Vale —dijo Shane—. Buena suerte. Estaré pendiente. Y llámame. Y mándame fotos. Y, joder, ya te echo de menos.

—Yo también te echo de menos. Ven a Ottawa. Os conseguiré entradas a tus padres y a ti para el tercer y el cuarto partido.

Shane pareció alegrarse al oírlo.

—¿Sí? Podría alojarme con ellos para no distraerte ni nada.

—Lo hablamos dentro de unos días.

—Muy bien. Eh, mmm. Nadie de tu equipo piensa que me tropecé a propósito, ¿verdad?

Ilya resopló.

—Nadie con dos dedos de frente piensa eso.

Los primeros dos partidos eran en Nueva York, y Ottawa perdió ambos. Luego Ottawa ganó el tercero, que jugaron en casa. Los tres miembros de la familia Hollander estuvieron entre el público en ese encuentro, algo que fue muy emocionante para Ilya. Nunca había tenido tanta gente a la que quisiera viendo en directo uno de sus partidos.

La tarde siguiente, durante el día que quedaba entre partidos, Ilya y Shane estaban viendo el tenis juntos en el sofá de Ilya. O por lo menos así fue como empezó la cosa. Al cabo de media hora Shane estaba despatarrado y jadeando mientras Ilya lo torturaba con la mamada más lenta y perezosa de la historia.

—¿Se…, se te ha olvidado cómo se hace o algo así? —jadeó Shane.

Ilya dejó de pasarle la lengua despacio por debajo del capullo a Shane y sonrió.

—¿Tienes prisa? ¿Hay algún partido de *play-offs* para el que debas prepararte?

Shane se quedó boquiabierto.

—¡Vete a la mierda!

Ilya se rio mientras Shane lo golpeaba varias veces con un cojín. De ahí pasaron a pelear en broma y de ahí a besarse.

Y entonces fue cuando el móvil de Ilya le avisó de que había alguien en la puerta de su casa. Agarró el móvil de la mesita de

centro y miró por la cámara de seguridad. Entonces soltó una risa sorprendida.

—¿Qué? —preguntó Shane.

—Es Scott Hunter.

—¿Aquí?

Shane se escabulló del sofá y se metió la polla aún medio dura en los pantalones de deporte.

—Sí.

Ilya apretó el botón con el que se abría la puerta.

—¿Por qué? ¿Qué quiere? Mierda… Tengo que… Necesito unos minutos.

Shane corrió escaleras arriba y se dirigió al cuarto de baño. Mientras tanto, Ilya recuperó la compostura, se alisó la camiseta y caminó hasta la puerta principal. Miró hacia la cama de Anya para asegurarse de que no iba a correr hacia la puerta, pero seguía profundamente dormida después del paseo largo que habían dado por la mañana.

Abrió la puerta justo cuando Scott llegaba a los peldaños de la entrada.

—Hunter. Estás en mi casa.

Scott parecía algo aturdido, como si no se hubiera dado cuenta de que estaba en casa de Ilya o algo así. Su puñetera cara perfecta miró alrededor como si lo hubieran soltado ahí unos extraterrestres.

—Sí, es que, eeeh, Wyatt me dio la dirección. Primero se aseguró de que mis intenciones fueran buenas.

Ilya no acababa de entender qué «intenciones» podía tener el capitán del equipo rival —el hombre contra cuyo equipo estaban jugando en esa serie los Centaurs— al plantarse en la puerta de su casa.

—Podrías haberme escrito un mensaje.

—Parece que te gusta aparecer en cosas sin avisar. Tal vez quisiera ver qué se siente.

Ilya sonrió ante el comentario.

—Pasa.

Y entonces Scott Hunter entró en casa de Ilya.

Shane había vuelto a la sala de estar, todavía algo desaliñado, pero bastante más presentable.

—Hola, Scott.

Scott lo saludó con la cabeza.

—Shane. Bien. Confiaba en encontrarte aquí.

—Suele estar —dijo Ilya, con un innecesario tono engreído.

Había algo en Hunter que siempre le hacía sentir territorial y casi adolescente.

Y dios, qué bien sentaba ser capaz de decir a la gente que Shane Hollander era suyo. Sabía que Scott estaba felizmente casado y no miraba a Shane de ese modo más de lo que miraba a Ilya de ese modo, pero aun así. Ilya estaba orgulloso de sí mismo por haberse ligado a un novio tan impresionante.

—Ay, ¿estabais viendo el Open de Madrid? —preguntó Scott echando un vistazo al televisor.

—Eh, sí —dijo Shane.

—Más o menos —añadió Ilya.

Scott se sentó en un sillón, apoyado justo en el borde del cojín.

—Sé que es raro porque estamos en mitad de la serie de *play-offs*, pero quería hablar con vosotros dos sobre…, ya sabéis.

Señaló con una mano a Ilya y a Shane.

—Vaya, vaya —dijo Ilya—. ¿Papá va a darnos una charla?

Scott miró a Shane.

—¿Es capaz de dejar de ser un capullo durante cinco minutos?

—No —respondió Shane. Se sentó en el sofá, de cara a Scott—.

Bueno, ¿y de qué querías hablar en concreto?

—Bueno, para empezar, siento que tuvierais que salir del armario de esas maneras. Es horrible.

—No fue ideal —coincidió Shane.

—Estropeó nuestro plan de besarnos por televisión —añadió Ilya con sequedad.

Scott entrecerró los ojos y lo miró, pero dirigió las siguientes palabras a Shane.

—Cuando me enteré de lo que había ocurrido, se me revolvió el estómago, en serio. Que alguien me obligara a salir del armario fue mi mayor miedo durante años. No tendrían que haberos robado esa decisión.

Ilya se unió a Shane en el sofá.

—¿Fue esa la única razón por la que se te removió el estómago?

Scott lo miró con cautela.

—Me quedé bastante alucinado. No os miento.

—Si has venido para decirnos si te parece bien o mal nuestra relación, nos da igual —dijo Ilya sin tapujos.

—Por favor, Ilya —murmuró Shane.

—No es eso —le aseguró Scott a Ilya—. No tengo ni idea de cómo ha funcionado lo que os lleváis entre manos, pero está claro que habéis encontrado la manera de sacarlo adelante. Desde luego, nunca ha interferido en cómo jugabais al hockey.

Ilya entendió lo que significaba eso: Scott no creía que Shane se hubiera tropezado a propósito. Bajó la guardia y dijo:

—Gracias por decirlo.

—¿Cómo reaccionó Crowell ante vuestra relación?

Ilya resopló.

—Te lo puedes imaginar —respondió Shane—. Creo que, si dependiera de él, los dos estaríamos fuera de la liga.

La expresión de Scott se volvió peligrosa, como solía ocurrir en la pista.

—Creo que le pasó lo mismo cuando salí del armario.

—Y con Troy Barrett —añadió Ilya—. Troy recibió un correo después que era tipo…, ¿cómo se dice? ¿Amable pero que suena enfadado?

—Pasivo-agresivo —dijo Shane.

—Sí. Vale. Eso.

—Crowell es un dinosaurio —dijo Scott—. Se interpone en el camino del progreso, y en parte por eso quería hablar con vosotros. Carter Vaughan y yo estamos intentando crear un grupo de jugadores de la NHL. —Hizo una pausa—. No. De jugadores de hockey en general… Ya me he puesto en contacto con Max Riley y Leah Campbell, a quienes les interesa combatir la cultura tóxica del hockey. No solo la homofobia, sino todo tipo de prejuicios: racismo, sexismo, la cultura de la violación, transfobia, masculinidad tóxica. Sé que suena a enorme e imposible, pero por algún sitio hay que empezar.

—¿Como un club? —preguntó Ilya—. ¿De jugadores de hockey buenos?

—En pocas palabras —dijo Scott—. Cuando salí del armario pensé que mi gesto sería un ejemplo para otros jugadores de hockey *queer*.

—Creo que lo fue —dijo Shane. Miró a Ilya—. Por lo menos, para nosotros.

Ay, dios mío. Qué vergüenza… Pero era cierto; lo más probable era que Ilya no se hubiese lanzado a intentar estar con Shane si Scott no hubiera besado a su novio por televisión después de ganar la Copa Stanley.

—¿Sí? —preguntó Scott, con tono de sorpresa, pero también

algo emocionado—. Me alegro de oírlo. Pero, cuando me enteré de la historia de Troy, me di cuenta de que los jugadores *queer* de la NHL siguen sin sentirse seguros a la hora de salir del armario. Y ese es solo uno de los problemas con la cultura del hockey. —Suspiró—. A veces todo parece tan podrido que no sé si tiene arreglo. Pero quiero intentarlo.

—Entonces sería, en plan —dijo Shane despacio— que, si hay alguien del mundo del hockey que dice o hace algo horrible, ¿actuaríamos como un frente unido contra eso? ¿Es en eso en lo que estabas pensando?

La ilusión relució en los ojos de Scott.

—¡Exacto! Ahora mismo da miedo alzar la voz, sobre todo si una persona lo hace sola, por su cuenta. Pero, si tenemos un grupo organizado que pueda lanzar comunicados, dará mucho menos miedo. Es una herramienta poderosa. —Se inclinó hacia delante—. Tengo más de cincuenta jugadores de hockey dispuestos a unirse. Creo que podemos conseguirlo.

Ilya estaba impresionado. Era una idea fabulosa, la verdad.

—Me apunto.

—Yo también —dijo Shane—. Cien por cien seguro. Y sé que J. J. y Hayden también querrían entrar.

—Tal vez mi entrenador se una —dijo Ilya pensativo—. Es un tío genial.

—¿Ah, sí? Sería brutal. Me encantaría poder contar con algunas personas del otro lado del banquillo. —Sonrió—. Perdonad por haber llevado el tema a mi terreno… Sobre todo había venido para deciros que, bueno, os apoyo. Y enhorabuena, supongo.

—Ya nos darás la enhorabuena cuando nos hayamos casado —contestó Ilya sin poder contenerse.

Scott levantó mucho las cejas.

—¿Y cuándo será eso?

—En julio —intervino Shane, aunque no lo habían decidido del todo. Miró a Ilya—. Tiene sentido, ¿verdad? ¿Qué te parece la semana anterior a cuando empiezan los campamentos?

—Claro —dijo Ilya como si tal cosa—. Cuando sea.

Scott suspiró.

—Madre mía. Qué raro es todo esto. Perdón.

—¿Por qué? —preguntó Ilya—. ¿Porque somos dos hombres?

—¿Qué? —soltó Scott—. ¡No! Porque…, ¿sabes qué? Vete a la mierda, Rozanov.

Ilya se rio, luego se levantó y le tendió la mano a Scott.

—Eres un buen tipo, Hunter. —Cuando Scott le tomó la mano, Ilya lo ayudó a incorporarse y, sin pensarlo mucho, lo abrazó. Scott soltó un «oh» de sorpresa cuando su enorme cuerpo se topó con el de Ilya.

—Vaya, vaya —dijo Shane—. Nunca pensé que vería algo así.

Scott se rio y deshizo el abrazo.

—Qué gracia. Dije exactamente lo mismo cuando os vi besaros en aquel vídeo.

—Quiero que seamos amigos —se limitó a decir Ilya.

Lo cierto era que siempre había respetado mucho a Scott y no había motivos para fingir otra cosa. Ser sincero sentaba de maravilla. Tendría que contarle lo ocurrido a Galina.

—Yo también —dijo Scott. Luego sonrió y añadió—: Después de que acabe esta ronda de *play-offs*, claro.

Ilya sonrió a su vez.

—Entonces estaré ocupado con las semifinales.

—En tus sueños, Rozanov.

Al final, Nueva York ganó la serie contra Ottawa por cuatro partidos a uno, así que eliminó a Ottawa de los *play-offs*. Los Centaurs y sus fans se quedaron decepcionados, pero también veían con optimismo el futuro del equipo.

En el vuelo de vuelta desde Nueva York, justo después del partido, Ilya entró en una espiral sin querer. Estaba frustrado por haber perdido, pero había algo más. Quería desaparecer del mapa. No quería que sus compañeros de equipo lo miraran, no quería hablar con nadie. Estaba agotado y no recordaba cómo era el no sentirse agotado.

Era un pelín desmoralizante asimilar que ninguno de los cambios que había hecho en su vida —la terapia, la victoria, la perra, salir del armario ante sus amistades y sus compañeros de equipo sobre su sexualidad y sobre su relación con Shane, comprometerse— lo había curado. Incluso con tantos motivos para estar feliz, casi se le pasó por la cabeza que sería mejor que esta vez el avión se estrellara de verdad.

No. Por supuesto que no quería eso. Solo necesitaba llegar a casa, meterse en su cama y quedarse ahí para siempre.

—Oye —dijo una voz, y cuando Ilya volvió la cabeza de la ventanilla vio a Troy inclinado sobre el asiento vacío que quedaba entre Ilya y el pasillo—. ¿Puedo sentarme un minuto?

—Sí, claro.

—¿Vas a quedarte por Ottawa este verano? Me refiero a cuando no estés en el campamento de Montreal.

Ilya estuvo a punto de contarle los planes de boda, pero no le apetecía compartir esa información en aquel momento. En lugar de eso contestó:

—Solemos ir a la cabaña de Shane. Está junto a un lago, a unas dos horas de Ottawa.

—Qué bien suena.

—¿Y tú qué harás? ¿Te quedas en Ottawa? ¿Vuelves a casa en Vancouver?

Troy arrugó la nariz.

—A Vancouver seguro que no voy. Quiero buscar casa a las afueras de Ottawa. Algún sitio donde Quirón pueda correr a sus anchas.

Ilya enarcó las cejas.

—Entonces ¿vas a ir a vivir con Harris?

Troy se sonrojó.

—Sí… Sé que es superpronto, joder, pero sí.

Ilya sonrió.

—Es Harris. ¿Por qué esperar? Es perfecto para ti.

—Sí que lo es. —El rostro de Troy adoptó una expresión soñadora que se sacudió enseguida—. Conque, bueno, si Anya necesita a alguien con quien jugar, Harris y yo nos pasaremos aquí todo el verano.

Dios, era genial tener por fin amigos que supieran lo suyo con Shane.

—Gracias —dijo con sinceridad Ilya—. Oye, ¿por qué no venís los dos a la cabaña de visita? Es muy chula. Y, tipo, enorme.

Troy sonrió.

—Suena guay.

Poco después se levantó e Ilya se sintió algo más aliviado durante unos minutos. Ojalá supiera cómo hacer que los sentimientos agradables durasen.

Cuando Ilya por fin llegó con el coche a casa, eran casi las dos de la madrugada, pero Shane lo esperaba justo al otro lado de la puerta,

con Anya ladrando contenta a sus pies.

—Te ha echado de menos —dijo Shane—. Pero se porta superbién, ¿eh?

—Porque es la mejor. —Ilya se inclinó para rascarle la cabeza. Por algún motivo le temblaba la mano—. También te he echado de menos, bonita. Se acabaron los viajes durante una buena temporada.

Se incorporó para saludar a Shane, que analizaba su cara con clara preocupación.

—¿Qué?

Shane abrió los brazos.

—Ven aquí.

Ilya se desmoronó antes de llegar a abrazarlo. Sollozó contra el hombro de Shane, sin saber siquiera por qué. Shane lo sujetó, le acarició el pelo y le dijo que no pasaba nada cuando este se disculpó.

Cuando ya no le quedaron más lágrimas, Ilya se sintió vacío y muerto de cansancio. Shane lo llevó a la cama. Anya los siguió.

—No —dijo Shane con firmeza cuando Anya saltó a la cama. Señaló la camita de la perra, que estaba en el rincón—. Todas las noches quería dormir conmigo. Creo que me odia porque no le dejo.

—Seguro que es mejor así. —Ilya suspiró—. Soy muy blando con ella.

Shane apoyó una mano en la mejilla de Ilya.

—Eres blando con todos los seres a los que quieres.

Ilya sonrió.

—No se lo digas a nadie.

Los dos se desnudaron, se asearon y se metieron en la cama. Shane besó a Ilya en las mejillas y en la frente, y luego por fin en las comisuras de los labios.

—Cuánto te he echado de menos —susurró.

—Sí. Yo también.

Se miraron el uno al otro, a pocos centímetros de distancia en la cama.

—Me gusta volver a ver la barba que te dejas para los *play-offs* —dijo Shane, mientras acariciaba el tupido pelo que cubría ahora la mitad inferior de la cara de Ilya—. Hacía tiempo que no la veía.

—¿Crees que debería dejármela?

—Quizá un tiempo. Es sexy.

Ilya cerró los ojos y disfrutó de las tranquilizadoras caricias de las yemas de su novio.

—Shane —dijo en voz baja al cabo de un par de minutos—. Si nos casamos…

—¿«Si»? Claro que vamos a casarnos.

Ilya tragó saliva.

—Entonces, tienes que saber algo.

—¿Qué tengo que saber?

Ilya abrió los ojos.

—No estoy bien.

—¿En qué sentido?

—Estoy… un poco como mi madre. Deprimido. A veces. Y no me he curado. Puede que no me cure nunca.

Shane se sorprendió, pero enseguida lo disimuló.

—Vale.

—No te culpes si… va a peor.

Shane se apoyó en un codo.

—Ilya. ¿Me estás diciendo que piensas en, tipo…?

—No. En realidad, no. No lo sé. Creo que podría llegar a pensar en hacerlo, ¿vale?

Shane parpadeó unas cuantas veces.

—Vale —susurró.

—La terapia me ayuda y hemos barajado la posibilidad de probar con algo de medicación. La psicóloga me ha dicho que al principio puede ser duro y tener efectos secundarios. Cuesta dar con las pastillas y la dosis adecuadas. Aunque tengo que ir al médico para que me las recete. Creo que hablaré con Terry… Es el médico del equipo.

—¿Crees que le parecerá bien recetarte antidepresivos? —preguntó Shane.

—Sí. Por supuesto.

—Creo que el médico de nuestro equipo no lo vería con buenos ojos.

—Pues entonces es un imbécil.

—Sí. —Shane suspiró—. Puede.

Acarició el pelo a Ilya, a quien empezaron a cerrársele los párpados.

—Siento mucho que a veces te sientas así, Ilya —dijo Shane en voz baja—. Siento mucho que tengas que luchar contra algo así. Pero nunca vas a hacer que me asuste y te deje, ¿vale? Nunca pienso tirar la toalla contigo, ni con nuestra relación. Así que, para lo que necesites, aquí me tienes.

—¿Y si no puedes hacer nada por mí? —preguntó Ilya en voz baja y asustada—. ¿Y si no puedes ayudarme?

Las facciones de Shane adoptaron la expresión de Capitán de Hockey: decidida y valiente.

—Entonces me quedaré a tu lado hasta que sí pueda hacer algo. —Le dio un beso en la frente a Ilya—. Voy a casarme contigo, Ilya. Quiero tener hijos contigo. Quiero ser tu pareja cuando entremos en el Salón de la Fama. Te quiero muchísimo.

Se besaron y luego Shane dijo:

—¿Qué necesitas ahora mismo?

—Dormir —respondió con sinceridad Ilya—. Por la mañana, supongo que café. —Sonrió con picardía—. Y puede que cinco o seis mamadas.

Shane sonrió tanto que se le arrugaron los ojos.

—Las mamadas no curan la depresión, Ilya.

—¿Desde cuándo eres médico?

Shane se echó a reír y lo besó de nuevo.

—Anda, duérmete, tonto.

Capítulo 38

Mayo

Shane cumplió treinta años en mayo, sin hacer grandes aspavientos. Lo celebró en la cabaña con sus padres, Ilya y Anya. Su padre hizo unas hamburguesas a la barbacoa y Shane se comió dos, las regó con cerveza y acabó con una porción grande de tarta de chocolate. Había decidido poner fin a su lucha contra el futuro y al intento de ser perfecto. Había sido un jugador de hockey excepcional toda su vida mientras comía alguna que otra hamburguesa con queso, así que podía seguir haciéndolo.

Además, había decidido poner fin a su etapa de Montreal Voyageur. J. J. le había pedido disculpas por insinuar siquiera que Shane se hubiera caído a propósito, pero ninguno de sus otros compañeros de equipo (ni de sus entrenadores) lo había hecho. Los medios de comunicación de Montreal se habían cebado con Shane y dudaba que pudiera volver a sentirse a gusto representando a ese equipo.

Ahora, una semana después del cumpleaños de Shane, Ilya y él se limitaban a esperar que llegase julio, que era cuando empezaba la temporada de contratación de los jugadores sin equipo, para ver qué pasaría. Shane le había dicho a Farah que su primera opción era

Ottawa. La agente no se había sorprendido en absoluto. Tanto si acababa en Ottawa como si iba a cualquier otro equipo, quien fuera que lo fichara tendría que aceptar que estaba fichando al marido de Ilya Rozanov.

Habían mandado las invitaciones a la boda. Lo habían hecho con poco tiempo, pero no sería una fiesta grande e iban a celebrarla en el jardín de Ilya en julio, una semana antes de que empezasen los campamentos benéficos. Quienes estuvieran en Ottawa entonces podían ir y, si no, no pasaba nada. Sin presión.

A finales de verano irían de viaje de novios a España, porque ninguno de los dos había estado y porque, cuando Shane había aunado el valor necesario para pedirle recomendaciones sobre destinos vacacionales, Scott Hunter le había soltado entusiasmado un puñado de sitios que eran «más gay imposible». Sería otro paso de gigante fuera de la zona de confort de Shane, pero estaba preparado para darlo.

Y sabía que a Ilya no le costaría nada estar espectacular en Ibiza.

Shane encontró a su novio en la hamaca detrás de la cabaña, meciéndose suavemente a la luz de un atardecer maravilloso en el lago. Shane estaba convencido de que era lo que los fotógrafos llamaban «la hora dorada». Una luz cálida bañaba a Ilya, destacando el brillo de su piel y los destellos de todos los mechones cobrizos de su melena rizada. Se había afeitado la barba de los *play-offs* y volvía a llevar su habitual barba de tres días de aspecto descuidado, y el anillo y la cruz que le colgaban del cuello relucían contra su pecho desnudo. Shane pensó que ojalá llevara el móvil encima para hacerle una foto. Era injusto que alguien tuviera un aspecto tan perfecto.

—¿Cómodo? —preguntó Shane.

—Mucho.

Shane se abrazó el cuerpo y se frotó los brazos descubiertos.

—Aunque empieza a refrescar, ¿no?

—Mmm.

Ilya extendió la mano y Shane se la cogió.

—Nunca usas esta hamaca —dijo Shane.

—Sí, bueno.

Ilya no terminó la frase y Shane supuso que no hacía falta.

—He hecho tacos.

—¿Ah, sí?

Ilya se sentó erguido y luego salió de la hamaca de un modo que a Shane le pareció imposible. Cada vez que Shane se tumbaba allí, acababa cayéndose al césped bocabajo.

—¿Dónde está Anya? —preguntó luego Ilya.

—Se ha dormido después de ese paseo épico. —Volvieron a la casa cogidos de la mano—. ¿Quieres ver el partido que hacen luego?

Esa noche empezaba la última ronda de *play-offs*, entre Nueva York y Colorado.

—En realidad, no —respondió Ilya.

Shane sonrió.

—Yo tampoco.

—¿Sabes qué quiero hacer?

—¿Es algo guarro?

—No. Quiero grabar un vídeo.

—Pues suena guarro.

Ilya se rio y tiró de Shane hacia él, con lo que sus hombros se chocaron.

—Para Instagram. Quiero subir un *post* de nosotros.

Dejó de hablar y sacó el móvil. Dio unos cuantos toques y lo puso delante con el brazo extendido.

—Ah, ¿ahora? —preguntó Shane.

—Sí. —A continuación, tras un segundo de pausa, Ilya dijo muy contento—: ¡Hola! Soy Ilya y este es mi novio, Shane. Di «hola», Shane.

—Eh. Hola.

—Shane, ¿cuándo vamos a casarnos?

—En julio.

Ilya puso una cara de sorpresa exagerada.

—¡Julio!

Shane vio su propia sonrisa enamorada y bobalicona en la pantalla del móvil de Ilya. Todavía no habían anunciado oficialmente su compromiso.

—Aún no te lo crees, ¿eh?

—Vamos a casarnos. Y luego vamos a seguir jugando al hockey, a batir más récords y ganar más copas. ¿Verdad, Shane?

—¡Pues claro!

—Nos vemos en octubre, aficionados al hockey —dijo Ilya.

Entonces le dio un beso sonoro a Shane en la mejilla y cortó el vídeo.

Volvieron a verlo juntos y Shane tuvo que admitir que salían genial con esa perfecta luz dorada.

Además, parecían embobados de tan enamorados que estaban.

—Creo que a Crowell le va a encantar el vídeo —dijo Shane serio.

—A la mierda Crowell. Voy a subirlo.

Shane todavía sentía una punzada de terror ante la idea de enfadar al comisionado de la NHL, pero trató de sacudírsela rápido. Ya no iban a esconderse más. De nadie y por nadie.

—Uf, espero que algún equipo me fiche.

Ilya resopló.

—Pues claro que lo harán.

—¿Y si…?

—Shane —dijo Ilya muy serio—. ¿Hace falta que volvamos a tu habitación de los trofeos en Montreal?

Shane se ruborizó.

—No.

—¿O mejor te pones un vídeo de YouTube de tus mejores goles mientras te la mamo?

Shane notó calor en el estómago.

—Bueno. No perdemos nada por intentarlo.

Capítulo 39

Julio

—¿Qué piensas? —preguntó Shane.

Ilya no podía pensar. No tenía ni un solo pensamiento en la cabeza porque estaba lleno de una felicidad desbordante. Faltaba una semana para la boda y Shane estaba delante de él con un jersey de los Ottawa Centaurs y una gorra de visera. Sabía que Shane había ido aquel día a las oficinas del equipo a firmar el contrato, pero verlo en directo con el uniforme, en casa de Ilya, era irresistible.

—Consigues que ese logo tan tonto quede genial —dijo Ilya.

—Es ridículo, ¿verdad? ¿No soy yo?

—No. Lo pensamos todos. Ven aquí. —Ilya lo abrazó muy fuerte —. No me lo puedo creer. Es demasiado. Soy superfeliz.

Shane se rio pegado a él.

—Yo también. —Se apartó—. ¡Dios, me muero de ganas de jugar contigo! Sé que los dos somos centros, pero me apuesto a que nos pondrán juntos en la ventaja numérica. ¡Va a ser alucinante!

—Y —añadió Ilya— se acabó esconderse.

—Se acabó esconderse. Todas las personas que he conocido en dirección eran supersimpáticas. ¡Ah! Y Harris también estaba. Me ha

gustado conocerlo por fin. Creo que lo han ascendido a director sénior de… algo. ¿Comunicaciones?

—Bien. Se lo merece.

—¿Sabes qué? Los dueños nos han reservado una mesa en un restaurante pijo del centro para esta noche.

—¿Con ellos?

—No. Tú y yo solos. Me han dicho que era su forma de darme la bienvenida al equipo, pero también… —Shane se puso colorado—. Han dicho que era un regalo de boda adelantado. ¿A que es increíble?

—Ya, son así.

Ilya conocía a los dueños —tres hermanos de una familia de rancio abolengo de Ottawa— desde hacía años y siempre se habían portado muy bien con él.

—Me he quedado alucinado. Casi se me olvida darles las gracias.

—Ay, al final habría sido mejor que te acompañase.

Habían decidido que Shane fuera en solitario a firmar el contrato, para que la prensa no se concentrara en ellos como pareja.

De todos modos, seguro que ocurría.

—Entonces ¿salimos a cenar esta noche?

Ilya sonrió.

—Una cita. Sí. ¿Puedes ponerte ese jersey?

Shane se rio.

—No.

—Entonces ¿puedo llevarte a la cama ahora mismo? ¿Y te dejas solo ese jersey puesto?

Shane se inclinó y lo besó.

—¿Es una novatada o algo así?

—Sí. Se lo hago a todo el mundo.

—Cállate.

—Troy estaba increíble.

Shane lo sacudió con las dos manos.

—Eres lo peor. Ven a devorarme.

Ilya sonrió y lo persiguió escaleras arriba.

Ilya se pasó una mano por la mejilla mientras se observaba con atención en el espejo. Le resultaba raro ir tan afeitado, pero le pareció que se vería desaliñado si se dejaba la barba de tres días. Quería estar perfecto.

Al fin y al cabo, era el día de su boda.

—Guau… —dijo una voz a su espalda. Ilya se dio la vuelta y vio a David de pie junto a la puerta del dormitorio—. Iba a ofrecerme a echarte una mano con la corbata o algo, pero está claro que no necesitas que te ayude.

Ilya le sonrió y luego sacó los gemelos. Le tendió las piezas redondas de oro y nácar al padre de Shane.

—Puedes ayudarme a ponérmelos.

David chasqueó la lengua y dio un paso adelante para coger los gemelos.

—Te agradezco que intentes hacerme sentir útil.

—¿Shane no necesita ayuda?

—Está con Yuna —dijo David, y ambos entendieron que significaba que Shane tenía toda la ayuda que le hacía falta.

Ilya extendió la muñeca izquierda y David la sujetó con cuidado. Un alud de emociones entremezcladas sobrecogió a Ilya mientras observaba cómo el padre de Shane le pasaba con cuidado la parte inferior del gemelo por la tela blanca y almidonada de la camisa de vestir. Era imposible imaginarse al padre de Ilya haciendo eso, aun en el supuesto de que hubiera estado vivo —Ilya tampoco habría

querido que lo acompañara—, pero tener a David allí, ayudándolo a prepararse, era agradable. Más que eso.

—Solo pudimos tener un hijo —dijo David en voz baja—. Pensamos en adoptar, pero al final decidimos volcarnos en hacer de Shane la mejor persona posible. Creo que no lo hemos hecho mal.

Ilya sonrió al ver que le quitaba importancia.

—No podríamos estar más orgullosos del hombre en el que se ha convertido —continuó David—. No tengo ningún anillo de campeón de la Copa Stanley, pero tengo a Shane.

Ilya tragó saliva.

—Cuidaré de él.

David levantó la cara y sonrió.

—Ya lo sé. —Terminó con el primer gemelo y entonces cogió la mano derecha de Ilya para hacer lo mismo con el otro—. Lo que intento decir, y Yuna sabría expresarlo mucho mejor, es que siempre me he sentido tan afortunado de tener un hijo tan maravilloso como Shane que no esperaba contar con la dicha de tener un segundo.

Ilya empezó a ver borrosas las manos de David y el gemelo de la camisa. Parpadeó rápidamente, porque se negaba a llorar antes de que la boda hubiera empezado siquiera. David levantó la mirada e Ilya vio que también tenía lágrimas en los ojos.

—No es justo que no tengas a tu familia cerca el día de tu boda —le dijo David— y no es que quiera meterme donde no me llaman, pero…

Eso fue lo último que Ilya le dejó decir antes de aplastar a David con un abrazo muy fuerte.

—Mi familia está aquí —se limitó a decir, y con una serenidad sorprendente.

Parecía imposible que algo de lo que ocurría en la vida de Ilya fuese real; que estuviera a punto de casarse ¡con Shane Hollander!

¡Delante de la gente! Que la temporada siguiente fueran a ser compañeros de equipo. Que Ilya estuviera a punto de formar parte de la familia de Shane de manera oficial y que Shane y él tal vez formaran una propia algún día. Daba tanto vértigo que no podía ni pensarlo, así que en lugar de hacerlo abrazó de nuevo al padre de Shane y procuró no llorar.

Tras un momento largo, se separaron y David retrocedió un paso. Sorbió por la nariz una vez y luego dijo:

—Bueno. Estás muy guapo.

Ilay se secó las lágrimas a toda prisa.

—Suelo estarlo, sí.

David se removió algo incómodo, seguro que no estaba muy acostumbrado a exponer sus emociones de manera tan obvia, y miró por la ventana.

—Anya está entreteniendo a los críos de los Pike en el jardín.

—Genial. Y gracias. Por ayudarme con la camisa. Y por… —Ilya era incapaz de expresar con palabras lo agradecido que estaba por el apoyo de Yuna y de David, y por el amor tan sano que sentían por su hijo y, al parecer, también por él. Por contribuir a que Shane fuera el hombre que era y por creer que Ilya era adecuado para él. Terminó la frase diciendo—: Todo.

David asintió.

—Gracias por hacer feliz a Shane. Os hacéis mucho bien el uno al otro.

Ilya sonrió.

—Sí. Ya va siendo hora de que el mundo vea cuánto.

—¡Hostia! —exclamó Shane.

Había corrido la cortina de la habitación de invitados en la que se

había cambiado de ropa y le parecía increíble la cantidad de gente que había en el jardín de Ilya.

«Nuestro jardín», se recordó. Ahora vivían juntos.

—¿Te sorprende? —preguntó Yuna mientras le recolocaba la flor del ojal—. Los dos sois muy populares.

—La verdad es que no me he sentido muy popular últimamente.

—Bueno, pues lo eres. Asúmelo. —Retrocedió un paso y suspiró —. ¡Qué guapo estás!

—¿En serio? ¿Me queda bien?

Shane se dio la vuelta para mirarse en el espejo. Llevaba un traje gris claro, no un esmoquin, con una corbata en azul pálido, y ya estaba sudando. Se había cortado un poco el pelo, pero todavía lo llevaba bastante largo y suelto.

—Te pareces a Kit Harington —le aseguró su madre—. Si Kit no llevara barba.

Shane resopló.

—Muchas gracias, mamá. ¿Papá está ayudando a Ilya a prepararse?

—Sí, pero ya sabes que no es más que una excusa para pasar tiempo juntos.

Shane sonrió al oírlo. Ojalá la familia de Ilya estuviera presente, pero se alegraba de que hubiera cogido tanta confianza con su padre.

—Bueno —dijo su madre sonriendo de oreja a oreja—, será mejor que vayamos. ¿Tienes el anillo?

Shane se palpó el bolsillo.

—Sip.

—¿Y has quitado la voz al móvil?

—Voy a dejarlo dentro de casa. Pero sí.

Su madre volvió a asomarse por la ventana.

—¡Ay! Ilya ya ha salido. —Shane intentó acercarse a la ventana, pero Yuna se lo impidió—. ¡Ya lo verás en la ceremonia! Da mala suerte ver al novio antes.

—Mamá, lo he visto esta mañana. Nos hemos despertado juntos, hemos desayunado.

Omitió la tercera cosa que habían hecho.

—No me lo tengas en cuenta. ¡Mi único hijo se va a casar! Puedo ponerme pesada.

Shane sonrió y la abrazó de forma un tanto extraña porque los dos intentaban no aplastar las flores que llevaban prendidas del pecho.

—En serio, eres la mejor madre del mundo.

—Bueno —respondió ella, con un ligero temblor en la voz—. Me lo has puesto fácil.

Bajaron juntos las escaleras y luego cruzaron la sala de estar que desde hacía unas semanas estaba llena de fotos enmarcadas de Ilya y Shane juntos. A Shane aún le entraba el impulso de esconderlas en un cajón, pero le encantaba verlas. Le encantaba saber que ya no había nada que esconder.

Cuando salió por la puerta de atrás, volvió a quedarse pasmado por la multitud. Había cerca de cien personas apelotonadas en el césped, entre la casa y el río.

Distinguió a Hayden y Jackie con sus hijos. Farah y su marido charlaban con Leah y Max. Wyatt Hayes y su esposa se reían con Ryan y Fabian. Troy y Harris hablaban con el entrenador de Ilya —que ahora también era el de Shane— y con una mujer que seguramente era la mujer del entrenador Wiebe. Rose saludó con la mano a Shane desde la otra punta del jardín, donde estaba hablando con la amiga de Ilya, Svetlana, a quien Shane había conocido el día anterior, cuando los tres habían salido a comer

juntos. Había un grupito de jugadores de los Ottawa Centaurs que miraban de reojo a Rose. Bueno, en realidad, había muchísimos Centaurs.

El único jugador del Montreal, aparte de Hayden, era J. J., y a Shane se le hizo un nudo en la garganta al verlo. Habían hecho las paces y retomado la amistad, pero aun así significaba mucho para Shane que J. J. estuviera allí.

Entonces, Shane descubrió a Ilya entre la multitud, hablando con Zane Boodram. Estaba increíble, por supuesto, con su traje color burdeos. Tenía a Anya a los pies, recién cepillada y con un lazo del mismo tono burdeos en la cabeza.

Shane no estaba seguro de tener permitido acercarse a Ilya. Todo el tema era muy informal; ni siquiera había sillas.

Ilya se dio la vuelta y se miraron a los ojos. Ilya le dedicó una de sus espontáneas sonrisas atractivas, y Shane sintió que todo el cuerpo se le ponía duro como una piedra.

«Vamos a casarnos».

Alguien le dio un golpecito en el codo y al volverse vio a la jueza de paz que habían contratado para oficiar la ceremonia.

—¿Listo? —le preguntó la mujer con una cálida sonrisa.

Shane miró a Ilya de nuevo y dijo con los labios: «¿Vamos?».

Ilya asintió.

Shane soltó el aire.

—Sí. Listo.

—¿Tienes el anillo? —susurró Shane mientras estaban uno frente a otro, delante de todo el mundo.

A Ilya le costó mucho contenerse para no poner los ojos en blanco.

—¿Por qué? ¿Tan importante es?

Shane lo fulminó con la mirada y la jueza de paz —Nancy — empezó con la ceremonia.

Dijo algunas palabras que seguro que eran muy emotivas pero que Ilya no escuchó porque solo estaba concentrado en Shane. Estaba guapísimo y radiante de felicidad. Le costaba creer que fuera la misma persona que aquella de la que Ilya había intentado pasar en el aparcamiento del estadio de Saskatchewan trece años antes.

Salvo por las pecas, que eran las mismas. Y por los ojos oscuros e inteligentes, y las pestañas largas y negras. La adorable naricilla y los labios suaves y cautivadores. Todos esos rasgos eran los mismos.

El modo en que se le revolucionaba el corazón a Ilya cuando lo miraba también era el mismo.

—¿Ilya? —preguntó Nancy con amabilidad.

—¿Eh? Perdón.

Oyó risas a su alrededor y sonrió como un bobo.

—Puedes sacar el anillo.

Claro. Sí. La boda.

Sacó el anillo del bolsillo de la americana y esperó instrucciones. No habían escrito los votos ellos porque, bueno, ninguno de los dos era especialmente elocuente.

—Por favor, repite conmigo —dijo Nancy—. Invito a las personas aquí presentes…

Ilya repitió las palabras con cierta torpeza. ¿Tenía un acento más marcado que de costumbre? Sonaba ridículo.

—A ser testigos de que yo, Ilya Rozanov…

Ay, madre. Se había acordado de no utilizar su segundo nombre. Ilya no quería que hubiera nada que le remitiese a su padre aquel día. Repitió las palabras.

—Te tomo a ti, Shane Hollander, como esposo ante la ley.

Vale, quizá habría sido mejor que escribieran ellos los votos. Eso sonaba superfrío. Totalmente acartonado y falto de emoción. ¿Quién iba a emocionarse con esos votos tan prototípicos?

A Ilya se le quebró la voz antes de llegar siquiera a decir el nombre de Shane. Y eso hizo que toda la cara de Shane se contrajera en un esfuerzo, supuso Ilya, de evitar las lágrimas.

—Lo siento —susurró Ilya.

Shane se limitó a negar con la cabeza; tenía los labios apretados. Con cierto esfuerzo, consiguió repetir los votos cuando le tocó el turno. Entonces Nancy les facilitó algunas palabras más para que las dijeran mientras intercambiaban los anillos.

—Con este anillo, te amaré, te honraré y valoraré. Y este anillo es el símbolo de mi amor —dijo Shane.

—Descarado —murmuró Ilya, lo que hizo que Shane resoplara y se echase a reír. Al oírlo, todos se rieron.

Shane deslizó el anillo ensanchado en el dedo de Ilya, quien le sonrió embobado.

Nancy dijo algunas cosas aburridas que terminaron con «Shane e Ilya, yo os declaro casados. Podéis celebrar vuestro matrimonio con un beso».

¡Sí, ya era hora! Ilya agarró a Shane, lo inclinó hacia atrás y le plantó un buen beso. Todos los asistentes vitorearon.

Shane se quedó mareado después del beso, pero Ilya levantó las manos juntas de los dos en el aire y exclamó:

—¡Nos hemos casado!

Ilya no tenía la menor idea de adónde se suponía que debían ir a continuación. No había pasillo ni nada, y estaban en su casa.

—Eh —dijo Nancy en voz baja—, aún os falta firmar unos documentos.

—Ah, claro —dijo Shane—. Entonces ¿entramos?

—Sí —coincidió Ilya. Por lo menos ahora ya tenían un destino. Se dirigió a los invitados—: Tenemos que ir a firmar unas cosas, pero ¡enseguida volvemos para celebrarlo!

Más vítores. Incluso Dykstra preguntó a voces:

—¿Os hace falta un DJ?

Ilya lo señaló con el dedo.

—No.

Fueron a toda prisa dentro de la casa, con las manos entrelazadas, mientras sus amigos los aplaudían y felicitaban.

—La boda de verdad no ha sido esta —le aseguró Ilya a Ruby mientras se zampaban un pedazo de tarta mano a mano—. La auténtica fue la que hicisteis vosotras. Esto solo ha sido un paripé.

Ruby le sonrió y le dio un codazo a su hermana.

—Te lo dije.

Empezaba a atardecer y alguien había encendido las tiras de luces que Yuna había insistido en colocar por todo el jardín. Era bonito. Mágico.

Los vecinitos de Ilya, Willa y Andrew, se acercaron y llevaron a Ruby y a Jade a jugar a algo en lo que parecía que tenían que correr mucho.

—En fin —dijo una voz detrás de Ilya. Levantó la mirada desde el césped, en el que estaba sentado, y vio a Hayden—. Me has robado a mi mejor amigo.

—Sí. Pero tú nos obligaste a salir del armario con un vídeo de FanMail, así que creo que estamos en paz.

—Mira, lo siento muchísimo, joder. No…

Ilya se rio y se puso de pie.

—Era una broma.

—Ah. Bueno, me alegro por vosotros —dijo Hayden. Y añadió algo taciturno—: Y ya entiendo por qué Shane ha dejado Montreal. Pero voy a echar de menos tenerlo por ahí.

—Deberías unirte a Ottawa. Tu prima debe de ser barata, ¿no?

Hayden negó con la cabeza.

—Qué difícil es cogerte cariño, Rozanov.

—No es eso lo que opina Shane.

—¿Qué es lo que no opina Shane? —preguntó este, que había aparecido por detrás de Ilya.

—Nada —dijo Ilya sonriendo como el perdido enamorado que era al novio con el que acababa de casarse.

—Esto… —dijo Shane nervioso—. A mi madre se le ha metido en la cabeza que tenemos que, tipo, bailar. Delante de todo el mundo.

—¿Ah, sí?

—La verdad, ni se me había ocurrido, pero supongo que es típico de las bodas, ¿no?

Hayden lo miró atónito.

—Sí, es puto típico de las bodas, capullo. ¿Es que ni siquiera habéis elegido una canción?

—Shane no conoce muchas canciones —dijo Ilya.

Al parecer, Shane estaba tan nervioso que ni oyó la pulla de Ilya.

—Entonces ¿qué? ¿Vamos sin más a quien sea que se encargue de la música, le pedimos que ponga una canción y, rollo, nos ponemos a bailar lento en mitad del césped? No sé bailar, en serio.

—Ven —dijo Ilya, y le tendió la mano.

Resultó que Harris había tomado el papel de encargado de la música y había conectado el móvil a los altavoces inalámbricos de Ilya, que alguien había sacado al jardín.

—Harris —lo llamó Ilya desde el centro del césped—. Pon algo romántico.

—¿Vais a dejar que elija yo? —preguntó Harris aterrado.

—Pon cualquier cosa. Está bien. —Ilya miró la cara ansiosa de Shane—. Algo corto.

Ilya le tendió la mano a Shane.

—Ah, ¿vas a llevarme tú? —preguntó Shane.

—Sí. Porque no sabes bailar.

Shane resopló y le dio la mano, luego colocó la otra en la espalda de Ilya mientras empezaban a sonar las primeras voces de «Diamonds», de Rihanna.

—Qué elección tan rara —dijo Shane.

—No —dijo Ilya con cariño—. Es perfecta.

Bailaron —bueno, dieron vueltas— bajo las luces y rodeados de todos sus seres queridos mientras Rihanna cantaba una letra que, en secreto, siempre había hecho que Ilya pensara en Shane.

—Ay —dijo Shane, cuando ya había sonado media canción—. Me suena…

Ilya se echó a reír.

—Cariño, no tienes remedio… Me muero de lo mucho que te quiero.

Shane le sonrió de oreja a oreja.

—Lo siento, pero creo que la cosa no irá a mejor.

—Te equivocas —dijo Ilya con afecto—. Yo creo que lo mejor está por llegar.

Epílogo

Octubre

—¿Sabes qué? —preguntó Shane—. La última vez que estuve en un partido inaugural en casa de los Ottawa Centaurs tenía doce años.

Ilya le sonrió. No había sido capaz de quitarse la sonrisa de la cara desde que se habían levantado esa mañana, y Shane había estado igual de embobado. Se habían despertado dándose besos y luego habían sacado a Anya a dar un paseo. Desayunaron fuerte juntos y comieron en el porche trasero, porque hacía un precioso día soleado. Shane le había recordado a Ilya que se tomara la pastilla con el desayuno: no hacía falta, ya que Ilya se había puesto una alarma en el móvil para acordarse; pero, aun así, era un detalle. Habían comido con David y Yuna porque Shane había insistido en que era un ritual importante el día del partido inicial.

Habían ido en coche juntos al estadio y habían parado un momento en el camino de la casa de Willa y Andrew para que los niños los animaran y para leer el cartel que habían hecho. Esta vez ponía «Shane Hollander + Ilya Rozanov =» y luego lo que parecía un dibujo un tanto rupestre de la Copa Stanley.

Había sido un día perfecto. Ilya se moría de ganas de pasar diez

años más así.

—Estás muy guapo —dijo Ilya en ese momento—. Incluso con ese logo tan feo.

Shane bajó la mirada hacia el jersey.

—Cada vez me gusta más.

—Mentiroso.

—Dejad de ligar y poneos manos a la obra —dijo Bood con una sonrisa—. Shane, se supone que tienes que colocarte ahí, entre Luca y Tanner.

—Sí —dijo Ilya con solemnidad—. El extremo de la fila es para los capitanes…

Shane volvió a mirar su jersey, esta vez al espacio vacío en el pecho izquierdo.

—Vale. No estoy acostumbrado a no llevar la «C».

—Ya te acostumbrarás —dijo Ilya, y dio unos golpecitos a su «C»—. Aquí se va a quedar.

Shane lo saludó con burla fingiendo respeto y luego fue hacia donde le correspondía en la fila.

—Otro que va de protagonista, joder —bromeó Bood.

—¿Quién coño se cree que es, eh?

—Va detrás de esa «C».

Ilya sonrió.

—Ya lo sé.

Oyó que pronunciaban el nombre de Shane y luego el rugido de unas gradas a rebosar que alababan a la superestrella local a la que por fin podían considerar suya.

—Mierda. Ya es más popular que nosotros —dijo Bood.

—Más popular que tú, tal vez.

Unos minutos después, Ilya salió como un rayo a la pista y completó el círculo en el centro del hielo. Shane estaba justo

enfrente de él, con una sonrisa ancha en la cara. Ilya también sonrió.

—Ya es hora de conseguir por fin uno de esos banderines, ¿no? —comentó Bood por encima de los vítores y de la música que atronaba—. ¡Esta vez de verdad!

Por supuesto que lo lograrían. Ilya no había estado tan seguro de nada en toda su vida.

—¡A por la copa, joder!

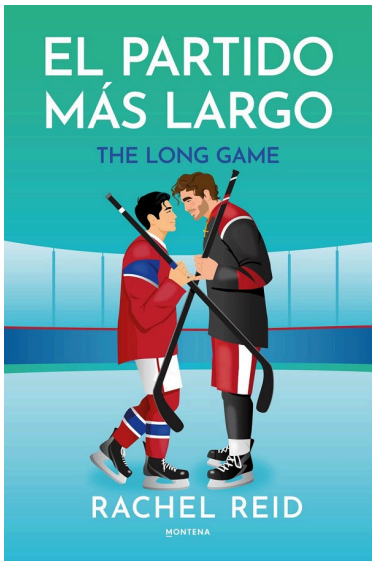
Agradecimientos

Agradezco de todo corazón a todas las personas que han leído, reseñado y recomendado *Más que rivales*. Me maravilla cuánto amor ha recibido el libro y lo valoro mucho.

Gracias a todos los que me escribieron para decirme cuánto querían a Ilya y Shane. A todos los que hicieron *fan art*. A todos los que se fijaron en los pequeños detalles del libro que yo pensaba que nadie vería y con eso me alegraron el día. A todas las personas de mi grupo de Discord con las que vemos el hockey y a todas las de mis grupos de apoyo a escritores. A los hablantes de ruso que me ayudaron con las expresiones en ruso. A mi agente, Deidre Knight, que hizo posible que existiera esta continuación. A todo el equipo de Carina Press por facilitar siempre tanto las cosas. A mi maravillosa editora, Mackenzie Walton, por mejorar este libro.

Y, por último, gracias a mi marido, Matt, y a mis hijos, Mitchell y Trevor, que me apoyan más que nadie. Mil gracias por vuestra paciencia.

Vuelve a enamorarte del arrogante, pero encantador Ilya Rozanov y del aburrido, pero tierno Shane Hollander en esta nueva entrega de la saga Game Changers de Rachel Reid, autora superventas del USA TODAY.



Para el mundo son rivales, pero a solas son mucho más que eso.

Diez años. Ese es el tiempo que Shane Hollander e Ilya Rozanov llevan viéndose. Diez años manteniendo su relación en secreto. De sus amigos, de sus familias… y de la liga. Si Shane quiere seguir en la cima de su carrera, lo que Ilya y él comparten tiene que permanecer oculto. Ama a Ilya, pero ¿y si hacer pública su relación lo arruina todo?

Ilya está harto de los secretos. Shane se ha vuelto tan bueno

ocultando lo que siente que, a veces, Ilya llega a preguntarse si esos sentimientos son auténticos. Ilya lo quiere todo… La cercanía, la intimidad e, incluso, el riesgo que supondría vivir su relación abiertamente.

Ha llegado el momento de decidir qué es más importante: el hockey o el amor. Ha llegado la hora de tomar una decisión.

Rachel Reid es la autora superventas de *The New York Times* de la serie romántica sobre hockey **«Game Changers»**, así como de las novelas románticas independientes sobre hockey *Time to Shine* y *The Shots You Take*. Vive en Nueva Escocia, Canadá. Siempre ha vivido allí y parece que probablemente siempre lo hará. Tiene dos grados universitarios aburridos y dos hijos interesantes.



Título original: *The Long Game*

Primera edición: septiembre de 2026

© 2024, 2022, Rachelle Goguen
Todos los derechos reservados
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Anaís Badilla y Ana Mata Buil, por la traducción

Diseño de portada: adaptación para Penguin Random House Grupo Editorial a partir del diseño original de Harlequin
Ilustración de la cubierta: © Monika Roe

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 979-13-88222-95-5

Compuesto en: leerendigital.com

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: somosinfinitos
X: @somosinfinitos
Instagram: @somosinfinitoslibros
Youtube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

El partido más largo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18

Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Epílogo
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Rachel Reid
Créditos